



J. Kenner
SEDUCIDO

Grijalbo

TRILOGÍA DESEO II

TRILOGÍA DESEO II

J. Kenner

SEDUCIDO

Traducción de

Nieves Calvino Gutiérrez, Verónica Canales Medina,
Matilde Fernández de Villavicencio y Pilar de la Peña Minguell

Grijalbo

www.megustaleerebooks.com

Lo correcto y lo incorrecto.

El bien y el mal.

Lo blanco y lo negro.

Estos son los parámetros del mundo en que vivimos, y cualquiera que intente decirte lo contrario, que argumente que nada es absoluto y que siempre hay distintos matices de gris, o es un tonto o intenta engañarte.

Al menos eso es lo que yo solía creer.

Pero eso fue antes de conocerlo. Antes de mirarlo a los ojos. Antes de depositar en él mi confianza.

Puede que sea una tonta. Puede que haya perdido el equilibrio y la agudeza mentales.

No lo sé.

Lo único que sé es que desde que lo conocí todo cambió. Con una sola mirada, me temí que estaba metida en un buen lío.

Con una sola caricia, supe que debería echar a correr.

Con un solo beso, ya estaba perdida.

Ahora la única cuestión es si encontraré la forma de volver a ser quien era. Y, lo más importante, si quiero hacerlo.

Nada es nunca tan fácil como debería.

Mi padre me lo enseñó. Sirvió como agente especial en el FBI durante más de veinte años antes de dejar ese puesto para convertirse en el jefe de la Policía de Galveston, Texas, una comunidad insular con suficientes delitos para hacer que su vida resultara interesante y con un clima lo bastante soleado y cálido para que fuera feliz.

Mientras crecía, lo vi pasar horas, días, semanas e incluso meses construyendo un caso sólido contra algunos de los criminales más viles que

jamás habían pisado la faz de la tierra. Miles de horas de trabajo. Cientos de pruebas. Todos esos personajes desfilaban como era debido... y no servía de nada. La defensa argumentaba algún tecnicismo, el juez tragaba y, ¡zas!, todo ese trabajo se iba por el retrete.

Como he dicho, nada es nunca tan fácil. Ese es el primer tópico sobre el que baso mi vida.

Nadie es lo que parece es el segundo, consecuencia del primero.

Eso me lo enseñó mi padrastro. Fue un joven jugador de béisbol de las ligas menores que caía bien a la prensa. Lo llamaban el chico de oro, vaticinaban que lideraría a su equipo hasta la Liga Nacional y prácticamente se arrodillaban cuando entraba en una habitación. De lo que no informaban era de que pegaba a mi madre. No decían que a mí me obligaba a mirar, amenazándome con que iba a llegar mi turno. Sus manos, sus puños, un botellín de cerveza roto. Lo que tuviera más a mano. Yo me estremecía con cada golpe, y cuando sus huesos se rompían, también lo sentía, y mis gritos se mezclaban con los de ella en una espantosa y discordante melodía.

Casualmente nunca informaron en el periódico local de ninguna de aquellas visitas al hospital, y en las escasas ocasiones en que la policía se presentaba en nuestra casa, todo quedaba en nada. Harvey Grier poseía el rostro de un príncipe y la sonrisa de un rey del baile, y si su hijastra, de catorce años, llamaba una noche a la policía contando una estúpida historia que podría arruinar su reputación y malograr sus lucrativos contratos, debía de ser porque era la típica adolescente aburrida. De ninguna forma podía tratarse de que viviera con el monstruo, un día sí y otro también, y viera con total nitidez qué había debajo de su disfraz de niño bonito.

Mi padrastro ya está muerto. Por lo que a mí respecta, eso es algo muy bueno. Ese hombre no valía nada, salvo para inculcarme esa segunda lección: hay monstruos que se ocultan bajo la apariencia más inocente, y si no mantienes la guardia alta, te muerden. Y a base de bien.

¿Moraleja? No des nada por sentado. Y no confíes en nadie.

Supongo que eso me convierte en una cínica. Pero también hace que sea una policía cojonuda.

Tomé un sorbo de champán y pensé en mi trabajo y en esos dos axiomas

mientras me apoyaba contra una de las blancas columnas adornadas del restaurante Palm Court del hotel Drake, elegante hasta la náusea. No conocía ni a un alma allí, sobre todo porque me había colado en la fiesta y estaba haciendo cuanto podía para mimetizarme con esa columna y así poder quedarme sentada atrás, y observar el mundo y el paso de la gente. Estaba buscando una cara en particular porque había ido allí con un plan. Y pretendía quedarme en mi rinconcito, sujetando la columna hasta que divisara a mi objetivo.

Llevaba allí de pie una hora y empezaba a pensar que tenía una larga noche por delante. Pero había sobrevivido a vigilancias peores, y otra cosa no, pero me sobra determinación.

Había estado en el Palm Court en una ocasión anterior, cuando mi padre me llevó a pasar el fin de semana y decidimos vivir una aventura. Pero esa noche habían retirado la mayoría de las mesas familiares con el fin de dejar espacio a los clientes para que se relacionaran en torno a la elegante fuente y el enorme arreglo floral. Por lo que podía ver, el código de etiqueta para la velada se limitaba a cualquier cosa que se hubiera presentado durante la Semana de la Moda, y la razón por la que nadie me señalaba con el dedo y reía con disimulo era que mi vestido, salido de una tienda de saldos, era tan vulgar que me hacía invisible.

Fluidos compases de música clásica llenaban la estancia, interpretados por una orquesta situada en el rincón, pero nadie bailaba. En vez de eso se relacionaban. Charlaban, reían. Era todo muy formal. Muy elegante. Muy festivo.

Y yo estaba completamente fuera de mi elemento.

Mi hábitat natural es Indiana, donde soy una especie de celebridad dentro del cuerpo por ser la mujer más joven que ha llegado a detective en el Departamento de la Policía Metropolitana de Indianápolis. Había viajado a Chicago porque me estaba volviendo loca mientras sobrellevaba el período de baja médica, y cuando uno de mis informantes confidenciales, Candy, me pidió que localizara a su antigua compañera de cuarto, que había desaparecido, decidí investigar un poco por mi cuenta.

De acuerdo con Candy, Amy había estado trabajando como bailarina exótica en un exclusivo club de caballeros de Chicago llamado Destiny hasta hacía dos semanas.

—Hasta le caían bien las otras chicas. Y estoy segurísima de que se estaba tirando a uno de los propietarios. Así que no tenía ninguna razón para salir pitando.

A mi modo de ver, tirarse al jefe podía ser motivo suficiente, sobre todo si el jefe es quien te dice que te pires.

—Ya, pero me lo habría contado —me respondió Candy cuando le sugerí eso mismo—. Puede que cogiera otro curro o incluso que se mudara, pero me habría llamado en cuanto se hubiera instalado. Algo ha pasado.

Normalmente no me preocuparía. A fin de cuentas las bailarinas exóticas de veintidós años levantaban el campamento y desaparecían todo el tiempo. Quizá solo intentaran liberarse de la antigua vida. O puede que estuvieran siguiendo a algún tío. Amy llevaba sola desde que cumplió los quince y aprendió a valerse por sí misma. No consumía drogas, así que no esperaba que estuviera tirada en algún antro para heroinómanos en alguna parte. Además sabía que fantaseaba con ver llegar a su príncipe azul y que se la llevara al atardecer, por lo que tal vez se había dado cuenta de que tirarse al jefe no le saldría bien y había puesto rumbo a Nueva York, Las Vegas o algún otro lugar con hombres ricos y cachondos de sobra.

Pero nada de eso me convencía. Candy estaba embarazada de más de siete meses cuando Amy se mudó a Chicago, y esta le había prometido volver cargada de regalos para el bebé y, más importante aún, estar a su lado para el parto. El bebé había nacido cuando estaba previsto, así que Amy ya llevaba dos semanas de retraso.

Esperaba con toda mi alma que se hubiera entretenido con algún tío y que apareciera el día menos pensado con historias de noches de pasión y sexo salvaje. Pero trabajaba en homicidios, y temer lo peor formaba parte de mi naturaleza.

En el trayecto de Indiana a Chicago había llamado a un amigo en el Departamento de Policía de Chicago y este me había confirmado que no estaba dando descanso a sus pies en una jaula en el condado de Cook. En cierto modo me alivió saber que o bien se estaba manteniendo limpia o estaba siendo lista, pero para mis adentros tenía la esperanza de que la hubieran arrestado por mangar en tiendas y que fuera demasiado orgullosa para llamar a Candy a fin de que le pagara la fianza.

Llegué a Chicago justo después de las siete de un miércoles por la noche

y el Destiny fue mi primera parada. Era un lugar limpio y elegante, las copas no estaban agudadas, las chicas no se veían agotadas y parecían contentas de estar allí, y su clientela la conformaban los profesionales del nivel más bajo. Contaba con una barra completa, incluyendo un grifo de Guinness y un menú decente en el que figuraban unas deliciosas patatas fritas con queso.

No cabía duda de que había visto sitios peores, y cuando me senté a la barra y eché un vistazo al lugar con ojo de policía, no vi nada raro.

Ahí entraba el segundo tópico: nadie es lo que parece. O, en este caso, ningún lugar es lo que parece.

Lo aprendí cuando me reuní con el agente Kevin Warner, un colega del FBI, para desayunar a la mañana siguiente y me hizo una lista detallada de todos los jodidos chanchullos que se hacían en ese club. Soltó acusaciones a puñados. Y cuando llegó a los cargos por la ley Mann —prostitución, trata de blancas y otros delitos graves— le presté mayor atención.

—Despacio, vaquero —le dije—. ¿Les han trincado por esa mierda?

—Joder, consiguieron inmunidad —respondió Kevin—. Ayudaron a dismantelar una red de trata de blancas que estaba operando en la costa Oeste y se extendía hacia nuestra preciosa ciudad.

—¿Ayudaron?

—Black, August y Sharp —aclaró. Había nombrado a los tres propietarios del club Destiny; tres célebres hombres de negocios que eran la sensación de Chicago. ¡Joder! Yo ni siquiera soy de Chicago y lo sabía todo sobre esos tipos—. Elegantes y listos, y tan peligrosos como tiburones en mar abierto. Consiguieron el pacto de inmunidad tras el que parapetarse, y eso cortó de cuajo mi investigación.

Asentí. La inmunidad era parte del juego. El propósito era proteger a un sospechoso de ser juzgado. Si no había culpabilidad en un principio, dicha protección era en realidad innecesaria. En otras palabras, era raro encontrar a un sospechoso al que le hubieran concedido inmunidad que fuera trigo limpio.

Para ser francos, la idea de conceder inmunidad a un sospechoso me cabreaba, pero sabía que era un mal necesario. Además, imaginaba que la justicia encontraría el modo de abrirse paso. Al menos eso era lo que mi

padre decía siempre cuando uno de sus acusados se sacaba un tecnicismo de la manga y se burlaba de la justicia.

El karma podía ser una arpía cruel, y me preguntaba si estaba enseñándole los dientes a Black, August y Sharp. ¿Estaban tan sucios como decía Kevin? ¿Eran simplemente buenos ciudadanos que compartían sus conocimientos con los federales? ¿O se encontraban en un punto medio entre lo uno y lo otro?

No lo sabía, pero supuse que las probabilidades se decantaban por lo primero o por lo último.

—¿Hasta dónde llega la inmunidad? —le pregunté.

—Si me salgo con la mía, les parecerá poca. Estoy seguro de que están metidos hasta el cuello en todo tipo de mierda. Juego ilegal, contrabando, blanqueo de dinero. Soborno, fraude. Nombra cualquier cosa, y están metidos en ello. Pero tienen amigos poderosos, y no estoy autorizado de forma oficial a ahondar más.

Percibí la frustración en su voz. Kevin quería pillar a esos tipos; quería pillarlos a toda costa. Eso lo entendía. Eran muchas las razones por las que me hice policía, pero al final todo se reducía a proteger al inocente y a detener a los malos. A cerciorarse de que el sistema funcionaba y que aquellos que cruzaban esa línea pagaban por la transgresión.

Vivía y respiraba por mi trabajo. Era mi redención y mi salvación. Y era muy buena en lo que hacía.

—Yo no puedo insistir —me dijo Kevin—. Pero tú sí.

Tenía razón. Mi mente ya estaba revisando las opciones, tratando de dar con la mejor manera de meter mi precioso culito en el Destiny, camelarme a las chicas y conseguir una pista sobre Amy. Una vez estuviera dentro y figgoneando en busca de información, no había razón por la que no pudiera figgonear más cosas.

A decir verdad, sería un placer para mí. Quizá la inmunidad fuera un mal necesario en el mundo de la jurisprudencia, pero estaba más que dispuesta a dar un pequeño empujón al karma. Y si descubría que esos tipos estaban metidos en otra mierda, acabar con ellos sería un modo cojonudo de equilibrar la balanza de la justicia.

Todo lo cual explicaba que mi misión de llevar de vuelta a Indiana a una

bailarina desaparecida se hubiera transformado en una operación encubierta propiamente dicha, aunque extraoficial.

Que fuera «encubierta» era mi actual escollo. Cabría pensar que sería fácil para una mujer razonablemente atractiva —esa sería yo— conseguir un empleo como camarera en un club de caballeros de Chicago, pero te estarías equivocando. A pesar de mis bonitas tetas, de tener un culo prieto, una cara mona y buenas habilidades como camarera, la solicitud que había entregado el día anterior me había sido rechazada de forma educada.

Esto ilustraba ese primer tópico del que hablaba. Nada es nunca tan fácil.

Y eso nos lleva de nuevo al segundo tópico: nadie es lo que parece.

Tomemos a Evan Black, por ejemplo. La fiesta donde me había colado era la suya. Un acto formal para celebrar su compromiso con Angelina Raine, la hija del senador Thomas Raine, aspirante a la vicepresidencia.

Vi a Black de pie al otro lado del salón; un hombre tan guapo como una estrella de cine, rodeando con el brazo a una morena igual de impresionante, que tenía que ser Angelina. Ella se apoyaba en él y parecía rebosante de felicidad mientras hablaban con otras dos parejas. Todos acicalados y elegantes. Pero Kevin tenía razón, Black no era el hombre que aparentaba ser.

¿Y qué decir de Cole August? Socio empresarial de Black, recibía la adulación de la prensa y del público porque había logrado salir del fango, dejando atrás su legado del South Side de Chicago para convertirse en uno de los hombres de negocios más respetados e influyentes de la ciudad. Sin duda estaba para comérselo a lametones mientras se paseaba al fondo de la habitación, con el teléfono móvil pegado a la oreja; la viva estampa del empresario de éxito.

Pero resulta que sé que August no había dejado ese turbio legado tan atrás como le gustaba aparentar.

Y también estaba Tyler Sharp.

—Ese es —me había dicho Candy cuando mencioné el nombre—. Amy estaba coladita por ese tío.

—¿Sentía él lo mismo?

—Yo que sé.

—Pero ¿se lo estaba follando?

—Sí. Al menos eso creo. A ver, no es que subiera fotos a Facebook. Pero no habría dejado todo eso, y por lo que estás diciendo...

Tal vez estuviéramos hablando por teléfono, pero podía imaginarme a Candy encogiéndose de hombros mientras su voz se iba apagando. Sabía qué quería decir. Había hecho deberes extra sobre Tyler Sharp y la mayor parte de la información se la había relatado a Candy. Para resumir, tenía debilidad por las mujeres, y yo pretendía aprovecharme de su lado mujeriego. Si no conseguía entrar en el club Destiny gracias a mis estelares dotes como camarera, obtendría acceso a través de aquel hombre.

Vamos, que estaba planeando seducirlo.

En definitiva, esa era una opción mejor que mi primer plan. Trabajar de camarera solo me daba acceso al club. Pero el sexo abría todo tipo de puertas. Charlas de almohada. Acceso a ordenadores. Quién sabía cuántas cosas más. Si jugaba bien mis cartas, tendría un palco para el mejor espectáculo de la ciudad, fuera juego, contrabando o algo mucho más atroz.

Y si resultaba que Tyler había involucrado a Amy en algo sospechoso, castraría a ese hijo de puta.

Antes tenía que encontrarlo.

Había estado fuera de la ciudad durante las últimas semanas, así que aún no lo había visto en persona, aunque estaba segura de que lo reconocería en cuanto entrara en aquella habitación. Como he dicho, había hecho mis deberes, y ver fotografías de Tyler Sharp no era precisamente un incordio. El tío estaba cañón.

Medía algo más de un metro ochenta, era de complexión atlética y tenía el cabello rubio oscuro, con reflejos dorados en verano. Sabía que sus intereses comerciales eran amplios y variados, y no siempre legales. Y sabía que llevaba encima una tarjeta negra de American Express. Poseía al menos una docena de coches, pero raras veces los conducía, pues prefería su moto Ducati.

—Pareces perdida.

Había estado mirando hacia la entrada, pero volví con brusquedad la

cabeza a la izquierda y me encontré con una rubia de ojos castaños y largas piernas, con un cabello tan abundante y brillante que podría hacer anuncios de champú. Me tendió una mano y yo la estreché sin pensármelo dos veces.

—Soy Katrina Laron... Kat —dijo, luego señaló a Angelina Raine con el pulgar—. Soy la mejor amiga de la novia, lo que me convierte en la pseudoanfitriona. ¿Y quién eres tú?

Su sonrisa era educada, pero traslucía cierta perspicacia, y estaba segura de que sabía perfectamente que me había colado en la fiesta.

Genial.

—Sloane O'Dell —respondí, utilizando el apellido de soltera de mi madre y no el mío, Watson.

—¿Con quién has venido? Creó que conozco a todos los invitados de Lina, así que debes de ser amiga de Evan, ¿no? —Una vez más aquella sonrisa educada. Una vez más aquel tono protector.

—En realidad busco a Tyler —expliqué, y me enorgullecí de mi habilidad para decir la verdad y mentir al mismo tiempo.

—¿Ah, sí? —Enarcó las cejas—. ¿Amiga o enemiga?

—¿Cómo dices? —Mantuve la expresión despreocupada y esperé que mi tez clara por naturaleza no mostrara sonrojo alguno.

—Resulta que sé que Tyler no ha traído a ningún ligue, y si no eres uno de los invitados de Angie ni de Evan...

«¡Joder! ¡Joder, joder, joder!»

—Me he arriesgado —aduje, confiando una vez más en una sinceridad absoluta—. Creo que querrá verme.

Vale, no estaba nada segura de esa parte.

—Mira, no pretendo parecer una cabrona, pero Tyler es un hombre muy reservado que atrae muchísima atención femenina. —Katrina se encogió de hombros—. ¿Quieres contarme por qué piensas que él querrá verte?

—En realidad no.

Me miró con dureza, sin duda tomándome la medida. Luego cogió una copa de vino de la bandeja de un camarero que pasaba y dio un buen trago.

—De acuerdo. Vamos a buscarlo.

—Llevo toda la velada intentando hacer eso mismo —repliqué con sequedad.

—Llegó justo antes de que yo me acercara para interesarme amablemente por tus intenciones. Aguarda —me dijo mientras se ponía de puntillas y echaba un vistazo a la habitación—. Lo veo.

Estiré el cuello, pero Kat me sacaba bastante más de siete centímetros de altura; no tenía ni idea de si ella había conseguido llamar la atención de Tyler.

El tiempo pasaba y yo comenzaba a pensar que o bien no la había visto o había optado por ignorarla, cuando vi el reflejo dorado que la luz arrancaba a su cabello al incidir en él. Vestía un traje gris carbón, y el elegante corte y la suntuosa tela contrastaban con su cabello un tanto despeinado, que llevaba demasiado largo según el manual del empresario ideal. Claro que se lo había recogido de un modo que resaltaba los marcados ángulos de sus pómulos y su mandíbula.

El contraste perfecto entre sus ojos de color cobalto y su pelo rubio oscuro hacían pensar en sol y arena, en días locos y noches de pecado. Con todo, tenía un aspecto despreocupado, y su barba incipiente lo acentuaba aún más. Mis dedos se crisparon, y para mí espanto, me asaltó el deseo de acercar la mano a su mejilla para acariciársela, dejando que su aspereza suavizara mi lado severo.

Él rodeó la fuente y atravesó la multitud con esa clase de confianza en uno mismo que da el saber que la gente se apartará de tu camino porque eres así de guay.

—¡Tyler! —Kat lo llamó de nuevo, y sentí el irracional impulso de taparme la boca con la mano. Estaba allí para acercarme a ese tío, pero en ese preciso instante no me sentía preparada.

Antes de aquella noche sabía que Tyler Sharp se encontraba entre los mejores especímenes masculinos, pero ni en un millón de años habría previsto mi electrizante y visceral reacción ante él.

Tuve ganas de esconderme detrás de la columna. Tuve ganas de salir pitando. Tuve ganas de buscar un escondite hasta que pudiera reordenar mis pensamientos y recobrar la compostura. Pero nada de eso era una opción. Tyler nos había visto, y aunque saludó a Kat con la cabeza, era yo

quien captaba su atención. Sus ojos se enfrentaron a los míos, y el impacto de aquella simple mirada me recorrió de un modo que me dejó débil y confusa. Nunca había visto a Tyler Sharp en persona; lo había visto solo en fotografías, y había averiguado cosas sobre él gracias a los artículos y a camelarme a policías. Pero en aquel momento tuve la impresión de que lo conocía de toda la vida.

No estaba del todo segura de que me agradara tal sensación... o tal vez lo que pasaba era que me gustaba demasiado.

Él se detuvo delante de nosotras, y yo me dije que tenía que mantener la compostura. No era el tipo de mujer que se ponía nerviosa en presencia de un hombre guapísimo. O al menos no lo había sido hasta hacía un par de minutos.

Mientras me miraba, su sensual boca esbozó la sonrisa típica de un hombre a punto de probar algo delicioso... y ese algo era yo. Me estremecí, pues el cosquilleo que invadió mi cuerpo a causa del inesperado pensamiento me pilló por sorpresa, aunque no podía negar que me gustaba.

Me supuso un esfuerzo enorme, pero erguí los hombros y lo miré a los ojos con serenidad, decidida a recuperar al menos un mínimo de control.

—Sloane te estaba buscando —lo informó Kat—. Dice que querrás hablar con ella.

—¿En serio? —Su atención se mantuvo fija en mi cara, y por un momento pensé que si me acercaba me ahogaría en aquellos ojos líquidos—. Qué curioso —repuso—. Es justo la mujer que andaba buscando.

Es justo la mujer que andaba buscando.»

Sus palabras me envolvieron, tan seductoras como una caricia, y el control al que me había estado aferrando voló como un diente de león recién soplado.

Sin embargo ese momento de debilidad pasó deprisa, ahuyentado por los años de adiestramiento policial y el cinismo, profundamente arraigado, con el que había vivido desde la infancia. Tyler Sharp era un embaucador y un mujeriego, y sabía Dios qué más. Sabía cómo halagar a las personas. Sabía seducir. Sabía cómo hacer que una mujer se sintiera especial, fascinada y, sí, un poquito cachonda. Pero era del todo imposible que me hubiera estado buscando a mí de verdad. Llevaba semanas fuera de la ciudad, y yo estaba al corriente de que acababa de regresar esa misma tarde. Así que no. Yo no estaba en su radar.

Me dije que eso era algo bueno. Si Tyler Sharp iba a mirarme, quería que viera solo lo que yo estaba dispuesta a revelar.

Como en respuesta a mis pensamientos, bajó la mirada y me dio un repaso, comenzando por las uñas de los pies, recién pintadas de rosa, y ascendiendo por mi cuerpo tan despacio que tuve que echar mano de toda mi autodisciplina para no ponerme a temblar. Cuando sus ojos alcanzaron los míos una vez más, casi ahogué un grito al ver el pícaro fuego bajo aquel vívido azul ártico. Una llama salvaje y penetrante que poseía el poder de reducir a cenizas mi tapadera y dejarme desnuda, con todos mis secretos al descubierto para él.

La idea debería haberme enfurecido. Como mínimo debería haberme preocupado.

En cambio, me excitó.

«No estás en tu elemento, Sloane. Márchate. Márchate, céntrate e inicia la operación mañana.»

Un buen consejo, en realidad. Y ¿por qué no iba a serlo? A fin de

cuentas, era una policía cojonuda.

Al parecer también era tonta de remate, porque no tenía intención de alejarme. No estaba del todo segura de si me quedaba por la misión o por aquel hombre, pero me dije que daba igual, que el estremecimiento de placer sensual que sentía en la parte baja del vientre no era una debilidad, sino una ventaja. Después de todo, se trataba de una seducción. Un poco de atracción entre nosotros haría que el trabajo resultara más fácil. Y si la atracción era enorme, entonces el trabajo resultaría más divertido.

Pese a todo debía dar las gracias a Tyler Sharp o a mis hormonas. Porque mi reacción a él me recordó que tenía que andarme con cuidado. Tyler Sharp era de los peligrosos, y aunque él no lo supiera aún, estábamos enzarzados en una violenta batalla. Una batalla que tenía intención de ganar... aunque eso significara haber de jugar sucio.

Kat, que seguía a mi lado, cambió el peso de un pie a otro. El movimiento captó mi atención, y al volverme vi que estaba observando a Tyler.

Él le hizo un gesto con la cabeza apenas perceptible y ella se aclaró la garganta.

—Uh, sí, bueno, me voy corriendo a buscar a Lina, y a darle a ella y a Evan otro abrazo. He de cumplir con mis deberes de pseudoanfitriona. Puede que hasta cure el cáncer y resuelva el problema de la paz en el mundo. Espero que os las arregléis sin mí.

—Creo que nos las apañaremos —dijo Tyler—. Prometo cuidar bien de Sloane.

—Sí —replicó Kat—. No me cabe duda de que lo harás. —Me guiñó un ojo y luego se fue moviendo el esqueleto.

Vi cómo la multitud la engullía, agradecida por disponer de un momento para recobrar la compostura. Cuando me volví de nuevo hacia Tyler, comprobé que él no había aprovechado la oportunidad. Todavía estaba centrado por completo en mí.

—Solos al fin —dijo.

Cambié el peso de un pie a otro; no me gustaba nada lo nerviosa que me ponía ese hombre. Por Dios bendito, era detective de policía. Me zampaba sospechosos para desayunar, y mis dotes como poli malo en un

interrogatorio eran dignas de un Oscar. Pero nunca había trabajado como agente encubierto, y de repente sentí un enorme respeto por mis colegas, que se ponían la máscara y guardaban sus secretos bajo siete llaves.

Pero claro, yo no era ajena a las máscaras ni a los secretos. Podía hacerlo. Y como si quisiera demostrármelo a mí misma, levanté la mirada hacia él con los ojos entornados, esperando que el efecto fuera tan sexy como yo imaginaba.

—¿Debería estar nerviosa? Un hombre como usted me anda buscando.

—¿Un hombre como yo? —replicó con voz grave. Seductora—. Qué interesante. Dígame, ¿cómo soy?

Me acerqué a él, levanté la mano como si fuera a tocarlo y luego la aparté con una expresión un tanto avergonzada.

—Tentador —declaré, y aunque la palabra era premeditada, también era cierta.

—¿En serio? —Miró mis manos de manera explícita—. ¿Y eso la pone nerviosa?

—¿Eso? No. —Tomé aliento mientras pensaba en mi siguiente paso y, como en el ajedrez, adónde me conduciría darlo—. Se me da muy bien resistirme a la tentación.

—¿De veras? —Se arrimó; su boca estaba tan cerca de mi oreja que sentí su aliento en mi cabello—. A mí no. Por lo que a mí respecta, sucumbir a la tentación es uno de los pocos placeres genuinos de la vida.

«Ay, Dios mío.» Una ardiente espiral de deseo me atravesó, haciendo que mi piel se calentara y que las rodillas se me aflojaran.

Si se percató de mi reacción, no dijo nada. Pero comenzó a caminar despacio a mi alrededor, como si contemplara una escultura en un museo.

Yo también empecé a hacer lo mismo, siguiendo sus movimientos.

—No —dijo. El tono imperioso de su voz era innegable—. Quédate quieta. Mira al frente.

Me detuve, vacilé y luego volví la cabeza para mirar hacia la fiesta, a la gente que se movía con suavidad, ataviada con vestidos bonitos y trajes elegantes. Luciendo sonrisa, riendo y sin más preocupación que la calidad del vino y el ritmo de la música en directo.

Me dije que mi obediencia era tan solo parte del juego; él era un hombre que deseaba tener el control; yo era la mujer que se rendía a su hechizo.

Pero era más que eso, y lo sabía a la perfección. Ese aleteo que sentía en el vientre no era la excitación de la cacería, sino la anticipación de su contacto.

«Sí, Tyler Sharp es peligroso.»

Él estaba detrás de mí, y aunque ya no podía verlo, sentía su presencia con la firmeza y la suavidad de un beso. El aliento se me quedó atascado en el pecho, y me di cuenta de que estaba esperando el roce de las yemas de sus dedos en mi nuca, luego su mano en mi espalda desnuda, que quedaba al descubierto gracias al cuello halter de mi vestido.

Pero el contacto no llegaba... y mi respiración era laboriosa.

Cuando habló, lo hizo en voz baja, como si de haberla alzado demasiado se hubiera roto el hechizo.

—Eres un enigma, señorita...

—O'Dell —susurré.

Él estaba ahí mismo, pero yo no podía verlo. Solo podía aspirar su olor, fresco y amaderado, como un bosque después de la lluvia. Sexy, seductor e innegablemente masculino.

—Sloane O'Dell —dijo—. Me gusta.

—Y a mí me gusta cómo lo dices. —Mantuve la voz baja y provocativa.

—¿En serio? —preguntó cuando terminó de rodearme—. Me alegra mucho saberlo.

Lo miré, miré aquel rostro perfecto y sentí que mis dedos se crispaban por el deseo de tocarlo, un deseo que aumentaba porque advertía que era recíproco. Tyler Sharp también me deseaba. Quizá me estuviera provocando, quizá estuviera jugando conmigo. Tal vez tuviera un plan oculto. No lo sabía. Pero mi mundo giraba en torno a la vista; ver a la gente, ver pruebas, ver la verdad. Y veía la verdad en la forma en que las pupilas de Tyler se dilataban. En el ligero rubor de su piel. En su pulso, que le palpitaba en el cuello con demasiada rapidez.

Sí, él me deseaba. Y sin embargo era innegable que también estaba jugando conmigo. Estábamos enzarzados en un juego, y aunque lo había

empezado yo, no podía afirmar que comprendiera las reglas por completo.

Me sentía desconectaba y un poco fuera de control. Pero al mismo tiempo me sentía más viva de lo que me había sentido en mucho tiempo.

Conseguí recobrar la serenidad con cierto esfuerzo.

—No me has dicho por qué me estabas buscando.

—No. No lo he hecho.

No pude evitar sonreír. Adiós al ajedrez; eso era mucho más divertido.

—¿Se supone que tengo que adivinarlo?

En vez de responder, Tyler se limitó a esbozar una sonrisa. Lenta, espontánea y plagada de promesas morbosas.

—Sloane —dijo.

Solo una palabra. Solo un nombre. Pero era mi nombre, y parecía rezumar miel. Deseé saborearlo. Saborearlo a él.

Un estremecimiento recorrió mi espalda. Sentía calor en la parte interna de los muslos y los pechos se apretaban contra el corpiño de mi vestido. Habían pasado años desde que había reaccionado así ante un hombre. Tal vez fuera tan peligroso como el que más, pero eso era parte de lo que hacía mi trabajo tan emocionante; cuanto más peligrosa fuera la presa, mayor la excitación.

Tyler dio un paso adelante y yo di un paso atrás, y luego otro más, solo porque quería aclararme las ideas. Me di cuenta demasiado tarde de que me había acorralado contra la columna. Quizá había estado intentado escapar, pero no tenía adónde ir, mucho menos cuando Tyler se arrimó y apoyó la palma de la mano en la columna, justo por encima de mi hombro. Estaba ahí, delante de mí, tan cerca que podía sentir el aire cargándose de tensión.

—Tyler. —Mi voz era queda, apenas un susurro—. No creo que...

—No. —Me interrumpió—. No pienses. Espera. Cierra los ojos.

Reprimí las ganas de protestar; a fin de cuentas eso era lo que deseaba. Acercarme a aquel hombre. Caldear las cosas y ver hasta dónde podíamos llegar. Por mucho que me sintiera fuera de control, tenía que recordar que se trataba de mi juego, y aunque él pudiera apuntarse unos cuantos tantos,

era yo quien había inventado las reglas.

—Buena chica —me dijo cuando dejé que mis ojos se cerraran.

Me concentré en respirar, tratando de ignorar que el vello de los brazos se me erizaba; una reacción a la electricidad que en ese momento se arremolinaba en los escasos centímetros que aún nos separaban. Ahuecó su mano libre sobre mi mandíbula para luego acariciarme con suavidad la mejilla con el pulgar. «Va a besarme.»

Mi mente era un torbellino; me debatía entre la excitación y la sorpresa. Él era una herramienta, un sospechoso, un delincuente. Aun así, deseaba aquello, y no porque la seducción fuera mi meta final.

Simplemente deseaba a ese hombre. Joder, lo deseaba con todo mi ser.

Sentí el roce de sus labios en la oreja mientras me hablaba. Su voz era tan suave y sensual como el beso que esperaba, pero sus palabras fueron como una bofetada.

—No deberías estar aquí.

Se me heló la sangre en las venas y me quedé de piedra.

«Me ha descubierto. Joder, ¿cómo coño me ha descubierto?»

Pero no. El «cómo» no era importante. Ahora se trataba de negarlo todo y hacer control de daños.

Me permití un solo segundo para refrenar mi temor. Dejé que la confusión tiñera mi expresión —lo cual no fue difícil, dadas las circunstancias— y después abrí los ojos. Él había retrocedido, y me enfrenté a su mirada con valentía. Esperaba ver ira y reproche en su cara. En cambio, vi tibieza.

—Yo... —Cerré la boca y me recompuse—. ¿De qué estás hablando?

—No deberías estar aquí escondida. —Hablabas con sencillez, en apariencia ajeno a mi turbación—. Deberías ser el centro de atención. ¿Ves ese arreglo floral? —preguntó, señalando hacia el impresionante arreglo de flores que dominaba el centro del Palm Court—. Tú destacas mil veces más.

Era una frase nada original, nada digna de ese hombre. Pensé en decírselo, pero considerando que mi objetivo era acercarme a él, insultarlo no debería ser mi siguiente paso. Para ser sincera, estaba tan aturullada que

no estaba segura de cuál tenía que ser mi siguiente paso. Solo sabía que me había puesto a la defensiva y que tenía que dejar de estarlo antes de que él se percatara.

Necesité cierta concentración, pero conseguí esbozar una sonrisa tímida.

—Eres muy dulce —le dije—. Y me siento muy halagada.

Tyler guardó silencio durante un instante, pero vi el brillo inquisitivo en sus ojos, junto con la manera en que ladeó ligeramente la cabeza, como si estuviera examinando algo curioso.

—No —repuso al fin—. No creo que te sientas en absoluto halagada.

—Perdona, ¿cómo dices? —No pude evitar que mi mal genio se trasluciera en mi voz, pero estaba dirigido hacia mí, no hacia él. Debería haber apostado por el descaro en lugar de por el recato. Debería haber avanzado en vez de retroceder.

Había cometido un error de cálculo. Y no me gustaba perder.

—No me pareces la clase de mujer que necesita palabras bonitas ni halagos. Creo que prefieres un enfoque más directo.

Una vez más, redujo la distancia que nos separaba. Una vez más, el aire se cargó de un creciente ardor, en esa ocasión alimentado por la clase de peligro que tenía la capacidad de estallar en llamas.

—¿Es eso lo que piensas?

—Es lo que sé. Es quien eres. —Me agarró la muñeca; el impacto de su contacto acalló mi mentira—. Dime por qué me buscabas, Sloane. Dímelo sin más.

Tomé aire para ganar tiempo mientras sopesaba mis opciones y consideraba cómo combinar la verdad con mentiras.

—Te he visto —repuse por fin—. En la televisión, en las revistas, en los periódicos. Parecías poderoso y un poco enigmático.

—Siempre es bueno tener a la prensa y al público en suspenso. Eso incrementa el misterio.

—¿Ah, sí? Bueno, supongo que ha funcionado. He pensado en ti, Tyler Sharp. No podía apartarte de mi cabeza. Y decidí que tenía que acercarme a ti. Tenía que saber si el hombre de carne y hueso era tan interesante en

persona como lo era en mis fantasías. —Lo miré a los ojos, asegurándome de que él podía advertir el deseo en los míos—. Quería acercarme. Quería ver si eras la clase de hombre que quería en mi cama.

—¿Y bien?

—Ahora ya te conozco —dije mientras liberaba mi brazo. Pero mi sonrisa fue pausada, espontánea y provocativa.

Y lanzado aquel anzuelo, me alejé de él muy despacio.

Conseguí mantener la espalda erguida e imprimí un pequeño contoneo a mis caderas mientras cruzaba el salón de baile en dirección al aseo de señoras. No pensaba darme la vuelta para mirar, pero supuse que Tyler me miraba, así que no podía titubear. No entonces. No después de correr el tipo de riesgo que acababa de correr.

Sin embargo, en cuanto atravesé la puerta del aseo corrí al compartimento más cercano y me encerré en él. Al igual que todo lo demás en el hotel Drake, incluso el baño era elegante, y mi pequeño cubículo distaba mucho de ser como los demás. En lugar de alojar un sencillo retrete, había en él un tocador de mármol, un lavabo y un taburete tapizado, en el que me dejé caer con agradecimiento. Apoyé los hombros en la encimera, contemplé mi reflejo y exhalé un suspiro.

—O ha sido un movimiento brillante o una completa locura —dije en voz alta, pero la chica del espejo no abrió la boca, y no puedo culparla.

Su siempre pálida piel parecía resplandecer, y el rubor fruto de la excitación que teñía sus mejillas resaltaba más las pecas. La mata de rizado cabello pelirrojo, el otro legado de su herencia irlandesa, se había soltado del enmarañado moño que se había sujetado con un par de palitos decorativos en lo alto de la cabeza y algunos mechones le enmarcaban el rostro de forma muy coqueta.

Teniendo en cuenta que el resultado de la operación seguía estando abierto, parecía demasiado confiada, demasiado excitada. Como si estuviera emprendiendo una gran aventura.

—Idiota —le dije a la chica, a mí misma, mientras echaba un vistazo a mi reloj, calculando cuánto debía esperar antes de volver al salón de baile.

Había arrojado un guante única y exclusivamente porque Tyler era la clase de tío que necesitaba un desafío, pero si estaba ausente demasiado tiempo mi plan quizá se fuera al traste. Otra mujer podría acabar en brazos de Tyler. Cabía la posibilidad de que él optara por resignarse y largarse, pensando que yo requería un esfuerzo excesivo.

Vale. Ya había dejado pasar tiempo suficiente desde que arrojara el guante. Había llegado la hora de regresar al juego.

Salí a toda prisa del cubículo, abrí la puerta del aseo de señoras y, acto seguido, me dirigí al salón de baile. Recorrí la estancia con la vista en busca de la cara de Tyler, pero no había ni rastro de él.

«Maldita sea.»

Francamente, tendría que habérmelo imaginado. A fin de cuentas, nada es nunca tan fácil como debería ser.

No me van las fiestas. Tampoco la charla trivial. Y mi cálida y confortable columna estaba al fondo del salón. Me encaminaba hacia allí, cuando lo vi en medio de un pequeño enjambre de mujeres. Me estremecí cuando una rubia con unas tetas de infarto y un escote abocado a provocar un accidente de tráfico se echó a reír con ganas y deslizó el brazo alrededor de la cintura de Tyler, apoyándose contra él como si de no hacerlo fuera a verse arrollada por su ingenio.

La sonrisa de Tyler se ensanchó, y dijo algo que no pude oír. Todas las féminas de ese círculo estaban cautivadas por él y, para ser sincera, me sorprendía que todos los presentes en la habitación no se volvieran para mirarlo, atraídos por su serenidad y su sonrisa afable. En aquel momento estuve segura de que cuanto Kevin me había contado sobre estafas y timos era cierto; Tyler tenía el aspecto, el encanto... todo lo necesario para seducir, robar y embaucar mientras la víctima le entregaba de buen grado cuanto él le pidiera. No debería extrañarme. Me había desposeído de mi tranquilidad sin el menor esfuerzo.

Mientras observaba, Tyler ladeó la cabeza, como si hubiera oído algo, y sus ojos recorrieron el salón de manera pausada. Pero no fue algo casual que se toparan conmigo. De hecho, fue una colisión, y yo me tambaleé a causa de la fuerza del impacto.

Ahí estaba yo, con las piernas temblorosas, pero incapaz de apartar la mirada de él. Los ojos que solo momentos antes mostraban un tono azul turquesa, ahora centelleaban con intensidad; una violenta llama más que dispuesta a devorarme.

Pude ver que su cuerpo se ponía rígido, que sus músculos se tensaban, como si fuera un animal salvaje a punto de saltar. El hambre que reflejaba

su cara era inconfundible, y se me aceleró el corazón mientras luchaba contra el repentino impulso de salir pitando.

«Vete —pensé como una tonta—. ¿No sabes que tú eres la presa?»

Quizá lo fuera, pero no podía apartar la mirada. Estaba atrapada, paralizada por una simple mirada. Y supe en aquel momento que si él hubiera querido destruirme, de buena gana le habría dejado que me aniquilara.

Y entonces se terminó.

Él se dio la vuelta despacio y susurró algo al oído a la rubia. Ella rió, con un sonido estridente y chirriante. Era una suerte que hubiera dejado mi arma en la guantera, porque tenía ganas de pegar unos cuantos tiros. Fuera como fuese, tuve que echar mano de toda mi autodisciplina para no acercarme con paso airado y ver si con mejor puñetazo conseguía reventarle esa frente rellena de botox.

«¡Mierda!»

Se suponía que no era yo quien tenía que estar tan cabreada. Todo lo contrario; había estado intentado provocarlo a él.

Al parecer, mi plan se me había vuelto en contra.

«¡Mierda y más mierda!»

Haciendo un gran esfuerzo conseguí mover los pies. Como no se me ocurría una opción mejor, fui a la barra, imaginando que una copa de vino me ayudaría a pensar o a calmar mi orgullo herido. Sin embargo, me distrajo el hombre alto y canoso que venía directamente hacia mí. Él abrió la boca para decirme algo, pero negué con la cabeza y proseguí mi camino hacia la barra. Aun así, aquel tipo se sentó a mi lado un momento después de que el camarero me hubiera servido una copa de merlot y se pidió una cerveza.

—Bonita fiesta —dijo—. ¿Conoces al novio?

—Un poco —respondí—. ¿Y tú?

—Podría decirse así. —Me tendió la mano para que se la estrechara—. Soy Tom Cray —se presentó, lo cual era innecesario, ya que conocía a Tom casi de toda la vida.

Había trabajado a las órdenes de mi padre en la sede del FBI en

Indianápolis antes de mudarse a Chicago. Le había llamado cuando llegué a la ciudad hacía dos días, pero por lo visto había progresado y ahora se encontraba entre los peces gordos en Washington.

—Sloane O’Dell —le dije, y vi entendimiento en su mirada.

Habíamos estado moviéndonos mientras hablábamos, alejándonos con naturalidad de la barra, del resto de la gente y de oídos curiosos.

—Estás trabajando —apuntó.

Sus palabras me recordaron que no estaba en Chicago para que un tío me dejara hecha un manojo de nervios. Estaba allí para encontrar a Amy, y tenía que volver a controlar mis hormonas.

—No de forma oficial. La amiga de una de mis informadoras ha desaparecido. Como estoy de baja médica, se me ha ocurrido echarle un cable.

—¿Baja médica? —preguntó con preocupación paternal.

—No hay daños permanentes —declaré, llevándome enseguida la mano a la cadera izquierda—. Me pegaron un tiro, pero está curando bien. Me duele un poco al final de un día largo, pero puedo soportarlo.

En ese momento me dolía, y las ridículas sandalias que me había puesto para el fiestorro no ayudaban nada. Aunque no compartí esa información de moda con Tom.

—¿Y tu compañero? Hernández se llama, ¿verdad?

—No me acordaba de que os conocíais. El muy capullo me ha dejado tirada —repliqué, aunque con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Por fin se ha jubilado?

—A Meredith le dio un síncope cuando me dispararon —expliqué, refiriéndome a la esposa de mi compañero—. Dijo que yo era joven y que podía con ello, pero que a su edad, su marido estaría en cama, incapacitado o puede que incluso muerto si pillaba una de esas bacterias asesinas que, según los periódicos, infestan los hospitales. Meredith se preocupa por todo y es una hipocondríaca. Lo cual no es nada recomendable para la esposa de un poli. Pero él estaba listo. Se mudaron a Wisconsin, a una antigua casa victoriana que Meredith heredó hace unos años. Se la quedaron para alquilarla, pero creo que Hernández piensa invertir mucho

tiempo en repararla. —Me encogí de hombros—. Yo me volvería loca, pero creo que él está más que contento con el plan.

—¿Y quién ocupa su lugar?

—Nadie aún. El capitán dice que me asignará a alguien cuando reciba el alta médica.

Se le formaron unas arruguitas en las comisuras de los ojos.

—Y ya veo que estás haciendo todo lo que puedes por descansar y recuperarte.

Puse los ojos en blanco.

—Puñeteros médicos. Estoy perfectamente, pero se empeñan en que siga de baja otros diez días. Así que estoy currando de manera extraoficial.

Tom echó un vistazo al atestado salón.

—¿Crees que la chica desaparecida podría estar escondiéndose entre elegantes vestidos y botellas de champán?

—Por desgracia no me lo está poniendo tan fácil. Era bailarina exótica —agregué, y cuando los ojos de Tom Cray se desviaron hacia Evan Black, comprendí que entendía la conexión.

—¿Piensas que los Tres Caballeros Guardianes podrían saber algo sobre su desaparición?

—¿Te refieres a Black, Sharp y August? Sí, puede. Ellos o alguien que trabaja en el club Destiny. Como mínimo es un punto de partida. —Miré a Tyler, al fondo del salón—. ¿Los has llamado los Tres Caballeros Guardianes?

Tom se metió las manos en los bolsillos.

—Según tengo entendido, Howard Jahn les puso ese apodo y se les ha quedado. Supongo que estás familiarizada con Jahn, ¿no?

—Claro.

No era ningún secreto que el difunto Howard Jahn, uno de los empresarios más venerados de Chicago, había sido el mentor de Tyler Sharp, Cole August y Evan Black. De hecho, esa relación era otra de las cosas que me habían hecho albergar dudas sobre las sospechas de Kevin concernientes a aquellos tres hombres. Había hecho mis pesquisas y

Howard Jahn tenía un historial imaculado y había dejado un impresionante legado, que incluía una fundación benéfica y una cátedra patrocinada en la facultad de Administración de Empresas de Northwestern. Si Sharp, August y Black estaban tan sucios como decía Kevin, ¿de verdad Jahn se habría relacionado con ellos?

No lo sabía. Pero tenía intención de averiguarlo.

—Así que por eso estoy aquí —dije a Tom—. ¿Cuál es tu historia? ¿Está pasando algo que yo debería saber?

—Estoy aquí de manera totalmente extraoficial. Conozco al padre de Angelina, el senador, desde hace años, y la traté un poco cuando salía con Kevin. Incluso conozco al novio. Lo conocí hace unos meses a través de un asunto del cuerpo especial.

—Espera, retrocede. ¿Te refieres a Kevin Warner? ¿Salió con Angelina? ¿Por qué no está aquí?

—No fue una ruptura amistosa. Creo que a Angelina no le sentó bien que tratara de pillar a su prometido por infringir la ley Mann.

—Ya me imagino —repuse mientras la ira crecía en mis entrañas. Me esforcé cuanto pude para mantener una expresión serena y un tono despreocupado—. Tengo una pregunta para ti; a lo mejor no puedes decirme mucho, pero ¿hasta qué punto crees que están sucios esos tres hombres? Sé que les concedieron inmunidad para las infracciones de la ley Mann cuando esa operación encubierta del cuerpo especial se fue al garete, pero...

—¿Mi teoría? Normalmente soy de los que creen que cuando hay humo es porque hay fuego —me dijo, dando voz a mis pensamientos sobre la culpabilidad y los tratos de inmunidad—. Pero hay algo que me plantea dudas sobre esos tres, y es el senador Raine.

—¿Qué quieres decir?

—Fue quien supervisó el cuerpo especial de la ley Mann, así que imagino que sabe más que nadie sobre esos hombres, al menos en lo que respecta a las acusaciones por trata de blancas. Me parece que debe de pensar que están limpios. De lo contrario —agregó, gesticulando con la cabeza en dirección a Angelina—, dudo mucho que este matrimonio se llevara a cabo.

Tom tenía razón.

—Kevin parece convencido de que se están librando de todo tipo de mierda.

Mi colega frunció los labios.

—Puede que Kevin tenga sus propios intereses —adujo—. De todas formas creo que es justo pensar que esos chicos pueden haber jugado en el lado oscuro una o dos veces. Pero yo no te he dicho nada.

—¿No me has dicho qué? —pregunté con inocencia mientras trataba de ordenar mis pensamientos. No sabía cuál era el plan oculto de Kevin, pero estaba segura de que lo tenía, y no pensaba dejar que me utilizara a mí como herramienta.

—Voy a saludar a la novia —dijo Tom—. Solo estaré hoy en la ciudad, pero si necesitas cualquier cosa, no dudes en llamar a mi despacho en Washington.

—Te lo agradezco —le dije, aunque he de reconocer que un poco distraída. Por el repentino ataque de ira contra Kevin y por mi ineptitud a la hora de aprovechar ese deseo que había visto arder en los ojos de Tyler.

Lo que quería hacer era apartar a esa tía buena sin cerebro de un empujón y ocupar su lugar al lado de Tyler. Pero aunque pudiera conseguirlo sin que me arañara la cara en una pelea de gatas, ese no era el camino que me convenía tomar. En ese preciso instante tenía el control. Si sucumbía al deseo e iba a él perdería esa ventaja.

No, quería que él viniera a mí. Solo que no estaba segura de cómo seducirlo para que lo hiciera.

Y entonces se me ocurrió.

—¡Tom! —exclamé—. ¡Señor Cray! —Él solo se había alejado unos pasos, y se dio la vuelta, con el ceño fruncido de forma inquisitiva—. Ya que lo mencionas, sí hay una cosa que puedes hacer por mí ahora mismo.

Treinta minutos más tarde estaba en la pista de baile en brazos de Murray Donovan, un reportero que casualmente Tom sabía que había molestado a las chicas del club Destiny y cabreado a los Tres Caballeros Guardianes. Teniendo en cuenta todo lo que Kevin me había contado, eso hacía de Murray un hombre muy valiente o un imbécil integral por estar allí esa noche.

Por imbécil que pudiera ser, era perfecto para mis propósitos.

En realidad, era el segundo tío que había buscado de la lista de posibles de Tom. El primero era un corredor de bienes raíces llamado Reggie, de quien me libré después de tan solo cinco minutos. Bailaba demasiado pegado a mí en la pista y, francamente, no sabía qué era más molesto: su aliento, en el que se mezclaba la cerveza, el entrecot y los espárragos que sin duda había degustado del bufé, o que me pellizcara el culo.

Al menos Murray no era de los que pellizcaban. Pero aun esa pequeña bendición se esfumó bajo el peso de sus fatuos e inoportunos comentarios acerca de las mujeres en general y de las chicas del club Destiny en particular.

—Solo digo que para mí no tiene ningún sentido —declaró, refiriéndose a que las chicas no solo habían repelido su asedio repetido para que le concedieran entrevistas, sino que además habían implicado a los Tres Caballeros Guardianes para que pusieran fin al acoso.

—Puede que a las chicas no les interesara aparecer en un artículo de una revista.

—Menuda gilipollez. El artículo les habría reportado cierta atención. Puede que las hubiera sacado de esa mierda de vida. ¿Y qué mujer no querría salir en una revista de ámbito nacional?

—Yo misma —repuse.

Erguí la espalda al oír el comentario de Murray sobre la «mierda» de vida. En mi primer año como detective de policía encerré a un violador

cuyas víctimas eran bailarinas exóticas. Fue entonces cuando conocí a Candy. Ella no era una víctima, pero había estado bailando dos de las noches en las que se habían producido los ataques; además, tenía muy buen ojo, una memoria excelente para las caras y la costumbre de escuchar con disimulo a la clientela.

Al igual que algunas otras bailarinas del club, era madre soltera joven y había dejado el instituto. Estaba criando a un hijo, estudiaba para sacarse su título de secundaria y se dejaba la piel para labrarse una buena vida.

El trabajo era estable, pagaba las facturas y aún tenía tiempo para estudiar y estar con su pequeñín. En los últimos tres años había obtenido su título, para enseguida comenzar empresariales en el centro de estudios superiores. Había pasado de la pista de baile a la gerencia, y se había prometido con un camarero a quien había echado el ojo ya el primer día en que este entró a trabajar, por no mencionar que estaba felizmente embarazada de su segundo hijo. Había ansiado labrarse una vida para sí, una buena vida, y ese trabajo había sido el centro de todo.

Claro que existían clubes que trataban a las chicas como si fueran una mierda y peor aún a los clientes, y que llevaban a cabo algunas operaciones extra, lucrativas aunque ilegales, en la trastienda. Pero no era ahí donde Candy trabajaba ni tampoco lo que quería. Era una bailarina que soñaba con tener su propio club, y ni en un millón de años habría accedido a ser el centro de un artículo que insinuara que el club era sórdido o que estaba luchando por salir del lodo. No era más que una mujer que hacía lo que podía por su hijo y por ella misma, y yo la respetaba mucho por ello. Al parecer, Murray Donovan no.

—Yo no querría tener nada que ver con un artículo como ese —repetí para dejar bien clara mi opinión.

—Joder, no, claro que no. Eso lo sé solo con mirarte. Tienes demasiada clase —agregó, cabreándose aún más—. ¿A qué te dedicas, nena?

—Tengo la costumbre de romperles la nariz a los gilipollas que me llaman «nena».

Él soltó un bufido.

—A eso me refiero. Tienes demasiadas agallas, demasiada fuerza para prostituirte de esa forma —replicó. Con toda franqueza, eso de romperle la

nariz a los gilipollas me parecía cada vez mejor—. Venga, en serio. ¿A qué te dedicas?

—Trabajo para el gobierno.

—Bueno, ahí lo tienes —dijo, con esa voz que insinuaba que acaba de corroborar la teoría de la gravedad—. Íntegra. Respetable. Con un trabajo honrado. Tú no aceptarías un empleo en el que tuvieras que servir copas con las tetas al aire o deslizarte por una barra.

—¿No? —Mi voz era glacial. Mi mirada lo era aún más.

—¿Lo harías?

—Es mi cuerpo, y si puedo ganar más en un turno de cuatro horas bailando en una barra que trabajando ocho horas detrás de un mostrador, ¿por qué no? Sobre todo si estuviera sacándome el graduado o tuviera un crío que alimentar.

—Qué va, solo quieres llevarme la contraria. Me gusta eso en una mujer.

«¡Ay, santo Dios, que alguien me pegue un tiro ya!»

Recorrí la estancia con mirada impaciente, esperando ver a Tyler en un rincón, observándome, presto para acudir en mi auxilio. Sabía que nos había visto a Murray y a mí juntos porque le había pillado mirando en nuestra dirección cuando nos pusimos a bailar. Pero no había ni rastro de un caballero que viniera a rescatarme.

O Tyler Sharp tenía un autocontrol de cojones o simplemente le importaba una mierda.

Esperaba que fuera lo primero.

Padecí otros cinco minutos y luego me excusé para ir al aseo de señoras. No necesitaba utilizar el retrete, pero humedecí una toalla y me la apliqué sobre la nuca. Era un truco que tenía para serenarme. No puedo decir que estuviera funcionando en ese momento.

Aún de los nervios por mi desagradable rato con Murray, me dirigí afuera. Mi plan era irme a casa y reorganizarme por la mañana. En lugar de eso me tropecé con Reggie, el Pellizca Culos.

«¡Mierda!»

—Aquí estás —dijo, bañándome con el olor a cerveza rancia—. Creía

que te habías escapado.

—Yo también lo creía —repliqué con una sonrisa fría y afectada.

La gente reía, bailaba y se lo pasaba bien a mi alrededor. Y ahí estaba yo, atrapada en mi propia versión del infierno.

—¿Otro baile?

—No. Gracias, pero no.

Él se acercó más. Yo retrocedí.

—Creía que habíamos congeniado.

—En realidad no.

Reggie se echó a reír como si yo acabara de decir la cosa más graciosa del mundo, luego me rodeó la cintura con un brazo.

Me zafé.

—Cuidadito con esas manos, colega.

—Joder, eres preciosa.

—Te conviene apartarte —le dije, consiguiendo hablar a pesar de que estaba apretando los dientes.

—Lo que quiero es saborearte.

Cerré el puño.

—Joder...

—Yo haría lo que dice la dama.

«Tyler.»

Me libré de Pellizca Culos justo cuando Tyler lo apartaba de mí.

—Hablo en serio, Reggie —dijo Tyler. El encanto que había teñido su voz antes había desaparecido, reemplazado por una frialdad acerada.

—Yo... no sabía que estaba contigo, Tyler. En serio. Quiero decir que ella ha bailado conmigo y...

—Sloane comparte mi interés por las causas benéficas.

—¿Qué? —Reggie frunció el ceño—. Pero esto no es un evento benéfico y... —Cerró la boca de golpe; la ira y la ofensa se reflejaron en su cara—.

¿Soy yo la causa benéfica? Escucha bien, Sharp. No pienso...

—Sí —repuso con serenidad Tyler—. Te marchas. Y ahora mismo.

Reggie dirigió sus ojos hacia mí.

—Puedes conseguir algo mejor.

—¿Mejor que tú? Oh, eso sin duda.

Fue un golpe bajo, pero ese tipo era un capullo, y no sentí otra cosa que satisfacción cuando vi que un rubor furioso comenzaba a ascender por su cuello.

—Qué os den —dijo—. Sois tal para cual.

Tyler se volvió hacia mí, ignorando a Reggie, que se alejaba.

—Es la primera cosa que ha dicho ese tío que tiene sentido.

—Podría haberme deshecho de él yo sola.

—Te creo. —Bajó la mirada a mi mano, aún cerrada—. Pero pensé que a Angie no le habría hecho gracia que le dieras un puñetazo. Los hoteles elegantes como este cobran un extra por la limpieza cuando hay sangre de por medio.

Me eché a reír. Y también me relajé.

—Muy bien. Y supongo que debería darte las gracias por rescatarme. Aunque hayas tardado lo tuyo.

—¿Es una crítica?

Deslizó la mano alrededor de mi cintura, pero en vez de apartarme como había hecho con Reggie, tuve que esforzarme para no arrimarme más.

—Solo un comentario.

Me condujo a la pista de baile, luego comenzó a mecerse al ritmo lento de la música. Me sentí ligera, y las manos de Tyler eran lo único que me retenían.

—Me alegra saberlo —dijo—. De todas formas, imagino que he perdido parte de mi imagen de caballero.

—Un poco. —Mi voz sonó entrecortada, y tenía ganas de cerrar los ojos y derretirme a causa del calor que me generaba su palma presionada contra mi espalda desnuda.

Me había perdido en el torbellino de sensaciones y emociones, y me tambaleé a ciegas, tratando de hallar algún cabo que me devolviese a mi ser, pero fracasé estrepitosamente. No soy la clase de mujer que se deshace en los brazos de un hombre, pero en ese preciso instante me estaba deshaciendo. Y mi oscuro y aterrador secreto era que me gustaba como me sentía.

—Supongo que tendré que recuperarla.

Sus palabras, susurradas al oído, se deslizaron sobre mi piel como una corriente eléctrica. No eran más que sonidos, sin ningún significado adjunto. Solo el timbre grave y sexy de su voz.

—¿Hum? —pregunté como una tonta—. ¿Recuperar el qué?

Él rió entre dientes, como si supiera a la perfección que era la causa de mi confusión.

—La caballerosidad. Has dicho que había perdido parte de mi imagen.

—Oh. Cierto. —Conseguí recobrar la compostura, luego levanté la cabeza para mirarlo. Vi deseo tras el fuego azul de sus ojos, y me envolví en él, deleitándome con su tibieza—. Supongo que lo harás. Quiero decir que ¿qué es un caballero si su caballerosa reputación?

—Que conste que merecía la pena con tal de dejar clara una cosa.

—¿Qué cosa?

Su expresión cambió, y una vez más me sentí atrapada en su mirada. Como si él no solo me deseara, sino que me hubiera reclamado para sí.

—No me ha gustado que te alejaras de mí. Y supongo que a ti no te ha gustado que yo me haya mantenido alejado.

—No —reconocí—. No me ha gustado.

Aparté la mirada de nuevo, pues no quería que él examinara mi cara tan de cerca. No porque estuviera mintiendo, sino porque había más verdad en mis palabras de lo que quería admitir.

Me acarició la espalda con ligereza mientras continuábamos moviéndonos por la pista de baile. Me apreté contra él y exhalé un suspiro; sentía calor y estaba casi derretida.

—Recuérdalo —señaló con suavidad—. Y no vuelvas a alejarte de mí.

La sensación de estar derritiéndome se esfumó cuando me detuve, luego me separé de él para poder mirarlo a la cara. A nuestro alrededor, otras parejas continuaron bailando, pero apenas reparé en ellas.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No —respondió sin más—. No te tomo el pelo. —Me atrajo de nuevo hacia él, y nos confundimos otra vez con las demás parejas de baile.

—Estás muy seguro de ti mismo.

—Mucho. ¿Qué pensabas? ¿Que alejándote ibas a excitarme? ¿Que conseguirías que te deseara más? —Su voz baja y suave me provocó escalofríos—. Pues te diré un secreto, Sloane. Ya te deseo más. Te vi y supe que serías mía.

Me humedecí los labios, aunque permanecí en silencio. En parte porque quería ver adónde iba él, pero también porque no estaba segura de poder hablar.

Tyler se detuvo en la pista, luego dio un paso atrás para poder mirarme a la cara.

—No sé a qué estás jugando, pero no me importa.

Yo negué con la cabeza.

—No estoy jugando.

—¿No? —Su mirada se demoró en mi rostro, y tuve que reprimir las ganas de darme la vuelta, temiendo que él viera la verdad en mis ojos—. Es una pena —repuso—. Porque yo sí. Empecé a jugar en cuanto te vi.

Tragué saliva, ya que no estaba segura de si debía huir o envolverme en sus brazos.

—No lo entiendo.

—Sí —replicó—. Creo que sí lo entiendes. —Y aunque su sonrisa era cálida, vi deseo y peligro en sus ojos—. Tú eres el premio, Sloane. Y voy a ganarlo.

—¿Yo?

—Tú —repitió. Se arrimó, y el aire pareció crepitar por la intensidad de mi deseo—. ¿Eso te excita, Sloane? ¿Saber que te deseo? ¿Que vas a ser mía?

—Sí. —Mi voz era suave. Entrecortada. El corazón me latía de forma irregular, y aunque comprendía que yo había vencido, no era una sensación de triunfo lo que recorría mis venas, sino calor. Un calor descarnado, primitivo, que jamás había experimentado pero que no podía negar que me gustaba—. Dios mío, sí.

Tyler me atrajo contra él de nuevo, colocando sus manos en mi cintura para luego ascender despacio hasta rozar la elevación de mis pechos. Inspiré de manera entrecortada, y aunque deseaba cerrar los ojos sin más y dejar que la ola rompiera sobre mí, el pensamiento racional se impuso.

—Gente —susurré a modo de protesta—. Tyler, hay mucha gente.

—¿Te importa?

—Yo... Sí. Puede.

Sentí que me ardían las mejillas mientras él reía entre dientes.

—Muy bien. Ven conmigo. Dios, Sloane, ven conmigo ya. —Su voz sonaba tan descarnada como yo me sentía, y cuando me condujo al fondo de la habitación, sorteando a otros bailarines, yo lo seguí de buena gana. Deseosa. Y un poco mareada por el subidón de saber que mi plan iba a toda máquina, y que yo estaba a punto de disfrutar de los frutos de mi éxito.

Tyler me llevó a la parte trasera del restaurante y luego atravesamos una puerta oculta hacia un pasillo de servicio con paredes de hormigón, en el que vi mesas con ruedas a los lados, repletas de platos cubiertos. Caí en la cuenta de que se trataba de la zona de preparación para el bufé y el personal de servicio, aunque no tuve mucho tiempo para pensar en ello. Tyler me pegó contra la pared, empotrados entre dos mesas, y ahuecó sus manos sobre mis pechos.

Pellizcó con suavidad mis ya sensibilizados pezones, y una ráfaga de deseo se disparó desde mis pechos hasta mi sexo. Jadeé de placer justo cuando quería protestar, alegando que seguía habiendo gente alrededor. El personal de servicio. Unas cuantas camareras. Pero de alguna forma ya no me importaba. De alguna forma lo único que deseaba era su tacto.

—¿Te lo cuento? —me preguntó—. ¿Te cuento con exactitud qué es lo que deseo? ¿Qué es lo que voy a tomar de ti exactamente?

Tenía la boca pegada a mi oreja, tan cerca que podía sentir el roce de sus labios mientras sus palabras me excitaban. No quería sentirme embelesada,

no quería sentir que mi cuerpo se ablandaba de anhelo. Pero, joder, me estaba subyugando y pronto me ahogaría en la marea de sus palabras.

—¿Quieres que repase con íntimo detalle cómo voy a tocarte? ¿Cómo las yemas de mis dedos excitarán tus pezones? ¿Cómo mi lengua danzará sobre la curva de tu oreja? ¿Te mojarás al saber lo dura que se me ha puesto? ¿Cuánto deseo hundirme dentro de ti?

Dejé escapar un débil sonido. Creo que pretendía ser un sí.

Sus manos descendieron hasta mi cintura, deslizándose hacia atrás para ahuecarlas sobre mi trasero. Me pegó a él, colocando mi sexo contra su muslo y apretando con tanta fuerza que pude sentir la turgencia de su erección contra la parte baja de mi vientre. Estiré los brazos para sujetarme y encontré el borde de dos mesas de servir. Me aferré a ellas, desesperada por aguantar, pues sabía bien que si me soltaba, me derretiría y sería un charco en el suelo.

—Imagino que sabes a miel —murmuró Tyler—. Y cuando deslice mi lengua entre tus piernas, me perderé en tu dulzura. Quiero ver tu cara mientras el orgasmo crece dentro de ti. Quiero sentirte temblar debajo de mí. Y cuando por fin estalles, quiero estrecharte entre mis brazos y que mis besos te traigan de nuevo a la tierra.

Me estremecí, mi cuerpo ardía presa del deseo. Estaba excitada, sentía una dolorosa tensión en los pechos y en el sexo. Deseaba sentir su tacto, deseaba que hiciera todas aquellas cosas de las que hablaba.

Joder, simplemente deseaba.

Tomé aire. Una vez, dos veces. Tenía que recobrar la compostura, que ordenar mis pensamientos. Tenía que conservar al menos cierta ilusión de que no me había doblegado por completo sin más arma que las palabras.

—Uau. —Logré decir al fin—. No pierdes el tiempo, ¿verdad?

Él esbozó una sonrisa lenta y perezosa.

—Por lo que a mí respecta, el tiempo es demasiado valioso para malgastarlo. —Me acarició la mejilla, el cabello. Sus dedos se enredaban en mis rizos mientras jugueteaba y me acariciaba. Más y más fuerte; no tanto como para hacerme daño, pero sí lo suficiente para que ahogara un grito de sorpresa cuando tiró de mí para hacerme inclinar la cabeza hacia atrás y mirarme a los ojos. Había hielo en el azul de los suyos ahora. Una

tormenta fría e invernala, cuya gelidez alcanzaba también su voz—. Dime la verdad, Sloane. ¿Estás malgastando mi tiempo?

Sentía que la sangre corría por mis venas, el subidón llenando mi cabeza. No era miedo; no, en realidad. Aquello era excitación. Desafío. Y sí, un poco de frustración porque la victoria que había reclamado para mí con avidez al parecer había sido prematura.

—Suéltame —le dije, y mi voz se hacía eco del hielo de sus ojos—. No sé de qué me hablas.

Tyler me soltó el pelo y retrocedió. Yo aproveché mientras me erguía para calmar mis nervios. A pesar de que el corazón me latía desaforado, en aquel momento se trataba de parecer tranquila. Igual que en el interrogatorio de un sospechoso, no pensaba dejar que viera que me había sorprendido.

—Yo sé cuál es mi juego —me dijo—. Intento descubrir el tuyo.

—No estoy jugando a nada.

—Todo el mundo juega a algo. —En su voz no había una sola nota de humor. No dije nada. Ya lo había negado. Repetirme no me llevaría a ningún lado—. Mucha gente quiere un trozo de mí, Sloane. ¿Qué quieres tú? ¿Una presentación? ¿Un préstamo? Quiero saber por qué estás aquí. Quiero saber qué quieres.

Negué con la cabeza, despacio.

—No busco dinero, si eso es lo que piensas. Y ya te he dicho lo que quiero. Joder, tú mismo has dicho lo que quiero. —Me acerqué un paso, luego presioné la mano sobre su polla, con fuerza contra sus impecables pantalones. Observé su cara mientras lo tocaba, sin moverme, simplemente tocándolo—. «Quiero sentirte temblar debajo de mí.» Eso es lo que has dicho. Eso es lo que deseo yo también. Joder, Tyler, ¿no es evidente lo que quiero? ¿Por qué he venido aquí? Te deseo a ti.

Sentí que su polla se ponía dura contra mi mano. Él bajó la mirada, luego la clavó de nuevo en mí. Su cara era un compendio de duros planos y ángulos, como si luchara por conservar el control.

—No te muevas —me dijo—. Ni siquiera respires.

—Yo...

—No.

Me puso un dedo en los labios antes de descender. Sobre mi barbilla, por mi cuello hasta dibujar con delicadeza mi clavícula. Luego fue más abajo, excitando mi pezón con perezosos círculos mientras yo inspiraba y me mordía el labio para contener los gemidos de placer que deseaban escapar con desesperación.

Mi vestido tenía cuello halter, con dos triángulos de tela cosidos a la cintura, que ascendían para atarse al cuello. Tyler siguió la tela, deslizando el dedo bajo el lazo atado a la base de mi cuello.

—¿Lo desato? ¿Dejo que caiga? ¿Tomo con mi boca tu pecho desnudo ahora mismo, excito tu pezón entre los dientes? Dime la verdad, Sloane, ¿eso te pondría cachonda?

Yo tragué saliva. Tenía la boca más seca que la suela de un zapato. Pensé en el personal de servicio. En los teléfonos con cámara. En internet y en nuestra imagen, en su boca sobre mi pecho, mi cabeza inclinada hacia atrás y mis labios entreabiertos de placer. Pensé en ello y sentí la excitación en mis entrañas. Cómo mi sexo se contraía.

Pensé... y susurré la única respuesta que pude:

—Sí.

—Buena chica.

Su mano descendió, dejando intacto mi vestido.

Exhalé un suspiro de alivio, pero luego jadeé cuando él bajó por mi escote, deslizando la mano bajo la tela lo suficiente para que sus dedos me provocaran y el calor de su palma arrasara mi pecho.

—Tyler —gemí cuando apartó la mano; me quedé aferrada a las mesas a ambos lados de mí, porque estaba segura de que me caería si me soltaba.

—Chis —dijo, arrimándose más. Su mano me rodeó la cintura en busca de la cremallera trasera del vestido; me la bajó despacio—. No separes las piernas —me ordenó, deslizando la palma dentro de la prenda, sobre la parte baja de mi espalda, y acto seguido sobre la elevación de mi trasero.

Llevaba puesto un tanga de encaje, y Tyler acarició mi piel desnuda antes de buscar la fina y húmeda tira de tela entre mis piernas y apartarla a un lado. Oí el desesperado quejido que brotó de mí garganta mientras me

excitaba, y jadeé cuando introdujo sin dificultad un dedo en mí y mi cuerpo se ciñó a su alrededor.

Tyler gimió de satisfacción.

—Joder, estás mojada —dijo con voz ronca—. No dudo que me desees, Sloane. Y bien sabe Dios que yo también te deseo. —Acarició mi sexo una vez, dos veces. Después retiró la mano, y yo tuve que mordirme el labio inferior para acallar mi protesta—. Pero hay algo más en esa bonita cabecita tuya —agregó mientras me subía la cremallera, dejándome llena de deseo, confusión y frustración—. Y voy a descubrir tu secreto.

Se apartó de mí y durante unos instantes me miró de arriba abajo. Imaginé qué era lo que veía. La ropa mal colocada. Mi piel acalorada. Pero levanté la cabeza, decidida a mantenerme firme.

Él fue hasta la puerta y la entreabrió. Los sonidos procedentes de la fiesta se colaron, reverberando en el pasillo del servicio. Sus ojos se clavaron en los míos, y durante un momento vi la verdadera profundidad y el poder de aquel hombre que tenía Chicago en sus manos.

—Te daré lo que desees, Sloane —me dijo—. Lo que ambos deseamos. Pero piénsatelo bien antes de venir a mí. Hay cosas que me gustan. Cosas que quiero y espero de la mujer que ocupa mi cama. Y solo juego según mis reglas; las de nadie más.

Esperé hasta que la puerta se cerró y me dejé caer hasta sentarme en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y una mesa repleta de postres a cada lado.

No cabía duda de que me había puesto nerviosa. Me ponía nerviosa, me intrigaba, me tentaba. Tal vez me hubiera propuesto seducir a aquel hombre, pero no podía negar que él había vuelto las tornas más de lo que podía negar que lo había disfrutado.

Y lo había hecho. Que Dios me ayudara, pero no estaba tan solo representando un papel. Estaba disfrutando. Había disfrutado al hacerlo.

¿Cómo coño era eso posible? Sabía a la perfección que Tyler era un timador. Un ladrón. Posiblemente cosas mucho peores. Un hombre que se burlaba de la ley y del sistema que yo había jurado proteger. Representaba todo aquello contra lo que yo luchaba. Joder, era de eso de lo que había huido, había luchado con uñas y dientes para no ser todo aquello.

Aparté sin piedad las imágenes incipientes. Aquellas contra las que luchaba cada puto día. La sangre. El miedo. La culpa. El estallido de un disparo resonó en mi mente, y ese sonido reverberó junto con el estrépito de las sirenas de policía y el largo y violento lamento de un dolor desgarrador.

Tyler Sharp era la clase de hombre que cogería la ley y la retorcería a sus anchas hasta que se quebrara. Y ahí estaba yo, tratando con todas mis fuerzas de recomponerla de nuevo, de arreglar todo lo que una vez había roto, y sin embargo ¿estaba dispuesta a meterme en su cama?

Ni siquiera podía alegar como excusa la misión. Quizá esta había sido el origen, pero era yo quien la llevaba a cabo. Era yo quien deseaba a Tyler.

Tomé aire y me pasé los dedos por el pelo. No confiaba en él... ni por asomo. Pero lo veía. Fuera lo que fuese Tyler Sharp, era muchísimo más que una elegante fachada. Era un hombre que estaba muy vivo, que aceptaba el mundo tal como era y que no aguantaba gilipolleces de nadie.

Esas eran cualidades que yo admiraba, y durante un efímero y deslumbrante momento deseé ser una chica sin un plan oculto y sin expectativas. Una mujer, no una policía. Una mujer que no supiera nada de las negras manchas que ensuciaban su expediente, que ni siquiera en ese momento intentara descubrir la mejor manera de proceder a fin de acercarme, de entrar y conseguir la información.

Porque ese era el quid de la cuestión: mujer contra policía. La mujer deseaba su tacto, su cuerpo. Deseaba sentir ese calor que él generaba dentro de mí.

La policía sabía que una vez que te follabas a un tío, corrías el riesgo de tener un punto ciego, sobre todo si ese tío ya se había metido en tu ser.

Tal vez hubiera estado usando la seducción como una herramienta, pero Tyler Sharp la había utilizado como arma, y me había dejado a la altura del betún. Había visto mi interior más allá de la fachada de deseo real y lo había retorcido. Lo había utilizado. Había asumido el control.

Dios mío, era un cliché con patas. La mujer fuerte que caía de rodillas ante un seductor con una polla dura.

Tal vez. Pero no tenía intención de perder de vista mi objetivo final. Había ido a Chicago para encontrar a Amy, y ahora mismo Tyler Sharp y el Destiny eran mi mejor punto de partida.

Conclusión: iba a quedarme. Cruzaría esa puerta, volvería a la fiesta, lo buscaría. Yo lo sabía y, por la forma en que Tyler me había mirado, él también lo sabía.

La fiesta estaba aún en todo su apogeo cuando regresé al salón. Normal, me dije, teniendo en cuenta que había estado ausente menos de media hora. Pero en ese tiempo el mundo había cambiado, y resultaba decepcionante volver allí y que todo estuviera exactamente igual.

Entonces vi a Tyler al otro lado del restaurante, lo vi mirándome. Vi el deseo en sus ojos.

«No —pensé—. Nada es lo mimo.»

Se me ocurrió hacerme la tímida, pero no estaba segura de que él lo tolerara. Más aún, no deseaba hacerlo. Él había lanzado la pelota a mi tejado. Ahora era mi turno de devolvérsela.

Había entregado mi bolso al encargado del guardarropa contratado para la fiesta, de modo que pedí prestado un bolígrafo al barman y escribí una nota en una servilleta. La doblé y luego llamé a una de las camareras y se la di.

—Asegúrese de que la recibe él —le dije, señalando a Tyler.

La mujer me brindó una sonrisa cómplice.

—Hecho. Buena suerte.

—¿Pasando notitas en clase? —preguntó Kat, que se acercaba cuando la camarera se alejaba.

—Algo así.

—¿Te invito a otra copa de vino? —Alzó dos dedos a la vista del barman.

—Son gratis —le dije.

—No dejes que eso me reste generosidad. —Cogió las copas que el encargado de la barra le sirvió y me dio una—. ¡Por el éxito!

Kat alzó su copa y la entrechocó con la mía.

—¿El éxito? ¿En qué?

—En lo que narices fuera eso —replicó, señalando a la camarera que acababa de llegar junto a Tyler.

Observé mientras él cogía la nota, la desdoblaba y luego, muy despacio, levantaba la mirada para encontrarse con la mía. «Ahora», dijo moviendo los labios sin emitir sonido alguno, y esa sola palabra pareció llenarme, cálida y seductora.

—Bueno —apostilló en tono cantarín Kat—. Qué interesante.

Apenas la oí, pues me disponía ya a atravesar la estancia.

Tyler se encontró conmigo a medio camino; una pequeña concesión que me agradó más de lo que debería. Había esperado que prolongara ese juegucito de poder y me hiciera ir hasta él. El hecho de que no lo hubiera hecho me provocó un cosquilleo bien diferente.

—Me he alegrado mucho al recibir tu nota —me dijo, sacándola del bolsillo. Desdobló la servilleta y leyó en voz alta—: «Quiero jugar.» —Me miró—. ¿Estás segura?

—Estoy sorprendida. No pareces la clase de hombre que le dé una salida a una chica.

—Solo esta vez. —Me cogió la mano y la levantó de modo que la palma quedó hacia arriba. Pasó los dedos sobre ella muy despacio. Fue un simple roce, nada remotamente erótico, y sin embargo provocó un torbellino dentro de mí, haciendo que subiera mi temperatura y alimentando el deseo que ardía a fuego lento bajo la superficie desde que me había dejado en aquel pasillo—. ¿No vas a preguntar cuál es el juego? ¿Qué quiero? ¿Qué espero? —Se pegó a mí para susurrarme al oído—: ¿No quieres que te diga cómo voy a tocarte?

«Sí, sí», quise gritar. Quería saberlo. Quería estar preparada. Pero eso no era parte del juego; de eso estaba segura. Así que me mantuve en mis trece y negué despacio con la cabeza.

—Ya te lo he dicho; te deseo a ti. Ya está. Es cuanto necesito saber.

—Me alegra mucho oírlo. —Cogió un mechón rizado de mi pelo y lo enroscó alrededor de su dedo de forma despreocupada—. Así no he de desperdiciar un tiempo precioso contándote que tengo intención de desnudarte. Que planeo abrirte de piernas y luego saborear hasta el último delicioso centímetro de ti.

Me estremecí.

—No —murmuré—. No tienes que hacerlo. Pero si quieres contármelo, adelante.

Él rió de forma cálida, lleno de vida. Luego me cogió de la mano y comenzó a cruzar el salón tirando de mí.

—Tentador... Pero prefiero enseñártelo. Salgamos de aquí, ¿no te parece?

Dudé, pues de repente no estaba segura ante la realidad.

Tyler se detuvo y me miró a la cara.

—¿Has cambiado de parecer?

—Yo... No —respondí con demasiada rapidez, si la expresión arrogante de su rostro era un indicio de ello—. Solo estoy... nerviosa —reconocí.

Vi ternura en sus ojos cuando se acercó a mí; su proximidad me resultó tan tranquilizadora como inquietante.

—Algunos dicen que los nervios intensifican un momento de excitación. Conseguí esbozar una sonrisa.

—No es posible —repliqué—. Mi cociente de excitación ha alcanzado su límite máximo.

—Cielo, siempre hay más. —Me rozó un brazo—. Conmigo... Ahora. Emprendió el paso de nuevo y me puse a su lado.

—¡Tyler! —Una voz profunda gritó a nuestra espalda—. Espera un minuto, tío.

Tyler se detuvo y yo me encontré cogida de su mano mientras Cole August nos alcanzaba en tres largas zancadas.

—¿Qué pasa?

—Solo quiero confirmar que nos vemos mañana, ¿no es así?

—Desde luego —le dijo Tyler. Me miró—. Sloane, te presento a uno de mis socios, Cole August.

Le tendí la mano, que desapareció dentro de la manaza de Cole. A pesar del tamaño de aquel hombre, su contacto fue sorprendentemente delicado.

—No os entretengo. Estoy seguro de que Tyler tiene planes para ti.

Su expresión se mantuvo impasible, pero su tono traslucía algo oscuro, y cuando me soltó la mano no pude sacudirme la sensación de inquietud.

Me arrimé más a Tyler por instinto, aliviada cuando su brazo me rodeó.

—Entonces, te veo mañana —dijo Cole, desviando la atención a Tyler—. ¿Estás bien? —preguntó, y su mirada se posó en mí durante un fugaz instante.

—No podría estar mejor. Mañana hablamos.

—Voy a ver si pillo a Evan. —Se volvió hacia mí, y aunque su sonrisa era deslumbrante, sus ojos no revelaban nada—. Encantado de conocerte, Sloane.

Cole se marchó, dejándome un tanto confusa. Como si se me hubiera pasado por alto algún mensaje en clave entre ellos.

Pero entonces Tyler me cogió la mano y se la llevó a los labios. Me dio un beso en la palma, y a pesar de la ternura del gesto, provocó una

convulsión extraña dentro de mí.

—Vamos —me dijo.

Me condujo hacia la salida, y solo nos detuvimos un instante en el guardarropa para recoger mi bolso. Una vez que estuvimos fuera del restaurante Palm Court, atravesamos el vestíbulo. Era precioso. Exquisitamente decorado sin ser pretencioso. Con el mobiliario justo. Cómodo y funcional a la par que elegante.

Apenas pude echar un vistazo al maldito lugar.

Tyler me llevó hacia la derecha y luego bajamos la escalera, en dirección a la entrada del hotel. En cuanto estuvimos fuera, con un gesto avisó al aparcacoches. Enseguida estuvo ante nosotros el impecable Lexus negro, y el mozo nos abrió la puerta.

Me indicó que entrara, y en cuanto lo hice apoyó una mano en el capó y se inclinó hacia mí. Deslizó una mano por mi nuca, entrelazando sus dedos en mis rizos, y me acercó a él para posar sus labios en los míos. Fue un beso tan intenso que me estremeció de arriba abajo, dejándome tensa y con el pulso acelerado.

—Tyler —musité cuando se apartó de mí suavemente.

Su mirada me hizo arder. Señaló con un cabeceo al chófer.

—Da a Red tu dirección y tu número de teléfono —me dijo—. Mañana. Estate preparada para mí.

Me quedé sin palabras; si me hubiera echado un cubo de agua fría, no me habría dejado más sorprendida.

—¿Me estás gastando una jodida broma, Tyler?

—Cariño, la anticipación es el más potente de los afrodisíacos.

—¿Ah, sí? —Le mostré el dedo corazón—. Pues anticipa esto.

Se echó a reír, que no era precisamente la reacción que yo esperaba, y su risa me resultó un pelín excesiva, soberbia.

—Oh, sí... —Su voz tenía el calor de un lento trago de whisky—. Verás como te jodo... yo también.

«Ay, ¡Virgen santísima!»

Todo mi cuerpo se estremeció, tanto de deseo como de frustración. Aun

así, mantuve la maldita compostura.

—Eso querías —le dije en tono casi amenazador—. Pero ¡acabas de echar a perder tu jodida oportunidad!

Acto seguido, antes de que Tyler o su chófer tuvieran tiempo de reaccionar, acerqué la mano al tirador de la maldita portezuela del Lexus y la cerré de golpe.

Qué coñ...? En serio, ¿qué coño acaba de pasar?»

Presa de la frustración, me apoyé contra la suave piel negra y fulminé con la mirada la nuca del hombre que me llevaba en coche.

«Red.» Tyler había dicho que ese tipo se llamaba Red. Deduje que lo tenía en nómina y que no se trataba de un chófer desconocido de una empresa de alquiler de vehículos.

Contemplé la posibilidad de dejar que Red hiciera justo lo que Tyler le había ordenado: llevarme a casa. Pero en tal caso tendría que coger un taxi para volver al Drake por la mañana, dado que mi coche se encontraba aún en el aparcamiento del hotel.

Por otro lado, no quería irme a casa. Estaba inquieta y nerviosa, y aunque sabía que estaba sintiendo los efectos del jarro de agua fría que Tyler había arrojado sobre mi libido, me dije que mi frustración se debía al hecho de que él se había cargado por completo mi plan, que no era otro que entrar, acercarme y averiguar qué había pasado con Amy.

Tomé una larga bocanada de aire con la intención de recordarme por qué había acudido a esa fiesta. No había ido porque quisiera meterme en la cama de Tyler —aunque estaba muy claro que era un notable incentivo—, sino por Amy.

Que Tyler me hubiera dado con la puerta en las narices no significaba que yo tuviera que renunciar a mi objetivo.

Tenía un plan alternativo, y aunque era arriesgado, en realidad no lo era más que estar desnuda con un hombre al que todas las instituciones encargadas de hacer cumplir la ley en el Medio Oeste consideraban un delincuente. Con un poco de suerte hasta podría funcionar.

Estábamos en Lake Shore, así que me incliné hacia delante y le dije a Red que volviera a la avenida Michigan.

—Me apetece pasear —dije—. Puede dejarme donde quiera.

Él me miró con expresión vacilante, pero no discutió, y me dije que era

una buena señal. Me dejó delante del Water Tower Place, y entré en el centro comercial. Era sábado y todavía no eran las nueve de la noche, de modo que el centro seguía abierto y muy concurrido. Dejé pasar diez minutos antes de salir y regresar a la calle. Levanté un brazo y tuve la suerte de parar un taxi.

Fui al club Destiny.

Había estado allí un par de veces, desde luego. La primera para examinar el lugar, para hacerme una idea, y con la esperanza de camelarme a las chicas. Pero el personal no se había mostrado dispuesto a chismorrear sobre antiguos empleados, y tuve el mismo éxito cuando intenté entablar una conversación en el aparcamiento.

La segunda vez había entrado y solicitado un empleo. Si las chicas no estaban dispuestas a hablar con desconocidos, a lo mejor lo hacían con uno de los suyos. Sin embargo, ese plan se había ido al garete.

Con todo, aún podía jugar la baza de Tyler. Y lo bueno de eso era que si me salía el tiro por la culata, seguía teniendo una excusa, y todo porque Tyler me había dejado plantada delante del hotel Drake.

Aun así, mi plan no calmó mis nervios del todo, y tenía el corazón en un puño cuando pagué al taxista y me bajé del vehículo delante de la modesta entrada del Destiny. En la puerta me enteré de que las mujeres no pagaban los sábados y seguí hasta la entrada del club en sí.

Me detuve para echar un vistazo alrededor mientras fingía mirar algo en mi teléfono. Dado que ya había estado allí antes, sabía lo que me esperaba; las mesas, cada una con una amplia plataforma elevada en el centro; las chicas bailando en las barras; los hombres observando, bebiendo y dando propinas, que eran más generosas cuando las chicas se acercaban a ellos luego y les mostraban de cerca las tetas o el culo por unos cuantos billetes más.

Contuve una sonrisa al recordar la pasta que se sacaba Candy en una buena noche en su época de bailarina. Bailar era agotador, pero en el club adecuado, podía ser muy lucrativo.

Aunque en ese momento no me interesaban ni las bailarinas ni los hombres, y tampoco lo que estaba pasando en los rincones oscuros y apartados. Lo que quería era llegar al despacho de Tyler.

Vi una puerta con una sola ventana al fondo de la cavernosa habitación, justo a la derecha de la barra. Tenía una placa, y aunque no podía leerla desde donde estaba, imaginé que anunciaba que solo los empleados tenían acceso a lo que había tras aquella puerta.

Me dirigí hacia allí, posé la mano en el pomo y empujé.

Tal como esperaba, el camarero de la barra me llamó la atención.

—El baño de señoras está por ahí —me dijo, señalando en la dirección por la que yo había llegado.

—Gracias —respondí con amabilidad—. Pero no lo necesito. Voy a esperar a Tyler en su despacho.

—¿En serio?

—Ajá —aseveré al tiempo que me pasaba sutilmente los dedos por el hombro.

Esperaba parecer un poco borracha y muy excitada. Esperaba tener el aspecto de alguien que Tyler se llevaría a la zona privada.

El camarero dudó el tiempo suficiente para hacer que me preocupara, y por eso insistí:

—Acabo de dejarlo en el Drake. Tenía que rematar un asunto con Cole, pero me dijo que le esperase aquí. —Traté de que mi sonrisa pareciera más sensual—. Me dio instrucciones muy explícitas de dónde quería que lo esperase y de qué quería que... que llevara puesto —agregué. Luego me encogí de hombros—. Llámalo si quieres, pero llegará en treinta minutos como mucho.

Y entonces, con el corazón desbocado, entré por la puerta.

Imaginaba que el camarero no llamaría para confirmar lo que acababa de decirle, al menos durante la siguiente media hora. Para entonces yo ya habría tenido ocasión de rebuscar en el archivo de empleados del Destiny. Esperaba que los expedientes se encontraran en el despacho privado de Tyler —estaba dando por hecho que tenía uno—, pero si no era así, suponía que el despacho principal del negocio también estaba en el pasillo al que acababa de entrar.

Una vez ante los archivos, indagaría qué tenía el club sobre Amy (notas, direcciones, información de contacto) y luego me largaría de allí por la

puerta trasera. Sin duda al día siguiente tendría que lidiar con las consecuencias, pero al menos dispondría de la información.

En el mejor de los casos, saldría sin problemas y cogería un taxi en la tienda más cercana.

En el peor, el camarero me denunciaría a la policía, y yo, en cuanto estuviera en el coche patrulla, les contaría quién era en verdad y les pediría que me dieran algo de cuerda por cortesía profesional.

Con toda franqueza, no me parecía mal ninguno de los dos casos. Además, reconozco que estaba deseando husmear de forma clandestina. No estaba de servicio; que le dieran a la Cuarta Enmienda. No estaba segura de si se debía al momento o a que el recuerdo del tacto de Tyler aún me excitaba. Solo sabía que hacía mucho tiempo que no me sentía así de caliente.

Me gustaba.

El despacho de Tyler estaba a la izquierda, y exhalé un suspiro de alivio al encontrarlo abierto. Entré y eché el pestillo. Solo por si acaso.

Estaba decorado con sencillez. Una pared repleta de armarios. Una mesa amplia y práctica. Dos butacas. Y un sofá pequeño aunque de aspecto cómodo. Una de las paredes estaba dominada por un pizarrón cubierto con lo que parecía un tosco horario donde se leían los turnos de los empleados.

El resto de las paredes estaban decoradas con fotografías de edificios enmarcadas. Ángulos extraños. Arcos interesantes. Rascacielos alzándose hacia el cielo. Estaban hechas en blanco y negro, y cada una parecía centrarse en un elemento arquitectónico diferente. Eran preciosas, y si bien jamás habría esperado encontrar ese tipo de arte en un lugar como el club Destiny, después de haber conocido a Tyler no podía negar que las fotos parecían encajar.

Con franqueza, me habría gustado disponer de tiempo para contemplarlas. Pero el deber me reclamaba, de modo que me dirigí a los archivadores. Eran armarios metálicos verticales, cada uno con cuatro cajones, por lo que cada unidad era casi tan alta como yo. Los cajones estaban etiquetados por orden alfabético con sencillas anotaciones, y recé para que fueran los archivos del Destiny y no los personales de Tyler.

Tiré del cajón de la «D-F», imaginando que era lo más sensato ya que a

Amy podían archivarla en la D de «Dawson» o en la E de «empleada».

Pero el cajón no se movió, y entonces reparé en el mecanismo de cierre que estaba cerca de la parte superior.

«¡Mierda!»

Volví deprisa a la mesa, y justo cuando comenzaba a buscar la llave o algo con qué abrir la cerradura, oí que el pomo se movía.

Miré la hora —ni siquiera habían pasado cinco minutos—, y luego cerré el cajón de la mesa y la rodeé sin perder tiempo, de puntillas para que mis tacones no resonaran en el suelo de madera. Oí el sonido de una llave, luego vi que el pomo giraba. La puerta comenzó a abrirse justo cuando me subía de un salto a la mesa y me inclinaba hacia atrás apenas para realzar mis pechos y esbozaba una sonrisa que esperaba convenciera al camarero de que había ido allí solo para hacer cochinas con Tyler.

Pero no era el camarero.

Era el propio Tyler.

—¡Vaya! —En cuanto entró en el despacho y me vio, echó el pestillo—. Qué interesante.

Crucé las piernas, tratando de ignorar el frío estremecimiento de pánico que me recorría.

Me recordé que debía conservar la calma, que yo ya había previsto esa hipotética situación. Pero los planes no siempre salían como se pensaba en la vida real, y yo me esforzaba para controlar la respiración.

—Me has cabreado —repliqué con voz ronca—. Y se me ha ocurrido venir aquí para hacerte cambiar de opinión.

—¿Ah, sí?

Ladeé la cabeza.

—Greg te ha llamado, ¿verdad? Te ha dicho que yo estaba aquí.

—No.

—No —repetí, pensativa. Puede que Greg lo hubiera llamado, pero ese no era el motivo de que Tyler estuviera en el Destiny. Era imposible que hubiera realizado el trayecto en cinco minutos escasos—. No —dije de nuevo—. Me has seguido.

Dio un par de pasos y mi pulso se aceleró aún más.

—Te lo repito, Sloane —adujo—. Tengo intención de descubrir qué es lo que quieres. Por qué has venido a por mí. Por qué me has dicho que quieres jugar.

—Ya te lo he explicado —insistí—. ¿Tan difícil te resulta creer que te deseo, que me has tocado las narices y que he venido aquí por eso y para asegurarme de que seas mío?

Tyler esbozó una sonrisa desenfadada.

—Quizá haya algo de sincero en esa historia tuya... Pero no me la trago.

En ese momento solo nos separaban unos pocos centímetros, y salvó la distancia sin problemas hasta que quedó justo delante de mí, sentada en el borde de su mesa. Con una mano me descruzó las piernas y me las separó con suavidad.

Se colocó entre mis rodillas, y tras cogerme por la nuca me acercó a él, se inclinó y me besó con pasión, mordisqueándome el labio inferior antes de apartarse.

—Prueba otra vez —dijo.

Su voz era acariciadora, pero me observaba con mirada penetrante, así que antes de responder me recordé que Tyler Sharp era un hombre inteligentísimo, que no había llegado a donde estaba —tanto en sus negocios legales como en los clandestinos— por ser un imbécil, un ciego o un insensato. Por el contrario, era listo, cauto y despiadado. Y eso significaba que yo tenía que serlo aún más.

—¿Sabías que solicité empleo en este club? —le pregunté—. Me rechazaron de plano.

—¿En serio?

—Me pareció raro porque he trabajado de camarera con anterioridad.

—No suele haber movimiento de plantilla en el club —repuso—. Nuestros empleados son muy leales. Pero empiezo a entenderlo.

Me subió el vestido hasta que sus dedos hallaron mi muslo desnudo.

Me estremecí; su roce me nublaba la razón.

Y entonces, despacio, muy despacio deslizó los dedos hacia mi sexo.

—¿Qué tenías planeado, señorita O'Dell? —murmuró mientras sus dedos buscaban el borde de mis braguitas. Los deslizó bajo ellas, y yo tomé aire con brusquedad, exhalando un gemido de puro y sensual placer—. ¿Esperabas utilizar tus armas de mujer para convencerme de que te dé un empleo?

—Yo... sí... Oh, Dios mío, Tyler.

Apoyé las manos en la mesa mientras arqueaba la espalda, disfrutando de la delicia de su contacto.

—Me gustan tus armas de mujer —aseveró; introdujo profundamente dos dedos en mi sexo y luego los retiró con suma lentitud.

—Entonces ¿vas a dármelo? —Apenas logré articular las palabras. Quería sus dedos dentro de mí otra vez. Su tacto. Alcé la mirada hacia él—. Por favor —dije, y en ese momento no estaba segura de si le pedía sus caricias o un empleo.

Tyler me rozó los labios con los suyos.

—Convénceme, Sloane.

Había cruzado la estancia para sentarse en el sillón, dejándome en la mesa sola, excitada y bastante frustrada.

Lo miré. Miré ese rostro hermoso, esa boca carnosa y que daban ganas de besar. Dejé que mis ojos descendieran hasta su erección, que pugnaba contra los pliegues de sus pantalones. Sabía lo que él quería..., maldita fuera, yo lo deseaba también.

Durante una fracción de segundo pensé en lo que estaba haciendo. En lo que era. En los límites que no podía traspasar y las reglas que no podía romper.

Si aquello no fuera una operación clandestina me sancionarían con severidad. Y si tratara de utilizar lo que averiguara ante un tribunal, el abogado de la defensa intentaría que no se admitieran las pruebas argumentando una violación del procedimiento y respaldándolo con palabras rimbombantes como «conducta improcedente» y «conducta escandalosa».

Pero era mi operación particular, y no estaba de servicio.

Esa noche ni siquiera era una poli. No tenía autoridad ni rango. Mi placa

no valía una mierda en Chicago.

Aquello no tenía nada que ver con la ley. Tenía que ver con negociar, con el deseo. Y la conclusión era que deseaba a Tyler Sharp. Deseaba al hombre... y deseaba la información que podía proporcionarme.

Me bajé de la mesa y fui hacia Tyler. Despacio, con suma lentitud, me arrodillé entre sus piernas igual que él había hecho antes entre las mías. Luego acerqué las manos a la hebilla de su cinturón y comencé a desabrochárselo.

—Puedo ser muy persuasiva —le dije mientras le abría el botón de los pantalones. Le bajé la cremallera poco a poco—. Mucho.

Introduje la mano en su pantalón y liberé su dura y perfecta polla. Levanté la cabeza solo un instante y vi el deseo en sus ojos.

Luego cerré la mano alrededor de su miembro y me lo llevé a la boca. Tyler se estremeció y cogió aire, y yo sentí que una potente punzada de deseo y energía me atravesaba.

Sabía a sal, a almizcle y a hombre, y lo excité con la lengua, deleitándome con los sonidos de placer que dejaba escapar, con los graves gemidos de satisfacción. Lo tomé más profundamente y su cuerpo se puso rígido. Todo ese poder y esa pasión, reprimidos con puño de hierro, allí mismo, a mis órdenes, esperando a que yo los liberara.

Lo lamí con succiones largas y profundas, desesperada por tenerlo más dentro, por llevarlo al límite, y cuando sentí los primeros estremecimientos —cuando supe que estaba tan cerca— me retiré despacio y lo miré con los ojos entornados y la boca húmeda de él.

—¿Me darás un empleo? —susurré.

—Sí —gimió—. Pero no en el Destiny.

Me quedé mirándolo. Y entonces, aunque mi cuerpo ardía de deseo, aunque lo único que anhelaba en ese momento era sentir su preciosa polla dentro de mí, me eché a reír.

—Cabrón —le dije.

—Joder —repuso, con la voz tensa a causa del control ejercido—. No lo había planeado así, pero tienes que ser mía. Ahora.

—¿Planeado?

—Has aparecido de la nada y has trastocado mi mundo —adujo mientras introducía la mano en el cajón de una pequeña mesa situada al lado del sillón. Sacó un condón—. Te poseeré en mi cama como es debido, Sloane, no te equivoques. Pero ahora voy a follarte.

—Yo...

—No. No pronuncies una sola palabra —dijo mientras se ponía el condón—. Solo súbete el vestido, quítate las bragas y ven aquí.

—Debería marcharme —repliqué justo cuando mi sexo se contraía con anticipación y mis pezones se endurecían de forma dolorosa—. Debería dar media vuelta y salir de aquí.

—Pero no lo harás.

Vacilé, y una parte de mí deseó largarse solo para dejarlo con las ganas. Pero eso no iba a ocurrir. Deseaba aquello demasiado. Deseaba a Tyler demasiado.

—No —susurré mientras me subía el vestido y me quitaba las bragas—. No me iré.

Dejé la prenda en el suelo y fui despacio hacia Tyler.

—Eso es —dijo cuando me subí al sillón, con el vestido extendido sobre los dos y los zapatos aún puestos, y me arrodillé.

Mi sexo estaba resbaladizo y húmedo. Bajé la mano y busqué su polla, luego me coloqué justo encima para meterla apenas dentro de mí. Él clavó sus ojos en los míos y, acto seguido, antes de que pudiera reaccionar, me agarró de las caderas y me empujó hacia abajo, empalándome.

Grité mientras lo hacía; su cuerpo se arqueó hacia arriba cuando se hundió en mí, y yo me arqueé hacia atrás y lo acogí más adentro.

Tyler me acariciaba el clítoris con una mano mientras yo lo cabalgaba. Sentía el placer en mi interior como chispas que giraban en espiral cada vez más rápido.

—Joder, eres preciosa —me dijo mientras me acariciaba y me excitaba.

Posé las manos en su pecho. Aun con la camisa podía sentir el latido de su corazón.

Tenía los ojos abiertos, clavados con firmeza en los míos, y pude ver la

tormenta que se desencadenaba en su interior.

—Tyler —murmuré cuando su mano ascendió hasta mis tetas para acariciarlas antes de pellizcarme con suavidad el pezón y provocar oleadas de placer por todo mi ser.

—Eso es, nena —respondió. Mi cuerpo se apretó a su alrededor. Sus dedos continuaron jugueteando con mi clítoris, excitándome, atormentándome, mientras me elevaba más y más—. Pon las manos en mis hombros —me indicó—. Así. Quiero verte cabalgándome —exigió. Hice lo que me pedía y me empalé en él, sintiéndolo muy, muy dentro. Con cada embestida podía ver que la culminación de su goce se aproximaba, como también la mía—. Vamos —me dijo con la voz tensa—. Córrete conmigo. Quiero ver cómo disfrutas.

Como si sus palabras fuera un conjuro, estallé en un millón de pedazos y mi cuerpo se contrajo a su alrededor, como si fuera lo único que me mantenía sujeta a este mundo.

—Sí —exclamó Tyler.

Sus dedos me mantenían en las alturas mientras me penetraba una y otra vez antes de que alcanzara por fin el clímax. Después se derrumbó contra el respaldo del sillón y me rodeó con los brazos para tenderme sobre él.

—Uau... —Laxa encima de él, hice acopio de fuerzas y levanté la cabeza—. Aun así, sigues sin dejar que trabaje en este club.

Tyler me brindó una sonrisa perezosa.

—No es trabajo para ti. Sin embargo, te ayudaré a encontrar algo. Pero siento curiosidad por saber por qué, de todos los garitos de striptease que hay en el mundo, quieres trabajar en el mío de forma tan desesperada.

No pude por menos de sonreír ante la alteración de la cita de Bogart, pero sabía que tenía que darle una respuesta. Otra mentira. Y aunque esa realidad no me había molestado en absoluto hasta hacía bien poco, en ese momento me revolvía el estómago.

—Una amiga me dijo que el Destiny es un buen lugar para servir mesas. Las propinas son generosas. Los dueños son majos. Los clientes son decentes.

—¿Y? —preguntó cuando me bajé de encima de él para acurrucarme a

su lado en el sillón.

—Y cuando llego a Chicago resulta que esa amiga mía ya no trabaja aquí. He intentado localizarla, pero nadie sabe nada de ella. Estoy preocupada. —Al menos eso era verdad.

—¿Cómo se llama?

—Amy. Amy Dawson, aunque quizá aquí no usara su nombre real.

Tyler asintió con aire pensativo.

—¿Veintipocos años? ¿Rubia? ¿Tiene tatuada una margarita?

Una punzada de celos me atravesó.

—En el culo. Sí.

—Devolvió su disfraz y se marchó.

—¿Disfraz?

—De colegiala —respondió—. No es muy original, lo sé, pero sigue siendo popular entre la clientela.

—No me cabe duda. Así que Amy consiguió un nuevo empleo. ¿Dónde?

—Creo que en Las Vegas, aunque no lo sé con seguridad. Era su jefe, no su padre.

—¿Y su amante? —pregunté.

Tyler me miró durante un momento, y estoy convencida de que pudo ver el brillo de los celos en mis ojos. Negó con la cabeza.

—No. Estaba encaprichada de mí. Lo intentó una vez, pero la desanimé.

—Rubia, guapa y lo bastante agradable para darse un revolcón con ella de vez en cuando. ¿Por qué ibas a rechazarla?

Él enarcó las cejas un segundo.

—Para empezar, no salgo con empleadas. Ya lo hice una vez hace mucho tiempo, y no es bueno para el negocio ni para mi cordura. Por otra parte, tu amiga era demasiado joven. Me gustan las mujeres que sobrepasan en algunos años la edad legal para el consumo de alcohol. Alegra el paladar. —Me lanzó una mirada larga y pausada—. Hace que las cosas resulten más interesantes.

—Oh. Ya veo. —Me aclaré la garganta—. De todas formas así es como

he acabado en el Destiny. Y ahora quiero encontrar a Amy.

—Te creo.

—¿Por qué no ibas a hacerlo?

Su risa fue grave y carente de humor.

—Por muchas razones. Sobre todo porque me cuesta confiar en la gente con facilidad, y a pesar de todo resulta que deseo confiar en ti. Es un poco perturbador.

—¿A pesar de todo?

Tyler acercó su mano y me acarició la mejilla, desviando de manera eficaz la pregunta.

—Es posible que dejara una dirección de contacto cuando se fue. Sin duda le pagamos cuanto se le debía y no tuvimos que enviarle un cheque por correo. Aun así, procuramos disponer de las direcciones de nuestros empleados a efectos fiscales. En esta clase de negocio raras veces conseguimos una actual, pero puedo mirarlo.

—Te lo agradecería.

Se puso los pantalones, se levantó y se abrochó el cinturón.

Cuando se aproximó al archivo, recogí mis bragas, me las puse y fui tras él. Tyler abrió el cajón de la D-F, lo que me hizo sonreír, y después sacó un expediente de Amy Dawson.

Lo abrió, lo revisó y acto seguido me lo entregó.

No había mucho. Además de lo habitual, como el número de teléfono y de la Seguridad Social, en el formulario de empleado figuraba la dirección de Candy en Indiana como su dirección permanente y una dirección local que había sido tachada con bolígrafo rojo. En el margen alguien había escrito «Las Vegas», junto con una fecha que se remontaba a dos semanas atrás.

Miré a Tyler.

—Supongo que tienes razón.

—Pero sigues sin estar satisfecha.

—Amy no está aquí, lo que significa que tengo que seguir buscando. Necesito una dirección —proseguí—. Realizaré una búsqueda por internet

sobre Amy Dawson en el área de Las Vegas y empezaré por allí. Pero las Amy Dawson que localice así tendrán servicio de telefonía tradicional, y la que yo busco sin duda solo tiene un móvil.

—Al cual no responde.

—De ahí mi preocupación —convine—. Podría haberlo perdido, haberse quedado sin blanca para pagar la factura, haber huido a México con un tío bueno y pasar de las llamadas. Pero... —Mi voz se fue apagando al tiempo que me encogí de hombros.

—¿Has hablado con su antiguo casero?

—No. —Reconocí—. A Amy le van más los mensajes de texto o los emails. Nunca se decidió a mandar a sus amigos una dirección postal. —Suspiré—. Y localizarla no es fácil. No se ha suscrito a ninguna revista, no tiene seguro médico. No tiene vehículo propio.

—Una chica así lo tiene fácil para desaparecer.

—Mucho —convine.

Me disponía una vez más a pedir a Tyler un trabajo en el club para conocer a las chicas que habían sido amigas de Amy, pero él se me adelantó.

—En fin, vamos —dijo—. Echemos un vistazo a su viejo apartamento.

El apartamento de Amy estaba a solo unas manzanas de distancia, y Red, que debía de haber recogido a Tyler tres segundos después de dejarme a mí, nos llevó hasta allí.

Pasaban unos minutos de las once, pero eso no hizo que Tyler se achantara. El apartamento era una casa cutre reformada, cuyo recibidor original había sido convertido en una especie de vestíbulo. Al final del mismo habían levantado una nueva pared, y junto a la única puerta había un pequeño timbre amarillo al lado de un telefonillo.

Tyler presionó el botón, esperó y apretó de nuevo.

—¿Qué coño pasa? —dijo una voz aguda—. Joder, es casi medianoche.

—¿Ha alquilado ya la habitación de Amy Dawson?

—¿Le interesa? —La voz sonaba mucho más conciliadora.

—Es posible.

Dejó de oírse ruido estático a través del altavoz para no oírse nada. Al cabo de un momento la puerta se abrió y apareció un anciano con unas cejas que parecían dos gatos acostados. Llevaba una bata de franela raída y nos indicó que entráramos.

—Primer piso. Por aquí. —Nos acompañó hasta ella y abrió la puerta.

La habitación era casi lo más deprimente que había visto en mi vida. Poco más que un armario reformado sin ventanas.

—Es la más barata que tenemos —dijo el anciano.

—¿Le dijo ella que se mudaba? —pregunté—. ¿Dejó una dirección de contacto?

—No dejó dirección. Solo dijo que había conseguido un empleo en Las Vegas.

Miré alrededor. No había nada allí, ni siquiera trastos o basura.

—¿Lo ha limpiado?

—No; lo hizo ella. Quería recuperar su depósito. Se lo devolví, así que no empiece a darme la brasa.

Lo miré.

—No se me ocurriría. —Miré a Tyler a los ojos—. Por lo visto hizo la maleta, limpió y se puso en marcha. Pero ¿no le dijo adónde iba? —pregunté al anciano—. ¿Tomó un taxi hasta la estación de autobuses? ¿Alquiló un coche?

—Ni idea. Aunque alguien la llevó. Eso sí que lo vi.

—¿Quién?

—Vi el coche, no al conductor. —Eché un vistazo al interior de la habitación—. No están interesados en realidad, ¿verdad?

—Lo sentimos. — Tyler se disculpó y le entregó un billete de veinte dólares—. Sentimos haberle despertado.

—Alguien fue a Las Vegas con ella —dije—. O al menos la llevó hasta la parada de autobús. Es posible que las chicas del club sepan de quién se trata.

—Es posible —reconoció Tyler mientras regresábamos afuera, donde Red nos esperaba con la puerta abierta—. Pero hablaremos de ello más tarde. Ha sido suficiente para una noche.

Tenía razón, pensé mientras subía a la parte trasera del vehículo y me acomodaba al lado de él. Mi preocupación por Amy se desvanecía con rapidez, pero cuando me removí en el asiento para mirar a Tyler no pude evitar pensar en las acusaciones de Kevin, quien afirmaba que esos tipos se traían toda clase de tejemanejes. Y, para bien o para mal, yo quería saber si eso era cierto.

Guardamos silencio durante un rato. Tyler recibió algunos mensajes que tenía que contestar. Yo aproveché para enviar un email a Candy. Le conté que cada vez parecía más evidente que Amy estaba vivita y coleando y moviendo los tacones en Las Vegas. Luego utilicé el navegador de mi móvil para iniciar la búsqueda de todas las Amy Dawson en la zona de Las Vegas. No había muchas, así que me dije que empezaría a hacer llamadas a la mañana siguiente.

Cuando por fin llegamos a la parte de Chicago que yo reconocía —en la

zona de la Magnificent Mile— guardé el móvil y fruncí el ceño al ver el lugar.

—Nos vamos en la dirección correcta —dije.

Tyler dejó su teléfono y siguió mi mirada.

—No —repuso—. No es así.

—¿Por aquí se va a Pilson? —pregunté, mencionando mi barrio.

—Podríamos ir por aquí —respondió—. Sin embargo, ahora no vamos a tu apartamento.

Enarqué una ceja.

—¿No? Me dijiste que diera a Red mi dirección. Me dijiste que estuviera lista mañana. ¿No lo recuerdas? ¿Me dijiste eso cuando me metiste en la parte trasera de este coche?

—Para empezar, ya es pasada la medianoche, así que ya es mañana. Y además las cosas han cambiado —adujo, mirándome de forma significativa—. Y yo he cambiado de parecer.

Divertida, me recosté contra el asiento.

—Bueno, ¿adónde vamos? —pregunté, aunque en realidad no tenía por qué hacerlo. Red estaba deteniendo el Lexus delante del Drake—. ¿Y si quiero irme a casa? —inquirí cuando me abrieron la puerta.

—Yo diría que no.

—Oh.

Pensé en eso. Pensé en mi reacción visceral a sus palabras. Los dos nos habíamos disputado el control de la situación en el club. En ese momento, sin embargo... Tyler era quien ejercía el mando.

Me tendió una mano. Titubeé un instante antes de aceptarla y permitirle que me llevara al hotel, donde me condujo por la escalinata hasta el vestíbulo.

—Espero que tu habitación esté cerca —comenté, decidida a serenarme—. Sería estupendo quitarme estos tacones.

Tyler bajó la mirada a mi pie, que yo había adelantado de forma servicial para mostrar mis incomodísimas sandalias de tiras y mi brillante pedicura nueva.

—Precioso. Pero a lo mejor prefiero que te los dejes puestos —agregó, y el deseo que detecté en su voz era evidente—. Todo lo demás puedes quitártelo.

«¡Ay, Dios!» Imposible mantener la compostura. Me había vuelto a coger por sorpresa otra vez. Me humedecí los labios.

—¿Es una fijación sexual suya, señor Sharp?

—Una muy común, creo.

Estábamos cerca de los lujosos sillones del vestíbulo, y con un gesto me indicó que me sentara. Cuando lo hice se sentó a mi lado, y luego me cogió una pierna y apoyó mi tobillo sobre su muslo. La falda se me subió justo por encima de la rodilla, y no llevaba medias. El aire fresco se movió bajo los pliegues de mi falda como si fueran dedos, calmando mi acalorada piel.

Pero Tyler no estaba ayudándome a serenarme. Todo lo contrario. Muy despacio trazó un sendero a lo largo del dobladillo; las yemas de sus dedos dejaron una ardiente estela en mi muslo desnudo.

—Aunque no es una de las mías.

—Tyler. —No conseguí decir nada más. Me sorprendía haber logrado decir eso siquiera.

—¿Hum?

—En serio, deberías parar.

—Seguramente... Pero no quiero hacerlo. —Centró de nuevo la atención en mi rodilla; sus diestros dedos acariciaban un punto tan exquisito que las sensaciones se concentraron entre mis muslos y me hicieron gemir—. Te he hecho mía —dijo—. Pero aún no te he saboreado.

Lo miré a la cara, y el deseo que vi en ella era tan profundo e intenso como el mío.

—Por favor —dije, intentándolo de nuevo—. La gente nos mirará.

—Es posible que lo haga. No creo que te importe mucho. A mí no me importa en absoluto.

Cerré los ojos. Él tenía razón.

Las yemas de sus dedos rozaron por fin mi tobillo con ligereza, pasando después sobre la piel de mi sandalia antes de llegar al empeine y dibujar su

contorno con delicadeza. Cualquier otro día me habría estremecido a causa de las cosquillas. Pero en esos instantes era incapaz de sentir las, estaba demasiado excitada.

—No —murmuró Tyler mientras depositaba con cuidado mi pie en el suelo—. No tengo fijación con los pies. Pero si desarrollara una, sin duda empezaría con los tuyos.

—Así que ¿no tienes ninguna inclinación interesante? —bromeé. Trataba de parecer descarada para que él no viera lo nerviosa que me había puesto. Y sí, también intentaba hacerme una idea de lo que me tenía reservado una vez que llegáramos a su habitación—. Entonces ¿no tienes ninguna fijación?

—Yo no he dicho eso.

Tyler se levantó y me ofreció una mano para ayudarme a hacer lo mismo.

—Si no son los pies, ¿qué entonces? —pregunté, agradeciendo la firmeza con que sus dedos me sujetaban.

Su mirada me recorrió despacio; la inspección resultó perturbadora y muy, muy erótica.

—Muy pronto lo sabrás.

Se me encogió el estómago mientras me conducía hasta el ascensor.

Las puertas se abrieron y Tyler me soltó la mano, solo para posarla en la parte baja de mi espalda mientras me guiaba al interior de aquel ascensor tan bien decorado que más bien parecía una habitación pequeña. Un espejo del suelo al techo dominaba la pared del fondo, flanqueado a cada lado por los dispositivos de iluminación. En la base del espejo, y justo delante de nosotros, había un coqueto silloncito.

—Un diván —dijo Tyler cuando lo miré a los ojos en el espejo, enarcando las cejas—. Una vuelta a la época de los corsés y el aire acondicionado primitivo, imagino. Pero sin duda suscita algunas posibilidades interesantes en nuestro mundo moderno.

—Este hotel no tiene tantas plantas —repliqué, mirándolo a él por encima del hombro en vez de a su imagen—. No tenemos tiempo para tantas posibilidades.

—Un argumento muy válido. —Me rodeó y se sentó—. Pero es una lástima para nuestra sociedad que ni siquiera parezcamos disfrutar del tiempo del que sí disponemos. —Me tendió la mano con la palma hacia arriba—. Como ya he mencionado, soy partidario de no malgastar el tiempo.

Al contemplar su mano se me secó la boca y las rodillas se me aflojaron. La sonrisa que sus labios esbozaron prometía besos largos y caricias pausadas, y creo que me derretí un poquito en ese instante. Lo único que me salvó fue mi reflejo en el espejo. Al menos no parecía tan nerviosa como me sentía.

¿Por qué estaba tan nerviosa? Tyler ya me había tocado de manera íntima; ya había hecho que me corriera. Yo ya me lo había follado. Había sido dueña de la situación, de la iniciativa. Y había contemplado la pasión absoluta en su rostro a horcajadas sobre él.

Así pues ¿qué era lo que me inquietaba en ese instante?

Reconozco que era una pregunta estúpida porque ya sabía la respuesta. Me había entregado a aquel hombre a pesar de que no tenía ni idea de lo que iba a pasar, de lo que él deseaba, de lo lejos que él llegaría.

Ya no se trataba de Amy. Ya no se trataba de entrar en el club Destiny ni de las acusaciones de Kevin.

Se trataba solo de mí en ese momento.

Y ese simple hecho me excitaba tanto como me asustaba.

Aún no había tomado su mano cuando me hizo un gesto con el dedo índice.

—Ven aquí, Sloane.

Nada quedaba ya de la animada cháchara ni del timbre duro del hombre que se negaba a que lo engañaran. Su voz era sensual, imperiosa. Era una voz ideada para conseguir que una mujer se humedeciera y para asegurarse de que obedeciese.

Así lo hice.

Un paso, luego otro, hasta que me detuve ante él. Bajé la mirada y la fijé en su cuerpo, pues no deseaba verme en el espejo. No quería vislumbrar la anticipación y el deseo que mi rostro debía de reflejar.

Me sentía como una novata, insegura de lo que iba a pasar. Y estaba actuando como una adolescente, que ansiaba ese primer roce de sus labios sobre los míos.

Despacio, dolorosamente despacio, sus ojos me recorrieron. No dijo nada, pero casi pude oír el grave tamborileo de su aprobación vibrando en el aire. Se puso en pie con un movimiento elegante y poderoso. Y entonces, con increíble ternura, alargó el brazo para rozarme la mejilla con el pulgar.

—Me pregunto... —murmuró, y su voz se fue apagando.

—¿Qué? —inquirí cuando ya no pude soportar más el silencio.

—Todavía no te he besado —dijo—. Al menos, no con tal fuerza e intensidad que ese beso se abra paso hasta tu sexo. Me pregunto qué harías si no intento besarte en modo alguno.

El aliento se me quedó atascado en la garganta y tuve que morderme el labio para no protestar a gritos. Conseguí, en cambio, reordenar mis pensamientos, ladeando la cabeza mientras lo escudriñaba sin disimulo.

—Así que tu fijación sexual es esta, ¿eh? ¿Te gusta atormentar a mujeres inocentes?

—No —respondió sin más—. Y tú no eres nada inocente.

—No, no lo soy. —Posé la palma sobre su pecho y disfruté al sentirlo tomar aire, como si necesitara serenarse—. Y no quiero que me provoques.

—En tal caso, tenemos un problema. —Colocó su mano sobre la mía y me atrapó contra él de tal forma que me resultaba imposible apartarme aunque lo deseara—. Porque tengo la intención de provocarte. Completamente. Sin piedad. Voy a hacerte suplicar, Sloane. Y luego haré que te corras.

La boca se me secó de nuevo y la piel me hormigueaba. Mis pezones parecían guijarros bajo mi vestido de tan duros como estaban. Quería más, así pues que Dios me ayudara, y creo que la única razón de que no me apretara contra él de manera desvergonzada fue que las puertas a mi espalda se abrieron y la corriente de aire fresco que entró fue tan efectiva como un jarro de agua helada. Sobre todo cuando vi a la elegante pareja que aguardaba para entrar en el ascensor.

Me aclaré la garganta y, con la cabeza bien alta, los rodeé y salí. Tyler,

que iba a mi lado, rió por lo bajo.

—Resulta estremecedor pensar que deben de saber adónde vamos y qué pensamos hacer.

Le lancé una mirada de reojo.

—Es imposible —repuse—. Ni siquiera yo sé qué vamos a hacer.

Tyler rió.

—Tienes mucha razón. Pero ¿a que es excitante la anticipación?

Mantuve la boca cerrada; decidí que el silencio era lo más prudente. Seguí a Tyler por el angosto pasillo de la novena planta. Nunca había estado en la zona de clientes de un hotel tan elegante, y me impresionó tanto aquel espacio sencillo como lo había hecho el vestíbulo del Palm Court.

—Es precioso —declaré, dejando que mis dedos rozaran el papel pintado en relieve de color crema mientras pasábamos de largo una puerta tras otra.

—Fue construido en 1920, y no repararon en gastos. ¿Sabías que Peter Ustinov dijo en una ocasión que caminar por el Drake era como caminar sobre diamantes?

—¿El actor?

—Ajá. La lista de gente que se ha hospedado aquí haría babear a un cotilla. Actores, miembros de la realeza e incluso delincuentes.

—Oh, ¿de veras? —repliqué, esforzándome para no parecer divertida en exceso—. ¿Como quién?

—¿Has oído hablar de Francesco Nitto?

—¿El Ejecutor?

Tyler enarcó las cejas, luego asintió con aprobación.

—Conoces la historia de Chicago.

—Conozco a la pandilla —aduje, refiriéndome a la infame banda del crimen organizado de Chicago, Outfit, cuyo líder más famoso fue sin duda Al Capone—. ¿Nitto se hospedó aquí?

—Vivía aquí —me informó Tyler—. Tenía su despacho y una suite. Eso fue en los años treinta y cuarenta. Más tarde... —Se interrumpió con una

carcajada—. Lo siento. La organización de Chicago es una de mis obsesiones.

—Es un tema interesante —aseveré, y me guardé esa información para una futura referencia. Aunque tampoco era demasiado reveladora. Lo único que había que hacer era echar un vistazo a Hollywood para saber que a la mayor parte de la población le fascinaba el crimen organizado.

—Los bienes raíces son otra obsesión —prosiguió—. Une ambas cosas y es bien sabido que me dejó llevar por el entusiasmo. El Drake es como una tormenta perfecta. Pero esa es también una de las razones de que decidiera hospedarme en él. Por aquí —añadió, abriendo una puerta y revelando un tramo de escalera oculto.

Lo miré con curiosidad, pero no pregunté. Y cuando él comenzó a subir, fui tras él obedientemente.

Salimos a un descansillo en la siguiente planta. Mientras lo seguía por el pasillo me disponía a preguntar por qué el ascensor no subía hasta allí, pero Tyler ya había metido la llave en la cerradura de la puerta que era nuestro destino y empujaba para abrirla. En cuanto eché un vistazo al interior de aquella habitación —a decir verdad, la palabra «habitación» no le hacía justicia— cualquier otro pensamiento se esfumó de mi cabeza.

—¡Santo Dios! —exclamé.

—Es espectacular, ¿verdad? —dijo Tyler, con manifiesta admiración en la voz.

—Eso lo resume bien.

La suite estaba decorada en tonos blanco y crema. El mobiliario parecía antiguo, y di por hecho que se eligió para hacer justicia al legado del hotel. O, por lo que sabía, tal vez fuera original. De ser así, estaba muy bien conservado.

Flores frescas salpicaban todas las superficies. Obras de arte —sobre todo retratos y paisajes— colgaban en grupos decorativos de las paredes. Todo exudaba riqueza y opulencia, aunque nada parecía excesivo.

—¡Uau! —exclamé.

Tyler asintió.

—Si te soy sincero, no es mi estilo. La arquitectura sí. Pero mi gusto

para el mobiliario y el diseño de interiores es más contemporáneo. Aunque no puedo negar que armoniza.

—Sí. Sí que armoniza.

Me adentré en el salón, tratando de no sentirme abrumada. Cuando era niña, la idea de mi padre de un hotel elegante para pasar las vacaciones era un Holiday Inn. Y aunque mi padrastro tenía dinero, me sentía afortunada si se acordaba de dar calderilla a mi madre para comprar comida.

Ya me ganaba mi dinero, pero raras veces tenía motivos para hospedarme en un hotel, y cuando lo hacía, solía ir a un Holiday Inn. Al fin y al cabo, soy digna hija de mi padre. Y teniendo en cuenta mi mísero salario de policía, el precio estaba bien.

No es que no hubiera estado en ningún apartamento ni habitación de hotel elegantes. Después de todo trabajaba en homicidios, y el asesinato no hacía distinciones respecto al precio. Pero esa habitación no se parecía a nada que hubiera visto. Por lo que a mí concernía, no estaba en una habitación de hotel. Me había transportado a un universo paralelo.

Me permití emitir un prolongado silbido antes de volverme hacia Tyler.

—Deja que adivine. En realidad eres un príncipe extranjero que viaja de incógnito.

—No lo soy —respondió—. Ni querría serlo. Me he labrado mi camino en el mundo. La familia tiene muy poco que ver.

Aprecié el duro sesgo en su voz.

—Lo siento —le dije con sinceridad—. No pretendía meter el dedo en la llaga.

Sabía mejor que nadie que las discusiones de familia podían acabar adentrándose en un territorio desagradable y no deseado.

Vi que su pecho subía y bajaba.

—No, soy yo quien lo siente. Mi infancia debería haber sido idílica. No lo fue. —Yo asentí. Conocía esa sensación—. Me ha llevado mucho tiempo cortar esos lazos. Pero eso no tiene nada que ver contigo ni con esta habitación. —Eché un vistazo apreciativo a su alrededor—. Es realmente excesivo, ¿verdad?

—Solo un poco.

Tyler señaló el impecable sofá blanco que, según pude ver, estaba tapizado en seda.

—¿Me creerías si te dijera que una vez vivió aquí un auténtico príncipe?

Explayé la mirada con varios de los pequeños tesoros. Jarrones. Cuadros. Elegantes fruslerías.

—Me parece que se dejó aquí parte del tesoro real. Espera, ¿hablas en serio? —añadí al ver la expresión arrogante de su cara.

—Te lo prometo. Un príncipe y una princesa. Lo alquilaron durante una larga temporada, pero decidieron no renovar el contrato de alquiler cuando llegó el momento, hace más o menos un año. Se rumorea que planeaban estar unos años en una propiedad similar en París.

—Así que ¿decidiste que tenías que pasar la noche aquí después de la fiesta de compromiso? ¿Absorber un poco de esa excitación real?

—Oh, es mucho peor que eso —repuso—. Vivo aquí.

Lo miré boquiabierta.

—¿Cómo dices?

—Necesitaba un sitio en el que alojarme. Y este estaba disponible. Me encanta la comodidad de vivir en un hotel. Adoro el Drake. Y tienes que reconocer que la vista es impresionante.

Dirigí la vista hacia la ventana en la que las luces de la avenida Michigan fulguraban como los diamantes de Peter Ustinov.

—Sí que lo es.

—Además —añadió con una sonrisa juvenil—, molaba demasiado para dejarlo pasar.

Me eché a reír.

—Eso no puedo discutírtelo. Pero creía que te iba más lo contemporáneo. No me parece la clase de hombre que renuncia a lo que desea.

—No. —Tyler me miró de forma tan penetrante que no estaba segura de si aún hablábamos de la habitación o de mí. Entonces su cara se iluminó y esbozó una sonrisa—. Pero solo lo tengo alquilado por otros seis meses.

—¿Y luego?

—Luego veré hacia dónde sopla el viento.

—¿Lejos de Chicago?

—No. Me encanta esto. Crecí aquí.

—Entonces seguro que ya tienes una casa, ¿no?

Gracias a mi investigación sabía que poseía varias propiedades en la ciudad y que su actual residencia se encontraba en Old Irving Park. Pero tenía curiosidad por saber qué respondería.

—La tenía —respondió—. Una impresionante casa victoriana que he renovado.

—¿Tenías? —repetí—. ¿La vendiste? ¿Para obtener beneficios?

—Sigue siendo mía. Pero no volveré a ella.

—¿No?

Fui hasta el sillón y me senté. Me recosté, pues me sentí más cómoda y a gusto de lo que había imaginado, teniendo en cuenta las circunstancias.

—Me da que ahí hay una historia. ¿Quieres contármela?

—Digamos que siento debilidad por las mujeres en apuros.

—Estoy intrigada. Cuéntame el resto.

Durante un momento pensé que lo haría. Entonces negó con la cabeza despacio.

—No —repuso—. Creo que no. Disfruto siendo el hombre oscuro y taciturno lleno de misterio.

—A mí no me pareces nada oscuro —le dije, y hablaba en serio.

Oh, no tenía la menor duda de que andaba metido en unos cuantos asuntos ilegales. Y desde luego era peligroso. Lo había visto con mis propios ojos cuando acudió a salvarme de Reggie. Pero Tyler Sharp era un hombre encantador en el fondo. Sofisticado. Listo. Un estafador, no un matón.

—Todos tenemos un lado oscuro —adujo—. Algunas personas lo ocultan mejor que otras.

—Es una visión del mundo muy negativa —repliqué.

—¿Discrepas?

Pensé en mi lado oscuro y en las cosas que mantenía en secreto. Pensé en mi padrastro y en que el mundo lo había visto como a un héroe mientras yo lo veía como a un monstruo.

—No —reconocí—. No discrepo.

—Y ahora me da mí que ahí hay también una historia. No te preocupes —añadió—. No voy a pedirte que me reveles tus secretos. —Su boca se curvó en una débil sonrisa—. Aún no, en todo caso. Pero sí te pediré que hagas otra cosa por mí —me dijo. Se había acercado a mí mientras hablaba y su voz adquirió un timbre grave e imperioso—. Levántate, Sloane. Levántate y quítate la ropa.

Tuve que inspirar hondo y pensar en lo que acababa de decirme.

—La ropa —repetí como una tonta—. Quieres que me quite la ropa.

—Oh, sí. —La mirada de Tyler me recorría con el mismo brillo de anticipación de un hombre a punto de desenvolver un regalo—. Lo deseo mucho. Pero lo primero es lo primero. Ponte en pie, Sloane.

Extendió una mano para indicarme que me levantara. Yo accedí, aunque las piernas me temblaban un poco, y una vez estuve de pie él se alejó de mí y cogió el teléfono fijo. Le oí presionar el botón de la operadora y luego hablar con alguien, pero la conversación fue tan rápida y en voz tan baja que no pude entender nada.

Permanecí donde estaba, de pie, un poco desconcertada, ligeramente exhausta y, sí, bastante excitada.

Cuando se volvió de nuevo, sus ojos no reflejaban expresión alguna y sus labios, apenas curvados hacia abajo, denotaban irritación.

—Mis reglas, Sloane. Te dije que lo pensaras bien antes de venir a mí.

Tragué saliva, pero levanté la barbilla. Mi cuerpo estaba acalorado; mi piel, caliente. Mis dedos se crisparon como cuando iba a sacar mi arma, pero al mismo tiempo podía imaginar mi vestido cayendo al suelo. Y a mí apartándome, yendo hacia Tyler y envolviéndome en sus brazos.

Podía imaginarlo —el roce de su boca sobre mi pecho, la caricia de sus dedos sobre mi sexo— y lo deseaba.

Estaba nerviosa. Estaba abrumada. Pero, que Dios me ayudara, estaba a cien.

Aun así, aquello seguía siendo un juego, y no iba a darle la victoria aún.

Durante un momento nos quedamos así, en un punto muerto. Entonces él dio un paso hacia mí.

—Romper las reglas tiene consecuencias.

Me estremecí cuando los recuerdos me invadieron, lo suficientemente

potentes para hacerme pedazos. «Consecuencias.» Sí, desde luego que las tenía. Pero ya no era una niña. Y no me estaba escondiendo. Ya no. Aquello no tenía que ver con el dolor ni con el miedo, ni con monstruos que se ocultaban en la oscuridad.

—¿Sloane?

Fue cuanto dijo, solo mi nombre. Pero aprecié la preocupación subyacente. No quería eso; no quería que él se preguntara por los secretos que yo escondía bajo siete llaves, y no quería que se echara atrás en ese momento porque temiera haber ido demasiado lejos. Por temor a que yo hubiera cambiado de opinión.

No lo había hecho.

Pasara lo que pasase, yo quería aquello. Y no por Amy. No porque hubiera planeado una operación policial, sino porque me gustaba cómo me hacía sentir. Y porque quería más. ¿Romper las reglas? Sí, en lo tocante a Tyler, creo que eso era justo lo que quería hacer.

Levanté la cabeza y conseguí esbozar una sonrisa burlona.

—¿Consecuencias? —repetí, para luego morderme el labio inferior muy despacio—. ¿Vas a castigarme?

Le tembló la comisura de la boca.

—Yo diría que es una suposición acertada.

Sus ojos me recorrieron; la preocupación se había esfumado, sustituida por el control y la anticipación. Ahora estábamos jugando, y al saberlo me envolvió un torbellino ardiente.

—Me pregunto si alguna vez te han dado cachetes en ese culito tan mono.

«¡Oh!» Sentí un inesperado estremecimiento ante sus palabras, pero no pensaba admitirlo. En cambio, enarqué una ceja como si tal cosa.

—Así que esa es tu fijación sexual, ¿eh?

—No. Simplemente me gusta.

La oscura intensidad de su voz arrojó la informalidad por la ventana, y ese estremecimiento se intensificó hasta convertirse en una persistente palpitación.

—No lo he probado.

—¿No lo has probado? —Tyler redujo la distancia que nos separaba y se detuvo delante de mí, de modo que capté su aroma. La nota terrenal de su colonia, que ya se debilitaba, estaba dominada ahora por un sensual almizcle que me hizo desear arrimarme a él y saborearlo—. Qué interesante. Y me gusta saber que mi mano será la primera que enrojezca ese culito —prosiguió mientras alargaba la mano hacia mi trasero para acariciarlo apenas por encima de la fina tela del vestido. Ahogué un chillido, un grito de placer y sorpresa al mismo tiempo, y cuando Tyler sonrió supe que había perdido ese asalto—. Hay otra regla que has roto —me dijo—. No mentirme acerca de lo que quieres. Sobre lo que te excita.

—No... Yo nunca...

—Puede que no. Aun así, sabes que te gustaría. Es posible que aún no te hayan azotado, pero veo tu piel enrojecida, tus pezones despuntando bajo el vestido. Puedes imaginarte el escozor, luego el calor que lo seguiría. Casi puedes sentir el avance del calor por tu ser. La forma en que tu cuerpo se contrae de deseo. Puedes imaginarte desnuda sobre mi regazo, sin saber si voy a azotarte o a follarte, pero desesperada por sentir mi tacto.

Hizo una pausa, y di una bocanada de aire, percatándome con cierta sorpresa de que me había olvidado de respirar.

—Por Dios —murmuré.

—Dime que tengo razón. Dime que quieres eso.

—Sí —susurré, porque ¿cómo iba a mentirle cuando Tyler ya había descubierto la verdad?

—Entonces lo tendrás. Pero no ahora. Ahora vas a desnudarte. Tú has venido a mí, ¿recuerdas? —Sacó del bolsillo la servilleta doblada con mi nota—. Has dicho que querías jugar.

—Así es. Eso quiero. Pero también espero que tú cumplas tus promesas. Enarcó una ceja.

—Entiendo. ¿Y qué promesa he incumplido?

—En el pasillo. Me dijiste que ibas a desnudarme. —El deseo se apoderó de su semblante, y dio un paso hacia atrás, envalentonado por su victoria—. Me dijiste que ibas a abrirme las piernas —repuse mientras mi

sangre bullía al recordar sus palabras—. Me dijiste que ibas a saborear hasta el último delicioso centímetro de mí.

Estaba delante de él, con la cabeza alzada para mirarle a la cara. Tyler tenía las manos en los bolsillos de los pantalones y aún llevaba puesta la americana. Tenía un aspecto imponente, poderoso e increíblemente sexy, y yo ansiaba sentir sus manos sobre mí.

Tenía los ojos clavados en los míos, rebosantes de pasión y poder, y yo inspiré, segura de que estaba tan caliente como yo.

—Tengo muy buena memoria —agregué.

Él asintió con la cabeza.

—Ya lo veo. Y tienes razón. Dije todas esas cosas. Y las decía en serio. Además, estoy deseando hacerlas. Pero antes —apostilló con una voz que no admitía discusión— quiero ver cómo te desnudas para mí.

—Yo...

—Quiero verte —me interrumpió—. Deseo tanto verte que apenas puedo respirar. —Cruzó la habitación para orientar una lámpara de pie a fin de que su luz atravesara la estancia como un foco. Señaló el círculo lumínico sobre la alfombra delante de mí y, acto seguido, fue a sentarse con total naturalidad en una butaca—. Desnúdate para mí, Sloane.

Me quedé sin aliento y el pulso se me aceleró. Noté que se me erizaba el vello de los brazos y la nuca. Mi cuerpo vibraba de energía. Estaba asustada; tan alterada y excitada como siempre antes de atravesar una puerta, cuando no sabía qué había al otro lado. ¿Muerte? ¿Sangre?

Ahora sí lo sabía. Al otro lado estaba Tyler. Un hombre que veía más de mí de lo que yo quería mostrar. Y esa pequeña verdad me aterraba y me resultaba extrañamente reconfortante.

Durante un momento contemplé la posibilidad de negarme. Sopesé decirle que si me quería desnuda podía ocuparse de eso él mismo. Pero cuando lo miré a la cara, las palabras murieron en mi boca. Me miraba con una mezcla de lujuria y adoración tal que no solo me desarmó, sino que también me espoleó. Se me antojó un desafío. Tyler me estaba provocando a la vez que me adoraba.

Ese era el juego. Y la única forma de poder ganar era ver arder con más

fuerza aquella llama en sus ojos con cada retazo de piel que dejaba al descubierto.

Despacio, muy, muy despacio me llevé las manos bajo la nuca. Mis dedos buscaron los extremos del lazo que mantenía el cuello halter en su sitio y tiré de ellos para deshacerlo. Bajé con lentitud las dos piezas de tela, que fueron relevando la elevación de mis pechos, las tensas areolas marrones, mis duros pezones.

Solté la tela, permitiendo que el cuello halter quedara colgando de mi cintura. Noté el aire fresco sobre mi piel acalorada; mis pechos parecían más pesados, como si suplicaran que sus manos los sujetaran.

Oí que Tyler inspiraba con brusquedad, vi que se removía en su asiento y que sus dedos aferraban los brazos de la butaca, como si se estuviera esforzando por contenerse.

—Joder, eres preciosa —susurró.

—Eso es lo que me ha dicho el tipo de abajo.

—¡Mierda! —maldijo en voz baja, apenas audible—. No pretendía hacerte recordar eso.

—No, no... Lo que pasa es que... —Tomé aire—. Cuando él lo dijo tuve ganas de salir pitando. Cuando tú lo dices...

—¿Qué?

—Siento deseos de que me toques.

Las sombras velaban su rostro, pero aun así pude ver que sus rasgos se tensaban, como si estuviera librando una batalla.

—Lo haré —repuso—. Santo Dios, lo haré. Pero ahora mismo deseo mirarte. Adelante —me dijo, asintiendo—. Quiero ver cada centímetro de ti.

Los nervios y la excitación vibraban en mi cuerpo, y me temblaba la mano cuando me la llevé a la cremallera situada en la espalda. Tiré de ella hacia abajo y con suma suavidad deslicé el vestido. La tela se desprendió de mí para caer alrededor de mis pies, y me quedé cubierta tan solo por el tanga rosa claro y las sandalias de un rojo intenso.

Me humedecí los labios y lo miré a los ojos. Entonces saqué los pies del vestido y me quedé quieta otra vez. Estaba a tan solo unos cuantos

centímetros de él, pero el aire pareció cargarse de energía y promesas.

—¿Tienes idea de lo preciosa que eres?

Me ardieron las mejillas ante el comentario. Sabía que era guapa, pero no era algo en lo que soliera pensar. Siempre había sido menuda, y desde que era policía, lo importante pasó a ser la fuerza, no la belleza. Ahora mi cuerpo era fibroso y delgado. Femenino, sí. Pero también poderoso.

—Quiero ver el resto —dijo—. Quítate el tanga. Pero déjate puestas las sandalias.

Tragué saliva, sintiéndome cohibida de repente. Ya estaba casi desnuda, pero quedarme completamente desnuda salvo por un par de sandalias de tacón alto me parecía demasiado atrevido. Demasiado morboso.

Bajé la vista para mirar al suelo mientras enganchaba los dedos en la cinturilla.

—No —replicó Tyler—. Mírame a mí.

—Tyler...

—Chis. No discutas. Hazlo.

Eso hice. Y aunque esperaba sentirme aún más cohibida, más expuesta, de hecho me sentí todo lo contrario. Me sentí audaz. Salvaje. Vi su deseo sin tapujos, y supe que en ese preciso instante era yo quien ostentaba el poder.

No era ajena al poder; lo ejercía cada día en mi trabajo. Pero era la primera vez que me había sentido poderosa de verdad como mujer.

Me gustó.

Contoneé las caderas para dejar que el tanga cayera y luego saqué los pies de él también.

—Esta sí que es una imagen preciosa —declaró Tyler, contemplándome de manera pausada. Su sonrisa se crispó—. Y eres pelirroja natural.

—¿Acaso lo dudabas?

—Es agradable tener la confirmación. ¿Tienes un carácter a juego?

—Cabréame y lo descubrirás.

—Un genio vivo suele traducirse en pasión en la cama. —Se levantó y se

acercó despacio para detenerse frente a mí—. Estoy deseando averiguar si es verdad.

Alzó los brazos para tomar mis pechos con sus manos. Su piel estaba caliente sobre la mía, y cerré los ojos con un débil gemido de satisfacción que se tornó en un jadeo cuando me pasó los pulgares por los pezones. Luego me soltó, y yo abrí los ojos para verlo caminar a mi alrededor, con una concentración tan intensa que tuve la sensación de que estaba memorizando cada centímetro de mi anatomía.

Volví el cuerpo sin mover los pies, pues no quería dejar de mirar a Tyler. Cuando me hubo rodeado por completo, clavé mis ojos en los suyos, mientras él esbozaba una sonrisa de aprobación.

—Eres perfecta —aseveró—. Y ya estás excitada. Eso me gusta; me gusta saber que deseas que te toque, que te acaricie. Me encanta que ya te mueras de ganas de tenerme profundamente dentro de ti.

Comencé a negar con la cabeza... para protestar solo porque sí. Pero habría sido una mentira. Y sabía que él podía ver la verdad en el tono de mi piel, en la forma en que mi pulso latía acelerado; el ritmo era evidente en mi cuello y en la agitación de mi pecho. Sin duda tenía las pupilas dilatadas. Y esos rizos pelirrojos naturales que tenía entre mis muslos estaban húmedos y evidenciaban mi excitación.

Así que, en vez de protestar, me limité a mirarlo, y mis ojos descendieron hasta su entrepierna... y los pantalones, que no disimulaban en absoluto lo caliente que estaba.

—A mí también me gusta saberlo.

Tyler rió entre dientes.

—Me siento tentado de tirarte en ese sillón y tomarte ahora mismo.

—Sí. Oh, por favor, sí.

Se acercó más, y aunque siguió sin tocarme, cada fibra de mi cuerpo vibraba y se estremecía de anticipación y deseo. «Por favor. —Esas palabras resonaron como un grito en mi mente—. Por favor, tócame.»

—Pronto —me dijo—. ¿Qué estaba diciendo? ¿Que lo bueno se hace esperar?

—A la mierda la espera.

Tyler rompió a reír.

—Que conste que siento lo mismo. Pero atormentarte así me divierte tanto que no puedo parar.

—Al menos eres sincero.

—Puedo serlo —repuso—. No suelo serlo.

Esbocé una amplia sonrisa.

—Y otra vez esa sinceridad.

—Al parecer eres tú quien la provoca. Qué interesante. —Dio un paso hacia mí, tocando con el dedo la roja cicatriz que marcaba mi cadera izquierda—. Una herida de bala —dijo, y clavó los ojos en los míos a modo de pregunta.

—Un atraco —respondí, consiguiendo mentir con naturalidad—. No fue uno de mis mejores días.

Tyler me rodeó y trazó con el dedo mi cicatriz del orificio de entrada al de salida.

—Limpia, o al menos lo parece.

—Tocó algo de hueso —le informé—. Duele como mil demonios, pero se está curando. Ahora solo me da punzadas. No me gusta hablar de eso.

Asintió y depositó un beso en sus dedos para luego rozarme con ellos la herida.

—Pues no hablaremos de eso entonces. En cambio podemos hablar de lo hermosa que eres. De lo dura que se me pone solo con mirarte. —Me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja—. Y me gusta mirar. —Bajó la mirada a mis pechos, y mis pezones se endurecieron en respuesta. Una pequeña sonrisa asomó a sus labios cuando alzó sus ojos hacia los míos—. Me gusta ver los sutiles cambios que tu cuerpo revela cuando te excitas. Quiero memorizar la expresión de tu cara cuando te corres —añadió, tomándome la mano y deslizando mis propios dedos entre mis piernas.

Estaba caliente y resbaladiza, y un estremecimiento recorrió mi cuerpo cuando mi dedo rozó apenas mi clítoris.

—Oh, Dios mío, Tyler, por favor.

No estaba segura de si le suplicaba que me dejase parar o le exigía que

continuara. La confusión giraba a mi alrededor. Quería alejarme. Liberar mi mano. Esconderme. Pero al mismo tiempo no deseaba que terminara aquella sensación.

—No se trata de fijaciones sexuales, Sloane; se trata del placer. —Tyler apartó mi mano con suavidad, haciéndome gemir—. Y se trata de explorar los límites para encontrar el definitivo. Tengo intención de explorar esos límites contigo. Pronto —adujo, bajando la mano para acariciarme entre las piernas con ligereza mientras yo chillaba de frustración para mis adentros ante la ternura de su tacto cuando lo que deseaba con desesperación era que me arrasara—. Ahora mismo quiero mantenerte en tensión.

—Pues lo estás haciendo muy bien.

—Lo sé —declaró—. Y también sé que te gusta, como sabía que te gustaría lo que sucedió en el Destiny, la emoción de ser atrapada... La emoción de lo que ocurrió después. Dime —añadió—, quiero oír tu opinión.

—Me... me gustó. Me gusta —reconocí. Erguí los hombros al asumir la verdad—. Yo nunca... No es el mundo en el que vivo —concluí con voz apagada.

—¿No? Es una lástima. Todo el mundo debería sentirse vivo. Debería explorar la pasión y el peligro, la tentación y la anticipación. Tienes que explorar de vez en cuando, porque de lo contrario, ¿cómo sabes cuáles son en realidad tus límites?

Abrí la boca para responder, para decirle que esa emoción ya me la daba mi profesión cuando perseguía y atrapaba a hombres como él. Pero no podía confesárselo, así que contuve aquellas palabras.

—¿Qué?

—Sé que tengo una respuesta a eso, pero se me ha ido. —Conseguí esbozar algo parecido a una sonrisa—. Me robas mis pensamientos, Tyler Sharp.

Su sonrisa reveló un hoyuelo.

—Robo muchas cosas.

Yo podía haber respondido de mil maneras a eso, pero antes de que

consiguiera ordenar mis pensamientos, sonó el timbre de la puerta. Me sobresalté y traté de cubrirme el cuerpo de inmediato con los brazos, como si pudieran ocultar mi desnudez.

—No —me ordenó Tyler, y negó enérgicamente con la cabeza. El espíritu juguetón que había existido entre nosotros se desvaneció. Aquel era el hombre que tenía el control. El hombre que me había dicho que fuera allí esa noche solo si comprendía que tenía que jugar según sus reglas. Era el hombre que hablaba en serio—. Siéntate —me dijo, señalando el sillón.

Me quedé helada; de pronto mi piel estaba fría y húmeda.

—¿Qué?

—Siéntate —repitió, luego me condujo al sillón. Me colocó de forma que mis corvas tocaran los cojines y con las manos en las caderas. El timbre sonó de nuevo—. Un minuto —gritó.

—No —dije—. Ni hablar.

—Oh, sí —replicó, tomando mi pecho con suavidad acto seguido. Me pasó el pulgar sobre el pezón y yo hube de coger aire—. Eres lista, Sloane. Entiendes el juego.

—Ya no estoy segura de entender nada.

—Te dije que ganaría. Tú eres mi premio, Sloane. Tengo derecho a provocarte, a tocarte, a darte placer. Pese a todo, eres mía. Esta noche soy tu dueño. Y eso significa que hay reglas.

Algo que podría haber sido miedo me recorrió. Podría haberlo sido... Sin embargo, creo que en realidad era excitación.

—Tengo que obedecerte.

—Si estás aquí, sí. Pero la decisión es tuya. Puedes volver a ponerte el vestido. Y yo llamaré al mayordomo y pediré que traigan tu coche. Pero no creo que vayas a hacer eso.

—¿Por qué no? —Tenía la boca tan seca que apenas podía hablar.

—Porque vi la expresión de tu cara cuando te toqué en aquel pasillo, tú y yo solos aunque rodeados por camareros que fingían no vernos; lo les importaba. Estar desprotegida es emocionante. Ser un poco traviesa es emocionante. —Me sostuvo la mirada, y en aquel momento pensé que no tenía secretos para él—. Quizá no rompas las reglas, Sloane, pero me

apuesto lo que quieras a que las manipulas todo lo que puedes.

Sentí que se me aceleraba el pulso, y supe que era a causa de la verdad que contenían sus palabras.

—Eso te excita, ¿verdad? Saber que eres mía. Saber que al entregarte a mí tú también me tienes atrapado.

—Sí —susurré.

—Porque me has atrapado —confesó—. No se trata de lo que yo quiero, sino de lo que tú me haces. Y, por Dios santo, Sloane, me has llevado al límite.

Se pasó los dedos por el pelo, y en su semblante advertí que no mentía. Vi el deseo, la lujuria. La profundidad de su autocontrol. Era como un resorte bien sujeto, y yo ansiaba que lo soltase.

—Tyler. —Tuve la sensación de que me arrancaban su nombre de los labios y, que Dios me ayudara, anhelaba que él continuara presionándome, que me separara las piernas para tocarme por fin y liberara esa dulce e incesante opresión.

—Así que creo que vas a quedarte —prosiguió, casi en tono familiar—. Puede que me equivoque. Pasa a veces. A lo mejor te largas de aquí sin mirar atrás. A lo mejor me abofeteas y me dices que me vaya a la mierda. Eso entra en lo posible.

—A lo mejor —repuse. Desde luego, debería hacerlo.

Pero sabía que no lo haría.

Tyler se dio la vuelta y, sin decir nada más, salió de mi campo de visión hacia el recibidor. Yo me quedé allí sentada, con el corazón acelerado. Sentía un hormigueo en la piel. Era consciente de cada vello de mi cuerpo, como si me hubiera sumido en una tormenta eléctrica. Diminutas gotas de sudor perlaban mi nuca. Quería salir pitando... y, sin embargo, quería quedarme.

Me dije que era por la operación policial que estaba llevando a cabo; tenía que acercarme a aquel hombre, y ¿cómo coño iba a hacerlo si lo dejaba plantado? Pero no era verdad.

Deseaba quedarme porque él quería que me quedara. Porque en sus ojos había visto la promesa de lo que estaba por llegar.

Y porque, que Dios se apiadara de mí, Tyler tenía razón; yo quería manipular las reglas.

Regresó a la habitación, unos pasos por delante de un camarero con un uniforme negro ribeteado, que dio un pequeño traspies antes de dejar escapar un grito ahogado y continuar. Estoy segura de que era todo un espectáculo, desnuda sobre el sillón, con la cara vuelta hacia la entrada, las manos en los cojines y los pechos expuestos.

No me encorvé, aunque no por falta de ganas. Soy demasiado orgullosa. Pero tampoco miré al camarero. Por primera vez desde que me gradué en la academia no miraba una cara de forma deliberada. En cambio, centré la atención en Tyler... Descubrí que él estaba centrado por completo en mí. Vi deseo en su cara. Deseo, pasión e instinto posesivo.

Un deseo descarnado ardía en sus ojos, y en ese preciso momento supe que yo tenía el poder. Lo había puesto cachondo, lo había puesto nervioso. No porque estuviera desnuda e indefensa, sino porque estaba desnuda e indefensa porque él así lo quería.

Y ese deseo —esa hambre primitiva y sensual— también me atravesó. Ardía; me sentí viva, plena de poder femenino. Quería que me tocara. Quería que me reclamara el único hombre que me había llevado a ese

extremo, a esa intensa cúspide de deseo.

«Tyler.»

Como si pudiera oír mis pensamientos, la comisura de su boca se curvó de forma casi imperceptible, como una sutil promesa de todo aquello que estaba por llegar.

La sangre me palpitaba en los oídos, y apenas respiré mientras el camarero detenía el carro y lo transformaba en una pequeña mesa. Oí ruido de platos y a continuación el característico sonido de una botella de champán al ser descorchada.

Entonces Tyler firmó la cuenta, y el camarero se dirigió como un rayo hacia la puerta y desapareció. Tragué aire, y me percaté de que la expresión fría y serena de Tyler se suavizaba un poco.

—¿Lo ves? Es emocionante ser traviesa... No, no digas nada. Puedo advertir la verdad en tu cara. Y creo que también a él le has provocado cierta excitación. Como mínimo tendrá una historia que contar una y otra vez a sus colegas hasta que se haga viejo.

—Espero que le dieras una buena propina —dije, sorprendida de poder hablar, más aún de mostrarme sarcástica.

—Creo que tú has sido la mejor propina. Pero sí. He aumentado la propia habitual considerablemente.

Me dispuse a levantarme, pero él me indicó que siguiera sentada, y me alegré de que lo hiciera. Con lo excitada que me encontraba no estaba segura de que mis piernas soportaran mi peso.

—Lo has hecho bien. —Fue hacia el carrito y cogió la botella de champán de la cubitera. Sirvió una copa, que me acercó junto con un platito. Había una mesa de café justo delante de mí, y Tyler la hizo a un lado con un pie para dejar la copa y el plato en ella. Vi que el plato contenía un surtido de trufas de chocolate. Alcé la mirada hacia él y me correspondió con una sonrisa—. Es hora de tu recompensa. Dime, Sloane, ¿qué quieres?

«A ti. Oh, Dios mío, solo a ti.» Las palabras parecieron agolparse tras mis labios, suplicando su liberación. Pero las retuve, tal vez deseando en vano mantener oculta una parte de mí a pesar de estar sentada desnuda delante de él.

Miré la mesa de café muy despacio, con resolución.

—Me encanta el chocolate.

—¿De verdad? —Cogió una trufa, cubierta de chocolate negro y coronada con una diminuta estrella de glaseado blanco—. Lo que la señora desee. —Se arrodilló ante mí, apoyando una mano en mi rodilla cuando se inclinó, y me pasó la trufa con suavidad por el labio inferior—. Abre para mí.

Mientras yo abría la boca despacio, él me separaba las piernas con delicadeza. El aire fresco me acarició los muslos, tentando mi acalorada piel y haciendo que fuera aún más consciente de lo húmeda que estaba.

Gemí, pero el sonido quedó amortiguado por la trufa.

—Esta es mi chica —declaró al tiempo que me la metía en la boca—. Ahora, muerde.

Así lo hice, dejando escapar un gemido de sorpresa y placer cuando el almibarado jugo de cereza de su interior se extendió sobre mi lengua; una gotita quedó atrapada en la comisura de mi boca.

Mientras tragaba la mitad de la trufa, Tyler cogió el resto y se lo llevó a los labios, sin dejar de mirarme a los ojos mientras tragaba. En los suyos vi aquella tormenta, la tempestad de fuego y necesidad que, sin duda, me haría zozobrar y me dejaría tambaleando. Quería que lo hiciera. Deseaba con toda mi alma su tacto, sus besos. Todo él.

—Deliciosa —repuso, y la sensualidad de aquella única palabra hizo que mi cuerpo se contrajera. Necesité todo mi autocontrol para no tirar de él y suplicarle que, por favor, me follara, porque nada más podría apagar ese calor que iba en aumento y extinguir el fuego que amenazaba con reducirme a cenizas—. Pero esto —continuó mientras utilizaba la yema del dedo para tomar la gota de la comisura de mis labios— está aún más delicioso.

Tragué saliva, anticipando el placer de ver cómo se introducía el dedo en la boca y lo lamía. O quizá me sorprendiera y deslizara ese dedo en mi boca, y así yo podría cerrar los labios a su alrededor y perderme en su sabor a cereza.

Sin embargo, eso no era lo que él tenía en mente.

En lugar de acercar el dedo a mi boca, lo acercó a mi clítoris, rozando con la mano mis muslos separados. Jadeé mientras todo pensamiento me abandonaba.

Y entonces, mientras él me excitaba y jugueteaba despacio, muy despacio, la razón y la lógica me abandonaron también. No era más que sensaciones. Un montón de átomos con forma humana, que solo existían para moverse y vibrar de placer.

A continuación se apartó. Yo me quejé, desesperada porque él terminara lo que acababa de empezar.

—Chis —murmuró, y colocó las manos en mis caderas para impedir que me retorciera en silenciosa demanda.

—Tyler... —Tenía la voz ronca, desgarrada—. No. Deja que...

—Chis —repitió, manteniéndome inmóvil. Peor aún, manteniéndome insatisfecha—. Creo que hay un poco de jugo de cereza en un punto muy dulce. —Sus ojos se clavaron en los míos, ardientes y ávidos, y mi sexo se contrajo, anticipándose a lo que iba a ocurrir—. Y solo quiero probar un poco.

«Sí, sí, ay, Señor, sí.»

Como si se propusiera atormentarme a propósito, inició un sendero de besos por la parte interna de mi muslo. Enloquecí. Quería retorcerme, contonear mi cuerpo al ritmo de las sensaciones que me dominaban, pero él se apresuró a sujetarme. No podía moverme. Y de algún modo mi inmovilidad hizo que el placer fuera mucho más intenso.

Con la punta de la lengua excitó la suave piel del vértice de mis muslos. Tomé aire de forma entrecortada y arqueé la espalda, tratando de respirar mientras los destellos de placer se propagaban por mi cuerpo, tan exquisitos y sin embargo tan insuficientes. Quería la explosión.

—Por favor —supliqué, y luego grité de gozo cuando volcó su atención en mi clítoris.

Su lengua buscó la parte más sensible de mi ser. Me lamió, me excitó, y mi cuerpo se estremeció con el placer de una explosión en ciernes que nunca parecía llegar.

Arqueé la espalda, cerré los ojos y apreté los párpados, como si a base de

pura fuerza de voluntad pudiera conseguir llegar. Estaba cerca, muy cerca...

—Tyler —murmuré—. Tyler, por favor...

Él se apartó con suavidad, ladeando la cabeza para mirarme mientras yo reprimía un grito de protesta.

—Como he dicho; delicioso. —Se acercó y cogió la copa de champán—. Bebe —me dijo, y acepté la bebida con agradecimiento, tomando un trago del frío líquido que fue dolorosamente insuficiente para apagar el calor que ardía dentro de mí—. Déjame un poquito.

Me quitó la copa. Bebió un sorbo él también y luego uso las manos para separarme más los muslos antes (¡gracias a Dios!) de bajar su boca una vez más hasta mi sexo.

Había esperado sentir placer. Lo que no había esperado era el enloquecedor deleite que me generó la combinación de su boca caliente, su hábil lengua y el fresco y efervescente champán. El espumoso líquido burbujeaba contra mi ya sensibilizado clítoris y la sensación era casi imposible de soportar. Un millón de pequeñas explosiones y vibraciones, que prometían algo más grande, algo más salvaje y ardiente.

Y, sin embargo, ninguna de ellas bastó para llevarme allí donde ansiaba ir. Necesitaba su tacto, su lengua. Lo necesitaba justo ahí, pero aunque moví las caderas de manera desvergonzada, él no se mantuvo en el dulce punto el tiempo necesario para hacerme recorrer el último tramo.

—Por favor —supliqué.

Pero a Tyler no le interesaban mis demandas. Desvió su atención, depositando besos a lo largo de la recortada línea de vello púbico, subiendo después para provocar a mi ombligo con su lengua.

Cada contacto era erótico, y generaba remolinos de calor que me atravesaban. Pero no era el calor, sino la explosión lo que deseaba, y mientras gemía de placer y a modo de protesta, su boca se apoderó con fuerza de mi pecho y sus dientes rozaron de forma juguetona mi duro pezón.

—Me estás atormentando —susurré cuando deslizó la mano entre mis muslos. Jadeé cuando me introdujo un dedo para luego acariciarme con largos y pausados movimientos pensados para dejar que el placer

aumentara más y más... sin llegar del todo a la cima—. Cabrón —gemí—. Lo haces adrede.

—Chica lista. —Tomó mis pechos en sus manos, bajando la boca hasta mi cuello. Sus besos eran un tipo de tortura diferente, y ladeé la cabeza de manera instintiva—. Pero ¿de verdad es un tormento? —murmuró. Sus labios me rozaban la piel con cada palabra y me producían escalofríos—. ¿O se trata de un placer extremo fruto de la anticipación de lo que está por venir?

—Tormento —respondí con firmeza, haciéndole reír—. Y yo que empezaba a pensar que eras un hombre bueno. No lo eres.

Tyler se echó hacia atrás para que pudiera verle la cara. El deseo, la pasión y la feroz crudeza que mostraba me atravesaron.

—Tienes razón —reconoció—. No lo soy.

Mientras me esforzaba para no gemir, se puso en pie. Me tendió la mano, y yo la acepté llevada por la curiosidad y la expectativa. Esperaba que me condujera al dormitorio; esperaba que su intención fuera concluir lo que había empezado. Pero me temía que tenía otra cosa en mente... y, maldito fuera, no podía evitar ese chisporroteo en mi sangre provocado por la mezcla de curiosidad y, sí, anticipación.

Sin mediar palabra, me condujo a un corto pasillo y acto seguido atravesamos otra habitación.

Si soy sincera, reconozco que estaba sumida en una neblina sensual tan intensa que fue un milagro que reparara en algo. Pero las pequeñas cosas me llamaban la atención. Los cuadros. Las molduras. Había antigüedades en cada rincón, aunque la habitación no se veía abarrotada y resultaba elegante.

Recorrimos otro pasillo, y se me pasó por la cabeza la descabellada idea de que lo único que Tyler pretendía era hacerme caminar en círculos. Más tormentos. Más anticipación.

Cuando se lo dije, se echó a reír.

—No soy tan cruel. Este lugar es enorme. Uno puede perderse en él. A veces me pasa.

—¿En serio?

—No, pero es una historia estupenda.

—¿Es eso lo que haces? ¿Inventar historias cuando la verdad no es lo bastante buena?

Le tembló la comisura de la boca.

—Por supuesto.

—Bueno. Eso es un enigma.

—¿El qué?

—Estás siendo sincero sobre que no eres sincero.

—A lo mejor solo intento mantener tu interés —repuso; cierto ardor tiñó de nuevo su voz.

No pude mirarlo a los ojos.

—No creo que tengas nada de que preocuparte al respecto.

Habíamos llegado a la puerta abierta del dormitorio principal, y me sorprendió el contraste entre el interior y el resto del apartamento. Esa habitación estaba amueblada al estilo contemporáneo que Tyler había dicho preferir. Líneas limpias que destacaban la funcionalidad por encima de la forma, pero que de igual manera sugerían dinero y buen gusto.

Qué interesante. Eso me indicaba que era un hombre que estaba dispuesto a hacer concesiones, aunque no con las cosas que eran personales e importantes para él.

Había unas puertas dobles cerradas al fondo de la estancia, detrás de las cuales imaginé que se encontraba el cuarto de baño. Una enorme cama dominaba el espacio delante de las ventanas, tras las que parpadeaban las luces de la ciudad, como falsas estrellas.

Esperaba que fuéramos a la cama, pero Tyler me hizo cruzar el dormitorio hacia las puertas dobles. Mientras atravesábamos la habitación me centré en los detalles como habría hecho con el escenario de un crimen, tratando de averiguar cuanto me fuera posible del hombre que ocupaba ese espacio. La cómoda —con sus artículos personales dispuestos encima de forma precisa— denotaba organización aun cuando la ropa dejada al descuido sobre el respaldo de una silla mostraba que no la llevaba al extremo de la obsesión.

No había fotografías, libros ni nada personal en aquel dormitorio. Nada salvo una colcha hecha a mano, doblada con esmero a los pies de la cama. Y ese único objeto me suscitaba más preguntas que toda la información que había descubierto sobre ese hombre enigmático, poderoso y potencialmente peligroso.

Debí de titubear, pues sentí un tirón, y cuando miré a Tyler su expresión era opaca. Ladeó la cabeza hacia las puertas dobles que había al fondo de la estancia.

—La cama no —dijo sin más—. Todavía no.

—Estaba mirando la colcha —dije, hablando de manera inexplicable en un susurro—. ¿Un recuerdo de familia?

—Sí —respondió, sin extenderse.

Me dispuse a preguntarle más, pero me detuve. No era una cita, y por mucho que estuviera disfrutando de la velada, tenía que recordar que se trataba de una misión. Saber esas pequeñas cosas podrían ayudarme a componer un retrato mejor del hombre, pero no alcanzaba a imaginar que esa colcha guardara alguna relación con Amy.

No necesitaba detalles personales. Y estaba segura de que no debía querer conocerlos. Sabía que Sharp estaba sucio. Tal vez no traficara con mujeres —Dios mío, esperaba que no lo hiciera—, pero su estilo de vida, su manera de dirigir los negocios, su forma de ver la existencia no era limpia. Tyler Sharp despreciaba las reglas a cuyo cumplimiento yo dedicaba mi vida.

Y aunque solo habíamos pasado unas horas juntos, había conseguido cautivarme. Me dije que era algo comprensible; si inicias una operación planeando una seducción, la seducción tendrá lugar. Y sí, Tyler Sharp me había seducido por entero. Me había revolucionado, me había hecho desear. Me había hecho necesitar. Me había presionado, llevándome más allá de lo que jamás había ido, y no podía negar que me gustaba.

Pero ese pequeño recorrido por el apartamento me había proporcionado la oportunidad de recobrar la compostura, y eso era bueno. Aún deseaba sentir su contacto —oh, Dios, ¿dejaría alguna vez de desearlo?—, pero la neblina sensual que había empañado mi pensamiento se había desvanecido, y estaba centrada en mi misión.

Quizá el sexo con Tyler fuera muy entretenido, pero al final del día el sexo solo era sexo.

Y tenía que seguir siendo así.

Creo que fue las velas lo que me mató.

Cuando Tyler abrió las puertas, la habitación apareció bañada por la luz dorada de al menos una docena de velas dispuestas en el suelo, en candeleros, en mesitas próximas a la gigantesca bañera. La estancia olía a lavanda y vainilla. Inspiré hondo.

—¿Cómo? —pregunté—. ¿Cuándo?

—Envié un mensaje de texto al hotel desde el coche.

No pude por menos de echarme a reír ante su aire de autosuficiencia.

Me condujo de la mano a los dos escalones que había ante la bañera de mármol, enorme, honda, y llena ya de burbujas con aroma a lavanda.

—Adelante —dijo—. Entra.

Me descalcé, pero luego me detuve y me volví hacia él.

—No te entiendo —dije con voz lastimera—. Haces que me desnude. Me traes a ese camarero. Es provocador, sórdido... Puede que hasta peligroso. Y sin duda, caliente.

—Has olvidado añadir «salvaje».

—Salvaje —concedí—. Pero esto... —Extendí un brazo para mostrarle todas las velas de la habitación—. Esto también es salvaje... salvajemente romántico, sensual. Apacible y sereno. Y maravilloso.

—¿Y te molesta?

—Me confunde —admití.

Un destello de diversión iluminó sus pupilas.

—Tal vez quiera confundirte. O quizá esté tratando de probar algo.

—¿Qué?

—Hay infinidad de maneras de complacer a una mujer —dijo, y el tono de su voz me dio a entender que solo acababa de empezar a mostrármelas—. Puedo ser sórdido y crudo, delicado y sentimental. ¿Cómo voy a saber qué te complace hasta que no vea tus reacciones?

—Oh... y ¿qué es lo que me complace?

—¿A ti? Cielo, tú lo quieres todo. —Al oírlo, me flaquearon las rodillas—. Y estoy deseando dártelo. —Movi6 la cabeza en direcci6n a la ba6era—. Adentro.

No me hice de rogar. Me deslic6 con cuidado por el fr6o m6rmo1 hasta el borde de la ba6era. Prob6 el agua; ten6a la temperatura id6nea, caliente pero sin llegar a quemar. Con un suspiro de placer absoluto, me sumerg6 en ella.

Tyler me puso un coj6n inflable debajo de la cabeza y me sonri6.

—¿Vienes?

—No —contest6 mientras se quitaba el reloj, un bello objeto que a primera vista parec6a antiguo—. Yo no.

Lo dej6 sobre una mesa cercana, y decid6 que estaba bromeando, puesto que procedi6 a desabotonarse la camisa.

Disfrut6 de la escena. Pose6a un cuerpo deliciosamente perfecto, bronceado y escultural, con ese t6rax y esos brazos definidos que se ven en un nadador. Quer6a alargar un brazo y acariciarlo para comprobar si el sutil vello de su torso era tan suave como parec6a y si sus m6sculos eran tan firmes. Quer6a recorrer con mis labios hasta el 6ltimo cent6metro de Tyler.

Sobre todo, quer6a zambullirlo en la ba6era conmigo.

En lugar de eso me conform6 con observarlo sentado en el borde, todav6a vestido con el elegante pantal6n gris. Descamisado y con el pelo un tanto alborotado, parec6a un chico de calendario, todo sensualidad natural.

Era un ser excepcional, y no pude evitar preguntarme a cu6ntas mujeres hab6a conducido a su habitaci6n, acariciado, ba6ado, llevado a la cama.

Me lo pregunt6 y lament6 haber permitido que dicho pensamiento se colara en mi mente. No ten6a derecho a estar celosa. Tyler no era m6o —no pod6a ser m6o— y cualquier conexi6n que creyera compartir con 6l esa noche era una mera ilusi6n. ¿C6mo pod6a ser real si los dos est6bamos aferr6ndonos a nuestros secretos?

—¿Te has quedado absorta? —inquiri6 acarici6ndome el pelo.

Sonre6.

—Estaba pensando en lo guapo que eres.

Enarcó las cejas.

—Me siento halagado.

—Y un cuerno. Sabes perfectamente que eres alucinante.

—Y en muchos sentidos —replicó con una sonrisa arrogante.

Me eché a reír y empecé a salpicarle. Me sujetó la mano.

—Las manos sobre las rodillas —dijo—. Voy a enjabonarte.

Abrí la boca para... ¿qué? ¿Protestar? ¿Preguntar? Finalmente me limité a apoyar la cabeza en el cojín, con las manos sobre las rodillas, y le dejé hacer.

Empezó por las piernas. Con suma delicadeza, las levantó de una en una para colocarme los talones sobre un pequeño peldaño construido dentro de la bañera que, supuse, estaba ahí justamente para ese fin. Me acarició la piel con jabones perfumados y deslizó sus manos, hábiles y resbaladizas, por mis pies, mis pantorrillas, mis muslos. Cuando llegó a la hendidura me rozó el sexo y desencadenó espasmos de placer por todo mi cuerpo. Un instante después retiró la mano, como si su única intención hubiese sido hacerme una breve demostración de lo que estaba por venir.

Pasó a mi torso, luego a los brazos y las manos, masajeando sensualmente cada dedo, hasta que pensé que el deseo de más, de mucho más, me haría perder la cabeza. Luego, dirigiendo la atención a mis pechos, los frotó y acarició hasta que pude notar cada roce en cada célula de mi cuerpo y los pezones se me endurecieron de deseo.

Para mi desgracia, se detuvo ahí.

—¿Cómo estás? —me preguntó, y cuando abrí los ojos me estaba sonriendo con una especie de satisfacción sensual.

—Relajada —dije—. Y caliente.

Vi en sus ojos un leve parpadeo, pero si el acto de acariciarme y tocarme lo había excitado tanto como a mí, no lo dijo. En lugar de eso, cogió un difusor y procedió a mojarme el pelo.

Sus manos, fuertes y sensuales, me masajearon el cuero cabelludo mientras el champú elegido por él —hecho con menta y eucalipto— me

saturaba los sentidos. Con aquel hombre cuidando de mí, cerré los ojos y empecé a flotar.

Ignoro cuánto tiempo pasé perdida en ese espacio sensual al que Tyler me había transportado. Solo sé que cuando abrí los ojos tenía el pelo enjuagado y la bañera estaba vaciándose, y que en lugar de sentir el frío a medida que el agua se escurría, sentía la pulsión caliente del deseo dentro de mí.

Sin decir una palabra, Tyler me tendió una mano. La acepté, agradecida. No estaba segura de que hubiera podido arreglármelas sin su ayuda.

Bajé los escalones con cuidado y aterricé en una alfombrilla suave y mullida. Se colocó frente a mí y se quedó mirándome mientras el aire desprendía chispas a nuestro alrededor. Alargué un brazo —tenía que hacerlo— para deslizar los dedos por su torso desnudo.

Noté los latidos de su corazón bajo mi mano y apreté la palma. Alcé la cabeza y tropecé con su mirada; la fuerza del deseo que vislumbré en sus ojos casi me derribó.

—Sí —susurré—, por Dios, sí.

No se movió. Tampoco habló, pero cuando mi mano descendió para explorar la forma de su cuerpo, noté que sus músculos se tensaban con un control a duras penas contenido. Sonreí, encantada de ser yo la que entonces le hiciera estremecerse, y me arrodillé lentamente pensando que me gustaría lograr que se estremeciera aún más.

Cuando acerqué la mano a la cremallera, sin embargo, la detuvo con suavidad.

—No.

Alcé la vista.

—¿No te apetece?

—Pocas cosas me apetezen tanto como ver tus labios alrededor de mi polla. Pero todavía no. Ahora no.

—¿Por qué no?

Me cogió de la mano y me levantó.

—Porque esta noche la protagonista eres tú.

—Oh.

Caminó hasta un armario y sacó una bata blanca de seda. Me ayudó a ponérmela. Era suave y delicada como un beso. Me ceñí el cinturón y deslicé las manos por la prenda, disfrutando de la caricia de la seda sobre mi piel.

—Me gusta mirarte. Me gusta ver cómo tu cuerpo reacciona a mis caricias, el parpadeo de tus ojos cuando te acercas al precipicio. Entre nosotros hay una franqueza que... en fin, que me gusta.

—Yo no estoy haciendo nada salvo reaccionar a ti —repuse en voz baja, si bien esas palabras eran del todo ciertas.

—Eso está bien —dijo, y en ese momento nuestras miradas se cruzaron. Sentí esa contracción en el vientre, la fuerte llamada del deseo. Separé los labios, me alcé de puntillas y, posando la mano en su hombro, busqué su boca, su beso...

Pero Tyler dio un paso atrás, y de repente no había adónde ir. Bajé la vista, cohibida.

—Lo siento, no pretendía... —¿Qué? ¿Besarlo? Ya lo creo que pretendía besarlo. Lo que no pretendía era ponerme en ridículo, pero eso no iba a decírselo.

Entonces lo entendí.

—Es lo que dijiste en el ascensor. A pesar de todo esto, a pesar de hacerme sentir de este modo, no vas a besarme. Sigues atormentándome, ¿no?

Esbozó una sonrisa lenta y sexy, y decididamente encantadora. Y no pronunció una maldita palabra en respuesta a mi pregunta. En su lugar, me cogió un mechón de pelo y lo enredó entre sus dedos.

—Dios, cómo me provocas. —Me tendió una mano—. Ven conmigo.

Estaba irritada, pero también divertida y caliente. Además, no había otro lugar al que ir que de nuevo a aquel dormitorio, lo que quería decir que finalmente me llevaría a la cama.

—¿Recuerdas lo que te dije? —me preguntó mientras me conducía a la habitación—. ¿Las cosas que me gustan?

—Mirarme, dijiste.

—Exacto. ¡Un premio para mi alumna favorita! Y me ha gustado mucho mirarte. Me ha gustado todo: mimarte, tocarte. Me gustó observar tu cara cuando entró el camarero, y me gustó saber que estabas exhibiéndote allí sentada delante de él porque querías complacerme.

Caminó hasta la puerta, pero no cruzó el umbral.

—Verte así me la puso dura, ¿lo sabías?

Negué con la cabeza.

—Saber que estabas dispuesta a llegar hasta ahí para complacerme me la puso dura, hizo que te deseara aún más. Y me hizo preguntarme hasta dónde serías capaz de llegar.

Me humedecí los labios, pero no respondí.

—Porque es esto lo que quieres, ¿no? La aventura. La emoción... Por eso me enviaste una nota en la que decías que querías jugar. Y te enojaste cuando te alejé.

Asentí con la cabeza.

—Y estás aquí conmigo ahora porque ansías algo. ¿Qué es lo que ansías, Sloane?

—A ti.

Cabeceó.

—Yo, claro. Pero ansías algo más. ¿Quieres que te guíe el resto del camino? Te gustaría saber hasta dónde podrías llegar. —Tyler extendió la mano para acariciarme la mejilla—. ¿Por qué yo, Sloane? Quiero que me contestes.

Me obligué a no dar un solo paso atrás. Porque ¿qué podía responder a esa pregunta? ¿Acaso le diría: «Porque estabas ahí, te estaba investigando»? Lo cierto era que yo quería acercarme más aún; todavía quería colarme en el Destiny, saber qué hacían allí. Y si Kevin estaba en lo cierto, todavía quería pillar a Tyler.

Todo eso era cierto. Pero no era la verdad.

La verdad era más cruda, más temible. Porque Tyler Sharp era un tipo peligroso. Y estaba inquieto. No era el tipo de hombre con quien debería intimar.

Esa era la verdad, y era hiriente para mí. Pero lo que aún me asustaba más era que si decía en voz alta todo aquello ya no habría vuelta atrás.

Aun así, no podía guardar silencio. De modo que cogí aire, me armé de valor para responder a aquel hombre, enigmático y peligroso, con la verdad más elemental y auténtica.

—Porque me has visto —le dije—. Porque me ves, y nadie más lo ha logrado.

Me sostuvo la mirada y asintió lentamente. Un momento después se acercó a la cama y se sentó en el borde.

—Ven aquí.

Avancé para colocarme entre sus rodillas. Cogió el cinturón de mi bata por un extremo, tiró de él y deshizo la lazada. La bata se abrió, dejándome expuesta frente a él.

Permanecí completamente inmóvil, si bien la sangre bombeaba con tanta fuerza en mis venas que era un milagro que Tyler no la oyera. Se levantó. Lo tenía tan cerca que podía notar el calor de su cuerpo. Tiró del cinturón hasta sacarlo de las trabillas. Luego deslizó las manos por mis hombros hasta que la bata resbaló por mi cuerpo.

Se arremolinó a mi pies, dejándome desnuda, caliente y deseosa de sus caricias.

Me miró de arriba abajo lentamente, y con cada segundo que pasaba el ansia crecía dentro de mí. No sabía qué esperar, solo sabía que quería que me tocara y que lo quería ya.

—Preciosa.

Fue una sola palabra, pero me pareció una caricia. Mis pechos se tensaron y mis pezones se pusieron tan duros que casi me dolían. Mi sexo ardía ahora de un deseo tan intenso que solo su contacto podía satisfacerlo.

Quería suplicarle, agarrarle la mano y ponérsela sobre mí. En lugar de eso, dije simplemente:

—Por favor.

—Dame tu mano —me pidió en un tono sensual pero autoritario, y obedecí sin vacilar.

La tomó con delicadeza y deslizó la punta del cinturón de seda por mi brazo, mi muñeca, el dorso de la mano. Las manos no me habían parecido hasta entonces especialmente eróticas, pero el poder sensual de la seda sobre mi piel era innegable.

—Por favor —dije de nuevo, y vi que una sonrisa le curvaba los labios.

—Por favor ¿qué?

—No lo sé —respondí con franqueza—. Solo por favor.

—Como desee la señora.

Me rodeó la muñeca varias veces con el cinturón y le hizo un nudo. Mientras lo hacía noté que algo frío crecía dentro de mí y forcejeaba con el calor. Me mordí el labio para refrenar el impulso de apartar la mano y me obligué a respirar.

—Las ligaduras son sensuales —dijo al tiempo que esa cosa fría empezaba a retorcerse en mi vientre.

—No —susurré, pero no retiré la mano. El frío me había paralizado.

Su sonrisa parecía casi divertida.

—Tú me buscaste, Sloane, ¿lo recuerdas? Me buscaste porque querías saber hasta dónde soy capaz de llevarte.

«Pero no quería que me llevaras tan lejos —deseaba gritarle—. Deberías saberlo. Deberías verlo. No en este momento.»

Como si hubiera oído mi súplica silenciosa, Tyler me soltó la mano y casi aullé de gratitud cuando el hielo de mis venas empezó a derretirse.

«Crisis evitada. Terror controlado. Todo va a salir bien. No pasa nada. Respira hondo y todo irá bien», me dije.

Lo repetí como un mantra al tiempo que bajaba el brazo, con el cinturón de seda todavía atado a la muñeca, y me invadía una sensación de alivio tan intensa que me dejó débil y mareada.

—Tú y yo llegaremos lejos, te lo prometo —dijo.

Despacio, angustiosamente despacio, deslizó un dedo sobre mi clavícula. Luego, trazando una línea recta entre mis senos, descendió hasta el abdomen.

Mis músculos se tensaron con el contacto y hube de respirar con jadeos

entrecortados. Bajó un poco más, hasta que sus dedos me encontraron húmeda y dispuesta, tanto que el roce más leve contra mi clítoris me provocaba tales temblores que mi cuerpo se quedó laxo.

—Todavía no —susurró. Retiró la mano con una sonrisa taimada. Me tumbó sobre la cama y me contempló desde arriba—. Adorable —dijo—. Ahora separa las piernas. Quiero verte completamente abierta para mí, a punto de caramelo. Quiero ver tu cuerpo brillar.

Con deliberada lentitud, deslizó las manos por mis muslos y los separó. Cerré los ojos y volví la cara, excitada por las caricias pero avergonzada por el deseo que sabía que Tyler podía ver tan claramente.

—Eres exquisita —dijo, y mientras hablaba deslizó un dedo por mi muslo, subió por la cadera y avanzó por la curva del torso. Me levantó el brazo y sentí el roce de sus labios cuando lo cubrió de besos—. Quiero acariciarte, llevarte todo lo lejos que seas capaz de llegar, y quiero asegurarme de que no puedas huir del placer.

El frío apareció de nuevo y se retorció en mi estómago. Me incorporé bruscamente y abrí los ojos, presa del pánico.

Pero no tenía adónde ir. El cinturón seguía anudado alrededor de mi muñeca, y aunque ignoraba cómo había sucedido, me hallaba firmemente atada a la cama.

—No. —Quise que fuera un grito, pero de mi boca apenas salió un susurro.

—¿No? Viniste voluntariamente, Sloane.

Buscó mi otra mano y traté de respirar con normalidad. Traté de comportarme como una poli y no como una chiquilla de catorce años. Traté de emerger del negro océano de miedo en el que me encontraba. Pero no podía. Tyler me había hecho perder la serenidad, había abierto la puerta del abismo y ahora estaba cayendo.

—Conoces las reglas. —Su voz sibilina se filtrara a través del miedo que me bombardeaba la cabeza—. Tuviste la oportunidad de marcharte, más oportunidades de las que habría debido darte. Y sin embargo viniste a mi cama, excitada y ardiendo de deseo por mí.

—Pero esto no —repliqué con dificultad—. Esto no. Maldita sea, Tyler, desátame.

Había empezado a forcejear. El corazón me latía con furia. La luz dorada de la habitación era en ese momento roja como la sangre. Caliente como la muerte.

Casi no podía verlo a través del aturdimiento, casi no podía oírlo a través del torbellino que giraba en mi cabeza, de los recuerdos, el miedo, el dolor, todo unido como un monstruo horrible y violento que estaba decidido a devorarme.

—Relájate —estaba diciendo, al tiempo que procedía a rodear mi otra muñeca con lo que parecía un cordón de cortina.

«¡No, no, maldita sea, no!»

No sé cómo lo hice, no sé cómo conseguí que mi cuerpo se moviera de ese modo, pero el caso es que obvié mi sufrimiento y lancé un puñetazo rabioso que aterrizó en su sien.

—¡Joder! —aulló de dolor.

Cuando Tyler se irguió aproveché el movimiento para impulsar la rodilla hacia arriba. Una posibilidad entre un millón, pero funcionó: oí su gemido gutural cuando le di de lleno en los huevos.

Quería echar a correr, pero mi brazo seguía atado al cabecero de la cama. Y mientras intentaba recuperar el ritmo normal de la respiración —y trataba de pensar—, Tyler levantó la cabeza y vi la rabia y el peligro brillar con furia en sus ojos.

Antes había temido los recuerdos. Ahora temía al hombre.

«Se acabó —pensé—. Dios mío, se acabó.»

—No te acerques —gruñí—. Ni se te ocurra acercarte.

—Sloane...

Tras pronunciar mi nombre, dejó caer la cabeza y quedó arrodillado en el suelo, junto a la cama.

Retorciéndome, traté de deshacer el nudo con la mano libre.

—Lo siento.

Su voz rezumaba arrepentimiento, y cuando me volví hacia él, la rabia que había percibido en su mirada había desaparecido. Ahora solo veía ternura y un pozo interminable de pesar.

Sentí que el alivio me inundaba.

—Suéltame —le exigí—. Deja que me largue de aquí, joder.

—Lo siento —dijo de nuevo mientras se ponía lentamente de pie—. No lo sabía... Pensaba que tú... No lo sabía... —repitió, pero yo no entendía lo que quería decirme.

Fue a tocarme y me aparté. Tyler se quedó inmóvil, mirándome, con el rostro tan tenso y crispado como si lo hubiera abofeteado.

—No lo sabía —insistió, y aunque yo seguía sin comprender qué quería decirme, tampoco tenía intención de preguntárselo. En ese momento me traía sin cuidado. Lo único que quería era largarme de allí.

Noté que una lágrima resbalaba por mi mejilla y me di la vuelta bruscamente.

—Desátame, por favor —dije.

—Claro, claro.

Eso hizo. Me incorporé, sintiéndome frágil y desconcertada. Fui a coger la bata, pero Tyler se agachó antes que yo y me la tendió.

Me levanté y me la eché sobre los hombros.

—Quédate —dijo, pero me limité a sacudir la cabeza.

Me dirigí al salón con la sensación de estar soñando. No encontré las bragas, pero me dio igual. Me enfundé el vestido y me lo até al cuello. Estaba subiéndome la cremallera cuando Tyler entró.

—Sloane, te lo ruego, no te vayas.

Pero solo fui capaz de cabecear. No podía quedarme. Ni siquiera por Candy, ni siquiera por Amy. Tampoco por mí.

—Lo siento —susurré.

Agarré el bolso y, descalza, salí al pasillo.

Avancé a tientas por el pasillo y abrí la puerta de la escalera oculta que conducía a la novena planta y al ascensor que me devolvería al vestíbulo.

A cada giro volvía la cabeza para asegurarme de que no tenía a Tyler detrás. Me dije que no quería que me siguiera, y puesto que no parecía ser el caso, también me dije que eso era bueno.

Pero, por la razón que fuera, no lo creía.

El miedo se iba disipando, los recuerdos regresaban a la oscuridad a la que pertenecían. Estaba agotada, física y emocionalmente. La noche al completo había sido un auténtico torbellino, un torbellino de temores, de placer, de peligro y deseo.

Al final esas sensaciones negativas habían ensombrecido todo lo demás, pero no podía negar que las horas pasadas con Tyler habían sido mucho más. Más de lo que había esperado. Más que simplemente un trabajo.

Tyler me había trasladado a lugares en los que nunca había estado, y había experimentado un deseo de una intensidad desconocida hasta entonces para mí. Pero no podía permanecer allí. No podía darle lo que me pedía.

Sabía perfectamente que Tyler era peligroso en muchos aspectos, si bien no le temía en la cama. No, no era el hombre lo que temía, sino la puerta que pudiera abrir. Una puerta que mantenía a raya mis recuerdos y secretos más oscuros. Una puerta que estaba decidida a mantener cerrada y en la que cualquier grieta, por pequeña que fuera, me aterraba.

En la novena planta aguardé el ascensor con impaciencia, trasladando el peso de mi cuerpo de un pie a otro. Cuando finalmente llegó, pude derrumbarme en el sofá y enterrar la cara en las manos.

Nadie subió durante el descenso, que fue rápido. No me extrañó. Ignoraba qué hora era, pero sabía que era muy tarde, y las únicas personas que deambulaban por los hoteles a esas horas de la noche eran las que estaban, como yo, haciendo el paseo de la vergüenza.

Me levanté cuando las puertas se abrieron y volví a sentarme un segundo después, presa de la estupefacción, cuando vi a Tyler de pie frente a mí.

—¿Cómo...?

—Ascensor de servicio.

Entró en la cabina, bloqueándome la salida.

—Necesito irme de aquí. Necesito...

—Sloane. —Eso fue todo lo que dijo, tan solo mi nombre, pero lo pronunció de manera tan firme y vehemente, tan llena de arrepentimiento, que sonó como una declaración de honor.

Me ablandé ligeramente.

—Por favor, Tyler, estoy cansada.

Señaló el sofá con la cabeza.

—En ese caso, siéntate.

Pensé en protestar, pero no estaba segura de que me quedaran fuerzas. Me sentía débil. Exhausta. De hecho, dudaba incluso de que aún tuviera los pies en la tierra.

Tomé asiento, y en cuanto las puertas se cerraron, Tyler pulsó despreocupadamente el botón de la novena planta y un segundo después el botón de parada para detener el ascensor.

Luego se volvió hacia mí.

—Has de saber que soy un hombre que si quiere algo lo toma — comenzó a decir mientras yo bajaba los ojos y me miraba las uñas—. Siempre lo he hecho y siempre lo haré. Sin excusas y sin excepciones. Sin excepciones, esto es, salvo una.

Gozaba de toda mi atención en ese momento, y cuando levanté la cabeza vi que me miraba fijamente.

—¿Cuál?

—Nunca tomaré de una mujer aquello que no me sea dado voluntariamente, por muy irresistible que ella sea.

—No intentes arreglarlo. —El tono de mi voz fue quedo y amenazador—. Me dijiste sin rodeos que había cosas que deseabas en tu cama. —Clavé

la mirada en él—. Cosas que estabas más que dispuesto a tomar. Y no hay duda de que lo intentaste, Tyler.

—Sí —reconoció—. Y no.

—Estoy cansada —dijo—. No estoy de humor para adivinanzas.

—Yo tampoco. —Se arrodilló frente a mí, quedando casi a la altura de mis ojos—. No era de mí de quien tenías miedo, ¿verdad? —me preguntó con dulzura—. De hecho, en esos momentos ni siquiera me veías.

Desvié la mirada. No quería que vislumbrara la verdad en ella.

—Lo siento mucho —dijo, y supe que no estaba disculpándose por lo que había sucedido entre nosotros, sino por lo que me había sucedido a mí muchos años atrás.

—No importa.

—Sí importa. Al principio pensaba que... —Se interrumpió bruscamente y negó con la cabeza—. Pensaba que estabas metida en el juego. Añadir una dosis de temor al sexo puede resultar afrodisíaco, Sloane, sobre todo para personas como nosotros.

Pestañeé sin comprender.

—¿Como nosotros?

—Yo no te conozco. Tú no me conoces. En realidad no. Y sin embargo te he tocado, y de forma muy íntima. Has ido más lejos conmigo que con cualquier otra persona, Sloane, y los dos los sabemos.

—Sí —susurré.

—Y mi intención era llevarte aún más lejos. Siempre hay miedo cuando se está al borde del precipicio, siempre hay pánico antes de arrojarse a lo desconocido. —Tomó mi cara entre sus manos—. Pensaba que tú querías estar ahí, en el borde de un precipicio nuevo, aterrador y emocionante. Pensaba que los dos estábamos ahí. —Me enjugó con el pulgar una lágrima extraviada—. Me equivoqué.

Retiró las manos, se levantó y retrocedió hasta las puertas de la cabina del ascensor.

Inspiré hondo al percatarme de que extrañaba el alivio de sus manos en mis mejillas.

—Tyler.

—Espera. —Levantó una mano—. Déjame terminar. Quería decir todo lo que te he dicho. Y no voy a mentirte ahora. Quiero atarte. Quiero tener la libertad de tocarte. Quiero que te entregues a mí por completo. Quiero contemplarte mientras estás atada a mi cama y tener pleno poder sobre ti. Quiero tenerte en una posición en la que pueda hacerte lo que quiera, provocarte dolor, placer, incluso miedo. Pero miedo del momento, de lo desconocido, no de mí. Y, por supuesto, no de un fantasma del pasado.

Me había dejado sin respiración. Pestañeeé dos veces para aliviar el picor de unas lágrimas no derramadas.

—Quiero saber que confías en que sabré hasta dónde puedo llegar, que confías en que no sobrepasaré tus límites. Eso es lo que quiero, pero no voy a presionarte. No si no estás preparada. No si no lo deseas también.

Alcancé a esbozar una sonrisa débil.

—¿El sofá? ¿El camarero? ¿Eso no era presionar?

Me miró fijamente a los ojos. Noté que el rubor me teñía las mejillas, pues comprendí el significado de esa mirada. No me había presionado, en realidad no. Simplemente había visto dentro de mí lo bastante para saber que yo también lo deseaba.

Lo que ahora me estaba diciendo era que no me empujaría por el precipicio. Por lo menos, no hasta que estuviera preparada para saltar.

—Quédate —dijo—. Vuelve a mi habitación y pasa la noche conmigo.

Me humedecí los labios resecos.

—¿Porque te sientes mal o porque me deseas?

Se volvió hacia el tablero y apretó el botón para poner en marcha el ascensor. Después me cogió la mano y me ayudó a levantarme. Sin darme tiempo a protestar, cerró suavemente sus labios sobre mi boca. Fue un beso tierno, y me supo tan dulce que pensé que iba a derretirme.

Cuando se separó, su mirada era cálida.

—Porque te deseo.

Jadeante, con el hormigueo todavía en los labios, asentí.

—Me has besado sin que tuviera que suplicarte.

Sonrió con las comisuras de los ojos.

—Si no me besas de nuevo, seré yo quien suplique.

—No estaría mal —dije—, pero seré buena. —Me puse de puntillas y le di un beso casto junto a los labios.

Se echó a reír.

—Y un cuerno —dijo antes de agarrarme por los hombros y arrinconarme contra la pared.

Dejé escapar un grito ahogado, sorprendida por su reacción, y pegó su boca brutalmente sobre la mía. Adiós a la ternura de aquel primer beso. Ese beso era impulsivo, furioso, exigente. Dientes y lengua, y la violencia de la posesión, el caos de la pasión. Una sensación de alivio me recorrió al mismo tiempo que en mi cabeza pensamientos delirantes chocaban entre sí, incapaces de convertirse en algo más coherente que un vago ruego de «Más, más, oh, sí, más».

Cuando las puertas se abrieron nos separamos y, asiéndome de la mano, Tyler me condujo por el pasillo hasta otro ascensor, este de sencillas paredes metálicas con dos lados forrados de mantas para mudanzas.

—Nos subirá hasta la entrada de servicio —explicó, y asentí.

Me sentía ligera, eufórica. Una pequeña parte de mí intentó argumentar que la euforia se debía a que mi operación policial se hallaba de nuevo en marcha, pero no eran más que chorradas. Sí, quería encontrar a Amy. Sí, quería entrar en el Destiny. Y sí, me alegraba de que las cosas volvieran a moverse.

Pero lo que ahora sentía no tenía nada que ver con la operación. Tenía que ver conmigo. Con la manera en que Tyler me había hecho vibrar y estremecer. Con el deseo que había provocado en mí y el modo en que había forzado mis límites, casi hasta el punto de sobrepasarlos.

Me había hecho sentir cosas que no había experimentado antes y, para bien o para mal, quería caminar con él hasta el borde de ese precipicio. No saltaría —¿cómo iba a confiar hasta ese punto en un hombre como Tyler Sharp?—, pero seguro que disfrutaba del trayecto.

No tenía ni idea de adónde nos estaba llevando aquello, pero esa noche era suya. Ya pensaría en la operación al día siguiente.

Estábamos de nuevo en el ático, cruzando el pasillo en dirección al salón. Caminábamos en silencio, y aunque era un silencio cómodo, no podía obviar que tenía un nudo en el estómago. Sabía que Tyler no me ataría, pero aparte de eso no tenía ni idea de lo que iba a ocurrir.

—¿Tyler? —comencé a decir cuando ya no pude aguantar más.

Habíamos llegado al salón y él se había detenido frente al gran ventanal con vistas a la avenida Michigan.

—¿Qué?

—¿Qué vas a hacer conmigo?

Reprimió una sonrisa.

—¿Nerviosa?

—Y excitada.

—Me gusta tu franqueza, así que te diré que tengo planeado algo que nos hará disfrutar a los dos. —Se colocó detrás de mí y me empujó suavemente hacia el ventanal, hasta que pude ver nuestro reflejo en el cristal—. Voy a follarte, Sloane. Con fuerza, hasta dejarte exhausta. —Nuestras miradas se cruzaron en el cristal—. Si te parece bien.

—Sí —farfullé—, me parece una idea excelente. —Tragué saliva sin desviar los ojos de él—. ¿Eso es todo?

Soltó una carcajada, y aquel sonido amplió la sonrisa de mis labios.

—No —respondió—, eso no es todo.

Aguardé a que continuara, y en vista de que no lo hacía fruncí el entrecejo. Vislumbré mi expresión ceñuda en el cristal y vi que la de su rostro se volvía aún más divertida.

—¿Debería darte alguna pista? —preguntó mientras paseaba sus dedos por mi brazo como si fueran plumas. Era una sensación dulce y erótica, y tuve que hacer un gran esfuerzo para no darme la vuelta y reclamar su boca—. Podría seducirte con palabras —continuó—. Quiero acariciarte solo con mi voz, seducirte únicamente con mis palabras. Quiero verte temblar de deseo, ver cómo tu cuerpo se queda laxo, resbaladizo. Quiero ver el fuego crecer dentro de ti, y quiero ver cómo estallas sin que haya deslizado un solo dedo por tu piel.

Me estremecí, pues tenía la plena y humilde certeza de que era perfectamente capaz.

—Pero esta noche no —susurró mientras me frotaba suavemente los omóplatos—. Esta noche no tengo la fuerza de voluntad necesaria. Esta noche necesito tocarte.

A modo de demostración, sus manos avanzaron hasta rozar las tiras de mi vestido. Lancé un suspiro ahogado, y dejé de respirar cuando se deslizaron por debajo de la tela. Finalmente los dedos encontraron mis pezones, duros, tensos e increíblemente sensibles.

—Sí —jadeé—. Dios mío, sí.

Me pellizó el pezón, y la descarga de placer que descendió como una bala desde mis pechos hasta mi sexo me arrancó un gemido.

Tuve que morderme el labio cuando vi nuestro reflejo en el ventanal. Y la imagen de nuestros cuerpos, de sus dedos dentro de mi vestido, de mi espalda recostada en su torso, de mi expresión dulce y sensual, me llevó hasta el borde del precipicio.

Sus dedos detuvieron su magia, y cuando finalmente retiró las manos, dejando mi piel fría y desconsolada, casi se me escapó un sollozo de protesta.

—Te gusta —afirmó mientras me desataba las tiras del vestido y bajaba la cremallera. La prenda cayó al suelo, dejándome desnuda por completo—. Eres como una diosa bañada en una luz dorada. ¿Te excita saber que alguien al otro lado de la calle podría estar mirando? Podría estar viéndote desde su ventana. Podría ver lo hermosa que eres.

No respondí, pero tampoco hacía falta. Su mano resbaló hasta perderse entre mis piernas.

—Sí —murmuró al notar mi humedad—. Creo que sí —dijo paseando los dedos de su otra mano por mis caderas, mi cintura, mis pechos.

Cerré los ojos y me deleité con sus caricias.

—Eres demasiado bella para esconderte —continuó—, pero solo yo tengo derecho a tocarte.

—Sí —murmuré—. Tócame ahora. Te lo ruego, necesito que me toques ahora.

Me rodeó en silencio hasta quedar de espaldas a la ventana. Se arrodilló frente a mí con las manos sobre mis muslos y los pulgares angustiosamente próximos a mi sexo. Me separó las piernas despacio y noté un agradable soplo de aire fresco.

—Siempre te daré lo que necesitas.

Besó dulcemente mi pubis antes de levantarse acompañando el movimiento de su cuerpo con las manos, de modo que me envolvieron delicadamente los senos cuando su boca me rozó la mejilla.

—Cierra los ojos —me ordenó.

Obedecí y fui sumergiéndome en un mar de placer mientras me recorría con sus besos y caricias, provocando cada centímetro de mi cuerpo hasta tenerlo tan excitado que temí que fuera a estallar.

Finalmente —gracias a Dios— me agarró por las caderas y deslizó su lengua en mi clítoris, jugueteando, provocando en tanto yo intentaba contonearme al ritmo del placer pero sin conseguirlo. Me estaba sujetando con demasiada intensidad, concentrando el gozo en ese punto perfecto.

Las rodillas me fallaron, y tuve que aferrarme con una mano a la pared y con la otra a su pelo mientras él me acercaba cada vez más al éxtasis. Y de repente —cuando creía que no podría soportarlo más— el mundo estalló a mi alrededor. Una tormenta de fuego me engulló y me perdí en la sensación alucinantemente erótica de la boca de Tyler contra mí, de sus manos sobre mí, de sus brazos alrededor de mí.

Me levantó del suelo y me acurruqué contra su pecho, súbitamente agotada.

Cruzamos despacio el salón y me tendió sobre la cama. Sin prisas, se quitó los zapatos y se desabrochó el pantalón. Llevaba calzoncillos, y pude ver la protuberancia de su erección debajo de la tela gris. Se los quitó y me descubrí mirando, atónita, al hombre más perfecto que había visto en mi vida.

Abrió el cajón de la mesilla de noche y sacó un condón. Lo observé, sobrecogida por su dureza y perfección, mientras extraía el preservativo del envoltorio y se lo ponía.

—Ahora voy a follarte —dijo conforme iba hasta los pies de la cama—, porque, sinceramente, no puedo esperar.

Asentí con la cabeza y solté un suspiro ahogado cuando me agarró por las rodillas y tiró de mí hasta que tener mi culo justo en el borde del colchón. Fue un gesto descarado, enérgico y un tanto violento, y yo gemí de placer, embriagada por el gozo de someterme a él.

—Piernas en alto —dijo al tiempo que me las aupaba y posaba los talones en sus hombros—. Dios, cómo me gusta esta vista.

Tenía las piernas separadas, y estaba tan abierta, tan excitada, que hasta el roce del aire sobre mi sexo me hacía temblar de deseo. Húmeda, caliente y totalmente expuesta.

Volví la cara cuando noté el rubor subiendo por mis mejillas.

—No —dijo—, por lo que más quieras, no. Eres preciosa. Y estás chorreando —añadió mientras deslizaba sus dedos por mi sexo y me introducía dos.

Mi cuerpo se aferró de inmediato a ellos, succionándolos. Pero no tenía suficiente. No tenía ni mucho menos suficiente. Me sentía desesperada, lasciva y tremendamente vacía. Lo necesitaba dentro de mí. Estaba segura de que languidecería y moriría si no me follaba en ese preciso instante.

—Por favor —susurré.

—Por favor ¿qué?

—Te deseo —dije—. Te quiero dentro de mí. Ahora.

Tiró de mis piernas para arrimarme un poco más a él. El gesto me hizo gemir, y grité de placer al notar la dura presión de la punta de su polla en mi sexo.

—¿Así? —preguntó deslizándose dentro de mí. Pero no lo suficiente.

—Me prometiste que lo harías con fuerza —dije—. Maldita sea, Tyler, quiero que me folles.

—Como deseas.

Me arrancó un alarido de placer, de dolor, de absoluta satisfacción cuando procedió a embestirme con fuerza, tirando de mis piernas hacia arriba para penetrarme hasta el fondo, una y otra vez, al tiempo que nuestros cuerpos chocaban y mis manos desgarraban las sábanas.

—Mírame —me ordenó. Cuando abrí los ojos, su mirada, dura y

ardiente, me subyugó—. Así, nena, así.

Nos sostuvimos la mirada mientras él me cabalgaba rítmicamente y yo sentía el pacer girando como una espiral dentro de mí, elevándose cada vez más, como un magnífico crescendo a la espera de la explosión final.

Solté las sábanas y mi cuerpo se rindió por completo a él. Me concentré en la maravillosa sensación de que me llenara, en las rítmicas acometidas, en sus manos firmes en mis muslos mientras con cada embate me acercaba un poco más al éxtasis.

Quería memorizar su cara, aprenderlo todo acerca de él. Me llevé las manos al pecho y me pellizqué los pezones, y una oleada de satisfacción me inundó cuando gimió:

—Oh, sí, nena, sí.

Vi que la tensión crecía dentro de él, reconocí la tormenta que crecía en esos alucinantes ojos azules.

—Córrete conmigo —dijo con la voz ronca.

—No... no puedo. —Estaba muy cerca, la fricción de sus embestidas contra mi clítoris hacían que todo mi ser se tensara, pero no lo bastante para hacerme estallar.

—Tócate —me ordenó. Luego, en un tono más dulce, dijo—: Tócate, Sloane. Te quiero conmigo.

Vacilé solo un instante; mis dedos descendieron enseguida hasta encontrar el clítoris, y gemí de placer a la primera caricia. Tyler me había acercado tanto, tanto... Y ahora yo me estaba tocando, y también a él cada vez que mis dedos rozaban su polla. Era una experiencia íntima, tremendamente sensual mis dedos en mi clítoris mientras él me penetraba, su orgasmo creciendo mientras mi cuerpo lo acogía, mi mano ocupada en hacerme alcanzar el éxtasis con él.

—Ahora, Sloane.

Antes de que yo pudiera reaccionar, Tyler estalló y empezó a temblar cuando el orgasmo recorrió su cuerpo. Mi propio orgasmo llegó enseguida, y me aferré a él, cuerpo contra cuerpo, piel contra piel, sin desear otra cosa en ese momento que perderme en el olor, en el sabor de aquel hombre, en todo su ser.

Lenta, dulcemente, mi cuerpo se calmó. Tyler me subió por la cama hasta la almohada, se tendió a mi lado y me estrechó contra su cuerpo.

—Eres excepcional —murmuró mientras me acariciaba el hombro con los labios.

—Tú me haces sentir excepcional —repuse.

Me esforzaba por mantener los ojos abiertos. Pero los párpados me pesaban y su cuerpo estaba caliente, y poco a poco me fui quedando dormida en los brazos de ese hombre al que no debía desear pero al que deseaba desesperadamente.

La luna baña con su luz el muro, haciendo brillar la piedra caliza y destellar los pedacitos de cuarzo. Una ruina ahora, en su mayoría escombros, esta parte, sin embargo, todavía se mantiene en pie en la colina que domina la casa.

Estoy arrodillada detrás del muro, mirando por encima de las piedras. Mirando por encima del prado.

Mirando la casa donde él vive. Mirando cómo camina de un lado a otro, convencido de que está a salvo.

—No tienes que ir a la academia. No tienes que hacerte policía.

Me vuelvo hacia el hombre de pelo ralo y amables ojos azules.

—Si, papá —digo—. He de arreglarlo. Soy la única que comprende por qué es tan importante que lo arregle.

—No puedes —replica—. Mira. —Me coge las manos y veo que están cubiertas de sangre—. ¿Cómo vas a arreglarlo?

El miedo me atraviesa y me vuelvo de nuevo hacia la casa.

Ya no camina. Está tendido. Está muerto.

Y la sangre mana sin parar, inunda el prado, trepa por la colina en dirección al muro. En dirección a mí.

Empiezo a gritar y alargo los brazos hacia mi padre, pero ya no está.

«Corre —pienso—. Ha llegado el momento de correr.»

Salgo disparada hacia la casa llamándola a gritos, buscándola.

Ella tiene que estar allí. Ahora que él está muerto, ella debería estar allí.

Pero no está.

Y cuando la fuerza del sueño me incorpora bruscamente, despertándome, llamo a mi madre a gritos... pero ya no recuerdo si alguna vez estuvo allí.

Abrí los ojos con el sueño todavía aferrado a mí, gris y pegajoso.

El brazo de Tyler seguía sobre mi cintura. Su respiración era profunda y pausada, y no quería despertarlo, pero necesitaba moverme, sacudirme los últimos retazos de la pesadilla. Con cuidado, me escabullí de su abrazo y me arrastré hasta el borde de la cama tratando de no zarandear demasiado el colchón.

Una vez de pie, caminé con sumo sigilo hasta el elegante cuarto de baño. No sabía qué hora era, pero como las cortinas estaban descorridas vi que aún era de noche.

Al regresar a la cama me di cuenta de que no había despertador. Instintivamente, fui a coger el móvil, pero lo tenía en el salón, a salvo dentro de mi bolso. Estaba pensando en ir a buscarlo cuando vislumbré el reloj de pulsera de Tyler sobre la mesilla de noche. Me senté en el borde de la cama, lo cogí y lo ladeé para tratar de ver la esfera bajo la luz de la ciudad.

Arrugué la frente cuando reparé en que la manecilla de los segundos no funcionaba, y al acercármelo a oído no escuché ningún tic-tac.

—No funciona. —La voz somnolienta de Tyler me envolvió.

Me di la vuelta para mirarlo.

—No era mi intención despertarte.

—No te preocupes. —Se sentó y cogió el reloj—. Lleva años estropeado.

—Ah. —Quizá fuera porque estaba cansada, pero no lo entendí—. ¿No tiene arreglo?

—Sí —respondió—. Pero aún no ha llegado el momento.

Lo devolvió a la mesilla con cuidado y se estiró de nuevo, arrastrándome con él.

Busqué la sábana y la eché sobre los dos.

—Estás muy misterioso —dije.

—Tienes razón. Me lo regaló un amigo. Más bien era un mentor. Qué demonios, prácticamente fue un padre para mí. Murió hace seis meses.

—Lo siento —dije, y me apoyé en un codo—. ¿Piensas contarme el resto? ¿La razón de que no lo hayas reparado?

—Depende. Puede que se trate de un secreto. ¿Estás dispuesta a contarme los tuyos?

—¿Mis secretos? —Sentí una punzada de temor. ¿Qué diablos sabía él de mis secretos?

—No me refiero a ese —repuso con dulzura, y comprendí que había visto el miedo en mis ojos y que le preocupaba que estuviera recordando mi pánico a ser atada—. Sin embargo, hay cosas que te frenan. Reconócelo. No me has contado toda la verdad, ¿me equivoco?

Me recorrió un escalofrío.

—No —admití—. Pero tampoco yo conozco todos tus secretos.

Esbozó una sonrisa que no se reflejó en su mirada.

—Cielo, no conoces ninguno de mis secretos.

—¿No? Pues háblame de ellos.

—No pienso hacerlo, Sloane.

Me di cuenta de que todo mi cuerpo se había tensado, listo para la batalla. Respiré hondo varias veces y me dije que debía relajarme.

—Creo recordar que me confesaste que confiabas en mí.

—No, lo que te dije es que quería confiar en ti.

Tyler extendió la mano para acariciarme el brazo suavemente con los dedos. Fue una caricia, dulce y sensual, y me pareció que no era consciente de ella; por eso me resultó aún más tierna.

—Lo cierto es que hacía mucho tiempo que no me sentía así. —Tiró de mí y cuando me tuvo al lado se acurrucó contra mi cuerpo—. No desde que era joven, cuando no alcanzaba a valorar lo que tenía... y lo que perdí. — Me hablaba en un susurro, y la intimidad de esas palabras era aún mayor que la de sus caricias—. Pero creo que ahora lo entiendo y lo valoro.

—¿Qué?

—Esa conexión. Esa pasión, Sloane. Y es prometedora.

Con la espalda pegada a su pecho, cerré los ojos. Tyler me acarició el cabello con dulzura, y yo hube de obligarme a respirar. Debía reconocer que me sentía muy a gusto entre sus brazos. Pero él había hablado de ternos confianza.

Y yo no confiaba en él. Joder, yo no confiaba en nadie.

—No magnifiques esto, Tyler.

—Ya es mayor de lo que crees.

Me volví hacia él con la boca abierta, a punto de protestar.

—No digas nada, Sloane. Con palabras no nos pondremos de acuerdo. Creo que nos irá mejor en el silencio, en la oscuridad. Juntos.

Tyler me besó, y conforme sus cálidas manos acariciaban mi piel desnuda hube de admitir que tenía razón. Estábamos bien juntos.

Me despertó la delicada caricia del sol que se filtraba por un resquicio de las cortinas. Parpadeé y traté de concentrarme en los acontecimientos de la noche que iban regresando a mi mente. Y no había sido una noche cualquiera, sino una de las más perversas, eróticas y alucinantes de mi vida.

Me recosté sobre una pared de almohadas. El espacio que había a mi lado estaba vacío, pero vi sobre la almohada un sobre pequeño.

En el gimnasio.

No tuve el valor de despertarte.

Café y cruasanes en la cocina.

Quiero repetir. Fuerte y salvaje.

Pronto.

T.

Leí la nota dos veces, sintiéndome como una adolescente que acaba de encontrar una carta de amor en su taquilla. Atolondrada y contenta, y sin saber muy bien qué hacer a continuación.

Conforme emergía de las profundidades del sueño mi mente se había visto asaltada por imágenes de mi cuerpo acurrucado contra el de Tyler, de Tyler despertándome con besos, de su mano descendiendo por mi vientre para calmar el ansia contenida entre mis muslos.

Estaba húmeda como consecuencia de la noche pasada y de los sueños eróticos que había tenido después, y no pude evitar cierta decepción al no encontrar a Tyler a mi lado para hacer realidad mis fantasías.

Me había hecho una trastada. O quizá la trastada me la había hecho yo misma.

Suspirando, me senté en la cama con la sábana ceñida al cuerpo. Me incliné hacia delante y me pasé los dedos por el pelo enmarañado mientras trataba de entender qué demonios estaba haciendo. Porque era evidente que

no me estaba comportando como una poli. De acuerdo, había conseguido acercarme a Tyler —misión cumplida a ese respecto—, pero si estuviera en modo poli, ¿no debería haberme despertado con un plan, lista para saltar de la cama y pasar a la segunda fase?

En lugar de eso estaba caliente y decepcionada porque aquel hombre no estaba allí para achucharme. Ignoraba cuándo demonios había soltado los últimos hilos de cordura y sensatez, pero sabía que lo había hecho en algún momento. Porque en ese preciso instante no estaba pensando en Amy. Estaba pensando en la noche anterior y en el hombre en cuyos brazos la había pasado.

Tyler Sharp había desatado algo dentro de mí. Algo maravilloso pero inquietante. Algo que me hacía sentir como una chiquilla ilusionada. Que me impulsaba a hacerme la pedicura y a prestar atención a mi maquillaje.

Y era algo de lo que necesitaba protegerme. «Nadie es lo que parece.» Yo no. Tyler tampoco.

Me convenía recordarlo.

—Joder.

Mi voz resonó en el silencio de la habitación como una bofetada. Era el momento de tirar de esos hilos y recuperar la cordura. Necesitaba averiguar si Tyler poseía información sobre Amy. Y debía ir con pies de plomo.

Podía follármelo, pero no podía confiar en él.

Con ese discurso energizante pero un tanto deprimente, me levanté y recogí mi ropa, que seguía en el suelo junto a la puerta. No me molesté con las sandalias, y tras una breve deliberación tampoco me molesté con la ropa interior. Era una mujer precavida, pero no estúpida: si Tyler deseaba una repetición de las actividades extracurriculares de anoche, estaría encantada de complacerlo.

Descalza, salí de la habitación y me dirigí a la cocina. Tyler había sido fiel a su palabra. Me serví un litro de café y lo bebí lentamente mientras, acodada en la barra, paseaba la mirada por la cocina. Nada que ver con las cocinas típicas de los hoteles. Esa era enorme, totalmente equipada, dotada de una isla, y con una pequeña mesa de trabajo en la que había un ordenador portátil y una pila de papeles desordenados.

Un buen lugar para comenzar, pensé.

Como no sabía cuánto tiempo iba a ausentarse Tyler, me acerqué con presteza a la mesa y abrí el cajón. Bolígrafos, lápices, pólits y una docena o más de cartas de comida para llevar. Nada interesante.

Miré el ordenador, que estaba abierto pero con la pantalla en negro. Si hubiera algo que mereciera la pena en esa suite, existían muchas probabilidades de que se hallara en aquel portátil. Y sería tan fácil echarle un pequeño vistazo...

Titubeé solo un instante antes de pulsar la barra espaciadora. La pantalla parpadeó y resucitó un segundo después para mostrar una imagen del lago Michigan sobre la que aparecía un bloc electrónico con cinco cosas anotadas en una lista:

Fiesta Evan
Fundación Janh - reunión junta, ¿cuándo?
Posponer Nevada 2 semanas
Michelle - pronto
~~Sobre A - comentar opciones con C y E~~
~~Llamar a Q por SW~~

A primera vista las anotaciones carecían de sentido, pero por la referencia a la fiesta supuse que se trataba de una lista de tareas. La típica lista hecha a bote pronto que la gente redacta antes de pasarla a un calendario o una agenda.

Nada perverso llamó mi atención, pero mentiría si dijera que no noté una leve punzada en el estómago al ver el nombre de esa mujer: Michelle. Y muy cerca de la palabra «pronto». Fruncí el entrecejo. No soy celosa, y menos aún con un hombre al que apenas conozco y al que no debería desear. Pero no podía negar la evidencia de mi reacción.

Estaba claro que Tyler me había hechizado, porque en ese momento rogué con todas mis fuerzas que Michelle fuera su perro.

Ladeé la cabeza, creyendo haber oído la puerta principal. Mi dedo vaciló sobre el *trackpad*. Quería pinchar la lista y ver si enlazaba con información más detallada. Quizá Kevin estaba en lo cierto, y en ese ordenador había datos que relacionaban a Tyler con el crimen organizado. No quería hacer

de ayudante de Kevin; lo que quería era satisfacer mi propia curiosidad.

Pero si Tyler había regresado...

Aguardé, no oí nada más y deslicé el cursor hasta la lista. Después de todo, tal vez nunca volviera a presentármese una oportunidad como esa.

Pinché.

Nada.

Nada salvo el recuadro de la contraseña. Resoplé, irritada pero no sorprendida en exceso. Consideré la posibilidad de probar con «Caballeros Guardianes», o incluso con «Michelle», pues todavía me sentía celosa e insignificante, pero sabía que Tyler no sería tan previsible. Es más, quizá dispusiera de algún detector de teclado que le indicara que había estado fisgoneando.

Me quedé un rato más observando el ordenador. Tal vez las notas no significaran nada en ese momento, pero quizá cobrarán sentido más adelante. Medité mis opciones. Finalmente fui a buscar el bolso al salón, regresé con mi smartphone y fotografié la pantalla.

No era mucho, pero por lo menos había hecho algo.

Sin otro plan de ataque para la cocina, decidí ver qué otras cosas podía esconder el ático. Ya sabía que en el dormitorio no había mesa de trabajo, pero, sinceramente, dudaba que un hombre como Tyler estuviera dispuesto a vivir sin una, aunque solo fuera durante unos meses.

Con suerte hallaría un despacho en toda regla o un dormitorio que Tyler habría transformado en tal. Con más suerte aún, encontraría algo interesante.

Me serví una segunda taza de café y la llevé conmigo cuando procedí a buscar y registrar el despacho. Sabía, por experiencia, que Tyler no solo poseía un cuerpo musculoso, sino que tenía una gran resistencia, por lo que deduje que debía de pasar un tiempo considerable en el gimnasio. Lo que no sabía era dónde se hallaba el gimnasio ni cuánto tiempo llevaba Tyler ausente. Si utilizaba el centro de fitness del Drake, el trayecto sería muy corto.

Fuera como fuese, el tiempo resultaba de vital importancia, de modo que mi café y yo echamos a correr por el pasillo que conducía a las

habitaciones.

El pasillo daba un giro brusco, y acababa de salvarlo cuando me detuve en seco. Tyler. Su voz. No podía entender lo que decía, pero estaba segura de que era su voz.

Mierda. Joder. Mierda.

Estaba allí, en el ático. Y probablemente lo había estado todo ese tiempo.

Di gracias en silencio a san Cristóbal —el patrono de la policía—, quien al parecer había estado velando por mí al evitar que Tyler entrara en la cocina para servirse otro café mientras yo fisgoneaba en su portátil. Con un poco de suerte, el bueno de Cristóbal seguiría en su puesto.

La voz salía de la primera puerta de la izquierda. Seguramente habría tras ella un gimnasio —con cierto retraso, deduje que un ático de semejantes dimensiones debía de tener un gimnasio privado—, así que me dirigí hacia él. No podía espiar mientras Tyler estuviera cerca, de modo que aproveché la ocasión para informarle de que estaba despierta.

Me disponía a llamar a la puerta cuando me percaté de dos cosas. Una, que la puerta se hallaba ligeramente entornada. Dos, que Tyler no estaba solo.

La mujer que llevo dentro sintió una punzada de culpa, pero la poli no lo dudó ni un instante. Me acerqué con sigilo a la puerta, pegué la cara a ella y agucé el oído.

—Franklin apareció más tarde en la fiesta —dijo una voz grave que reconocí como la de Cole August—. Me pidió que te dijera que Lizzy es una joya. Imagino que no lo ha hecho mal sus dos primeros días.

—Me alegro —afirmó Tyler—. Lizzy es lista y trabajadora. Creo que a Franklin le ha tocado la lotería. Por lo menos una buena noticia. Bentley está resultando ser un incordio.

—Ese tema no me atañe —dijo un tercer hombre, y supuse que era Evan Black—, pero si quieres mi consejo, no pierdas el tiempo poniendo en marcha un plan de protección.

—Estoy de acuerdo —opinó Cole.

—Creo que Michelle es nuestra mejor opción —dijo Tyler, y agucé más

el oído al reconocer ese nombre—. ¿Te parece bien?

—Joder, tío —exclamó Cole—. Yo solo me la follo. No soy su cuidador. Si es necesaria, la utilizamos y punto, ya lo sabes.

—Bien —dijo Tyler—. Yo me encargo del montaje. ¿Qué más?

—Lina se fijó en tu cita de anoche —dejó caer Evan en un tono excesivamente meloso—. Me preguntó si sabía quién era.

Me quedé helada. Qué pena que no pudiera ver además de oír.

—¿Qué le dijiste? —preguntó Cole.

—La verdad —respondió Evan—. ¿Qué esperabas? Maldita sea, Tyler, sabes muy bien que nunca meto las narices en tus historias, pero deberías haber hablado con nosotros antes de tirarte a una poli...

Se me escapó un grito ahogado apenas audible, pero enseguida supe que me habían oído.

Busqué instintivamente el arma y recordé que no la llevaba encima. Giré sobre mis talones y eché a correr —porque, por más que Hollywood pretenda convencerte de lo contrario, una detective menuda y desarmada como yo no tenía nada que hacer contra aquellos tres—, pero la puerta se abrió y Tyler salió disparado. Me agarró por el brazo antes de que pudiera llegar al final del pasillo.

—¡Cabrón! ¡Maldito cerdo cabrón! —escupí mientras luchaba por soltarme. Imposible, me tenía bien sujeta. Lo cual no me dejó otra opción que blandir la mano libre para darle un puñetazo en su cara santurrona.

Tyler intuyó el golpe, de modo que le acerté en la mandíbula en lugar de en la nariz.

Pero no conseguí soltarme. Su mano seguía aferrada a mi brazo. Y seguro que estaba aún más cabreado.

—Hijo de puta. —Ya no gritaba. Al contrario, mis palabras eran frías y pausadas, pero una rabia caliente compensaba ese hielo.

—Joder, qué daño —protestó Tyler, que me apretaba con fuerza el brazo mientras se frotaba la mandíbula con la otra mano.

—Tyler. —Cole estaba inmóvil en el pasillo, con Evan detrás.

Parecían auténticos matones, y en ese momento comprendí cómo habían

logrado convertirse en hombres de negocios tan feroces y temidos. ¿Quién demonios se atrevería a cabrearlos?

Yo, al parecer. Mierda.

Consideré la posibilidad de pelear, pero no quería darles esa satisfacción. Así pues, permanecí muy tiesa y callada, instando a mi pulso a calmarse en tanto observaba la situación y analizaba mis opciones.

No me llevó mucho tiempo: teniendo en cuenta que Tyler me sujetaba con fuerza y que eran tres contra una, calculé que mis posibilidades eran prácticamente nulas.

Tyler mantenía los ojos fijos en mí, pero se estaba dirigiendo a los otros dos hombres cuando dijo con voz queda:

—Marchaos.

Evan dio un paso al frente.

—Escucha, Tyler...

—Luego —espetó sin apartar los ojos de mí—. Salid por la puerta de atrás. Hablaremos mañana. Tengo la situación bajo control.

Vi la duda reflejada en los semblantes de Cole y Evans —y seguro que ellos podían ver la ira en el mío—, pero obedecieron y se alejaron por el pasillo hasta una puerta de servicio.

En cuanto se hubo cerrado, intenté recuperar mi brazo, pero Tyler volvió a estrujármelo.

—Maldita sea, Tyler, suéltame.

Estaba tensa. En guardia. Y barría el pasillo con la mirada en busca de algo que pudiera utilizar como arma, en el caso de que consiguiera soltarme y se me presentara la oportunidad de agarrarlo.

—¿Sabes por qué te presioné anoche? —preguntó, y noté el peligro en su voz, limpio y afilado como la hoja de un cuchillo.

Lo miré a los ojos, pero no contesté. Pequeñas gotas de sudor brotaron en mi nuca, no obstante, y mi piel se volvió pegajosa. Traté de sofocar el miedo, de controlar los latidos de mi corazón. Pero mi miedo era patente, y estaba segura de que Tyler podía percibirlo.

—Porque eras una jodida policía que se había colado en mi cama y

quería... quería asustarte.

Se acercó otro paso y noté la boca seca. Reculé hasta topar contra la pared. Tenía el cuerpo de Tyler a un milímetro del mío, y el calor de su rabia me envolvía.

—Quería que te preguntaras —prosiguió en un tono quedo, áspero, mortífero— si te habías equivocado al engañarme, que te preguntaras si podría ser la clase de hombre capaz de hacer daño a una mujer.

—¿Lo eres?

Tyler alzó la mano con el rostro crispado de ira. Y antes de que yo pudiera reaccionar, como fuera, golpeó. Hice una mueca de dolor, pero el puñetazo no iba dirigido a mí. El puño golpeó la pared a mi espalda; los apliques que flanqueaban el pasillo temblaron.

—No. —Su voz grave y serena contrastaba con el hombre que acababa de perder los estribos ante mis ojos—. Anoche creí estar presionando a una poli. Una puta poli que había metido las narices donde no debía y que temía que, quizá, solo quizá, hubiera follado con el hombre equivocado.

Alargó la mano como si quisiera acariciarme la mejilla, pero al ver que me apartaba la retiró.

—Cuando comprendí que no era de mí de quien tenías miedo sino de tus recuerdos, me maldije. Nunca fue mi intención... —Respiró hondo—. Nunca fue mi intención herirte de ese modo.

—Te creo. —Era cierto. Hubiera lo que hubiera entre nosotros, ese detalle fundamental era cierto.

Me miró a los ojos, los suyos llenos de decepción, y a renglón seguido me soltó. Pensé en echar a correr; comprendí que no podría adelantarle y decidí llegar hasta el final. Además, quería saber qué más tenía que decir.

Se quedó inmóvil unos segundos. Después cruzó el pasillo y se apoyó en la jamba de la puerta. Lejos quedaba la rabia y el pesar. En ese momento parecía relajado y totalmente bajo control.

—¿Qué crees que sabes de mí, Sloane?

Medité la respuesta y decidí que la verdad era la mejor opción.

—Poca cosa. Nada concreto, en realidad.

—Cuéntame.

—Sé que recibiste inmunidad por infringir la ley Mann —expliqué al tiempo que observaba detenidamente su rostro.

Este permaneció impasible.

—Qué interesante —dijo Tyler—. Más aún teniendo en cuenta que el pacto de inmunidad era confidencial.

Me encogí de hombros.

—Si sabes que soy policía, probablemente sepas también que mi padre trabajaba en el FBI. Tengo muchos recursos.

Todo cierto, y sin embargo todo mentira, pero dejaba el nombre de Kevin al margen. Aunque estuviera enfadada con él por haberme arrastrado en su vendetta contra Evan Black, no tenía intención de desvelar a Tyler que un agente del FBI seguía con la mirada puesta en él.

—¿Qué más? —inquirió.

—Nada preciso —reconocí—. Sé que los tres tenéis cosas que esconder. Corren rumores, especulaciones. Se dice que estáis metidos en toda clase de chanchullos. Contrabando, juego ilegal, fraude. Que yo sepa, nadie dispone de pruebas contundentes.

—Y por eso estás aquí.

—No. —Me pillé dando un paso en su dirección y reulé—. Soy detective de homicidios de Indianápolis —dije—. ¿Realmente crees que estoy aquí para descubrir si pasas cigarrillos de contrabando?

Aguardé su respuesta, pero se limitó a observarme.

—¿Cómo? —pregunté al fin.

Ladeó la cabeza con cara de interrogación.

—¿Cómo supiste que era policía?

—No estás tratando con idiotas, detective. Ni con hombres que no controlan sus locales.

Medité sus palabras y recordé el letrero expuesto en la recepción del Destiny que informaba de que el local se hallaba bajo videovigilancia las veinticuatro horas.

—Transmisión de vídeo por control remoto —dije.

Se llevó la mano al bolsillo y sacó su smartphone.

—Puedo reproducir la grabación en el portátil y en el móvil. Como dije, para mí es importante tener vigilado el local.

—Miles de personas pasan por delante de tus cámaras. ¿Por qué reparaste en mí?

—Despertaste mi curiosidad por dos cosas. —Hizo una ligera mueca de dolor y se pasó el pulgar por donde le había pegado—. En primer lugar, me gustó tu aspecto. En segundo lugar, no muchas mujeres se presentan en el Destiny para pedir trabajo sin una cita previa. Esto, sumado a lo primero, llamó mi atención.

—Y averiguaste que era poli. ¿Cómo?

—Muy fácil. Como te he dicho, llamaste mi atención, y me gusta disponer de la máxima información posible sobre las personas, de modo que pedí a un colega que recogiera de tu solicitud las huellas dactilares. El resto fue pan comido. Sloane Watson, de baja médica del Departamento de Policía Metropolitana de Indianápolis. Y eso —añadió señalando mi cadera con un gesto de la cabeza— no te lo hiciste en un atraco.

Calló, esperando sin duda que le contara lo que sucedió.

Guardé silencio.

Se encogió de hombros de manera casi imperceptible.

—Te dije que no confío fácilmente en la gente. Hablaba en serio.

Me pasé la mano por el cabello, tratando de procesar lo que Tyler acababa de contarme y decidir mi siguiente jugada.

Mis puñeteras huellas dactilares. Ni por un momento imaginé que recogerían las huellas dactilares de una aspirante a camarera. Y ni por un momento imaginé que Tyler miraría el vídeo de seguridad mientras se hallara fuera de la ciudad.

Dos errores, y saber que estaban allí, que los había cometido yo, no hizo sino aumentar mi irritación.

—¿Lo sabías y aun así me llevaste a tu habitación, me desnudaste y me follaste?

Estaba pensando en el sofá, en el camarero, en la excitación erótica que me recorrió el cuerpo, como si fuera un secreto íntimo que Tyler había compartido conmigo.

—Me engañaste. —Mi voz era queda, pero temblaba de rabia—. Joder, me engañaste.

—Sí, te engañé. Ya te lo he dicho. Te fui engatusando poco a poco. Estaba decidido a usarte y a acabar contigo. —Se apartó de la puerta y dio un paso hacia mí—. Nada salvo un gran timo, o por lo menos eso era lo que había planeado. Porque nadie juega a esa clase de cosas conmigo sin pagar las consecuencias.

—Bien por ti —espeté—. Tú ganas. ¿Contento?

—No mucho, la verdad.

—¿No? Me alegro. —Quería que esas palabras sonaran desenfadadas, indiferentes. Pero no me sentía indiferente. Y ahora que el miedo había desaparecido y la rabia empezaba a amainar, me sentía vacía y perdida.

Maldita fuera por dejarme engañar por aquel tío, por ese jodido gilipollas que únicamente quería utilizarme. Y, tonta de mí, me permití creer que una parte era verdad. Me tragué sus palabras sobre la confianza y la pasión, sobre la conexión.

Había querido olvidar que Tyler era en el fondo un timador, y ¿quién mejor para vislumbrar tus puntos débiles que un estafador que manipulaba las emociones a fin de ganar dinero rápidamente?

¡Que le dieran!

Quise alejarme, pero me cogió el mentón y me volvió el rostro con delicadeza.

—No —dijo en un tono dulce pero firme—, sé lo que estás pensando y te equivocas. Te presioné porque creía que eras poli, pero cuando huiste, cuando salí en tu busca, fue porque te deseaba como mujer.

—Te lo ruego —supliqué, invadida por una repentina y brutal sensación de cansancio—, ¿por qué no dejas que me vaya?

Su silencio fue tan largo que pensé que pasaba por alto mi pregunta.

—¿Es eso lo que quieres? —dijo al fin.

«¿Es eso lo que quiero?»

¿Era una pregunta tendenciosa? Quería empezar de cero. Quería que Tyler estuviera limpio como una patena. Quería no ser policía.

Pero no, en realidad no quería eso. Me gustaba quien era yo. Y aunque solo me lo reconocería a mí misma, e incluso entonces únicamente a las partes más oscuras e íntimas de mi ser, también me gustaba quien era Tyler. ¿Sería el mismo hombre si hubiera crecido en un entorno rural e inocente, con una corona de bienvenida al instituto en la cabeza? Lo dudaba.

Pero eso ya no importaba, porque lo nuestro terminaba allí. Entre nosotros ya solo quedaban recuerdos, recuerdos ahora mancillados, teñidos con la mancha roja del engaño.

—No quiero nada —repuse cansinamente—. Lo que te conté anoche es cierto. La única razón por la que vine a Chicago, la única razón por la que he hecho todo esto, es porque quiero encontrar a Amy.

Enarcó una ceja.

—¿No temes que la vendiera a un perverso de la otra punta del mundo?

—No —respondí, y aunque hablaba en serio, tenía lo bastante de policía para saber que no podía descartar del todo esa posibilidad.

Tyler asintió y creí ver alivio en sus ojos.

—Entonces ¿me contratas?

Yo quería aquel trabajo realmente. No solo porque tenía la esperanza de que una de las chicas tuviera información que me permitiera contactar con Amy, sino también porque quería saber si Kevin y Tom estaban en lo cierto y los Caballeros Guardianes estaban metidos en asuntos sucios.

—Ya te lo dije anoche. No.

—¿Por qué no, maldita sea?

—Esas chicas lo han pasado muy mal. Lo último que necesitan es una poli husmeando en sus asuntos personales.

—No tienen que saber que soy policía.

—No pienso ser yo quien las engañe.

—No tuviste ningún reparo en engañarme a mí.

Tyler me fulminó con la mirada.

—No vayas por ahí. Ni se te ocurra intentarlo.

Presa de la frustración, propiné una fuerte patada a la pared, y otra más, por si las moscas.

—Maldita sea, Tyler...

Levantó una mano.

—Basta. Ni tú ni yo estamos limpios en ese asunto, así que es mejor aparcarlo.

—Vale.

—Y aunque yo estuviera dispuesto a ocultar tu verdadera identidad, Evan y Cole no se prestarían a hacerlo.

Sabía que en eso tenía razón.

—Puedes entrar en el club —dijo—, sentarte con las chicas y preguntarles si saben algo. Es todo lo que puedo hacer por ti, Sloane. Tómallo o déjalo.

No era suficiente. Estaba muy lejos de serlo. Pero a menos que pudiera encontrar una manera de convencer a Tyler de lo contrario, tendría que conformarme.

—De acuerdo —dije—. Lo tomo.

Al menos sabemos que encontró otro trabajo —dijo Candy.

Eran más las diez de la mañana y la había telefoneado en cuanto llegué a mi apartamento. En ese momento lamentaba no haberlo hecho desde el coche. La cobertura en mi casa era terrible y su voz sonaba muy lejana, lo que hacía que me sintiese todavía más sola.

—Las Vegas, ¿eh? Seguro que flipa con esa ciudad. Pero me gustaría que me lo hubiera contado.

—Y a mí, pero las dos sabemos que Amy es un poco rara. Lo más seguro es que esté trabajado de sol a sol los siete días de la semana. Eso o ha dejado el curro nuevo y se la largado de fiesta con algún tío. Llamará, ya lo verás. O puede que aparezca el día del parto sin avisar.

—Eso espero —dijo Candy.

—Tranquila. Si hubiera motivos para inquietarse, te lo diría. Ahora mismo no hay nada que resulte preocupante.

Me dije que también yo debía creerme mis palabras; sin embargo, por la razón que fuera, no podía. Por el momento estaba dispuesta a creer a Tyler, pero eso no cambiaba el hecho de que Amy había desaparecido de la faz de la tierra cuando a Candy le faltaba muy poco para dar a luz. Y eso me daba mala espina.

Maldita sea, tenía que conseguir un trabajo en el Destiny. Quería hablar con el personal y con los clientes para intentar averiguar adónde había ido Amy, aunque solo fuera por la tranquilidad de mi amiga.

A primera vista, la oferta de Tyler de dejarme hablar con las chicas era generosa, pero no iba a servirme absolutamente de nada. La gente se cierra cuando es interrogada, pero cuando charla desenfadadamente la memoria fluye y los chismorreos vuelan. Charla con alguien y obtendrás la historia. Interrógalo y obtendrás hechos.

Quería conocer mejor al hombre que me había seducido. Y no lo conseguiría sentándome a charlar con un puñado de chicas escogidas por

él, las cuales probablemente me dirían que era el mejor jefe del mundo.

Mierda.

Quería pasearme por el pequeño apartamento que había alquilado para aquella operación policial, pero no había espacio ni para eso. Disponía de un impresionante estudio de veinticinco metros cuadrados en el próspero barrio de Pilsen. La cocina era de risa, el sofá se convertía en cama y tendría que haber exigido que pagara una parte del alquiler el moho del cuarto de baño, pues no había quien lo echara de allí.

Como paradigma de la elegancia y el buen gusto el apartamento era un cero a la izquierda. Como lugar donde aparcar mi trasero mientras trabajaba, no estaba mal.

En ese preciso momento mi trasero estaba aparcado en el borde de la cama, que no me había molestado en reconvertir en sofá.

—Gracias por todo —dijo Candy—. Sé que no debería haberme preocupado, pero la culpa la tienen estas malditas hormonas. Me están volviendo loca. Además, parezco una ballena.

Me recosté en la cama, sonriendo.

—No llevo fuera tanto tiempo. Cuando me marché parecías un elefante. Entre eso y una ballena hay una gran diferencia.

—Zorra. —Candy se echó a reír, que era justamente lo que yo pretendía—. Hablo en serio —dijo cuando la risa se apagó—. Ha sido todo un detalle por tu parte. Me refiero al tiempo que le has dedicado.

—Es mi trabajo.

—Aun así. Por otro lado, siento mucho lo ocurrido con ese tío. Menuda patada en el estómago.

Me encogí de hombros, agarré una almohada y me abracé a ella.

—Fue una putada —dije—. No esperaba que descubrieran que era poli.

—No me refería a eso —repuso Candy con suavidad.

—Condenada —dije sin malicia y con todo el cariño. Solo le había contado lo fundamental: que había emprendido la operación con el plan de seducir a Tyler. Que la parte de la seducción había ido bien, o que por lo menos eso creí hasta que me salió el tiro por la culata y resultó ser una

gran estafa en la que me tocó lucir la diana fosforescente.

Lo que no le había mencionado era lo íntima que se había vuelto la seducción, lo lejos que había dejado ir a Tyler. Qué demonios, lo lejos que yo había deseado que fuera.

Y, naturalmente, tampoco le había mencionado lo mucho que me había dolido la verdad.

Tendría que haber sabido que Candy acabaría sonsacándomelo.

—No quería darte el coñazo con mis rollos personales —dije, pero mis palabras sonaron poco convincentes.

—Yo no hago otra cosa —replicó—. Me paso el día hablándote de mis rollos personales. ¿No están para eso los amigos? ¿Para celebrar lo bueno, quejarse de lo malo y compartir secretos?

Supuse que sí, aunque tampoco tenía mucha experiencia en ese campo. Nunca había tenido una amiga íntima mientras crecía. De hecho, nunca había tenido amigos íntimos, punto. Como decía Candy, los amigos compartían sus secretos. Yo, sin embargo, no compartía los míos.

En el terreno de la amistad Candy era a buen seguro lo más parecido a una amiga íntima que tenía. Probablemente podría calificarse de patético que mi mejor amiga fuera asimismo mi informante confidencial, pero ¿cuándo disponía yo de tiempo para conocer gente, aparte de policías, abogados, víctimas y sospechosos?

Nuestra relación, no obstante, no era típicamente femenina. No nos sentábamos a hablar de hombres y a pintarnos las uñas de los pies, y aunque le había contado algunas cosas de mi vida, Candy todavía no conocía mis secretos más íntimos. Pero a veces salíamos a tomar una copa y comer pizza, y cuando le pedía que me tuviera al tanto de lo que se rumoreaba en la calle, casi siempre acabábamos compartiendo una cerveza en su escalera de incendios y hablando de la vida, la televisión y cosas así. Por lo que a mí respectaba, eso nos colocaba en algún punto del espectro de la amistad.

—¿Sloane? —preguntó con cautela—. ¿Quieres hablar de ello?

—No hay nada de que hablar —repuse.

—Y una mierda.

—Caray, Candy, ¿qué quieres que te diga? No me di cuenta de que me estaba engañando y salí escaldada, fin de la historia. Pero solo mi orgullo ha resultado herido. No estoy ahogando mis penas en helado de chocolate ni escribiéndole poéticas notas de amor en mi diario rosa. No fue de verdad. ¿Cómo demonios podía ser de verdad algo así?

—Lo siento mucho.

Fue la dulzura de su voz lo que me desarmó.

—Zorra —susurré—. Se supone que has de dejar que me regodee en mi pena.

—Ese tío te gustó de verdad, ¿eh?

Empecé a negarlo, pero me interrumpí.

—Me gustó el hombre que vi en él, y mucho, pero no tengo ni puñetera idea de si ese hombre existe realmente. —Y maldije para mis adentros mientras me incorporaba y me pasaba la mano por el pelo—. En cualquier caso, da igual. No busco liarme con nadie, y aunque lo buscara, un delincuente de Chicago no sería mi primera elección.

—Supongo que no. ¿Sabes lo que deberías hacer? Bajar a comprar medio litro de ese helado de chocolate.

Dado que las amigas raras veces se equivocan, seguí el consejo de Candy al pie de la letra. Quince minutos más tarde estaba sentada en el suelo de mi apartamento con las piernas cruzadas, la espalda apoyada en la cama y la tele delante. El medio litro de chocolate doble con trocitos crujientes que había comprado en la tienda de la esquina aún estaba congelado, y estaba arañando la superficie con la cuchara, agradeciendo cada pedacito que conseguía rebañar.

Había encendido la tele en un intento claro y contundente de dejar de pensar en Tyler, Amy y todo ese maldito asunto, pero como lo único decente que daban era *Ley y orden*, estaba muy lejos de conseguirlo.

Deseaba a Tyler. Por irracional, estúpido, complicado y peligroso que fuera, lo deseaba. Y por mucho que me empeñara en no pensar en Tyler, los pensamientos sobre él eran tan implacables como él mismo.

El timbre estridente del teléfono me sobresaltó, y quise darme de tortas, porque mi primer impulso fue comprobar si era Tyler.

Por lo visto, seguía siendo una quinceañera.

Miré la pantalla con el pulso acelerado. Solo un número, pero sabía que era él. Podía sentirlo. Respiré hondo para tranquilizarme antes de contestar.

Pero no fue la voz grave y sensual de Tyler la que oí. Fue la de Kevin.

—¿Tienes un minuto?

—En realidad no. —Una respuesta no precisamente afectuosa y alegre, pero es que en aquel momento Kevin no me inspiraba ni afecto ni alegría.

—He hablado con Tom —prosiguió, impasible—. Dijo que te vio en la fiesta de compromiso de Evan Black. Parece que estás haciendo progresos.

—Es difícil hacer progresos cuando no dispones de toda la información.

—¿Perdona?

—El hecho de que olvidaras mencionar que estabas saliendo con Angelina Raine antes de que se prometiera con Evan Black me tiene una pizca irritada.

—Mierda. —Apenas fue un murmullo, pero me llegó con total claridad.

—Y que lo digas. No me gusta que me utilices para tu vendetta personal.

—Maldita sea, Sloane, no...

—No ¿qué? ¿Que no eres un cabrón embustero y manipulador? Pues deja que te diga una cosa, Kevin: sí lo eres.

—No te he mentado, no soy un manipulador y no estoy utilizándote.

—No me lo trago.

—Oye, ¿por qué no nos vemos?

—Olvídalo, Kevin. Siento mucho que tu chica te dejara, pero yo no soy tu vengadora personal. ¿Tienes una batalla entre manos? Líbrala tú solito.

—Joder, no me estás...

—¿Escuchando? Tienes toda la razón. Adiós, Kevin —dije, y colgué.

No obstante, aunque me sentía bien por haber colgado y recuperado el control, seguía inquieta. Agitada. Las alegaciones de Kevin sobre los Tres Caballeros Guardianes me rondaban la cabeza y se entremezclaban con mis pensamientos sobre Amy, los cuales, a su vez, estaban bailando un tango

con el batiburrillo de emociones que me producía el mero hecho de pronunciar el nombre de Tyler.

—Maldita sea —farfullé, y con un gesto brusco tapé el tarro del helado.

La llamada de Kevin había multiplicado por cien mi crispación. Necesitaba hacer algo. Necesitaba despejarme la cabeza. Necesitaba encontrar la forma de colarme en el Destiny porque, para bien o para mal, a esas alturas me picaba la curiosidad. Tyler Sharp me había mostrado el hombre que quería que yo viera. Pero yo deseaba ver qué había al otro lado de la cortina.

Solo tenía que encontrar una manera de entrar.

Sin darme cuenta me había trasladado hasta el pequeño armario, el cual contenía una barra, dos cajones de plástico y el termo de agua. Mi ropa de correr —pantalón corto, sujetador y camiseta— pendía de una percha que había colgado del termo. Me quité el pantalón de pijama y la camiseta de Dr. Who que me había puesto al llegar a casa y los eché en el cajón superior. Seguidamente me enfundé la ropa de correr, di con el último par de calcetines limpios y me calcé las zapatillas.

Me hice una coleta, agarré el móvil, me puse los auriculares y salí a correr.

Habría preferido ir al gimnasio y hacer algunos asaltos con un saco de arena. O, mejor aún, con otro agente. Cavanaugh siempre estaba dispuesta a entrenar y estábamos bastante igualadas. No obstante, si me pillaba de mala leche podía molerla a palos, y las dos lo sabíamos.

No, quería al teniente Barrone. Con él en el ring no tenía tiempo de pensar en nada salvo en esquivar sus cortos e impedir que me marcara la cara. «Sería genial —me dije—. No pensar, solo actuar.»

No tenía tal opción ese día.

Mi estudio se hallaba sobre una panadería mexicana, de modo que aspiré el delicioso aroma que salía de ella mientras hacía estiramientos en el estrecho callejón que había entre mi edificio y el de al lado. Llevaba los auriculares puestos con atronadora música de mi padre, una banda de rockabilly de Texas que representaba lo último en su empeño por ser un tejano integrado ahora que se había mudado al estado de la Estrella Solitaria.

Me gustaba el ritmo —era rápido, marcado, adecuado para correr con él—, y dejé que mi mente se perdiera en la música y el entorno, en los restaurantes y las panaderías, los apartamentos y los supermercados que iba dejando atrás. Ya había encontrado un circuito, y corrí despacio hasta llegar a la zona comercial de la calle Dieciocho, luego regresé a un ritmo más rápido, tomando algunos desvíos para poder pasar junto a los murales del barrio.

Lo veía todo, como hacen los policías. Pero no estaba mirando. Estaba dentro de mi cabeza. Dentro de mi música. Concentrada únicamente en la cadencia de mis pies y el contacto de las suelas de mis zapatillas sobre la acera, hasta que solo existimos yo y el movimiento. Yo y la maravillosa sensación de estar viva, de respirar, de hacer trabajar los músculos y saber que era fuerte. Lo era, joder. Era lo bastante fuerte para pasar de Tyler Sharp. Lo bastante fuerte para mantener a raya el dolor.

Lo bastante fuerte para, quizá, creerme esa mentira.

Doblé la esquina para regresar a mi apartamento sin saber muy bien si había logrado algo con la carrera aparte de quedar agotada. Necesitaba persuadir a Tyler de que me dejara trabajar en el Destiny, pero no se me ocurría cómo. Si fingir se me hubiera dado tan bien como a él, podría haber ideado la manera de suplicar, sobornar o robar. Pero no tenía nada con lo que negociar, nadie que pudiera ayudarme, ni forma alguna de colarme en ese club.

¿O sí?

Me detuve en seco delante de mi edificio, olvidándolo todo sobre aflojar el paso poco a poco. Olvidándolo todo salvo esa pequeña, remota posibilidad.

«Tal vez exista una manera.»

Arriesgada, pero era cuanto tenía en esos momentos. Con una nueva inyección de entusiasmo, subí corriendo hasta mi apartamento y confié en que todas las piezas que me hacían falta acabaran encajando.

El *S&M* de Rhianna retumbaba en los altavoces, toda ella fuego y aplomo, cantando sobre lo bien que se le daba ser mala. Cantando sobre sexo. Atracción. Excitación y pasión.

Y allí estaba yo, con mis manos embutidas en unos guantes blancos resbalando provocativamente por la barra de acero y la pierna todo lo arriba que me permitía mi miedo a perder el equilibrio, pero lo suficiente para mostrar la liga que mantenía sujeta la media.

Había llegado al Destiny armada con un plan, y ahora era una de las seis mujeres que habían tomado el escenario durante la Hora Amateur que el club ofrecía los sábados por la noche. Al principio me había inquietado que la chica de recepción me reconociera o que Tyler estuviera supervisando el vídeo y me impidiera subir al escenario.

En ese momento, sin embargo, me inquietaba que no estuviera allí y que todo eso fuera para nada.

Cuando las luces se encendieron y empezó a sonar la música, la sangre me bombeaba con tanta fuerza que estaba convencida de que los hombres que rodeaban mi escenario podían oírla. Aunque al principio me había movido despacio, con vacilación, puede que hasta con miedo, tenía que reconocer que le estaba pillando el gusto.

Había estado en suficientes locales de striptease para saber que, en lo referente a clubes masculinos, el Destiny era bastante exclusivo. Tenía cierto aire de casino, con una gran sala, un bar alargado y agradables mesas alrededor de diferentes escenarios, cada uno con su barra.

También disponía de zonas más oscuras con cómodos sillones adonde los clientes podían llevarse una bailarina para que les hiciera un baile privado o, si era un tipo extraño, para que le diera un poco de conversación.

El local tenía clase, pero en el fondo el Destiny era como cualquier otro club para caballeros. Las bailarinas acababan completamente desnudas. Bueno, con excepción de un tanga diminuto que se dejaban puesto no por razones de recato, sino como depósito de propinas.

Con todo, a diferencia de algunos clubes, las bailarinas no empezaban así. En el Destiny era una auténtica provocación. Un proceso. Una seducción.

El resultado final, sin embargo, era el mismo. Y yo había comenzado la noche algo nerviosa.

Sapphire, una de las bailarinas fijas del Destiny que estaba encargada de organizar a las seis mujeres que habíamos entrado en la competición de la noche amateur, nos había dado una charla alentadora antes de la actuación.

—Si estáis nerviosas prolongad la seducción. Al final, si queréis aspirar al premio, convendría que os lo quitarais todo. Pero podéis tomaros vuestro tiempo antes de eso, hasta que encontréis vuestro ritmo. Sobre todo, mostraos sexis y provocativas.

Buen consejo, y aunque me había llevado mi tiempo —lo que dura el *Keep Your Hands to Yourself* de los Georgia Satellites—, finalmente había conseguido pillarlo.

Al principio deseaba olvidar que esos hombres estaban allí, pero a medida que veía cómo me miraban, no podía negar que estaba cogiéndole el gusto.

Rememoré el fuego que había visto en los ojos de Tyler cuando me desvestí para él, la tensión en su mandíbula mientras luchaba por no perder el control.

Evoqué el recuerdo de lo mucho que me había deseado, de lo mucho que yo lo había deseado, de lo mucho que exhibirme para él, desprenderme lentamente del vestido y las medias, me había excitado, tanto que quise que cada movimiento fuera lo más sensual posible, que cada mirada estuviera llena de erotismo y promesa.

Y recordé la forma en que me había acariciado delante del ventanal. «¿Te excita saber que alguien al otro lado de la calle podría estar mirando? Podría estar viéndote desde su ventana.»

Me había excitado, ya lo creo que me había excitado. Y no podía negar la excitación que me producía hacer lo mismo en una sala repleta de hombres. Lo mucho que me electrizaba saber que podían mirar pero no tocar. Saber que aunque iba a terminar desnuda en ese escenario, yo era la que tenía el poder.

Era un tipo de poder diferente del que tenía como policía. Diferente y personal, porque provenía de mí, no de la placa y la pistola.

Pero aunque saber que esos hombres me deseaban hacía que me sintiera excitada y poderosa, su interés no tenía el mismo impacto en mí. No estaba bailando para ellos. No eran esos hombres los que me impulsaban a hacer una buena actuación.

Para eso tenía que imaginarme a Tyler.

Tyler sentado en la oscuridad.

Tyler observando cómo me iba desnudando lentamente, cada vez más excitado y caliente con cada prenda que me quitaba.

No estaba allí, en realidad, todavía no. Lo sabía porque de vez en cuando me permitía pasear la mirada por la sala. Y en cada ocasión mi decepción crecía un poco más. Quería que me viera allí arriba. Quería que supiera que estaba haciendo aquello por él y no solo por conseguir el trabajo.

Dios, ese hombre había hecho verdadera mella en mí. Se había metido en mi piel, y eso era tanto un castigo como una provocación. Pero él no estaba allí para verlo.

Me exasperaba que me importara, que lo deseara, que solo tuviera que pensar en él para sentir que mi cuerpo se encendía. Tyler Sharp era como una llama que me invadía con su calor y me debilitaba, me derretía.

Jugar con ese hombre era una insensatez. Tyler era peligroso. Conseguía distraerme, cuando yo era una mujer que sabía mantener a raya las distracciones. Lograba tentarme, y eso que yo no sucumbía a las tentaciones.

Tyler Sharp era todo aquello que no debía desear y que no podía tener, y sin embargo en ese momento no había duda de que era exactamente lo que necesitaba. Tyler Sharp en mi mente, en mis recuerdos, en mi imaginación.

Me aferré a esa fantasía y la utilicé para alimentar mis movimientos, porque tenía que demostrar que podía hacerlo. Tenía que convencerlo de que podía bailar en un club como el Destiny. Que podía hacer que pareciera real.

Me había pasado la tarde comprando, procurando imaginar lo que Candy diría de cada prenda que yo elegía. Finalmente me decidí por la imagen de

ejecutiva picante, severa y recatada por fuera pero sexy por dentro. Había subido al escenario con una blusa blanca entallada, una americana gris y una falda recta con una raja hasta la cadera, el único indicio de que esa ejecutiva conservadora tenía un lado atrevido.

Debajo lucía un sujetador rojo de encaje, unas medias con ligero y unas braguitas con volantes, las cuales probablemente tenían un nombre específico en el mundo de la lencería, pero dado que casi siempre llevaba Jockeys de tiro bajo o brasileñas Maidenform, no estaba familiarizada con el vocabulario de ropa interior.

Había empezado despacio, nerviosa, con movimientos bruscos, pero no tardé en sentir la llamada de la música, de las luces. Su efecto hipnótico me trasladaba a un lugar donde no había hombres mirando. Ni camareras ligeras de ropa sirviendo copas a tipos que se morían por un baile privado. Ni camareros. Ni otras bailarinas. Solo existíamos la música y yo... y el hombre que estaba en mi imaginación.

Me había desprendido ya de la americana y me contoneaba con el impulso de la música deslizado las manos por mi cuerpo, acariciándome los senos, recordando la forma en que la boca de Tyler jugueteaba con mis pezones, la forma en que sus besos cubrían hasta el último centímetro de mi piel.

—¡Muy bien, nena! —gritó una voz anónima.

Acababa de abrirme la blusa de un tirón seco que hizo saltar los botones. Las mangas resbalaron por mis brazos e incliné el torso hacia aquel tipo para provocarlo con el encaje de seda que cubría mis pechos. Dejé que la blusa que todavía sostenía en la mano aterrizara en su cabeza y me agaché otro centímetro para que pudiera introducirme un billete de veinte dólares en el escote.

«No está mal para un día de trabajo», pensé cuando me incorporé para dar una vuelta por la tarima antes de regresar a la barra.

Lancé una mirada al escenario de al lado; quería comprobar hasta dónde se había desvestido mi vecina. Ya iba por el tanga, y caí en la cuenta de que me estaba alargando demasiado.

Hora de pasar al siguiente nivel.

Noté un revuelo en el estómago, pero eran nervios acompañados de

excitación, y esa excitación se disparó cuando extendí la mirada por la sala y finalmente vislumbré a Tyler.

Vestía unos tejanos y una sencilla camiseta blanca debajo de una americana deportiva de color gris, y a pesar de su indumentaria informal, destacaba entre todos aquellos hombres. Sostenía un portafolios cuyo contenido hojeaba a través de unas gafas de montura oscura que le favorecían y le hacían parecer más sexy todavía. Entregó unos papeles a Greg, el barman, y acto seguido recorrió la zona de la barra de extremo a extremo con pasos largos y arrogantes que dejaban claro que se sentía como en su casa. Más aún, que se sentía como en su casa allí donde iba.

No me había mirado aún, pero no importaba. Ya solo su presencia activó mis sentidos, y noté esa electricidad, esa chispa. «Me ha trastornado — pensé—. Me ha trastornado por completo.» Y sí, quería llevar ese baile hasta el final. Para bien o para mal, quería llevarlo hasta el final para él.

Seguí moviéndome con la música —seguí actuando para los hombres—, pero no captaba la atención de Tyler. Saludó a unos cuantos clientes, charló con las camareras y se encaminó a la barra. El barman le deslizó dos copas, y fruncí el ceño cuando advertí que la segunda era para una morena despampanante que ocupaba el taburete contiguo.

La morena sonrió con desenfado mientras los celos me retorcían por dentro. Tyler se acercó un poco más para decirle algo al oído. Cuando la chica se echó a reír y luego se inclinó hacia delante para ponerle una mano en el brazo, tuve que reprimir el feroz impulso de saltar del escenario y apartar a aquella zorra de un manotazo.

Como si me hubiera leído el pensamiento, Tyler alzó la vista por encima de la morena y me miró fijamente. Yo estaba haciendo un shimmy con la barra: con una mano acariciaba provocativamente el acero al tiempo que resbalaba por él y con la otra me bajaba la cremallera de la falda.

Vi el deseo reflejado en sus ojos, y pese a la tenue luz del local, reparé en que su cuerpo se tensaba cuando la falda resbaló por mis caderas, dejándome como único atuendo las braguitas de seda, las medias y el picante sujetador de realce.

Y, por supuesto, mis alucinantes sandalias negras de ocho centímetros. Con las que, francamente, era un coñazo bailar.

Vi que se levantaba. Vi que se le crispaba el rostro.

Y cuando me llevé las manos a la espalda y me desabroché el sujetador, lo vi caminando hacia mí.

Le di la espalda, pues no quería que reparara en mi sonrisa triunfal, y para ocultar mi intención realicé un paseo raudo por el escenario pavoneándome y asegurándome de que todos aquellos hombres obtuvieran buenas vistas de cuanto no podían tocar. A renglón seguido, blandí el sujetador y se lo arrojé a un tipo maduro al que le faltaba poco para babear.

«Ahora las medias», pensé mientras me descalzaba. Levanté la pierna y me sujeté a la barra con la pantorrilla. Me recorrí el muslo con los dedos para, acto seguido, desabrocharme la liga y tirar de la media.

Los hombres estaban sacando billetes, y como no soy ninguna estúpida, antes de pasar a la otra media me di una vuelta por el escenario para recoger mis propinas.

Intentaba mantener la mirada fija en ellos, tener ese contacto visual que sabía que las bailarinas utilizaban para asegurarse una propina generosa, pero no podía. Me traían sin cuidado esos hombres y su dinero. Solo me importaba Tyler, pero había desaparecido. Mirara donde mirase, no podía verlo, y tampoco a la morena. Se me hizo un nudo en el estómago.

Sentía una punzada de náuseas; aun así, continué moviéndome al ritmo de una canción que no conocía.

Levanté la otra pierna para seguir con el número, pero en cuanto lo hice allí estaba él.

Me detuve en seco, zarandeada por un torbellino de emociones contradictorias. Alivio, emoción, deseo... e irritación.

—¿Qué haces? —pregunté cuando subió al escenario acompañado de los silbidos, abucheos y gruñidos del público.

No contestó, pero tampoco hizo falta. Me echó su americana sobre los hombros, me agarró por la cintura y me bajó del escenario. No grité ni forcejeé; estaba demasiado atónita. Y por el silencio que envolvía mi escenario, supuse que los clientes también.

—Ve —dijo Tyler.

Solo me llevó un segundo percatarme de que le hablaba a otra chica, una

de las camareras. La joven abrió los ojos tanto como se puede, y deduje que estaba recibiendo la noticia de un ascenso inesperado. Subió los escalones del escenario a toda prisa y se enroscó a la barra.

Los hombres que habían estado mirando con cara de pasmo en mi dirección se volvieron hacia ella y me olvidaron por completo.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —pregunté mientras Tyler me aferraba con fuerza el brazo y me arrastraba hacia el fondo. Al otro lado de la sala divisé a Evan y Cole, los dos con el semblante inexpresivo.

Respiré hondo y confié en que mi estratagema hubiera funcionado.

Cuando Tyler me sacó al vestíbulo me relajé ligeramente. Estábamos en una zona reservada al personal. Sin decir una palabra, cruzamos una puerta, luego otra, y por fin llegamos a una tercera que llevaba su nombre. La abrió bruscamente.

—Entra. —Una única palabra que logró transmitirme todo un cóctel de emociones.

Obedecí.

—Lo siento —dije cuando cerró la puerta y echó a andar hacia mí—. Solo quería...

No pude terminar la frase. Agarró las solapas de su americana, me atrajo hacia él y apretó su boca contra la mía, silenciándome. Y, desde luego, haciéndome olvidar qué demonios quería decir.

Hizo que me volviera, y los dos nos quedamos pegados a la pared en un gesto apremiante, salvaje.

Era un beso frenético y apasionado. La cabeza me daba vueltas y todo mi cuerpo vibraba, aunque probablemente se debiera más al hecho de que me había abierto la americana y me estaba frotando los pechos con las dos manos, como si no pudiera cansarse de mí.

Yo, desde luego, no me cansaba de él.

Cerré los ojos y dejé que mi cuerpo se derritiera bajo sus manos al tiempo que mi boca lo buscaba y nuestras lenguas jugueteaban y se provocaban mutuamente.

Me había robado la capacidad de pensar, de razonar. Atrapada entre él y la pared, apenas recordaba mi nombre, y todavía menos por qué me había

presentado en el Destiny. En ese momento Tyler era todo mi mundo, y aunque algo en mi mente me pedía a gritos que recuperara el juicio, que recordara que me había engañado —que era un delincuente—, lo único que deseaba era perderme para siempre en ese instante.

Y entonces se apartó, dejándome jadeante y, maldita fuera, tremendamente caliente.

—Te dije que no. ¿Qué haces entonces bailando en uno de mis escenarios?

Todavía no me atrevía a hablar, así que me concentré en abotonarme la americana antes de levantar la cabeza.

—Vine a negociar —dije—. Pero para poder negociar hay que poner la información sobre la mesa.

Cruzó la estancia hasta un pequeño sofá de aspecto confortable y tomó asiento con el brazo sobre el respaldo.

—Esto no es negociable.

—Todo es negociable, Tyler. Eres un hombre de negocios.

—Y tú, policía.

—Yo me paso el día negociando. Acuerdos con el fiscal, pactos de inmunidad. —Me senté frente a su escritorio con una sonrisa adorable—. Tú lo sabes todo sobre pactos de inmunidad.

Se le escapó una risita.

—Al fin salió la poli —dijo—. Todo control, seguridad, determinación. Siempre ha estado ahí, pero ahora se halla en su salsa. Y dime, ¿eres buena en tu trabajo, detective Watson?

—Sí.

—Te creo. También eres buena sobre el escenario —añadió con voz acariciadora—. Sexy, segura, una mujer con una misión entre manos.

—Tenía una misión. Quiero bailar en el Destiny. Y acabo de demostrarte que puedo hacerlo —me apresuré a apostillar cuando abrió la boca para replicar—. Puedo bailar, puedo complacer a los clientes. Puedo pasar desapercibida. En pocas palabras, puedo ser una de esas chicas.

—No lo dudo.

Ladeé la cabeza, preguntándome cuál era su juego.

—¿En serio?

—Me interesa más saber por qué quieres hacerlo.

—Ya te lo dije. Porque quiero encontrar a Amy.

—Hum —murmuró, pensativo.

Se levantó y se colocó detrás de mi sillón. Posó las manos en mis hombros y, lentamente, deslizó una por la americana para acariciarme el pecho.

La respiración se me aceleró cuando el baile de sus dedos sobre la ondulación de mis senos hizo que un deseo renovado me recorriera por dentro.

—Quiero enseñarte algo —dijo tras inclinarse hasta rozarme la oreja con los labios.

Me estremecí y apreté las piernas al imaginarme su mano descendiendo un poco más.

Pero no era eso lo que Tyler tenía en mente. Muy despacio, extrajo una tarjeta del bolsillo interior de la americana dejando que resbalara juguetonamente por mi pezón antes de arrojarla sobre el escritorio.

Me dio un beso fugaz en la coronilla y se sentó en el borde de la mesa con el muslo justo al lado de mi mano.

—Échale un vistazo.

Cogí la tarjeta y vi que era una postal del Caesar's Palace enviada al Destiny a nombre de una persona llamada Darcy.

D-

¡No podía decir no a Las Vegas!

Besos,

AMY

—Hoy hablé con las chicas —continuó—. Ninguna sabía adónde había ido Amy, pero por lo visto le dijo a Darcy que le habían ofrecido un trabajo administrativo aquí, en Chicago.

—De modo que cambió de parecer en el último minuto, probablemente

por un tío, y envió una postal a Darcy para comunicárselo.

A primera vista el asunto parecía aclarado, pero seguía extrañándome que Amy no se hubiera puesto en contacto con Candy.

—Por lo visto así fue —dijo Tyler—. Mañana podrás hablar con Darcy. Hoy trabajó en el turno del mediodía y ya se ha ido. Pero no veo la necesidad de que juegues a agente infiltrada. A menos que estés pensado en ensayar el personaje en el dormitorio, en cuyo caso podemos mantener la negociación abierta.

—Muy gracioso. —Giré ligeramente el sillón para verlo mejor—. Aun así, sigo queriendo bailar.

—¿Por qué?

Porque quería averiguar la verdad sobre quién era Tyler y a qué se dedicaba. Pero no se lo dije. En lugar de eso opté por otra verdad.

—Porque me ha gustado.

—¡No me digas!

Se levantó de la mesa y colocó las manos en los brazos del sillón, acorralándome. A continuación lo reclinó hacia atrás a fin de tener sitio para arrodillarse frente a mí.

El pulso se me aceleró al pensar en su contacto, pero todo lo que dije fue:

—Tyler...

—Me gustó verte en lo alto del escenario. —Colocó las manos en mis rodillas desnudas—. Me gustó la forma en que me mirabas. Y todos esos hombres... —El tono de su voz era grave e íntimo mientras me separaba delicadamente los muslos, aumentando mi delirio, aumentando mi humedad—. Todos te miraban. Te deseaban. Pero tú me deseabas a mí.

—Sí, Dios, sí.

Una mano empezó a acariciarme provocativamente el muslo sin llegar a abrirse paso por debajo de la americana. La otra me desabrochó sin esfuerzo el botón superior.

—¿Es esta tu oferta de salida? —Me abrió el otro botón—. ¿Es el trato que viniste a negociar? ¿Yo te dejo bailar en el Destiny y tú me dejas

tocarte?

Utilizó ambas manos para abrirme la americana y dejar al descubierto mis pechos, mi vientre y las adorables braguitas de seda.

—¿No es lo mismo que hacer un pacto con el diablo? —me preguntó mientras su mano descendía, haciéndome estremecer, y acariciaba las braguitas hasta encontrar mi sexo húmedo—. O puede que simplemente te guste jugar con los chicos malos —dijo, y me introdujo un dedo hasta el fondo.

Arqueeé la espalda con un gemido ahogado.

—Pon las piernas sobre los brazos del sillón —me ordenó.

—Tyler, no...

—Hazlo.

Obedecí, y su boca descendió hasta mi sexo al tiempo que retiraba las braguitas y el tanga con una mano y reclinaba el sillón con la otra hasta que llegué a creer que me caería. Me hallaba cabeza abajo, completamente a su merced, totalmente abierta e indefensa.

Y muy, muy caliente.

Deslizó la lengua por mi sexo y me estremecí cuando una tormenta de chispas me recorrió el cuerpo, una sensación más espectacular aún por la forma en que el sillón se mecía al son de mi excitación.

—Esto no funcionará —dijo Tyler.

—No pares —gemí.

Pero estaba abriendo el cajón de la mesa y sacando unas tijeras.

—Necesito las dos manos para impedir que el sillón se vuelque —dijo, y cortó las bragas antes de arrojar las tijeras al suelo con un chasquido metálico.

Solté una carcajada de sorpresa y placer. Tyler me miró con una sonrisa maliciosa y deliciosamente sexy.

—Sabes bien —dijo, y se sumergió de nuevo entre mis piernas.

Tenía ambas manos sobre el sillón, de modo que solo me estaba tocando con la lengua. Me provocaba, lamiendo y succionando, jugando y atormentándome.

Con cada roce, con cada caricia, la tensión crecía dentro de mí.

Estaba abierta, entregada a él, y anhelaba cuanto quisiera darme. Anhelaba perderme en cualquier placer que quisiera compartir conmigo, cualquier tormento malicioso, sensual, que fuera capaz de idear.

Creo que en ese momento habría hecho cualquier cosa solo con que me jurara que esa sensación duraría para siempre.

Pequeños espasmos me recorrían por dentro, haciendo vibrar mi cuerpo, haciendo temblar el sillón. Precursores de una explosión que estaba cada vez más cerca...

Y de repente el mundo estalló en pedazos y mi cuerpo se contrajo. Le pedí a gritos que parara, porque creía que no podría soportarlo más, pero Tyler continuó, implacable, extrayendo de mí hasta la última gota de placer, llevándome tan arriba que me dejó sin respiración y arrojándome luego a la tierra para recogerme en sus brazos.

—Uau —murmuré acurrucada contra su pecho, mi piel desnuda contra su camisa, la americana colgándome por los costados—. Uau.

—Y tan uau. —Me llevó en brazos hasta el sofá—. Debería poner un sillón de esos en todas las habitaciones.

Me eché a reír.

—No seré yo quien se oponga.

—Dime que te ha gustado —me pidió al tiempo que se sentaba en el borde del sofá.

—Dios mío, ¡sí!

—Sabía que eras poli, Sloane. Sabía que eras poli y te follé, te engañé y te cabreaste mucho conmigo.

Entorné los párpados, sorprendida por el repentino cambio de tema, pero la expresión de su rostro seguía siendo dulce, amable.

Me acodé sobre el sofá.

—Es cierto.

—¿Habrías preferido que te sacara de la fiesta? ¿Qué nunca te hubiera tocado? ¿Que nunca hubiera puesto mi lengua en tu coño ni mis manos en tus pechos? ¿Preferirías que nunca hubiera hecho que te corrieras, que no

te hubiera sentido estallar en mis brazos?

—No —susurré, caliente y ansiosa.

—¿Y qué hay del camarero? ¿Lamentas eso? ¿Haberte mostrado desnuda y descarada, y tremendamente excitada no por él sino porque sabías que al mirarte se me ponía dura?

Quería mentir. Desesperadamente.

Pero no fui capaz.

—No.

—Lo sé —dijo—. Te conozco.

Ladeé la cabeza para mirarlo.

—Tyler —comencé sin saber muy bien qué quería, qué estaba pidiendo. Simplemente necesitaba oír su nombre en mis labios para demostrarme que aquello era real.

—Chis. —Me selló la boca con un dedo—. Empecé simplemente mirándote. He debido de ver ese condenado vídeo de seguridad una docena de veces. Después, en la fiesta, no podía apartar los ojos de ti pese a saber lo que eras. Lo que eres.

Me acarició dulcemente, y cerré los ojos para zambullirme en una ola de placer tan intensa que pensé que iba a ahogarme en ella.

—Por las cosas que sé de ti, no eres la clase de mujer que me conviene desear. —Deslizó un dedo por la cicatriz de mi cadera—. Detective Sloane Watson, una poli, nada menos, con solo una semana más de baja. Y yo me encuentro en la inesperada situación de desearla desesperadamente, de desear avivar este fuego que arde entre nosotros, apasionado y salvaje, tremendamente inflamable.

Paseó el dedo por mi hombro, bajó por la curva de la cintura y dibujó mi silueta hasta llegar a la cadera.

—Quiero arder contigo, detective. Y has de saber que cuando quiero algo, voy a por ello. —Me obsequió con una sonrisa lenta, relajada, segura—. Así pues, esta es mi propuesta. Mientras estés de baja bailarás en el Destiny, y podrás entrar y salir libremente del club. Pero durante ese tiempo, serás mía.

—¿Tuya? —inquirí.

—Por completo —dijo—. Con todo lo que eso implica. Dar placer. Castigar. Atender. No te haré daño y no te asustaré. Pero te utilizaré. — Deslizó su mano entre mis piernas y me introdujo dos dedos—. Para mi placer y para el tuyo.

Apreté los muslos alrededor de su mano y tensé los músculos para hundírmela un poco más.

—Acepta el trato y podrás bailar en el Destiny. Si no lo aceptas te irás esta misma noche.

—Me encuentro en desventaja. Estoy desnuda y tengo tus dedos dentro de mí.

—Fuiste tú quien eligió desnudarse, Sloane. Esa fue tu jugada, ¿recuerdas? Yo simplemente estoy sumándome a la partida. Y ahora mismo estamos en jaque mate.

Tyler introdujo los dedos un poco más al tiempo que se inclinaba hacia delante para mordisquearme los pechos. Ahogué un grito de sorpresa, que también encerraba placer.

—Sé que te gusta el riesgo —dijo en un tono seductor—. Te gustan las emociones fuertes. Y, mi querida detective, te gusta lo que te hago sentir.

Me humedecí los labios. No podía discutirlo después de las cosas que habíamos hecho.

—Viniste a mi habitación voluntariamente. Te desvestiste cuando yo te lo pedí. Permaneciste desnuda delante de una ventada mientras te tocaba. —Su voz, queda y sexy, me envolvía, provocándome, seduciéndome—. Y esta noche te quitaste la ropa delante de otros hombres pero pensabas en mí.

Hasta ese momento le había sostenido la mirada, firme y desafiante, pero la desvié. Dios, cuánta razón tenía. Incluso ahora tenía que luchar contra aquello que me hacía sentir, contra la manera en que me excitaba hasta conseguir que cada célula de mi cuerpo anhelara sus caricias.

Pero en realidad no quería luchar. Me gustaba la forma en que me miraba. Me gustaba que mis pezones se endurecieran cuando sus ojos descendían hasta mis senos. Me gustaba el hecho de que su voz pudiera

hacer que mi cuerpo ardiera de deseo. Había sentido lujuria otras veces, había sentido atracción. Pero antes de Tyler nunca había experimentado ese fuego salvaje, esa pasión desenfrenada que me dejaba caliente y anhelante, y viva.

Me sentía, en cierto modo, como el perro de Pavlov; una mirada suya, y mi cuerpo se preparaba. Una caricia, y casi explotaba.

Era una sensación desconocida para mí, y un tanto inquietante. Pero me gustaba. Dios, cómo me gustaba.

—Si yo te pidiera que volvieras a ese sillón, lo harías. —Tyler hablaba en un tono desenfadado, pero yo percibía el desafío y la malicia en sus ojos—. Te sentarías y abrirías las piernas. Y si te dijera que te tocaras, que te acariciaras y jugaras mientras se me pone dura viendo cómo tu cuerpo se vuelve húmedo y resbaladizo, tan desesperado por entrar en ti que no podría soportarlo más, si te dijera que hicieras eso, creo que lo harías.

Yo tenía la boca seca, el cuerpo débil.

—Dime la verdad, Sloane, ¿harías eso por mí?

—Sí —susurré, porque ya sabía que me descubriría si le mentía.

—Entonces, acepta el trato.

—Me dijiste que no salías con las chicas que trabajan en el club.

—Infrinjo toda clase de reglas, detective, pero esa no.

Lo miré, desconcertada.

—¿Qué quieres decir?

—No voy a salir contigo. Voy a follarte.

Un estremecimiento me recorrió la espalda, un estremecimiento que no me molesté en disimular.

—¿Qué tienes pensado hacer conmigo exactamente? —pregunté.

—Si te lo dijera perdería la gracia.

Me pasé la lengua por los labios.

—Antes hablaste de placer y de pasión, incluso de miedo.

—Lo recuerdo.

—¿Hablabas en serio? ¿O solo querías impresionarme porque sabías que

era policía?

—Pero tú eres policía. Debes de saberlo todo sobre el efecto de la adrenalina. Sobre el efecto del miedo. Lo mucho que agudiza las sensaciones, incluso la de placer.

—No quiero que me ates...

—No te ataré —declaró en un tono increíblemente amable—, pero te llevaré hasta el borde del precipicio, Sloane. Y si lo deseas, te haré saltar.

Nos miramos fijamente. No estoy segura del tiempo que pasé perdida en el azul claro de sus ojos. Después Tyler siguió hablando con voz queda pero firme.

—Ese es el acuerdo. Acéptalo... y hazme un hombre feliz.

—¿Acuerdo? —repetí—. Qué correcto y educado suena.

—¿Insinúas que no soy correcto y educado?

—Para nada—. Lo agarré por el cuello de la camisa y acerqué mis labios a los suyos—. Pero confieso que confío en que no lo seas. —Le di un beso apasionado y me recosté en el sofá—. Cuando acepto algo, señor Sharp, voy hasta el final.

Enarcó las cejas.

—Me complace mucho oír eso.

Se puso en pie y me tendió una mano para ayudarme a levantarme. Me cerró la americana y abrochó los botones muy despacio. Acto seguido, caminó hasta su mesa y descolgó el teléfono.

—Greg, tráeme las sandalias de la señorita Watson. Imagino que todavía siguen en el escenario cuatro.

Tyler salió al vestíbulo para reunirse con Greg y, supuse, para recoger el resto de mis ropas.

No obstante, cuando regresó a la habitación solo llevaba en las manos las sandalias.

—Vamos —dijo—. Cálzate y abróchate eso.

—Hum, creo que necesito mi ropa.

Se apoyó en la puerta.

—No, no la necesitas.

Me levanté y me abotoné la americana con los ojos entornados.

—¿Me vas a hacer entrar en el Drake así?

—En primer lugar, aceptaste las condiciones.

—No sabía que afectarían al vestuario —refunfuñé, haciéndole reír.

—En segundo lugar, no vamos al Drake. —Una mirada pícara le iluminó el rostro—. Todavía no.

—Oh. —Un escalofrío de temor y, sí, también de nervios y expectación, me recorrió el cuerpo—. ¿Te lo pregunto siquiera?

—Puedes —contestó—, pero no voy a decírtelo.

Se acercó a su mesa y descolgó de nuevo el teléfono.

—Otra cosa, Greg —susurró al auricular al tiempo que arrojaba un llavero sobre la mesa—, di a Cole que las llaves de la Ducati están en mi despacho. Esta noche necesito el Buick.

Colgó y se volvió hacia mí.

—Le había dejado mi coche —explicó—, pero creo que irás más cómoda en el Buick que en la moto.

—No me importaría subirme a tu moto. —Contemplé mi atuendo, o mejor dicho la ausencia del mismo—. Pero necesitaría recuperar mi ropa.

—Lo añadiremos a nuestra lista de tareas pendientes.

Tyler me miró y percibí en su semblante el destello de algo ardiente. Rodeó la mesa hasta quedar frente a mí. Me enderecé, con el cuerpo preparado una vez más para recibir sus caricias, debilitado por el mero hecho de sentir su proximidad.

Sin decir una palabra, me condujo hasta la mesa y, levantándome por la cintura, me sentó en ella con las piernas cerradas y los pies colgando. Contuve el aliento, anhelando ya su contacto.

—Me encantaría comerme la carretera con tus brazos alrededor de mi cintura —dijo mientras me cogía los muslos y los separaba bruscamente, provocándome un estremecimiento de expectación. Antes de que pudiera protestar, tiró de mí hasta tenerme en el borde de la mesa con el sexo totalmente abierto y listo para él—. Me pregunto... —dijo envolviéndolo con su mano. Me arqueé hacia atrás con una inspiración trémula, todavía sensible, todavía dispuesta—. Me pregunto si la vibración de la moto te excitaría, si te prepararía para mí.

Deslizó un dedo en mi vagina, luego dos, luego tres. Estaba tan húmeda, tan caliente, que mi cuerpo lo envolvió con fuerza. Su gemido de satisfacción me estremeció y casi me fundí de placer.

—Siempre estoy preparada para ti —susurré, y me dije: «Que Dios me ayude, ¡ya lo creo que sí!».

—Mírame —me ordenó, y en cuanto clave la mirada en él ya no pude apartarla—. A partir de ahora te quiero siempre así —dijo—. Caliente, húmeda y lista para mí en todo momento. Te quiero tan mojada por el simple hecho de pensar en mí, que pueda doblarte, bajarte el tejano y penetrarte siempre que me apetezca. Quiero que con solo pasar la mano por tu coño te derritas. Quiero que tus pechos anhelan constantemente mis caricias. Te deseo tan dispuesta que una sola palabra mía te haga alcanzar el éxtasis. ¿Entiendes?

—Sí —dije, aunque tenía el cuerpo tan caliente, la boca tan seca, que no sé cómo acerté a pronunciar esa sencilla palabra.

—¿También tú lo quieres?

—Sí —alcancé a gemir.

Sus dedos seguían dentro de mí, provocándome, jugando conmigo. Los

sacó y frotó el pulgar contra mi clítoris y —sí, Dios mío, sí— el orgasmo estalló en mi interior. Una tormenta discreta esa vez, pero bastó para convulsionarme, encenderme la piel, debilitarme por la satisfacción y el deseo de más.

—Estás intentando mantenerme en la cuerda floja —susurré.

Vi el destello de triunfo masculino en sus ojos antes de que una sonrisa le curvara los labios.

—¿Y funciona?

—Sí —reconocí.

—No te preocupes; si tropiezas, te cogeré. —Retrocedió un paso y me ofreció una mano—. ¿Lista?

Consideré la posibilidad de responder que no, pero habría sido una mentira. Había entrado en el País de las Maravillas y quería vivir la aventura hasta el final.

—Sí. —Acepté su mano y salimos.

Lo seguí por el pasillo tirándome continuamente del borde de la americana hacia abajo, aun cuando me iba lo bastante larga para hacerme de vestido corto.

Una vez en el aparcamiento, me condujo hasta un descapotable clásico de color rojo. Mi padre habría identificado enseguida el año y la marca, pero yo solo sabía que era grande como un barco y elegante como el día que salió de la cadena de montaje. La combinación de líneas curvas y rectas le daba un aire retro que me encantaba.

—Uau —exclamé.

—Precioso, ¿verdad?

Me abrió la portezuela, y cuando me acomodé en el asiento corrido noté el calor del cuero en los muslos.

—Es genial —dije cuando se sentó frente a volante.

—Un Buick LeSabre de 1963 —me informó—. Yo mismo lo restauré, aunque la verdad es que estaba en muy buen estado cuando lo compré. Y —añadió mientras abandonábamos el aparcamiento— es una gozada viajar en él.

Para demostrármelo, en cuanto salimos a la carretera retiró la capota, haciéndome chillar de sorpresa y placer cuando el aire cálido de la noche me alborotó el pelo.

—Es fantástico —dije—. Y aunque no vibra tanto como tu moto, creo este asiento corrido podría funcionar. —Di unas palmaditas al cuero rojo y blanco.

Tyler desvió la vista de la carretera el tiempo suficiente para lanzarnos una mirada de soslayo al asiento y a mí.

—Un dato interesante. Y es bueno saberlo, sobre todo teniendo en cuenta adónde nos dirigimos.

—Hum. —Dejé pasar un par de segundos—. ¿Y adónde nos dirigimos?

—No ha estado mal el intento, pero tendrás que esperar a verlo. —Dio una palmada en el asiento—. ¿Sabes que es lo mejor de los asientos corridos? Que puedes acercarte y acurrucarte contra mí.

—¿Es una invitación o una orden?

—Lo que prefieras. Lo que te haga llegar antes.

Sonreí y me deslicé por el cuero. Su mano izquierda permaneció sobre el volante, pero la derecha se trasladó directamente a mi muslo —lo bastante arriba para acelerarme el pulso y tensarme el cuerpo—, pero sin llegar a rozar mi sexo. Bastaba para empezar a volverme loca.

—Estoy prácticamente en cueros —señalé—. Creo que podrías aprovecharte un poco más de la situación.

—¿Eso crees?

—O puede que no seas tan listo e ingenioso como pensaba. O que ya te haya agotado. La clave es la resistencia. —Sacudí la cabeza con pesar—. Hay hombres que, sencillamente, no la tienen.

—Vigila esa lengua o no me quedará más remedio que azotarte.

—No es la primera vez que me amenazas con eso —repliqué, algo nerviosa. ¿Me dolería? ¿Me gustaría?—. Y hasta el momento no has llevado a cabo tu amenaza. Dígame, señor Sharp, ¿qué travesuras ha de hacer una chica para que la castigue?

—Ya se nos ocurrirá algo —me prometió.

—¿De veras? En ese caso tendré que acordarme de portarme mal.

—No te preocupes —repuso en un tono irónico—, ya te lo recordaré yo.

Diez minutos después llegábamos a un edificio de ladrillo rojo desprovisto, a primera vista, de ventanas y letreros.

Junto a la puerta doble de metal había, aun así, un interfono, y cuando Tyler recitó un número de socio el cerrojo se abrió.

Las puertas desembocaban en una recepción que me recordaba al vestíbulo del Destiny. Una mujer con un body negro de látex sonrió a Tyler.

—Bienvenido.

—Gracias, Tricia. La señorita Watson es mi invitada. ¿Te importaría guardarle la americana? Y me gustaría utilizar uno de los collares.

—Desde luego. —Tricia me guiñó un ojo—. Eres afortunada —me dijo, pero apenas alcancé a oírla a causa de las sirenas de alarma que resonaban en mi mente, súbitamente confusa.

—¿Collar? —pregunté a Tyler mientras la chica desaparecía por una puerta—. ¿Ha dicho collar? ¿Para mí? ¿Y qué esperas que haga exactamente una vez que se me lleve la americana?

—Espero que me sigas —respondió antes de esbozar una sonrisa pausada y seductora—. No has olvidado nuestro acuerdo, ¿verdad? Eres mía, ¿recuerdas? Sabes lo que quiero de ti.

—Un collar —repetí con el estómago tenso por los nervios. Pero, a pesar de ello, no podía ignorar el hormigueo que estaba creciendo entre mis muslos, ni la forma en que mis pezones, ya erectos, rozaban provocativamente el forro de seda de la americana.

«Un collar»

«Y nada más.»

«Joder.»

Analiqué la situación. Estábamos en un antro, una sala de juegos, un salón sadomaso, comoquiera que se llamara. Tyler quería que entrara con él, y yo no tenía la menor idea de lo que pretendía que hiciéramos una vez dentro.

Estaba nerviosa. ¡Maldita fuera!, estaba aterrorizada.

Y terriblemente caliente.

—Sí —dijo Tyler al tiempo que observaba mi cara—, creo que vamos a pasarlo muy bien.

Tricia regresó y le tendió un collar negro de cuero con una argolla plateada de la que pendía una correa.

Tyler lo cogió y, acto seguido, me hizo señas con el dedo para que avanzara hacia él. Obedecí, aunque reacia, y contuve la respiración cuando acercó el collar a mi cuello.

—Un momento —dije, y aguardé a que me mirara a los ojos—. Solo aquí, ¿de acuerdo?

Me dio un beso fugaz en los labios.

—Solo aquí.

Me ató el collar a la nuca, lo bastante suelto para permitirme respirar con comodidad pero lo suficientemente ajustado para impedir que se moviera.

—La americana —dijo—. Dásela a Tricia.

Abrí la boca para protestar, pero sabía que tenía las de perder. Y aunque en el coche hubiera bromeado sobre la idea de portarme mal, en ese momento no tenía ningunas ganas de probar los azotes.

Me quité la americana, la doble y la dejé sobre el mostrador. La chica paseó la mirada por mi cuerpo y se volvió hacia Tyler.

—Adorable. ¿La compartes?

—Esta noche no —respondió, y me dejó con la intriga de qué cosas podrían suceder otras noches—. Quiero el círculo, a menos que esté ocupado.

—No, está libre. —Tricia pulsó un botón, y otra puerta doble se abrió ante nosotros—. Pasadlo bien.

—Sígueme.

Tyler tiró suavemente de la correa para conducirme por un pasillo iluminado con velas. Después de algunos giros, empecé a ver estancias abiertas, unas decoradas con muebles lujosos, como un salón victoriano, otras con parafernalia mucho más interesante, como columpios eróticos,

camas de látex y mesas hechas con correas de cuero.

En una de las salas victorianas vi a una morena alta, vestida de cuero negro, que estaba acariciando con el extremo de una fusta la mejilla de una rubia menuda. Pasamos deprisa, pero sabía dónde había visto antes esa cara. En el Destiny. Era la morena que estaba con Tyler en la barra.

—¿Vienes mucho por aquí? —pregunté a Tyler sofocando un inoportuno arrebato de celos.

—No.

Arrugué la frente, pues algo en su tono despertó mi curiosidad.

—Hemos pasado frente a una mujer a la que he visto antes. En el Destiny. —Titubeé antes de añadir—: Estabas hablando con ella.

—Es Michelle —dijo, y el nombre resonó en mi memoria.

—Michelle. —Recordé la nota que había visto en su ordenador y la conversación en su despacho—. Un momento, ¿no es la novia de Cole?

Tyler detuvo sus pasos y se volvió hacia mí, intrigado.

—Estabas en el pasillo —recordó.

—Es su novia, ¿verdad? —«Yo solo me la follo», había dicho Cole.

—No —contestó con un tono ligeramente divertido—. Cole no tiene novias.

—Ah. —Tuve en cuenta donde estábamos y lo que eso implicaba. Si Cole no tenía novias, ¿qué hacía exactamente?—. Y, hum, ¿Cole también está aquí?

—No. —Tyler enarcó una ceja—. ¿Quieres que lo llame?

—¡Joder, no! —Me traía sin cuidado el acuerdo que Cole tuviera con Michelle, pero no me hacía gracia que él me viera desnuda. O, por lo menos, que me viera desnuda cuando no estaba bailando en un escenario.

—Bien —dijo Tyler, y siguió andando.

Poco después llegamos al final del pasillo y me hallé delante de una sala oscura con diferentes espacios. Casi todos estaban en penumbra, si bien había algunos bien iluminados. Unos estaban ocupados por una o dos personas, mientras que en otros se agolpaba una multitud. En uno de los espacios había una mujer que le chupaba la polla a un hombre vestido de

cuero que estaba de pie frente a ella. En otro había una mujer completamente desnuda con las muñecas atadas y los brazos sobre la cabeza sujetos a una cadena; otra mujer le flagelaba con un mangual los pechos, el torso y el sexo mientras la maniatada gritaba de placer y suplicaba a su ama que la dejara correrse.

Sabía que estaba contemplando escenas, representaciones sexuales que iban desde lo más simple hasta el porno duro. E ignoraba en qué nivel de la escala pretendía Tyler que encajáramos. No habría sabido decir si estaba aterrada o excitada, pero lo que sí sabía era que Tyler no me presionaría más de la cuenta. En ese aspecto, por lo menos, confiaba plenamente en él.

Iba preguntarle qué tenía en mente, pero decidí mantener la boca cerrada. Seguro que él esperaba esa pregunta.

Arrimado a una de las paredes había un gran círculo de metal montado sobre una tarima e iluminado desde arriba con una luz tenue. Al lado del círculo vi una mesa con una colección de tiras de cuero. Eso era todo.

—Esta noche me gustó mucho verte bailar —susurró Tyler mientras me tomaba de la mano y subíamos a la tarima—. Me gustó ver lo mucho que disfrutabas. —Me colocó la mano en el borde del círculo.

—Tyler. —Su nombre era una protesta. Sí, había cruzado desnuda esa sala, pero exhibirme tan abiertamente...

—Tranquila. —Me dio un beso fugaz en los labios—. No te resistas, Sloane —dijo, y supe que la elección era simple: quedarme con él o romper nuestro acuerdo y marcharme.

Me quedé. Quería seguir adelante con nuestro pacto, lo quería a él. Y estaba dispuesta a hacer mucho más que exhibirme desnuda en un círculo de luz si era la condición para poder estar en la cama de Tyler.

—Buena chica. —Me levantó la otra mano y la puso también sobre el círculo, de manera que ahora mi cuerpo formaba una Y dentro del mismo—. Hasta me ha gustado que otros hombres te miraran, te desearan. ¿Y sabes por qué me ha gustado?

Negué con la cabeza.

—Porque me gusta poseer aquello que otros hombres desean. Y esta noche esos hombres te deseaban a ti.

Me dio unos golpecitos en las piernas para indicarme que las abriera.

Me humedecí los labios e inspiré hondo para darme coraje, y obedecí.

—Pero lo que no me gustó fue que esos hombres del club no supieran que eras mía. Aquí todo el que pasa por delante lo sabe.

El círculo estaba bañado en luz y más allá solo alcanzaba a ver sombras. No obstante, sabía que entre esas sombras había gente, e imaginé que se acercaban, me miraban, me deseaban. Desvié los ojos, no porque me diera vergüenza estar allí arriba, sino por que estaba excitada. Pese a las palabras de Tyler, pese a exhibirme de ese modo, lo único que deseaba en esos momentos era perderme en sus caricias.

«¿Pese a? —me mofé de mí misma—. Estás caliente debido a ello. Debido a Tyler, a quien es y a donde te lleva.»

Era cierto. Ya lo creo que era cierto. Estaba excitada desde el momento en que lo había conocido.

—Aquí puedo tocarte. —Tyler se colocó detrás de mí. Su voz era suave y seductora—. Puedo acariciarte. Puedo follarte. Puedo hacerte completamente mía. ¿Quieres que lo haga?

—Sí —susurré.

—Yo también, pero no ahora, no aquí.

Volví la cara para verlo; fue un intento vano.

—Voy a hacer que te corras, Sloane —dijo—, y voy a excitarme viéndote. Viendo cómo se te endurecen los pezones. Viendo cómo se te humedece el coño. Te miraré mientras te entregas al placer, mi vida, y sabré que soy yo quien te hace alcanzar el éxtasis.

—Sí, tócame —le supliqué con los ojos cerrados—. Tócame, por favor.

—Lo estoy haciendo —dijo, pero sus únicas caricias provenían de su voz—. ¿Puedes sentir mis labios en tu oreja, mis labios descendiendo por tu cuello? ¿Puedes imaginarte mi boca envolviendo tus senos? ¿Puedes sentir mis dientes mordisqueándote los pezones?

Mis pezones se endurecieron cuando imaginé que Tyler los tocaba, los chupaba.

—Sí puedes —declaró todavía detrás de mí, su aliento era lo único que

realmente me rozaba—. Y yo veo lo caliente que te estás poniendo. Ahora mis manos te están acariciando el torso y descienden por tu vientre, te recorro con mis labios y mi lengua, y tu piel vibra con cada caricia.

Me estremecí, y apreté el círculo con fuerza por miedo a soltar las manos y tocarme con desesperación. Sentía todo lo que Tyler me estaba describiendo, como si sus palabras fueran caricias que lanzaban filamentos candentes por mi cuerpo.

—Ahora estoy bajando un poco más. Con las manos y los labios te rozo apenas las caderas, los muslos. Puedo ver lo mojada y abierta que estás. Acerco la boca a tu sexo y soplo ligeramente para que mi aliento juegue con tu sexo, enfríe tus ansias. ¿Puedes sentirlo?

Asentí.

—Sé que lo sientes. Lo sé por la forma en que separas los labios, por cómo se te acelera el pulso. Tienes la piel ruborizada. Estás excitada, tienes el cuerpo tenso, tu coño arde de deseo y tu piel me está suplicando que la acaricie.

—Sí, Dios, sí.

—Ahora te estoy tocando —dijo—. Mis dedos se deslizan por tu sexo y noto lo resbaladiza que estás. Te estoy acariciando el clítoris, te acaricio y te provoco, y finalmente te penetro con mis dedos. ¿Puedes notarlo, nena? ¿Puedes sentirme dentro, sentir cómo tu cuerpo se aferra a mí, como si no quisiera dejarme ir?

Dejé escapar un gemido. Era todo lo que podía hacer.

—Te estás acercando. Tu excitación va en aumento, crece dentro de ti. Estás a punto de explotar, como el vapor bajo presión, y yo estoy aquí, tocándote sin tregua, acercándote cada vez más.

—Sí —susurré.

Mi cuerpo encendido era un reflejo de sus palabras. Estaba cada vez más cerca, podía sentir cada sílaba, cada dulce susurro como si me estuviera tocando con sus manos.

—Puedo verlo, Sloane, puedo ver lo cerca que estás. La tengo dura, nena, increíblemente dura, y todo por ti. Ellos también están aquí, deseándote, mirándote. Te desean, Sloane, pero eres mía, solo mía.

—Tuya —susurré.

Traté de no pensar en los ojos que poblaban la oscuridad por temor a que la vergüenza me arrebatara esa sensación, ese placer cada vez más intenso. Pero no podía ignorarlos, no podía dejar de pensar que yo era de Tyler y que ellos lo sabían, y me miraban y me deseaban.

Y al pensar en ello otro estremecimiento me recorrió el cuerpo. Una ola ondulante, como una nueva capa de placer.

—Exacto, nena —dijo. Me conocía tan bien como yo misma—. Están ahí, Sloane, entre las sombras, viendo tu cuerpo encendido, tus pezones duros y erectos. Pueden ver lo húmeda que estás, lo mucho que deseas esto, lo mucho que te estás acercando. Te miran y ven belleza, Sloane. Y te gusta que te miren, te gusta que te deseen pero no puedan tenerte. Te gusta estar a salvo conmigo, provocándolos al tiempo que sabes que solo yo puedo poseerte.

—Sí, sí —dije, porque era verdad. Antes lo ignoraba, pero era la pura verdad.

—Ya estás mojada, ya estás temblando. Estás muy cerca, nena. Imagínate arrodillado frente a ti. ¿Puedes notar mi lengua en tu clítoris? Mi dedo juguetea con tu ano. Tu cuerpo se contrae de deseo por mí, y te chupo, te lamo, me deleito con tu dulce sabor mientras este crece dentro de ti, mientras te elevas cada vez más.

Yo gemía con cada una de sus palabras, porque podía imaginarlo, y estaba cada vez más cerca. Estaba perdida, vencida, y cuando abrí los ojos —cuando lo vi mirándome, cuando vi su rostro bañado en luz y deseo— abandoné ese mundo, me elevé por encima de las sombras, por encima del almacén, y salí a la noche, hasta que por fin, dulcemente, regresé a la tierra y a los brazos de aquel hombre que me había tocado con tanta intensidad sin siquiera rozarme.

—Eres increíble —dijo mientras me sostenía en la tarima, acariciándome la piel, besándome con delicadeza la sien, el cabello.

Los demás se habían ido. Ya no había sombras más allá de la luz, y me acurruqué contra él. Me pareció haber vivido un sueño. Pero no lo era. Era real. Tyler era real. Y lo que yo sentía era muy, muy real.

—¿Cómo lo sabías? ¿Cómo sabías que me gustaría tanto?

—Porque te miro —dijo—. Por alguna razón, no puedo dejar de mirarte, y te veo.

Me ayudó a levantarme.

—Hora de irse.

Regresamos a la recepción y salimos al mundo exterior.

—Mírate —dijo una vez que estuvimos en el coche—. Fuego y belleza, y yo tengo el control sobre ambos.

—Me siento genial —reconocí. Me volví hacia él y esboqué una sonrisa maliciosa—. Me alegro de que hicieras trampa, ¿sabes?

Vislumbré un destello de sorpresa en sus ojos.

—¿Trampa? ¿De qué estás hablando?

—Este acuerdo es un montaje. —Me humedecí los labios y ladeé la cabeza para escudriñar a aquel hombre increíble, sensual y enigmático—. Ya van dos. La primera noche, cuando fingiste no saber que era policía, y ahora esto. Tengo razón, ¿verdad?

Tyler había empezado a dar marcha atrás, pero apretó el pedal del freno.

—¿Por qué lo dices?

—Porque ya habías decidido que me dejarías bailar en el Destiny. No necesitaba aceptar tu trato para conseguir el puesto.

—¡No me digas! ¿Y cómo lo has deducido?

—Porque no lo consultaste con Evan y Cole, lo cual me indica que ya habías hablado con ellos.

Se volvió hacia mí y me sostuvo la mirada como si estuviera sopesando algo. Finalmente asintió.

—Buen trabajo, detective. Si no hubieras aparecido en el Destiny esta noche, habría ido a buscarte mañana.

—En el ático te mostraste inflexible. ¿A qué se debe el cambio de opinión?

—En primer lugar, no tenemos nada que esconder en el Destiny, de modo que no supone un problema tenerte allí.

—En el Destiny —recalqué.

—En segundo lugar —continuó como si yo no hubiera dicho nada—, me dije que dado que en los próximos días tengo algunos compromisos sociales, me resultaría muy útil acudir con una mujer del brazo, más aún si dicha mujer es policía.

—¿En serio? ¿Qué clase de compromisos?

—Lo sabrás mañana. ¿Viniste a Chicago con algún vestido de noche en la maleta?

—Claro —dije—, junto con los brillantes y las pieles.

—Mañana iremos de compras. —Una sonrisa perezosa le curvó los labios—. Puede que sea el plato fuerte del día. En cualquier caso, esas son las razones prácticas.

—¿Y las razones no prácticas?

—Básicamente, detective, porque quiero follarte. Cuando quiera, como quiera y donde quiera.

—Entiendo.

—¿Mala perdedora, detective?

Lo miré unos instantes, luego resbalé por el asiento y tiré del freno de mano. Sin darle tiempo a reaccionar, tomé su cara entre mis manos y busqué su boca para fundirla con la mía en un beso largo, profundo y sensual.

Cuando me separé, me miró de hito en hito, y casi me reí del complacido asombro que percibí en sus ojos brillantes.

—De mala perdedora nada —dije—. Y si vamos a jugar esta partida, te aseguro que pienso disfrutarla a tope.

Pensaba que volveríamos al Drake, pero Tyler me sorprendió deteniéndose delante de un luminoso edificio amarillo con toldo rojo y blanco.

—¿Tienes hambre?

—Voraz —contesté y sonreí—. Por tu culpa, se me ha abierto el apetito.

—Procuraré reabastecer la nevera. Entretanto, nos servirá el local de Jim.

Me asomé por la ventanilla. Eran casi las dos de la madrugada y el sitio estaba a rebosar.

—No lo veo muy exquisito para cenar.

—Según lo que entiendas por exquisito —dijo Tyler—. Sirven perritos calientes increíbles las veinticuatro horas del día. ¿No has estado nunca?

Negué con la cabeza, salivando ya.

—¿Patatas fritas?

—¡Hasta con queso fundido, si quieres!

—Tú sí que sabes seducir a una dama.

Me dio un beso fugaz en los labios y bajó del coche. Al poco vino con una bolsa en la que había seis perritos calientes con patatas fritas, patatas fritas con queso fundido y dos Coca-Cola Light.

—¿Qué? —me preguntó al ver mi cara risueña.

—Perritos calientes en el hotel Drake —comenté—. Menudo contraste.

—Es que no vamos al Drake.

—¿Adónde vamos? —inquirí con cautela—. Porque... en fin... —Me señalé su americana, que aún tenía puesta. Una chaqueta bajo la que no llevaba bragas. Ni nada más—. No voy precisamente vestida de etiqueta.

—Interesante observación —coincidió—. Probablemente dé igual, pero nos curaremos en salud. Busca en mi bolsa del gimnasio. —Me indicó con

la cabeza el asiento de atrás—. Ahí tiene que haber una camiseta y unos pantalones de chándal.

Lo miré espantada.

—Salvo que sean de tu amante, en cuyo caso vamos a tener otro problema, cualquier ropa que pueda encontrar en esa bolsa me quedará enorme.

—La camiseta te cubrirá, y puedes ajustarte los pantalones con el cordón de la cintura. Tranquila, no te va a ver ningún jurado de pasarela. Vamos de picnic.

—¿De picnic?

—Hace una noche perfecta para eso —añadió Tyler—. A fin de cuentas, tenemos luna llena. Venga, cámbiate.

—¡Qué demonios!

Me volví, busqué a tientas su bolsa de deporte y, finalmente, la cogí para ponerla frente a mí.

Como me había dicho, encontré una camiseta negra con el logo del Destiny y un par de pantalones de deporte normales de color gris. Me puse primero los pantalones, y me los ceñí todo lo que pude. Aun así, tuve que darles un par de vueltas a la altura de la cintura y hacer lo mismo con las perneras, para no tropezar cuando empezáramos a andar.

—No tengo calzado —señalé.

—Así será mayor la aventura.

Me dejó atónita.

Me quité la americana sacudiendo los hombros, y arqueé una ceja al ver que Tyler me prestaba más atención a mí que a la carretera.

Se concentró en la conducción mientras yo me pasaba su camiseta por la cabeza al tiempo que inhalaba con fuerza aquel aroma suyo a madera que tan bien conocía ya.

—Para tu información... —Tyler interrumpió el silencio, mirándome de reojo—. Hace mucho que no tengo una amante. Me he follado a muchas mujeres, pero no tengo amantes. —Volvió la cabeza y me sostuvo la mirada—. Por si sentías curiosidad.

—Ah, vale.

Bajé la vista a las bolsas de comida que llevaba a los pies y me sorprendí sonriendo sin poder evitarlo.

Me aclaré la garganta.

—Menudas sorpresas me tienes preparadas —le dije—. Primero el sitio —añadí y se echó a reír—. Ahora los perritos calientes. No había hecho un picnic con perritos desde que ayudé a mi padre a mudarse a Texas hace unos años.

—¿Son aficionados a los perritos en el estado de la Estrella Solitaria?

—Probablemente —respondí—. Pero mi padre se mudó a Galveston, que es una isla. Y allí se celebra un festival con una hoguera. Así que lo que más había eran perritos calientes y nubes de azúcar tostadas. Era divertido. Una de esas cosas que hacíamos continuamente, pero ahora...

Me interrumpí, encogiéndome de hombros.

—Texas está lejos de aquí —dijo Tyler.

—Sí. —Sonreí apenas—. Lo siento. Un instante de melancolía. Lo echo de menos.

—¿A tu madre no le gustan los perritos?

—Mi madre murió hace unos años.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, y me volví para mirar por la ventanilla. No me apetecía nada pensar en ella. En ese momento no.

Él alargó el brazo y me acarició la mano con dulzura.

—¿No tienes a nadie más?

Lo medité, pero en realidad no había nadie. Adoraba a mi compañero, Hernandez, pero ir de picnic con él y con su mujer no era lo mismo. Y Candy habría preferido limpiar retretes a sentarse al aire libre, salvo que fuera en un anfiteatro mientras una banda de moda tocaba en el escenario.

—Supongo que no —contesté, y me volví para mirarlo—. Qué palo, ¿no? No tener a nadie con quien ir de picnic.

Apartó la vista de la carretera lo justo para mirarme a los ojos.

—Ahora ya tienes a alguien —señaló, y logró ablandarme el corazón un

poquito.

Avanzamos en silencio por la ciudad oscura salpicada de luces hasta que por fin se detuvo junto a la intersección de la avenida Michigan con Roosevelt y apagó el motor.

—¿Se puede aparcar aquí? —pregunté, pero Tyler se limitó a sonreír.

—Demos un paseo.

Había reconocido la avenida Michigan; sabía que estábamos cerca del campus del museo, e imaginé que aquello era el parque Grant. Pero no había estado allí antes, y escudriñé las formas que se alzaban a lo lejos mientras cruzábamos el césped.

—Muy bien —dije al fin, a medida que iba distinguiendo mejor aquellas formas a la luz de la luna—. ¿Por qué nos dirigimos a una multitud de hombres sin cabeza?

—No estoy del todo seguro de que sean hombres —repuso Tyler—. Son *Ágora*. ¿No los habías visto antes?

—Soy de Indiana, ¿recuerdas? He estado en Chicago unas cuantas veces, pero más que nada por trabajo. Cuando cumplí dieciséis años vine un día a tomar el té al Palm Court con mi padre. Y he estado de museos aquí alguna que otra vez. Pero, aparte de eso, no he hecho nada de turismo en Chicago.

—Son ciento seis cuerpos de personas sin cabeza ni brazos —me explicó Tyler—. Los trajeron aquí hace casi diez años.

Ladeé la cabeza para mirarlos. Me parecieron interesantes. Y quizá algo espeluznantes, por la luz de la luna, su altura, las sombras.

Me estremecí, y decidí centrarme en Tyler más que en aquellos seres inanimados.

—Por entonces tú tendrías... ¿cuántos, veinte años?

—Menos —replicó, recordándome lo próximos que estábamos en edad y lo joven que él era para tener ya tanto mundo—. Solía venir aquí por las noches con Cole y Evan.

—Vale. —Fruncí el ceño—. ¿Por qué?

—Primero, porque ponen los pelos de punta en la oscuridad y nos parecía divertido.

—En lo de que ponen los pelos de punta estoy completamente de acuerdo. ¿Y qué más?

—Y porque las esculturas tienen algo que nos atraía, creo. En aquel entonces resumían de algún modo nuestra visión del mundo: casi nadie piensa. Nadie usa la cabeza. Nadie hace nada, de ahí que esos seres no tengan brazos. Eso significa que los que sí pensamos, los que actuamos podemos abrirnos camino en la vida mientras el resto va desplomándose.

Me había detenido para mirarlo.

—No sé bien si eso es cinismo, astucia o sencillamente la mentalidad de un hombre que no tardará en llevar una vida un tanto turbia.

—Soy un pilar de la comunidad, detective. —Esbozó una sonrisa enorme y seductora—. Si te han dicho otra cosa, es que no has hablado con las personas adecuadas.

—Puede ser —concedí, porque no me apetecía seguir hablando del tema—. ¿Es eso lo que la artista ha querido expresar?

—No lo sé. Quizá para Cole sí; el arte es lo suyo. Pero nunca me he propuesto averiguarlo. A mi juicio, el arte es lo que cada cual quiera ver en él. Lo que a cada cual le diga.

Medité sus palabras.

—¿No resta eso valor al artista?

—No lo creo. En mi opinión lo convierte en un espejo. Esa es una de las razones por las que a menudo se habla del arte en el mismo tono y con las mismas palabras con que se habla de música, de poesía, de amor. Incluso de sexo.

—¿A qué te refieres?

—Pasión, Sloane —dijo con un entusiasmo que no le había detectado antes—. No hay forma de experimentarlo sin descubrir algo de uno mismo también.

—Ah —fue todo lo que pude decir, porque sus palabras me impactaron más de lo que esperaba, me atravesaron con su inesperada veracidad.

—Paseemos —dijo.

Me cogió de la mano, meciendo aún la comida en la otra.

—Esto no es lo que esperaba —reconocí cuando logré recomponerme—. Filosofía, conversación refinada y un picnic en el parque. No es lo que pensaba que tendrías en mente después de nuestro... bueno...

Rió.

—¿Sí?

—Nuestro maratón de sexo —sentenció con una sonrisa pícaro, y conseguí que la suya se transformara en una sonora carcajada.

—¿Decepcionada?

—¿Por los perritos? ¡Ni hablar! ¿Por pasar tiempo contigo? No. —Lo miré—. Pero eso no significa que no vaya a apuntarme a otro maratón de sexo.

—Admiro sinceramente a las mujeres que saben lo que quieren. —Su voz ronca prometía. Y, a la luz de la luna, las sombras acentuaban lo anguloso de su rostro, dándole un aire aún más sexy. Aún más peligroso—. Me alegra que, de momento, estés disfrutando de nuestro acuerdo. Me fastidiaría pensar que te ha decepcionado.

—Sabes que no —dije. Hice una pausa para ordenar mis pensamientos—. No sé qué es lo que me has hecho, Tyler Sharp. A veces tengo la sensación de que me has vuelto del revés.

—Lo único que he hecho es mirarte. —Su voz grave me produjo escalofríos—. E ir a por lo que he visto.

—No me malinterpretes. Nunca he sido ni una mojigata ni la fea del baile. Pero hasta que te he conocido...

—¿Qué?

—El sexo era un mero rásate si te pica. Un rásate muy agradable y satisfactorio, pero un rásate a fin de cuentas.

—¿Y conmigo? —Paseó los dedos por mi brazo—. ¿Qué es conmigo?

—Emocionante —respondí, y vi que su rostro se iluminaba de satisfacción.

—Y a ti te va la aventura.

—Sí —confirmé, pensando en esa noche—. Supongo que sí.

También él me gustaba. Y no solo para el sexo. Su seguridad me

asustaba y me atraía con dulzura a la vez.

Me pasó el brazo por la cintura y me atrajo hacia él.

—Claro que eso no es un gran descubrimiento para ti, ¿verdad? Nadie se hace policía por el papeleo.

—La emoción de investigar no es como que la emoción de la cama.

—Entiendo. Sé cómo te has metido en mi cama. ¿Cómo empezaste a investigar?

Ladeé la cabeza, confundida.

—Quiero decir, detective, que cómo te hiciste policía. Y no me digas que querías hacer honor a la verdad, a la justicia y al sueño americano. Quiero conocer la auténtica razón.

—Lo llevo en la sangre —dije, ofreciéndole una respuesta veraz, aunque no la razón verdadera—. Mi padre forma parte de los cuerpos de seguridad desde que salió del instituto. Yo también —añadí.

—Muy bien. Me lo trago. Pero ¿qué más?

—¿Qué te hace pensar que hay algo más?

—No lo pienso —repuso—. Lo sé.

—¿Y eso?

Me estrechó entre sus brazos, mirándome, y deslizó la mano por debajo de esa camiseta que era suya para acariciarme la espalda.

—Sé calar a la gente, Sloane. Es una habilidad que adquirí hace mucho. Sé cuándo me dicen la verdad. Cuándo mienten. Cuándo algo les importa o cuándo fingen. Es un arte, leer el pensamiento a las personas, un arte que se me da especialmente bien. Uno que siempre me ha dado frutos. Y si digo que alguien me oculta algo, te aseguro que es así.

—Parece la clase de aptitud que interesaría a un timador, a un artista del engaño, a un estafador.

—O a un hombre de negocios que quiere adelantarse a sus competidores. Valorar sus propuestas y tener ventaja en las negociaciones. —Esbozó una sonrisa—. ¿O acaso insinúas que todos los hombres de negocios son timadores?

—Lo que digo es que se te da bien lo que haces. Sea lo que sea.

—Me halagas. Y aún siento curiosidad.

Se apartó de mí, y me hizo sentir frío y un repentino abandono. Luego me cogió de la mano y seguimos paseando por el parque.

—¿Qué es lo que me estás ocultando? Por favor —añadió con gentileza—. Me gustaría mucho saberlo.

Inspiré hondo. Lo cierto era que quería contárselo. Sí, sabía que al final tendría que alejarme de aquel hombre. Y también sabía que me costaría mucho más si compartía con él mis secretos, mis miedos, mis emociones.

Pero me daba igual. No era una cuestión de astucia, sino de corazón. Y yo quería que Tyler ahondara en el mío.

—¿Has oído hablar de Harvey Grier?

Lo pensó un instante, para asentir enseguida despacio con la cabeza.

—Creo que sí. Un jugador de béisbol, ¿no? Lo encontraron muerto de un disparo justo cuando su carrera profesional empezaba a despegar.

—Era mi padrastro.

—Entiendo. —Una sola palabra que, en cambio, sugería tanto. Temí a la vez que confié en que así fuera—. ¿Se llegó a averiguar quién lo había matado?

—No —contesté—. No, no lo averiguaron.

—Le pegaba a tu madre —dijo Tyler en voz baja, y vi que de pronto lo comprendía todo—. La ataba y le pegaba.

Aparté la vista; no estaba preparada para digerir su mirada de pena.

—Nos ataba a las dos —aclaré—. Pero a mí nunca me pegó. Me hacía mirar. Decía que ya llegaría mi momento.

—Te alegrarás de que haya muerto —sentenció con voz grave y severa—. De haberte conocido entonces, yo mismo lo habría matado.

Inspiré hondo, y pensé que aquello era lo más hermoso que nadie me había dicho en mi vida. Pensé también que yo no podía decir esas palabras en voz alta. No podía decirlas y seguir siendo la persona que creía ser, la policía en la que creía haberme convertido.

—Me alegro —dije en cambio—. Pero ha muerto por un error del sistema. Yo intenté detener a ese desgraciado, pero los policías fueron

demasiado ilusos. —Me senté en el césped y estiré las piernas—. Habría seguido intentándolo, pero alguien se me adelantó y le voló los sesos.

—Así que te hiciste poli para arreglar el sistema.

—Me hice poli porque creo en el sistema. Harvey Grier debería estar pudriéndose en la cárcel. Muerto ya no puede.

Se sentó conmigo en el césped y me puso la mano en el muslo. Como me ocurría siempre que Tyler me tocaba, noté el calor de la conexión. Esa vez fue cálido, delicado, tierno.

—Lo siento —me dijo—. Siento que hayas tenido que pasar por eso.

—He sobrevivido a ello —señalé—. Supongo que eso ya es un triunfo.

—¿Y tu madre? La aliviaría librarse de ese capullo.

—Sí —contesté—. Eso pensaba yo. Pero se encerró en sí misma. Se aisló. Y... —Negué con la cabeza—. Se abandonó mucho. Se dejó llevar. Nunca lo superó. —Me humedecí los labios—. Luego murió. Hace dos años. De cáncer.

—Lo siento.

—Yo también. Pensé... pensé que una vez muerto él ella sería feliz, ¿sabes? Que volvería a vivir. Pero no fue así.

Me pasé los dedos por el cabello y me volví de espaldas; no quería ver su rostro a través del telón rojo de mis recuerdos.

—A veces pienso que si lo hubieran detenido, si hubiera habido un juicio, ella lo habría superado. Le habrían buscado ayuda profesional por los abusos, ¿no? A fin de cuentas, era la viuda de una celebridad. Nunca habló a nadie de los abusos, y nadie la ayudó. Yo lo intenté, pero aún no era más que una niña. Si el sistema hubiera funcionado como debía, entonces quizá...

Me interrumpí, mordiéndome el labio inferior.

—Era una buena mujer. Frágil, pero buena. No supo salir de una situación difícil, e hizo todo lo posible por protegerme de él. Pero después de que yo... después de que lo mataran, se encerró en sí misma. La perdí.

Tyler me pasó un dedo por debajo de la barbilla y me obligó a mirarlo.

—Nunca te he visto en acción, pero te he hecho las suficientes preguntas

para saber que eres una buena policía. De modo que ya sabrás que el sistema no es perfecto. Ni por asomo.

—Equilibra —dije—. La justicia siempre encuentra un camino.

—¿Ah, sí?

Sonreí.

—Eso es lo que mi padre suele decir. Y mi padre es un hombre muy listo. —Cogí aire y me pasé el pulgar por debajo del ojo para recoger una lágrima que se me había escapado—. Lo siento. —Esbocé una sonrisa—. Supongo que tu lema es lo contrario. Que le den a la justicia, ¿no?

Como esperaba, rió.

—Ya estás otra vez dando por sentadas cosas sobre mí.

—¿Es eso lo que hago? A lo mejor quiero saber cómo empezaste a ir por el mal camino. Vamos, señor Sharp. Yo te lo he contado todo. ¿Por qué no me cuentas cómo te hiciste delincuente?

—Eso es una pregunta capciosa, detective. ¿Qué te hace pensar que lo soy?

—Que no soy imbécil —respondí.

—Muy bonito, pero lo digo en serio. —Se inclinó hacia delante—. Reconozco que me gusta vivir peligrosamente. Me apasiona conseguir las cosas con mi talento. ¿No es ese el rasgo distintivo de todo buen empresario? Pero ¿qué delitos he cometido? ¿Qué pruebas tienes?

—Da igual. Déjalo.

—No —dijo él—. Quiero saberlo.

Suspiré. Yo también quería saberlo. Pero no podía negar que temía su respuesta. Aun así, insistí.

—Pruebas no tengo. Pero se habla mucho de ti y de tus amigos. Se especula mucho.

—A palabras necias...

—Maldita sea, solo estamos hablando. No llevo un micro oculto. Ni siquiera soy policía de Chicago. Y te aseguro que no estoy jugando. Por Dios, Tyler...

«Me estoy enamorando de ti.»

Pestañeé, sacudida por la intensidad de ese pensamiento. Y no lo miré. Miré a todas partes menos a él.

—Me estoy... Me gustas —dije al fin—. Me gusta lo nuestro. Pero ni siquiera te conozco.

—¿Y si te dijera que estoy limpiísimo? —Lo dijo con tanta dulzura que, en ese momento, temí que hubiera detectado el verdadero significado de mis palabras—. ¿Y si te dijera que todo lo que temes ya es historia?

Entonces me volví para mirarlo y aquellos tormentosos ojos azules me parecieron claros y cálidos.

—Eso estaría bien —reconocí, consciente, según lo decía, de lo mucho que deseaba que fuera verdad.

Procuré sonreír.

—¿Me hablarás de tu pasado, entonces? ¿De cómo conociste a Evan y a Cole? ¿De las desventuras de tu juventud? Me dijiste que tu infancia debería haber sido idílica. ¿Qué fue mal?

Se pasó los dedos por el pelo, luego se levantó y echó un vistazo al parque iluminado por la luna. Después me tendió una mano. La acepté, lo dejé que me ayudara a ponerme en pie y lo seguí. Supuse que habíamos terminado, que guardaba para sí los secretos de su infancia, y lo acepté.

No tenía futuro con Tyler. Pese a sus protestas, o quizá por ellas, sabía de sobra que no estaba limpio. Pero mientras yo estuviera de baja médica, podía ignorar eso. Fingir que no era cierto. Convencerme de que me estaba dando unas vacaciones de mí misma y lanzarme a la aventura.

No necesitaba conocer sus secretos, no necesitaba ahondar en su corazón.

A fin de cuentas, yo ya le había abierto demasiado el mío.

Llevábamos unos quince minutos caminando en silencio cuando dijo, en voz baja y sin preámbulos:

—Mis padres viven en Florida ahora. No nos hablamos. En realidad, nunca nos hemos hablado.

—Lo siento.

—Sí, bueno...

Llegamos a una colina en lo alto de la cual había una estatua de un hombre a caballo. La luna brillaba a nuestro alrededor, iluminando la zona. Era tarde, probablemente más de las dos de la madrugada, y en ese instante me sentí como si él y yo fuéramos las únicas personas del planeta.

Me senté en la ladera de la colina y me tumbé en la hierba húmeda y fría. Tyler me sonrió desde arriba, y yo le tendí la mano.

—Échate aquí conmigo.

Lo hizo. Se estiró a mi lado y me cogió la mano, y cuando habló me pareció que lo hacía tanto para las estrellas como para mí.

—Me crié en Rogers Park —dijo—. En el norte, donde la avenida Lake Shore se convierte en la calle Sheridan. Cerca del lago. En la línea roja del metro. Pura clase media. Una casa decente. Vecinos decentes. Mi padre era gerente de una estación de servicio. Mi madre se quedaba en casa.

—Suenan bien.

Hizo un ruidito que podría haber sido un resoplido.

—Bebía. Él jugaba. No solo a las cartas ni en escapadas de fin de semana a Las Vegas, sino a todo. Cualquier forma de hacer dinero fácil que se te pueda ocurrir. Y se le daba de pena. Ni una sola vez consiguió salir airoso, al menos no en mi presencia. Y presencié de todo.

—¿Te habló de ello?

—Qué va, joder. Ninguno de los dos hablaba conmigo. Vivíamos los tres en aquella casa y era como si fuéramos tres extraños. De niño, me inventaba historias para justificarlo. Pensaba que quizá yo tenía un hermano mayor al que habían secuestrado y la pena los tenía tan hundidos que no podían ni mirarme, o que, en realidad, no eran mis padres. Me decía que los míos eran espías y que vendrían a buscarme en cuanto estuvieran a salvo. Luego dejé de inventarme historias y supuse que la culpa era mía.

—No, Tyler —dije, con el corazón deshecho por el niño que había sido.

—No —coincidió él—. No tardé en darme cuenta de que no era yo, sino ellos. Mis padres eran, son, dos personas destrozadas. Y les importaba una mierda destrozarme a mí también.

—Cuánto lo siento.

—Pagaban las facturas, mantenían un techo bajo el que cobijarnos. Pero nunca había nada que cenar; yo vivía de cereales fríos y huevos revueltos. Y jamás había conversación.

—Cielos —exclamé, aunque no estoy segura de si lo dije en voz alta.

—Empecé a hacer tonterías para llamar su atención, pero nunca repararon en mí. Así que pasé a hacer tonterías aún mayores. Robé un coche a los trece años. A los catorce, ya entraba a robar en casas ajenas; solía llevarme comida de ellas, y eso era un plus, y prácticamente mi única posibilidad de echarme al estómago algo en condiciones. A los quince años robé otro coche. Lo estrellé. Me detuvieron. Mi padre pagó la fianza y ni siquiera me castigó. Solo me dijo que dejara de hacer gilipolleces y no fuera un capullo. —Me miró con gesto grave—. Con esas mismas palabras, por cierto.

—¿Y qué hiciste?

—Como supondrás, no seguí el sabio consejo de mi querido padre. No dejé de hacer gilipolleces. Al contrario, podría decirse que fui de mal en peor. Empecé a vender drogas, una estupidez, pero se ganaba bastante dinero, y el dinero me proporcionaba libertad y comida.

—Pero no has seguido traficando —dije, tensa. Dios, que no fuera traficante; yo conocía bien las consecuencias, y era algo que sabía que no iba a poder tolerar.

—No. —Lo dijo con rapidez y crudeza—. En cuanto me metí en eso, supe que era un gran error. Pero me juntaba con aquel grupo de chicos de mi colegio porque quería tener una familia. La necesitaba, incluso. Así que seguí adelante.

Se pasó los dedos por el pelo.

—El caso es que tenía novia. Amanda. Un amor de instituto, ya sabes. Lista, guapa, muy tierna, y completamente limpia. Cuando se enteró de lo que estaba haciendo, me dijo que tenía que dejarlo. Que, si no, llamaría a la policía.

—¿Y lo hizo?

Me había apoyado sobre los codos; él ladeó la cabeza.

—Le pedí que no lo hiciera. Le dije que debía confiar en mí. Tenía una

escapatoria, pero necesitaba cerrar un trato que me traía entre manos. Habíamos conseguido medio kilo de coca a un precio de ganga y habíamos acordado vendérselo a unos chavales del South Side, ¡qué tontería! Si no seguíamos adelante, mis colegas y yo sabíamos que nos zurrarían. O algo peor.

—Continúa.

—Así que acudimos al encuentro. —Cerró los ojos e inspiró hondo—. Y apareció Amanda, ¡maldita sea! —prosiguió, angustiado y emocionado por el recuerdo—. Se plantó allí y me dijo que me largara, pero, claro, yo no podía. Así que me quedé, y ella también, y entonces...

Apretó el puño, luego dio un puñetazo al aire.

—Entonces llegó la policía y se montó la de Dios. Alguien sacó un arma, hubo disparos y, cuando quise mirar, Amanda estaba tirada en el suelo con la blusa blanca empapada de sangre. Murió antes de que pudiera llegar hasta ella.

Cerró los ojos, el dolor de aquel recuerdo era casi palpable.

Cuando los abrió, los vi llenos de rabia y de pena.

—Le dispararon y murió. ¡Maldita sea!, si hubiera confiado en mí y no me hubiera delatado, aún estaría viva. Probablemente casada con un tío aburrido y cargada de críos, pero viva.

—No fue culpa tuya —dije con ternura, porque eso es lo que se dice cuando alguien lo está pasando mal.

Fijó en mí los ojos. Su mirada era inexpresiva.

—Sabes bien que sí. Yo no llevaba pistola, no apreté el gatillo, pero la ley dice que fue culpa mía. Y la ley tiene razón.

—Cómplice de asesinato —susurré, refiriéndome al supuesto legal por el cual todos los que participan en un delito son culpables—. Lo siento.

—También yo —repuso. Echó la cabeza hacia atrás para dar una bocanada de aire—. Así que me mandaron a un reformatorio. Allí conocí a Evan y a Cole, que fueron casi lo único bueno de aquella reclusión. En aquel centro, hallé a la única familia que he tenido nunca.

—Deduzco que no te reformaste.

—No —contestó, e inspiró hondo, visiblemente más tranquilo—. Pero me di cuenta de que prefería plantearme otras aventuras menos arriesgadas. Me gustan los rompecabezas y servirme de mi ingenio. Y, como creo que ya he dicho —añadió, sin dejar de mirarme—, me gusta tener cosas que otros codician.

—Te fue bien saltándote las normas.

—Una definición perfecta. —Sonrió, encantador—. Probablemente debería aclarar que todo esto que te estoy revelando ya prescribió hace años.

—No me cabe duda —dije con sequedad.

—En cualquier caso, jugamos a ese juego, los tres. Combinando lo legítimo con lo menos legítimo durante un tiempo. Aún éramos muy jóvenes; luego, cuando Evan empezó a estudiar en la Universidad de Northwestern, conoció a Howard Jahn.

—El empresario.

Tyler asintió con la cabeza.

—Un hombre asombroso. Brillante, un empresario excepcional. Nos acogió bajo sus alas. Fue nuestro mentor, de hecho. Y le dio la vuelta a nuestras vidas.

—¿Insinúas que ahora estás limpio?

Tyler sonrió sin ganas.

—Eso es lo que he pretendido hacerte entender todo el rato.

Lo miré, segura de que decía la verdad... pese a que me ocultaba cosas. Aun así, le agradecí el esbozo que me había hecho de su infancia, por lo mucho que decía del hombre en que se había convertido.

Me incliné y le di un beso en la mejilla.

—Gracias por contármelo —dije—. Cuando te miro, me parece que te conozco de toda la vida, y apenas sé nada de ti.

—Te equivocas —replicó—. Sí nos conocemos. Sabemos lo importante.

—¿Ah, sí?

Pensé en los secretos que yo aún le ocultaba. En aquellos a los que estaba convencida de que él todavía se aferraba. Al mismo tiempo, esos

secretos me resultaban insignificantes en comparación con lo que sentía por él, mucho más que atracción sexual. Me pareció tan reconfortante como aterrador pensar así.

—Vamos demasiado deprisa.

—No —susurró—. Vamos a nuestro ritmo.

Sus palabras me ablandaron, más aún cuando me cogió una mano y se le acercó al corazón, presionando su palma sobre la mía. Detecté voracidad en sus ojos, pero la contenía una ternura tan intensa que casi me dieron ganas de llorar.

—Me conmueves, Sloane. Como no lo había hecho ninguna mujer.

—Tyler...

—No hables —me pidió—. Solo bésame.

Lo hice, y fue un beso lento, apasionado y tierno, y cuando él se apartó, tardé un momento en recuperar el equilibrio.

—Nuestra comida se va a convertir en un amasijo de grasa congelada —le susurré.

—Podríamos comer —señaló, pero su voz prometía algo más delicioso—. O podríamos seguir con el... ¿Cómo lo has llamado? El maratón de sexo. Tú eliges, detective.

—No hay punto de comparación —protesté, con el pulso ya acelerado—. ¿Adónde me vas a llevar ahora?

—Me gusta este sitio —respondió—. La luna, la estatua... El mundo abierto a nuestro alrededor.

—Lo que te gusta es la idea de que puedan pillarnos —repuse.

—No, lo que me gusta es que no nos pillen. Además, ya ha quedado claro que a ti, detective, te van las emociones fuertes.

—Apuesto a que lo que se te está pasando por la cabeza es ilegal.

—Probablemente. Pero en el mundo que formamos tú y yo, durante los próximos días, yo soy la ley.

—¡No me digas!

—Yo dicto las normas, ¿recuerdas? A mi manera.

Se arrimó a mí e hizo que ese cosquilleo que se había estado ocultando bajo la superficie cobrara vida.

—Podría pasar alguien por aquí.

—Podría —repitió él—. Lo veo poco probable, teniendo en cuenta la hora que es, pero desde luego podría ocurrir.

Cogió del bajo la camiseta que me había prestado y me la sacó por la cabeza como si nada. La tiró al suelo. Luego le dio un tirón rápido al cordón del pantalón de deporte, con lo que me resbaló de inmediato por las caderas.

Me humedecí los labios, saqué los pies de los pantalones, completamente desnuda delante de él.

—Estaría bien que viniera alguien —dijo con voz grave y desenfadada—. Imagina lo que vería.

—Tyler...

—A ti, desnuda. Debajo de mí, procurando no gritar y rodeada de estrellas... ¿A que te gusta?

—Sí —contesté.

Ya estaba excitada. Tenía los pezones erectos. Ansiaba sus caricias.

—Me lo imaginaba. —Tyler se acercó a mí y deslizó los dedos entre las piernas. Arqueó una ceja al comprobar lo caliente y húmeda que estaba—. Dime, detective, ¿no es agradable que te lleven a la cama?

—Sí —susurré—. Dios, sí.

—Quiero metértela ahora.

—Tyler... —Sus palabras eran seductoras, prometedoras, tentadoras—. No podemos. No debemos.

Pero el cuerpo entero me vibraba ya, y no pude resistir la tentación de frotarme contra su mano.

—Podemos —replicó—. Y probablemente no deberíamos. Pero lo haremos de todas formas.

—¿Por qué me haces esto? —susurré—. Jamás he sentido... Nunca he hecho...

—Porque te veo —dijo, alargando la mano para jugar con mis pechos—. Y porque ya te he dicho lo que he visto en ti. Túmbate, Sloane.

Obedecí, apoyando la cabeza y los hombros en la ropa que me había quitado. El corazón me latía con fuerza, y veía el brillo de mi piel pálida a la luz de la luna. Miré alrededor, temiendo descubrir que alguien nos espiaba desde las sombras.

Pero no había nadie, solo Tyler, mirándome con un deseo tan intenso que mi cuerpo se encendió aún más, mis pechos se endurecieron y mi sexo palpitó, ansiando sus caricias.

—Cielos —dijo—, que dura me la pones.

—Pues fóllame. —Tiré de él, y se arrodilló a horcajadas sobre mí. Me apresuré a buscarle la bragueta para bajarle la cremallera. Metí la mano por ella y me hice con su polla, tan dura, tan dispuesta—. Te quiero vestido. Te quiero así. Aquí. Ahora.

Tyler ladeó la cabeza, en una postura desenfadada, pero el ardor de su mirada lo delataba.

—¿Ah, sí?

—Fóllame —le supliqué, y pegué mi boca a la suya para besarlo apasionadamente.

Me tenía embrujada, pero me daba igual. Yo deseaba aquello. Lo deseaba a él. Deseaba que el cielo nocturno nos arrojara.

—¡Fóllame! —repetí, tirándole de la mano y haciendo que se derrumbara sobre mi cuerpo—. ¡Fóllame! —grité mientras me penetraba, cada vez más y más fuerte, arrebatándome todo lo que podía darle y mucho más.

Mi cuerpo estaba completamente abierto para él. Jamás había experimentado nada igual. Libertad mezclada con temor, desenfreno unido a deseo, la lujuria personificada en un solo hombre.

—Tyler —gemí al tiempo que me sacudía el orgasmo, alzándome, sacándome de mí ser y arrojándome finalmente a la noche, a las estrellas que caían como una tormenta de fuego sobre nosotros.

Me despertó el aroma a café y la sensación de que algo suave me rozaba el vientre desnudo. Abrí los ojos, pero descubrí que seguía sin ver.

«Llevo una venda.»

Me levanté como impulsadas por un resorte, movida por un ataque de pánico. Me palpitaba el corazón, y me llevé los dedos a la cara, pero unas manos fuertes y cálidas me detuvieron de pronto y me apartaron los dedos con suavidad antes de que pudiera quitarme la venda.

«Tyler.»

—Tyler, por favor.

—Chis. No estás atada. Estás a salvo. Aún estás en la cama y estás a salvo. —Me dio un beso suave en los labios—. Quiero que te la dejes puesta. Si tienes que quitártela, no te lo impediré. Pero si consigues aguantar, sé que lo disfrutarás, y estoy condenadamente convencido de que vas a experimentar sensaciones que nunca habías sentido antes.

Tragué saliva, aún nerviosa. Sin embargo, como confiaba en él, me tranquilicé.

Moví los brazos y las piernas; quería tener la seguridad de que podría echar a correr.

—¿En cualquier momento? ¿Me la puedo quitar cuando quiera?

—Por supuesto.

Esbocé una sonrisa irónica.

—¿Anoche querías que viera las estrellas y ahora no quieres ni que vea la habitación?

Rió, obviamente entendiendo que mis palabras eran de aceptación.

—La vista es algo asombroso, detective. Con ella se aprecian mucho mejor las preciosas curvas de una mujer. —Lo oí rodear la cama, casi pude sentir sus ojos clavados en mí—. Y permite disfrutar más vívidamente de todos sus encantos...

Con suavidad, me cogió de los tobillos y me separó las piernas.

Me retorcí, aún vergonzosa, pese a todo lo que habíamos hecho. Aunque era distinto, en cierto modo, porque no podía verle la cara, solo podía imaginar sus expresiones y el ardor de su mirada.

—No lo hagas —me dijo con dulzura—. ¿Tienes idea de lo preciosa que eres? ¿De lo dura que me la pone solo saber que me deseas? ¿De lo increíblemente excitante que me resulta ver lo mucho que me deseas?

»La vista —prosiguió, y yo gemí cuando paseó el dedo lentamente por mi sexo, introduciéndolo lo justo para provocarme y hacer que volviera a retorcerme, esa vez demandando en silencio más, demanda que él ignoró y retiró el dedo.

Dejó de tocarme por completo.

—Y el gusto y el olfato —añadió, susurrándome al oído y acariciándome el labio con un dedo—. Eso es. Quiero que sepas lo dulce que me sabes, lo mucho que anhelo el olor de tu excitación.

Me pasó el dedo por el labio, luego por debajo de la nariz.

—También están las palabras. El sonido de mi voz diciéndote cosas agradables. O quizá palabras bruscas. Diciéndote que voy a acariciarte con la suavidad de una pluma o que te follaré hasta que grites.

Noté que mi sexo se contraía y, por cómo cambió el tono de su voz, supe que se había percatado.

—Mantén las piernas separadas, los brazos abiertos —dijo, y yo gimoteé a modo de protesta, convencida de que si me quitaba la condenada venda me ahogaría en su expresión de satisfacción.

—Por favor —supliqué—. ¿Qué pasa con el tacto? También es un sentido.

—En efecto. ¿Eso es lo que quieres?

—Quiero que me toques —confirmé—. Te quiero dentro de mí.

—Enseguida —prometió—. Pero, hasta entonces, creo que podemos conseguir que lo desees un poco más.

Sentí que algo ralo y suave me rozaba la piel.

—¿Qué es? —pregunté—. ¿Una pluma?

—Son plumas —dijo— y pequeñas tiras de cuero entremezcladas y atadas como flores al final de una vara flexible.

—Mmm...

—En teoría, es un juguete para gatos. —Paseó el extremo emplumado por mi sexo e hizo que me arqueara de sorpresa y de placer—. Me resulta mucho más interesante jugar con este chochito.

—Miau —dije, y le hice reír.

—Muy bien, gatita.

Detecté la provocación en su voz y sentí la caricia del juguete. Me lo paseó por todo el cuerpo, rozándome apenas la piel con las plumas, desde las plantas de los pies hasta la curva de la oreja. Me acarició, erizó y excitó todo el cuerpo, y cuando ya estaba húmeda y caliente, y dispuesta a pedir más, hizo que me volviera para ponerme boca abajo y empezó a acariciarme la espalda.

—Por favor —dije—. Por favor, Tyler.

—Por favor, ¿qué?

—No sé —contesté con sinceridad. Estaba que ardía. Quería aliviarme. Lo deseaba—. Todo, creo.

—Lo que necesite la señora. De rodillas, pues. Los brazos en la cama, el culo al aire.

—Yo...

Me interrumpí al darme cuenta de que no tenía ni idea de qué decir. Así que cambié de posición, hice lo que Tyler me pedía y luego gemí de placer cuando me metió los dedos hasta el fondo.

Después grité sorprendida cuando el juguete me golpeó con fuerza en el culo; el dolor me resultó a la vez sorprendente y agradable.

—Ah, sí —dijo al notar que mi vagina se contraía alrededor de sus dedos—. A la señora le gusta esto.

—Sí —susurré, porque el dolor hizo que el calor se propagara por todo mi cuerpo, y mi clítoris exigía atención.

—Eres increíble —exclamó—. Me encanta cómo responde tu cuerpo. Podría pasarme el día provocándote y jugando contigo.

—Por mí, bien —murmuré mientras me acariciaba el trasero despacio, de forma sensual, en círculos, luego me sorprendía con otro golpe, este un poco más fuerte y el dolor algo más agradable.

Me apretó con la palma de la mano donde me había golpeado, y me acarició trazando círculos suaves al tiempo que el fuego que el primer cachete había desatado se propagaba por mi cuerpo, como dedos cálidos que me encendían y me excitaban.

Bajo la venda, tenía los ojos cerrados. Jamás había esperado, ni siquiera imaginado, una sensación de placer tan intensa unida a la anticipación, de su mano, de su polla, de un tercer golpe.

Pensaba que el subidón que había sentido en la mazmorra sadomaso, desnuda y enmascarada, había sido lo máximo. Pero eso lo superaba.

Me había excitado estar expuesta, sujeta a los caprichos de Tyler, pero aquella emoción nacía de infringir las normas, de ser un poquito traviesa.

Esto era distinto, y la emoción no provenía de la travesura, sino de la intimidad. De ser suya.

—Otra vez —susurré—. Por favor, Tyler. Otra vez.

Con suavidad, me besó la curva del trasero. Y entonces, justo cuando empezaba a pensar que ya no regresaría, llegó de nuevo aquella dulce punzada.

Entonces la suavizó con su boca, y yo gemí con esos besos en la zona dolorida, que se propagaron por mi cuerpo para prolongar las sensaciones placenteras.

—Te gusta. —Como no era una pregunta, no me molesté en responder—. A mí me gusta mirarte, ver cómo se eriza tu cuerpo, cómo se sonroja tu piel clara. Me gusta verte llegar al límite, Sloane, y me gusta saber que soy yo el que lo ha logrado.

Me pasó el extremo emplumado del juguete entre las piernas, y yo me froté descaradamente contra él. Mi cuerpo estaba dispuesto, listo.

Rió, como si detectara mi angustia.

—¿Qué quieres?

—Más —dije—. Todo. A ti.

—Buena respuesta. Separa más las piernas. Eso es —dijo cuando obedecí—. Un poquito más.

Aún estaba detrás de mí, y yo seguía en la cama, con las rodillas casi al borde del colchón, rozando a Tyler con los pies. Podía imaginarme mi aspecto, con las piernas separadas, la espalda arqueada, la cabeza levantada hacia arriba. Tremendamente excitada, dato que él confirmó al provocarme con el pulgar, deslizándolo por mis labios e introduciéndolo apenas en mi vagina.

—¿Es eso lo que quieres?

—Más —pedí.

—¿Qué tal esto? —preguntó mientras deslizaba el extremo emplumado del juguete por mi ombligo, luego lo retiraba, haciéndome cosquillas con las plumas en el clítoris, la vagina, el culo, produciéndome una sensación indescriptible por todo el cuerpo y haciéndome jadear de deleite, y me llevaba tan al límite del deseo que pensé que gritaría si no me tomaba inmediatamente.

—Por favor —murmuré—. Ahora, por favor.

Estaba al borde de la desesperación, pero no me atormentó mucho más.

Me arqueé al notar que me penetraba y grité cuando, con un golpe de caderas, se hundió por completo en mí. Me sujetó mientras entraba y salía, primero despacio, luego más y más deprisa.

Me hablaba, su voz suave a modo de banda sonora, diciéndome cuánto le gustaba, lo tensa que estaba por dentro, lo mucho que deseaba ver cómo me corría. Y yo, con la venda aún puesta, me aferré a los colores, los destellos de luz, las partículas danzarinas que constituían lo único que me anclaba a esa realidad, perfectamente consciente de que cuando alcanzara el clímax se apoderaría de mí un placer tan intenso que seguramente me dejaría exhausta.

Tyler mantuvo el ritmo, pero me soltó las caderas y deslizó una mano entre mis nalgas para acariciarme el ano. Como la caricia del juguete, esa nueva sensación me sorprendió, me elevó aún más. Increíble, sí, y tan íntimo que me catapultó a otra dimensión más lejana donde las sensaciones eran más intensas todavía, hasta que no pude soportarlo y grité por la dulce y constante agonía de aquel placer absoluto.

Sostuvo mi cuerpo tembloroso, luego me arrimó con delicadeza al suyo y me estrechó entre sus brazos.

—Uau —exclamé, mientras Tyler me quitaba con cuidado la venda—. Gracias.

—Cielo, te haré gritar «Uau» todas las veces que quieras.

Permanecí inmóvil entre sus brazos hasta que al fin me recobré, más o menos. Luego me volví lentamente.

—¿Qué hora es?

Eché un vistazo a la cómoda y al reloj que había en ella.

—Casi las diez.

Me incorporé de golpe.

—Mierda. Voy a llegar tarde. Y no creo que acostarse con el jefe sea una buena excusa.

—Tranquila —me dijo—. Te he cambiado el horario. Hay unos cuantos sitios a los que quiero llevarte primero.

Enarqué una ceja.

—Si eso es una metáfora de más sexo, habrá que dejarlo para otro rato.

—No —repuso—. Se trata de Amy.

Fruncí el ceño.

—¿Qué pasa con ella?

—Aún estás buscando su dirección o la empresa para la que trabaja, ¿no? Sé de alguien que podría ayudarnos. Y luego, mi querida policía, tenemos que ir de compras.

—¿De compras? —repetí, pero Tyler se limitó a levantarse y a tenderme la mano.

—Vamos a vestirnos.

En realidad, nos duchamos primero y, pese al riesgo indiscutible de que hubiera sexo bajo el agua y se nos fueran los planes al garete, accedí a ducharme con él.

—No me obligues a lamentarlo —le dije en cuanto empezó a rozarme el vello púbico—. Y no hagas eso.

—Me parece que vamos a tener otra tarea para esta mañana —señaló, y cogió la maquinilla de afeitar—. No es que no me encante este triangulito tan deliciosamente recortado, pero todas las demás bailarinas se lo depilan.

—Ah. —Tragué saliva—. No sé si seré capaz de rasurarme eso.

Sonrió con picardía.

—Yo te ayudo más que encantado, nena.

Me situó de forma que no nos salpicara el chorro de la ducha, pero lo bastante cerca para poder coger el cabezal. A continuación, mientras yo separaba las piernas y me agarraba a las paredes, un tanto asustada e intentando mantener el equilibrio, procedió.

Primero me enjabonó. Luego, despacio y muy suavemente, me pasó la maquinilla por la piel una y otra vez. Observé que me excitaba bastante. No por el afeitado en sí —aunque la presión de la cuchilla me producía una sensación asombrosa—, sino de pensar que estuviera cuidando de mí de una forma tan íntima.

—Lista —dijo cuando hubo terminado y me hubo aclarado.

Me dio un beso en la piel recién rasurada, y a punto estuve de suplicarle que volviera a llevarme a la cama.

Pero me había hablado de Amy, y era cierto que si quería asegurarme de que estaba de vuelta en casa para el nacimiento del bebé de Candy, debía seguir cualquier pista que me acercara a ella.

Con todo, no pude resistirme a un beso, lento e intenso. Y, mientras mi lengua buscaba la suya, me asaltó el pensamiento de que los días iban pasando y me alejarían inexorablemente de aquel hombre por el que me sentía más atraída a cada instante.

Después de la ducha, me envolví en uno de los suaves albornoces del Drake y volví al dormitorio de Tyler en busca de mi ropa.

—Esta habitación es distinta del resto del hotel. —Me había fijado en la decoración y el mobiliario vanguardistas la primera vez que había entrado en ella, pero aún no lo había comentado a Tyler—. Es cosa tuya, ¿verdad? No del personal del Drake.

—Completamente mía —contestó. Acababa de entrar con una toalla apenas sujeta a la cintura, y me hizo lamentar muy seriamente ese empeño

mío en volver al trabajo.

—¿Por qué esta precisamente? ¿Por qué te tomas la molestia, quiero decir?

—Soy muy exigente con mi dormitorio. —Tyler había estado mirando al infinito, pero en ese momento me miraba a mí—. No entra nada en él que yo no haya elegido especialmente.

Tragué saliva. De pronto no sabía si aún hablábamos de los muebles.

—¿Qué te parece?

Pestañeé, confundida.

—¿El qué?

Frunció los ojos, el condenado, y seguro que sabía qué rumbo llevaban mis pensamientos.

—La habitación.

—Me gusta. Resulta bonita y peculiar, con todos esos ángulos y rectas. Pero también es acogedora. Y, en cierto sentido, cálida y confortable. —Titubeé, luego me lancé a la piscina—. Me recuerda a ti —reconocí, porque no podía negar la veracidad de aquellas palabras.

—¿Confortable? —repitió, y arqueó las cejas con aire de fingido espanto—. No sé si me gusta eso. Pero me gusta lo de «acogedora». También es caballerosa y terriblemente sexy.

—¿Aún hablamos de la habitación?

—¿De qué si no? —Sonrió con pretendida inocencia.

«De qué si no, desde luego.»

Le dediqué una sonrisa pícara, me agaché para recoger los pantalones de deporte y la camiseta que me había dejado la noche anterior para ir por el parque.

—Gracias por el préstamo —dije—, pero la camiseta se ha ensuciado con la hierba, y prefiero ponerme unos pantalones de mi talla. ¿Sabes si en la tienda de regalos del Drake venden ropa?

—Aunque me tiente más verte desnuda, tienes algunas prendas tuyas en ese armario. —Señaló el vestidor—. En el cajón de arriba, a la izquierda, creo.

Fruncí las cejas.

—¿Y cómo ha llegado mi ropa hasta aquí?

—Anotaste la dirección en la solicitud.

—Sí, ¡la dirección de mi apartamento cerrado con llave de la que tú no tienes copia!

—Eso no ha sido un problema —señaló con un gesto de desdén—. Cole tiene dos puntos fuertes: el arte y abrir cerraduras. El segundo de ellos ya no tiene muchas ocasiones de ponerlo en práctica.

Lo dijo con tal devoción que me hizo reír.

—Pero ¿solía hacerlo?

—Cuando era un joven descarriado —confirmó Tyler mientras se abrochaba a la muñeca el reloj que no funcionaba bien.

—¿Contigo?

—Más o menos. Ya te lo he dicho. Los dos hicimos muchas estupideces antes de reformarnos. —Señaló el reloj con la cabeza—. Deberíamos irnos ya.

—Vale.

Me calcé deprisa. No me molesté en maquillarme. Sobre todo porque rara vez lo hacía, pero también porque había visto los camerinos del Destiny. Allí podría arreglarme antes de mi turno.

—¿Te apetecen unos donuts? —preguntó Tyler.

—Soy policía. ¿Tú qué crees?

—Pues nos comemos unos por el camino.

Lo de los donuts iba en serio y, antes de entrar en la autopista, Tyler pasó por una panadería y compró cuatro docenas, pero se limitó a encogerse de hombros cuando le pregunté por qué tantos.

Luego nos pusimos en marcha de nuevo; yo casi iba babeando a causa del aroma a masa y a azúcar.

—¿Vamos hacia el norte?

—Más o menos.

—¿Adónde?

—A mi casa —contestó.

Me volví hacia Tyler.

—Pensaba que se trataba de Amy.

—De tu búsqueda, sí.

—No te entiendo —dije algo recelosa, algo preocupada, pero sobre todo intrigada.

—No te hagas muchas ilusiones, pero hay unas personas en las que ella podría haber confiado.

—Ah. ¿Quiénes?

Tyler se volvió hacia mí lo justo para sonreírme.

—Chicas —dijo—. Unas cuantas.

Vi a algunas de esas chicas cuando detuvo el coche a la entrada de una espléndida casa, mansión, palacete... No sabía bien cómo llamar aquella vivienda. Recordaba, sin embargo, el año en que se había construido.

—Data de 1856, ¿verdad? Y es Old Irving Park, ¿no?

Tyler me miró de reojo antes de apagar el motor.

—Me has investigado bien.

—Sí. Pero jamás me habría imaginado esto.

El lugar era imponente. Enorme y grandioso, pero aun así confortable, se hallaba enclavado en un solar que debía de abarcar al menos mil doscientos metros cuadrados, quizá más. Estaba pintado de un amarillo seductor y contaba con un porche que lo rodeaba y un pórtico en la fachada principal.

Tampoco me había imaginado cómo serían las chicas.

—¿Quiénes son? —pregunté al ver a las mujeres que tomaban el sol estiradas en el césped, estaban sentadas en el porche leyendo e incluso trabajando en un coche medio desmontado cerca de la parte posterior de la casa.

—Las residentes —contestó.

—¿Cómo dices?

—¿Por qué no vamos adentro y te lo explico?

Lo seguí al interior del imponente lugar, que presentaba un aire muy contemporáneo sin perder por ello su aspecto centenario.

—¡Tyler!

En la inmensa escalera había una mujer en albornoz, muy sonriente. Lucía una figura perfecta y el pelo le caía en tirabuzones por los hombros. No iba maquillada, pero su aspecto era infinitamente mejor que el mío.

Si bien solo con verla consideré la posibilidad de odiarla, decidí no anticiparme hasta conocerla.

—Maisie, esta es Sloane, una nueva bailarina del Destiny.

Maisie frunció el ceño y miró a Tyler con dureza.

—Creí que habías dicho que eso se había acabado —dijo; había un matiz de temor en su voz.

—Y así es. Se terminó. Se acabó. No volverán a haceros daño. Sloane ha llegado al Destiny por el sistema tradicional, y no se mudará aquí.

—Ah. —La sonrisa que Maisie esbozaba se hizo más amplia—. Ah, vale, genial. Esto te va a encantar, en serio. —Miró de nuevo a Tyler—. No he dicho nada inconveniente, ¿verdad?

—No. Sloane lo sabe todo —contestó él, mirándome con expresión seria.

—Todo —confirmé, aunque me pregunté qué demonios sería «todo».

—Maisie vive aquí mientras hace un módulo de FP —explicó Tyler—. Confía en que pueda solicitar una beca de cuatro cursos el año que viene.

—La beca Tyler Sharp —explicó Maisie con una sonrisa—. Oye, me muero de hambre. Me dirigía a la cocina.

—Coge esto. —Tyler le dio la caja de donuts.

Antes de que Maisie se fuera, le preguntó si se acordaba de Amy. Así era, pero ignoraba en qué parte de Las Vegas se había instalado. De eso no tenía ni la menor idea ninguna de las chicas de la casa, ninguna de las dieciocho.

—Sospechaba que no iba a sacarle nada —dijo Tyler—. Las chicas que viven en la casa están muy unidas. Por lo que he visto, no se relacionan mucho con las otras, como Amy y tú, que entran por la puerta grande.

—¿Es eso lo que he hecho? —pregunté con ironía.

—En comparación con ellas, sí. Pero pensaba que igual habrían oído algo de pasada.

—Bueno, ¿y qué me he perdido? —pregunté—. ¿Cómo han terminado estas chicas en el Destiny? ¿Qué es lo que Maisie teme?

—Me sorprendes, detective. Suponía que te lo habrías imaginado.

—¿La trata de blancas?

—Has acertado a la primera.

Negué con la cabeza.

—En realidad, no —dije—. Explícate.

—¿Cuánto sabes de nuestro acuerdo de inmunidad?

—Muy poco —contesté—. Solo que existe.

Asintió.

—La situación es complicada: muchos años, mucha gente. Pero se resume en que Evan, Cole y yo nos topamos con una red de trata de blancas. Era muy amplia, estaba muy extendida. Y era muy, muy peligrosa.

Asentí a mi vez. Aún no me había enfrentado a ninguna red de prostitución interestatal, pero sabía lo bastante para comprender la envergadura, y el peligro implícito, de lo que me estaba contando.

—¿Qué hicisteis?

—Queríamos dismantelarla, pero eso era más fácil de decir que de hacer. Empezamos a recopilar información y se la pasamos a los federales, de forma anónima.

—¿Por qué de forma anónima? —pregunté, aunque tenía la sensación de que conocía la respuesta.

—Somos individuos que se traen entre manos... operaciones comerciales delicadas. Todos queríamos ponerle fin, pero no veíamos la necesidad de situarnos en el punto de mira.

Me dije que aquello significaba que Tyler, Cole y Evan estaban protegiendo sus propias actividades ilegales.

—Con las pistas que les facilitamos, se creó un grupo de operaciones

federal.

—El que supervisó el padre de Angelina.

—Eso es. Y, mientras el grupo de operaciones empezaba a trabajar para desmantelar esa organización, nosotros hicimos las únicas dos cosas que podíamos hacer: seguimos recopilando información y sacamos a todas las chicas que pudimos.

—¿Las sacasteis?

Asintió con la cabeza.

—La red funcionaba un poco como el célebre Ferrocarril Subterráneo: atrapaba a las chicas y no las soltaba. Las llevaban de un sitio a otro, a veces bajo falsos pretextos, diciéndoles que serían actrices o modelos, por ejemplo. Cuando obteníamos información sobre una chica o un grupo de ellas, nos infiltrábamos. Los tres o parte de nuestro personal de seguridad, dependiendo de la situación.

—Pero ¿no reventaba eso toda la operación? Habrían sabido que los tenían localizados antes de que dispusierais de pruebas suficientes para llevarlos a juicio.

—Por eso no podíamos sacar de allí a todas las chicas. Teníamos que andar sobre seguro. Infiltrarnos como si fuéramos clientes. O representar a algún príncipe extranjero en busca de una querida. Otras veces, simplemente, provocábamos un accidente de tráfico y simulábamos que las chicas se habían escapado sin más. El caso es que éramos bastante creativos.

—Y sacasteis a las chicas. Eso es estupendo. —Me alegré de verdad.

—No a todas —dijo con pesar.

—Algo es algo. —Le acaricié apenas la mano para consolarlo—. ¿Y las trajisteis aquí?

—A la mayoría. Algunas tenían casa, pero casi todas la habían perdido ya. Fugitivas, sin hogar. Aspirantes a actriz atrapadas en el lado sórdido del sueño. Si no tenían un hogar al que volver, les dábamos uno, y les buscábamos empleo. Bailando, si sabían hacerlo. Sirviendo mesas, si no.

—Y más —añadí—. Maisie ha dicho algo de una beca, ¿no?

—Exagera, pero sí. Si se mantienen limpias y sacan buenas notas, las

ayudamos a formarse. Y, si necesitan encontrar empleo, también les echamos una mano.

—Vosotros tres sois increíbles. —No pude contener la emoción. Sentía una especie de orgullo, y muchísimo respeto—. Gracias por contármelo. Por traerme aquí.

Estábamos en el porche de la puerta principal, con vistas a un césped precioso, a los elegantes árboles centenarios y a las mujeres que disfrutaban de una vida mejor allí.

Tyler titubeó antes de hablar.

—Era importante para mí que lo vieras.

—¿Por qué? —le dije en voz tan baja que temí que no lo hubiera oído.

Y contuve la respiración, a la espera de su respuesta.

—Porque me siento orgulloso de ello. Y porque quería compartirlo contigo.

Me cogió la mano y entrelazó sus dedos con los míos.

—Gracias —dije con un hilo de voz, y le apreté la mano.

La puerta se abrió de golpe a nuestra espalda.

—¡Tyler! ¡Hola!

Me volví y vi a una chica de veintitantos años con un corte de pelo a lo duende y ojos verdes danzarines.

—Caroline, ¿qué haces tú aquí? Pensaba que vivías en el campus ahora.

—Sí —contestó—. Y me encanta. Pero hoy es domingo, ¿no? Maisie y yo vamos a ver una película en casa.

Hizo un globo con el chicle y lo explotó.

Tyler la señaló con la cabeza, luego se volvió hacia mí.

—Caroline solía vivir aquí.

—Y me encantaba —intervino Caroline—. Pero el apartamento del campus es superpráctico. ¿Estáis buscando a Amy?

Dijo todo eso sin tomar aire, o esa impresión me dio.

—Yo sí —respondí—. ¿La conoces?

—No mucho, pero soy amiga de Darcy, y Amy y ella se llevan bien.

Me dio un vuelco el estómago por la desilusión.

—Tyler ya ha hablado con Darcy. Amy le ha enviado una postal desde Las Vegas. Lo que intento saber es en qué parte de Las Vegas está. Una amiga común va a tener un bebé. Quiero asegurarme de que Amy vuelve a tiempo de verlo nacer.

Caroline negó con la cabeza.

—No lo sé. Pero el tío del otro trabajo quizá lo sepa.

Miré a Tyler a los ojos.

—¿Qué otro trabajo? —quise saber.

—Un cliente. Uno de esos a los que les hacía un privado de vez en cuando. Un tipo corpulento. Guapo, pero algo canoso por las sienes. Trae las Coca-Cola y eso.

—Charley el Grandullón —dijo Tyler, luego me miró—. Venta, alquiler y mantenimiento de máquinas expendedoras. Cole y yo lo contratamos para algunas de nuestras propiedades, de hecho.

—Sí. —Caroline sonrió—. Ese. Amy me dijo que le había ofrecido un trabajo. Supongo que, al final, aceptó otra oferta, imagino que con algún tío, pero igual le contó a Charley el Grandullón qué otro empleo había aceptado.

—Gracias —le dije—. Me has sido de gran ayuda.

Caroline asintió. Miró a Tyler y la expresión de su semblante se tornó triste.

—Emily y Amy estaban muy unidas. Solo coincidieron aquí unas cuantas semanas, pero se cayeron bien desde el principio.

—Lo recuerdo —dijo Tyler.

—¿Alguna novedad? —le preguntó Caroline antes de que yo pudiera decirle que me indicara dónde encontraría a Emily.

—Ninguna. —Tyler se volvió hacia mí—. Emily era una de nuestras chicas. Nos dejó hace un par de meses y, poco después, apareció muerta.

—Lo siento mucho, Caroline.

—Los polis mienten sobre ella. —Se volvió hacia mí—. Dicen que regresó a las andadas y que se topó con un cliente que acabó con ella. La dan por muerta.

—¿Tú no lo crees?

—No.

Tyler negó con la cabeza.

—Cuesta creerlo. Emily es lista y tiene carácter; no volvería a la prostitución. Y si hubiera estado en algún apuro, habría venido a mí. Aun así, quizá se topó con un mal tipo que pensó que por ser bailarina podía complacerlo en lo que él quisiera. —Vi a Tyler cabreado—. El muy cabrón...

Apretó con fuerza la mano de Caroline.

—Si me entero de algo, te lo diré. Te lo prometo.

Los tres fuimos a la casa, donde la conversación giró en torno a Emily, aunque también me dieron buenos consejos sobre cómo camelarse a los clientes para conseguir buenas propinas. Cuando Tyler y yo regresamos al coche una hora más tarde estaba hasta arriba de donuts y café, y tenía un montón de información acerca del baile en el Destiny. Con todo, pese al tiempo transcurrido y a las conversaciones que se habían sucedido entretanto, yo seguía pensando en Charley el Grandullón.

—¿Quieres que lo llame? —preguntó Tyler.

—Aún no. Caroline ha dicho que era un cliente de mediodía. Así que, si no aparece por el club hoy, quizá tengas que llamarlo. Pero me gustaría charlar con él primero.

—Me parece bien.

—Mientras tanto —añadí—, voy a ver si puedo localizarla en Las Vegas a la antigua usanza, a la manera de los detectives.

Tyler se adentró en las calles y autopistas de Chicago, yo saqué el móvil y pulsé la única tecla de llamada rápida que tenía configurada. Dos tonos después, respondió mi padre.

—Hola, hija mía —dijo, con esa voz de barítono que podía resultar igual de tranquilizadora que de aterradora, dependiendo de si ayudaba a una víctima o interrogaba a un sospechoso—. ¿Qué tal la cadera?

—Hola, papá. Va bien. Han metido la pata dándome la baja.

—No te lo discuto. ¿A qué debo esta llamada? —Oía el ajetreo de la comisaría a su espalda, y lo imaginé delante de su maltrecho escritorio, oculto tras una enorme pila de papeles—. ¿Solo querías oír la maravillosa voz de tu padre o necesitas algo?

Me eché a reír.

—Si te dijera que ambas cosas, ¿me creerías?

—Me parece que no.

—Vale, entonces necesito algo.

—Y yo te ayudaré encantado. Siempre que me respondas a una pregunta.

—Dispara.

—¿Qué demonios haces trabajando cuando deberías estar recuperándote?

Me incliné hacia delante y puse los ojos en blanco. A mi lado, Tyler torció la boca. Sabía que oía también lo que mi padre estaba diciendo, pero supuse que solo lo que yo decía ya resultaba lo bastante divertido.

—Estoy tratando de no volverme loca —dije con sequedad—. Y ayudando a una amiga.

Le conté brevemente lo de Candy y Amy.

—¿Qué necesitas?

—¿Conoces a alguien en la Policía de Las Vegas?

—Me ofende que me lo preguntes. Yo conozco a todo el mundo. Por eso soy invencible.

—No eres tan gracioso como crees, papá. En serio, necesitaría que pidieras un favor. Quizá la hayan multado por exceso de velocidad o algo así. ¿No podrías pedir a alguien que haga una búsqueda, que vea si aparece por ahí su permiso de conducir? A lo mejor hasta me consigue su dirección actual.

Mi padre me aseguró que se ocuparía de ello, por supuesto.

—Pero prométeme que no te excederás. Te guste o no, todavía estás convaleciente. Más aún, tendrías que tranquilizarte un poco. Te tomas las

cosas demasiado en serio, y te vas a quemar antes de tiempo.

—Papá...

—Lo digo de verdad. Sal con algún chico. Ve a ver una peli. Tómate dos horas libres de ser detective para ser mujer.

Yo miraba a Tyler.

—Gracias por el consejo, papá. Lo creas o no, estoy en ello.

Uau! —exclamé de pie delante de la impresionante fachada púrpura. Eché la cabeza hacia atrás para mirar a Tyler—. ¿Hay vestidos ahí dentro?

—Muchos —contestó.

—Si tú lo dices...

Habíamos bajado por la avenida Michigan desde el Drake hasta Tonic, una boutique del barrio histórico de Gold Coast, que, a mi juicio, se asemejaba más a una construcción infantil de Lego que a un verdadero establecimiento. El edificio parecía hecho de bloques de plástico, aunque Tyler me aseguraba que era sólido. Lo formaban múltiples niveles, como si fuera una tarta nupcial tremendamente irregular o, insisto, una construcción de Lego hecha por un chaval con todas las piezas que tenía a mano.

La entrada era triangular, y varias formas geométricas constituían la fila de ventanas de la segunda planta. Se encontraba aprisionada entre dos edificios de decoración clásica, y el contraste no hacía sino resaltar su... bueno, su color púrpura.

Lo único que aquel edificio tenía a su favor, al menos en mi opinión, era que no pasaba desapercibido.

Claro que no se leía «Tonic» por ninguna parte. Por lo visto, si una quería comprar en esa boutique, tenía que saber cómo encontrarla.

En circunstancias normales, me habría dado igual no encontrar Tonic, pero, según Tyler, esa noche asistiríamos a un evento y, por lo visto, con vaqueros y una camiseta no iba bien.

Debí de quedarme boquiabierta, porque Tyler se echó a reír y me cogió del brazo.

—Vamos —dijo—. Te prometo que será divertido.

No estoy del todo segura de que «divertido» fuera la palabra acertada, aunque reconozco que la excursión a Tonic resultó sin duda instructiva. Quienquiera que hubiera diseñado el local, desde luego era un apasionado

del color púrpura, así como de la alta costura. Todas las paredes, las baldosas y las superficies eran blancas o de algún tono púrpura. Supuse que el blanco era para proporcionar contraste, pero escaseaba y, aunque el púrpura resultaba agradable al principio, al rato empecé a sentirme como si me hubiera engullido un moretón gigante.

Del techo descendían extrañas esculturas y los maniquís resultaron no ser tales, sino mujeres de carne y hueso, petrificadas en su sitio, que pasaban el día vestidas con aquellos diseños.

No le veía el sentido, la verdad.

De lo único que no puedo hablar mal es de la ropa: toda ella se había diseñado para llamar la atención y favorecer.

Zelda, la subdirectora de ventas, que se personó ante nosotros en cuanto entramos en la boutique, nos condujo al departamento de trajes de noche, donde procedió a enseñarnos un vestido detrás de otro, cada uno más fabuloso que el anterior. Sin embargo, Tyler puso peros a todos.

—No le favorece ni por asomo —decía—. Y ese color no armoniza con su melena pelirroja.

—Tengo el diseño perfecto —dijo Zelda con un fuerte acento que parecía de Europa Oriental, si bien probablemente era fingido, también esto de cara a la galería—. Ha llegado hoy. Voy a mirar, ¿sí?

Se ausentó solo unos minutos y volvió con una prenda sencilla que, de algún modo, dejaba todas las demás a la altura del betún. Era un vestido de tubo, sin espalda, cuya parte delantera se sujetaba al cuello mediante una tira fina de tela que pasaba por un hombro.

El vestido entero, incluida la falda, estaba diseñado para dibujar las curvas femeninas, si bien en la parte inferior estaba abierto unos centímetros para que la mujer que lo luciera pudiera caminar.

Lo mejor de todo era el color: el de un cielo despejado de verano. En otras palabras, combinaba a la perfección con los ojos de Tyler.

—Me encanta —dije—. ¿Me lo puedo probar?

Zelda me llevó a la parte de atrás, donde estaba el probador, que era del tamaño de mi apartamento de Chicago. En él había una *chaise longue*, un tocador con espejo y todo un surtido de artículos de tocador para que una

podiera salir de allí restaurada y acicalada. Había incluso una pequeña nevera con botellas de chablis y agua con gas.

Me quedé algo sorprendida cuando vi que Tyler entraba en el probador. Zelda, por su parte, se mostró completamente desconcertada. Le quedó bien claro quién correría con el gasto.

En cuanto cerró la puerta, me volví hacia Tyler.

—Yo suelo comprar en T. J. Maxx. Me parece que esto es un poco mejor.

—Solo un poco —dijo él, sentándose en la *chaise longue*—. A ver cómo te queda.

Me descalcé, luego me quité la camiseta y los vaqueros ajustados. En sujetador y tanga, cogí el vestido de la percha acolchada. El tejido era fino, sedoso y suave como una nube.

—Quítate el sujetador —me sugirió—. El vestido no tiene espalda.

Así lo hice. Inspeccioné el vestido en busca del modo de ponérmelo, y finalmente decidí que debía desabrochar el único botón decorativo del hombro y ponérmelo por los pies. El botón parecía demasiado minúsculo para sobrellevar la tarea de sostener el vestido entero, pero teniendo en cuenta la escasez de tela, supuse que podría con él.

—Sloane —dijo Tyler una vez que lo tuve puesto, y lo hizo en un tono casi reverente.

—¿Te gusta?

—Me gusta —dijo, e hizo un movimiento circular con el dedo para indicarme que me diera la vuelta a fin de mirarme en el espejo de tres cuerpos que tenía a mi espalda.

Al hacerlo, vi a una mujer que bien podría haber estado en la alfombra roja. Me puse de puntillas para que el efecto fuera aún mayor.

—Necesitaré unos zapatos adecuados.

—Por supuesto.

—Y esto es un problema —añadí, señalándome la espalda, donde la cinturilla de mis braguitas asomaba por encima del borde bajo del vestido.

Tyler se puso de pie.

—Quítatelas.

—¿En plan comando?

—Este vestido es para eso. Quítatelas —repitió.

Me las quité, contoneándome, y las lancé al montón del resto de la ropa.

Me acerqué al espejo, sexy, vibrante, atrevida. Quizá demasiado atrevida.

—Me encanta, Tyler, pero no sé... La raja del muslo es demasiado alta. Si fuera por la cadera, quizá, pero... —Me interrumpí mientras daba más pasos y giros.

No se me veía la entrepierna, pero era lo bastante alta para que alguien pudiera imaginársela.

—¡Qué más da! —dijo entonces Tyler—. ¿Qué es la vida sin un poco de imaginación?

—Tyler...

—Eres hermosa y sexy, Sloane, aunque solo lleves puestos unos vaqueros y una camiseta. Pero con esto estás arrebatadora. Disfrútalo. Mejor aún, déjame que yo lo disfrute.

Contemplé mi reflejo con expresión ceñuda. Estaba verdaderamente despampanante. Más de lo que había estado nunca, eso seguro, no podía negarlo. Resultaba tentador. Muy tentador.

—Además, habrá baile —dijo, levantándose y acercándose a mí—, y este vestido está hecho para bailar.

Me atrajo hacia sí, entrelazó una mano con una mía y posó la otra en mi espalda. Tarareando algo suave y clásico, me llevó por toda la estancia, e incluso allí, en un probador sin música de verdad, fue casi mágico.

—¿Ves? —dijo con una sonrisa algo perversa, al tiempo que me echaba hacia atrás, haciéndome gritar, y luego reír de sorpresa y deleite.

Arqueé la espalda, extendí una pierna y Tyler me dio un beso en el cuello.

Me ayudó a incorporarme, pasándome la mano por el muslo desnudo.

—Esa abertura es un incentivo importantísimo para la venta de este vestido. —Siguió recorriendo mi muslo con la mano hasta llegar a mi sexo.

Yo estaba húmeda y resbaladiza, y gemí cuando me introdujo un dedo—. Sin duda, un incentivo importante —masculló.

—¡Tyler! —protesté sin convicción.

—Calla. —Se puso de rodillas y alzó las manos para, acto seguido, levantarme el vestido hasta las caderas, haciendo coincidir la raja de aquel con mi sexo—. Tengo que saborearte —añadió, y me dio un lametón. Luego levantó la cabeza y me advirtió—: No hagas ni un ruido.

«Ay, Dios mío...»

Alargué la mano y me agarré al borde del espejo para mantener el equilibrio mientras Tyler se pegaba de nuevo a mí, aferrándose a mis muslos, ahora con las manos por dentro de la falda, acariciándome muy íntimamente con la lengua.

Me lamió el clítoris con diminutas y traviesas lengüetadas, que luego fueron lametones fuertes y espléndidos, y que terminaron en succiones.

Las piernas me temblaban, y tuve que soltar el espejo para morderme el pulpejo de la mano y aplacar mi necesidad de gritar de placer y de frustración. Placer por el torbellino de sensaciones que me estaba produciendo; frustración por no poder hacer otra cosa que quedarme allí de pie, mordiéndome el labio cuando lo que en realidad quería era gritar y suplicarle más, suplicarle que me tumbara en el suelo, me subiera el vestido hasta arriba y me la metiera.

Su lengua prosiguió la dulce tortura, y yo me colgué del lateral del espejo, notando cómo llegaba al clímax, sabiendo que estaba cerca, muy cerca, y que en cualquier momento me sentiría completamente exhausta.

Entonces se apartó.

—Creo que con esto es suficiente.

Lo miré, atónita.

—¿Cómo dices?

Se levantó y me besó apasionadamente. Saboreé mi propia excitación y gemí pegada a su boca, arrimando las caderas a su cuerpo al tiempo que me retorció, buscando con desvergüenza mi propio alivio.

—Mía, ¿recuerdas? —dijo, interrumpiendo el beso y apartándose, con una expresión muy perversa de autosuficiencia—. Quiero tenerte excitada.

Quiero verte desesperada. Quiero que estés tan a punto que te corras con la más leve de las caricias, y una y otra vez, cuando te folle.

Me estremecí de arriba abajo con sus palabras.

—Capullo.

Rió.

—Me han llamado cosas peores.

—Sabes que me las vas a pagar.

Se agachó para cogerme el sujetador y la camiseta, luego me desabrochó el botón del vestido.

—Así lo espero, cielo.

Como tenía todas las de perder, me vestí, conteniendo un gemido frustrado por el roce provocativo de los vaqueros en mi entrepierna inflamada. Miré a Tyler, convencida de que era consciente de esa nueva molestia, pero él, muy astuto, se hizo el loco.

Recogí el vestido y le di la vuelta en busca de la etiqueta.

—No tiene precio —dije.

—Todo tiene precio, te lo aseguro.

En ese caso, el precio era de cinco cifras; casi me dio un infarto.

—¿Has pagado eso... por un vestido? —Ya estábamos de nuevo en la calle, enfilando la avenida Michigan para poder coger un taxi de vuelta al Drake—. Con eso podría comprarme un coche.

—No muy bueno.

—¿Cómo demonios me lo voy a poner? Tendré miedo hasta de respirar.

—Te lo pondrás porque yo quiero verte con él. Y también quiero ver cómo te lo quitarás luego.

En esa paradoja se había convertido mi vida, porque apenas dos horas después de haber gastado diez mil dólares en un vestido, iba prácticamente desnuda por un club de striptease, socializando y charlando como siempre antes del espectáculo, la clase de charlas que me tenía diciendo tonterías mientras ellos se limitaban a mirarme las tetas.

Llevaba unos pantaloncitos muy cortos que dejaban ver la curva de mis

nalgas y un sujetador push-up que me realzaba el pecho. En unos minutos, ya me habría puesto el traje de ejecutiva traviesa y estaría enseñándolo todo en cuanto me lo quitara.

Ese pensamiento me hizo añorar a Tyler, así que interrumpí mi cháchara con un hombre de negocios de Filadelfia para buscarlo con la mirada.

Lo encontré junto al bar, donde repasaba lo que probablemente fuera un inventario con uno de los dos camareros. Como si notara que lo miraba, alzó la vista y me sonrió con tanta ternura que me derretí de la cabeza a los pies.

Volvió la mirada hacia un rincón escondido, luego señaló con la cabeza a un hombre solitario sentado en uno de los sillones con una copa en la mano. El público de mediodía solía sentarse en el escenario, así que aquel individuo llamaba la atención por el simple hecho de estar solo.

—Charley —articuló Tyler desde lejos, y yo asentí con la cabeza.

Despaché cortésmente al tipo de Filadelfia y me alejé de él contoneándome para proporcionarle un poco de espectáculo mientras cruzaba la estancia hasta donde estaba sentado Charley el Grandullón.

El nombre le iba como anillo al dedo. Aquel hombre enorme, de pelo oscuro, salvo por las patillas canosas, era atractivo en su corpulencia, como si se tratara de una versión hollywoodiense de un leñador de cuento. Alzó la vista al ver que me acercaba, y sus ojos pasaron de mis tetas a mi entrepierna de un modo que ya empezaba a resultarme familiar.

—Hola, cielo —dije—. Estás muy solito aquí.

—Disfruto de las vistas —respondió.

En la mesa había un vaso medio lleno de un licor ambarino y, a su lado, una billetera repleta.

Levantó el vaso para apurarlo y me llegó un aroma a bourbon. Acto seguido lo dejó vacío en la mesa con gran estrépito.

—Debo decir que las vistas están mejorando definitivamente.

Me eché a reír.

—Qué tierno. —Ladeé la cabeza, escudriñándolo—. Un momento, tú eres Charley, ¿no?

Por un instante, me pareció asustado.

—Sé que te recordaría, guapa. ¿Cómo es que tú me conoces a mí?

—Ah, no sé... Pero mi amiga Amy opina que eres de lo más dulce. Me dijo que Charley el Grandullón siempre se sienta solo en un rincón, y que no hay nadie tan más agradable y atractivo como él. Ese tienes que ser tú, ¿no? Eres uno de los clientes favoritos de Amy.

—Ese soy yo —señaló—. ¿Cómo está Amy? Se ha mudado a Las Vegas, ¿no?

—Sí, y la condenada no me ha llamado desde que llegó allí. No recuerdo dónde me dijo que iba a trabajar. ¿Te lo dijo a ti?

—Me temo que no. —Le enseñó el vaso vacío a una camarera para indicarle que quería otra copa—. De hecho, yo le había ofrecido un empleo, pero lo rechazó. Me contó que se iba a bailar a Las Vegas.

—¿A bailar? Bueno, eso reduce un poco las posibilidades, ¿no te parece? —dije, luego reí.

—¿Por qué la buscas? ¿Te preocupa?

Negué con la cabeza, no queriendo ahondar en las preocupaciones de Candy ni en las mías con un desconocido.

—Estoy más fastidiada que preocupada. Prometí a una amiga común que vendría a verla, pero Amy es de las que te dejan plantada, así que supongo que Las Vegas la sedujo.

—Es una ciudad seductora, sí —señaló. Me dio otro repaso con la mirada, y yo resistí la tentación de cruzarme de brazos y taparme el pecho—. A propósito de seducción... —Sacó un billete de cincuenta de la billetera y se sentó en la mesa junto al vaso vacío—. ¿Qué te parece si me haces un privado, nena?

La idea me produjo náuseas, y caí en la cuenta de que, aunque la parte del trato que me obligaba a bailar no me disgustaba, los privados también eran, en teoría, mi trabajo.

«Joder.»

Me incliné un poco y le puse el dedo en la frente.

—Espérame aquí, cielo. Tengo que hacer mi número en el escenario,

pero tú serás el primero al que acudiré en cuanto termine.

Cuando me disponía a marcharme vi un destello de lujuria en su mirada. Entonces, muy metida en mi papel, di unos pasos, me volví y le guiñé un ojo.

Las otras chicas que participaban en el siguiente número ya estaban en los camerinos, y charlamos un rato mientras nos arreglábamos. Les pregunté acerca de Amy, pero no averigüé nada que no supiera ya. En un momento dado reparé en una de las muchas fotos que había en el tablón de anuncios. Era la instantánea de una chica rubia, con flequillo, muy risueña y con un hoyuelo que acentuaba aún más su jovialidad. La miré con detenimiento, pero al final me convencí de que solo era una joven que se parecía un poco a Amy.

—Es Emily —respondió Sapphire cuando le pregunté—. Extraño, ¿verdad?

—¿Qué?

—Que ella y Amy se parecen, tienes razón. Además, las dos se fueron a Las Vegas. —Sapphire dejó escapar un suspiro—. Es una mierda que Emily nunca llegara allí. Lo que más me cabrea es que los polis pasen del tema. Era una bailarina de striptease, así que no les importa.

—Estoy segura de que sí les importa, Sapphire —dije, pero sé que no la convencí.

Tenía que acordarme de telefonar a mi amigo de la Policía de Chicago para que me informara de cómo marchaba la investigación.

Me maquillé sola y, la verdad, no lo hice del todo mal. Luego oí la música que daba paso a mi número; era hora de salir al escenario.

Esa vez supe exactamente dónde estaba Tyler cuando estuve en él, y eso me calmó bastante los nervios. Bailé, me balanceé y coqueteé con los clientes y con la barra, sin apartar la mirada del hombre del bar, mi hombre, que estaba echado hacia atrás, con una expresión de indiferencia, salvo por el ardor de aquellos ojos azules que jamás se apartaban de mí.

Le regalé un contoneo extra, y recogí la recompensa en propinas de los clientes cercanos. No se me dio mal, la verdad.

Cuando terminó el número fui directa a la barra del bar, pero me abordó

uno de los hombres, que me enseñó un billete de cien dólares y me lo enganchó en la cinturilla del tanga.

—Busco un poco de conversación tranquila, cielo —dijo, y yo retrocedí porque de pronto me sentí muy desnuda y quise alejarme de su mirada anhelante—. ¿Por qué no vienes conmigo al reservado?

Sopesaba mis posibilidades de negarme cuando Tyler se acercó, me sacó el billete de la cinturilla y se lo devolvió a aquel tipo.

—Lamento desilusionarlo, pero esta hermosa dama tiene un compromiso privado en la sala VIP.

Casi me muero de alivio.

—Lo siento, cielo —dije—. Quizá en otra ocasión.

—No habrá otra ocasión —sentenció Tyler cuando nos hubimos alejado—. Tú bailas en el escenario, en ningún sitio más. Salvo que bailes para mí.

Me fingí sorprendida.

—¿Y qué hay del hombre que me espera en la sala VIP?

—Cambio de sitio —dijo mientras entrábamos en la zona reservada al personal—. Te verá en mi despacho.

Me apoyó contra la pared en cuanto se cerró la puerta. Me dio un beso largo y apasionado que me dejó sin aliento. Jadeé cuando introdujo un dedo en mi sexo y también luego, cuando se agachó un poco para lamarme un pecho.

Me sentí desinhibida y consciente de mi cuerpo, de cada pelo, cada terminación nerviosa, cada leve sensación.

—Estás perfecta para mí —murmuró Tyler.

—Lo estuve desde el primer momento en que te vi. Esa noche en la fiesta, cuando te acercaste a mí, te deseé tanto que casi me dolió.

Aparté la mirada, porque no quería que mis ojos le revelaran demasiado.

Me sujetó la cara con la mano y me echó la cabeza hacia atrás para que no pudiera escapar a su mirada.

—Sí —dijo, y esa sencilla palabra significó un mundo para mí.

Suspiré.

—No sé qué me pasa contigo, Tyler, que te miro y...

—¿Y qué?

—Y quiero...

Esbozó una sonrisa lenta y tremendamente sexy.

—¿Qué quieres, Sloane?

«A ti.»

—Exactamente lo que estás haciendo —dije en cambio.

—Nunca tengo bastante de ti, Sloane. Eres como el oxígeno. Te ansío, te necesito, no puedo vivir sin ti.

—El oxígeno es explosivo —bromeé.

—Desde luego que lo es —dijo mientras me levantaba. Enrosqué las piernas en su cintura, y me llevó a su escritorio—. Túmbate —me ordenó, y yo obedecí sin rechistar—. Ah, sí —exclamó con voz ardiente y agradecida—. Me gusta cómo estás. Tendida, desnuda y excitada, como una ofrenda a un dios.

—¿Serías tú ese dios?

Sonrió.

—Podría serlo.

—¿Qué vas a hacer?

No pude evitar susurrar ni que mi voz se tiñera de ilusión.

—Podría quedarme aquí mirándote. Tu piel es tan clara que percibo todos los cambios de tono, por sutiles que sean, cada rubor cuando estás excitada. Me encanta saber cuánto me deseas y cuánto te gusta que te mire, que yo te desee.

Me acarició las piernas de los tobillos a los muslos.

—Y esto es el resto. Acariciarte. Sentir cómo tiemblan tus músculos. Oírte coger aire cuando mis dedos te rozan apenas la piel.

Como para ilustrarme, paseó la yema de un dedo lentamente por mi muslo.

—Vuélvete —dijo.

Me volví, y me tumbé boca abajo en el escritorio, con las piernas juntas, la cabeza vuelta hacia un lado.

—No. Bájate. Los pies en el suelo. Las piernas separadas. Inclínate y agárrate.

Fui moviéndome según me hablaba. Reparé en que me estaba mordiendo el labio, un reflejo tanto de los nervios como de la emoción.

Me acarició la espalda despacio, siguiendo la curvatura de mi columna, la protuberancia de mi trasero.

—Sí —dijo con voz ardiente y cargada de deseo—. Eres perfecta, Sloane, condenadamente perfecta.

No dije nada. No era perfecta, ni mucho menos. Pero, en ese momento, me sentía así.

Tyler se inclinó hacia delante y me rozó la piel desnuda con su ropa de una forma que hizo que me estremeciera casi tanto como con sus palabras.

—Te voy a follar, Sloane. Rápido y fuerte. Me perderé dentro de ti y me aferraré a ti mientras te siento estallar.

Yo no podía hablar. No podía moverme. Solo podía esperar con la respiración entrecortada mientras se quitaba la chaqueta, la doblaba y la colocaba con cuidado entre mi vientre y el borde del escritorio.

Inspiré hondo; las manos de Tyler, sus caricias, sus palabras, todo ello me excitaba, pero aquel pequeño detalle hizo que casi me derrumbara de deseo, respeto y algo que, en otro lugar y en otro momento, podría haber sido amor.

Me acarició, y se sirvió de los dedos para abrirme bien y excitarme aún más, hasta tal punto que ya gemía de anhelo cuando lo oí bajarse la cremallera.

Y entonces, ¡ay, Dios santo!, sentí la gruesa punta de su polla empujar contra mí, suavemente al principio, provocándome, y luego, de un fuerte empujón, se introdujo en mí, y yo grité al tiempo que el calor de su cuerpo entraba en contacto con mi trasero, atrapándome entre él y el escritorio.

Me incliné un poco más hacia delante y estiré los brazos para poder agarrarme al extremo del escritorio.

—Fuerte —dije—. He querido que me la metieras desde lo del condenado probador. Fóllame fuerte, Tyler, por favor.

No me respondió con palabras; me agarró con ahínco las caderas, y no necesité otra respuesta que sus empujones rítmicos. Me penetró una y otra vez, enterrándose en lo más hondo de mi ser hasta que perdí el control, arrastrada por el torbellino de aquel dulce calor.

Me oí gritar de placer. Oí los golpes de su cuerpo contra el mío. Y luego, cuando deslizó la mano entre nuestros cuerpos y me acarició el clítoris, produciéndome aún más placer, obvié todo salvo el intenso resplandor del orgasmo que creció y creció amenazando con arrojarme a un plano existencial en el que solo Tyler pudiera encontrarme.

Se corrió después que yo, y su grito de alivio fue tan salvaje, masculino, potente que cualquier persona que quedara aún en el club sabría perfectamente lo que estábamos haciendo.

—Cielo —murmuró, y me envolvió con sus brazos para depositarme con cuidado en el escritorio.

Le dediqué una sonrisa lenta.

—Uau —dije.

Me respondió con una sonrisa de suficiencia, muy masculina.

—Oh, sí —dijo—, me gusta nuestro acuerdo.

—Mmm —mascullé a modo de confirmación mientras me estiraba como un gato, como si el escritorio fuera tan cómodo como la más mullida de las camas—. Ahora mismo soy una cliente muy satisfecha.

La chaqueta se había caído al suelo, y Tyler se agachó para cogerla. Luego me la pasó. Yo me la puse e inspiré el aroma de Tyler en ella.

Estaba empezando a abotonármela cuando la puerta se abrió de golpe.

—Maldita sea —exclamó Tyler, pero calló al ver que era Cole, con una expresión mezcla de rabia y de miedo en el semblante.

Me miró un instante y enseguida se centró en Tyler.

—Lizzy —fue todo lo que dijo.

Tyler detuvo a la primera enfermera con la que nos topamos cuando Cole, él y yo irrumpimos en la sala de Urgencias del Cook County Medical.

—Elizabeth Rodriguez —dijo Tyler sin perder un minuto—. Accidente de coche. ¿Dónde está?

—Espere un momento, que lo pregunto. —La enfermera nos habló con serenidad y actuó con eficiencia; quedó claro que estaba acostumbrada a manejar situaciones críticas. Se acercó a un mostrador y tecleó algo en el ordenador—. Sala de exploración A. Por el pasillo, a la izquierda —nos informó.

Ni Cole ni Tyler echaron a correr, pero yo casi tuve que hacerlo para poder seguir el ritmo de sus zancadas. Me había cambiado rápidamente y, como no encontraba mis zapatos, me había puesto un par de chanclas que alguien se había dejado en la sala de descanso. Las chanclas me quedaban grandes y golpeteaban el suelo de baldosas enceradas mientras caminaba a buen paso.

Aún no sabía con exactitud lo que había ocurrido, salvo que una antigua empleada, Lizzy, había sufrido un horrible accidente de coche esa tarde. Había estado inconsciente más de una hora, algo que preocupó a los médicos, si bien solo tenía algunos cardenales y unos cuantos rasguños.

El coche, por lo visto, había quedado para llevar al desguace.

Cuando Lizzy recobró la consciencia pidió, al parecer, que localizaran a los dueños del Destiny.

Dormía cuando entramos y, a la tenue luz de las diversas máquinas, los cardenales moteados y los verdugones de su cara resaltaban de forma espantosa.

Me quedé atrás mientras Cole y Tyler se acercaron a la cama, y noté cómo se erguían sus hombros, vi que se ponían rígidos de rabia ante semejante ofensa al cuerpo humano.

Y después, aunque no me lo esperaba en absoluto, vi a Cole golpear la

fina pared de pladur en un arretrato.

Me sobresalté, pero Tyler, a su lado, ni pestañeó.

—Cálmate o sal de aquí, tío. Ella no tiene por qué verte romper nada.

—Joder. —Cole se frotó la cabeza afeitada y, cuando se volvió hacia Lizzy, vislumbré el tatuaje de un dragón en su nuca, casi todo oculto bajo su chaqueta de traje clásica—. Joder, Dios, pero tú mírala.

Se acercó y cogió la mano a Lizzy. Yo me adentré un poco más en la habitación y me aproximé a los pies de la cama para poder verlos a todos sin molestar.

Aun con los dos ojos amoratados y un horrible cardenal inflamado en la mejilla, se veía que era guapa. Su pelo rubio estaba apelmazado, pero se notaba que lo llevaba del mismo modo que Amy, por los hombros y con las puntas desiguales. Tenía el brazo escayolado y a saber cómo tendría las piernas.

Junto a la cama, Cole le rozó suavemente los dedos de la mano no magullada mientras Tyler le acariciaba con dulzura el pelo.

—Hola, Lizzy —dijo Tyler—. ¿Nos oyes, pequeña?

Al ver que no había respuesta, miró a Cole. Sus ojos se encontraron, y advertí tanta pena y preocupación en ambos rostros que me dieron ganas de llorar.

—¿Trabajaba para vosotros?

—Solía bailar en el Destiny —contestó Tyler—. Se había sacado el graduado escolar hacía unos meses y ya tenía su primer empleo como administrativa. Ya era una de los nuestros —añadió, mirándome de reojo.

Asentí al entender que la habían sacado de la red de trata de blancas. La pobre chica lo había pasado peor de lo que nadie debe pasarlo.

De pie junto a la cama, Tyler sacudió la cabeza como si con ello pudiera aclararse la mente.

—Tendré que llamar a Franklin y buscar a una sustituta temporal.

El historial médico de Lizzy estaba colgado a los pies de su cama. No soy ninguna experta, pero, cuando trabajas lo bastante en homicidios, antivicio o delitos sexuales, terminas viendo muchos hospitales y tienes

ocasión de echar un vistazo a más de un historial. Por lo que pude deducir, Lizzy había tenido muchísima suerte. Tenía heridas y lesiones graves, pero los cardenales terminarían desapareciendo y los huesos rotos soldarían.

Se lo dije a los chicos, sin tener muy claro si mis palabras los consolarían. Para mi sorpresa, fue Cole quien se volvió hacia mí. Asintió con la cabeza, un movimiento rápido.

—Gracias.

—De nada.

Ignoro qué me impulsó a hacerlo, pero pasé de los pies de la cama al lado de Tyler.

—¿Queréis que os traiga algo? Un café, quizá, mientras esperáis.

—No —contestó Cole—. Yo estoy bien. Te lo agradezco.

—Quédate —me dijo Tyler y, mientras hablaba, me cogió de la mano.

Se la apreté sin pensarlo, y cuando Lizzy se movió, los dedos de Tyler se ciñeron aún más alrededor de los míos.

—Lizzy, soy Cole. Despierta, cariño.

Al principio ella no reaccionó, y temí que hubiera vuelto a sumirse en un sueño profundo. Luego pestañeó. Abrió el ojo izquierdo; el derecho, inflamado, lo mantuvo cerrado.

—Hola, peque —le susurró Tyler—. Te pondrás bien.

—¿Tyler? —dijo con un hilo de voz que apenas se oía.

—Cole también ha venido. Evan está de camino.

Cole le cogió la mano.

—¿Qué ha pasado?

Lizzy se humedeció los labios.

—¿Agua?

Mientras Tyler le buscaba agua, Cole tamborileó con los dedos sobre la cama.

—¿Quieres incorporarte? —le preguntó, y al ver que respondía que sí con la cabeza, levantó la cama.

Lizzy exploró la estancia y sus ojos se detuvieron en mí.

—Soy Sloane —dije—. Amiga de Amy.

—Sloane está conmigo —le explicó Tyler—. Continúa. ¿Te apetece contarnos lo que ha sucedido?

Una lágrima le rodó por la mejilla.

—Culpa mía: me salté un semáforo en rojo. —Otra lágrima—. ¿Y el tipo con el que he chocado?

—Está bien —le aseguró Cole—. He preguntado por él cuando me han llamado la primera vez. Lo atendieron en el lugar de los hechos. No le ha pasado nada.

Lizzy asintió con la cabeza, luego gimoteó y alargó la mano para coger el agua.

—Lo siento —se excusó—. No debería haber... —Se le cerraron los ojos—. Las pastillas. Lo siento. Me dan sueño.

—Vuelve a dormirte. No tienes que preocuparte por nada —le dijo Tyler—. Ha sido un accidente. Buscaré una sustituta que te reemplace temporalmente. Tómame el tiempo que necesites y regresa al trabajo cuando te hayas recuperado.

—No. —Volvió a abrir los ojos—. Franklin... por favor... debería haber aceptado... el empleo... no he...

Se le cerraron los ojos otra vez; el sueño se apoderó de ella.

Cole alzó la vista para mirar a Tyler.

—Pobre niña.

Luego me miró.

—Llevaos mi coche. Id a la gala. Yo me quedo con Lizzy un rato.

—¿Estás seguro, Cole?

—Sí, joder.

Tyler le dio un beso en la frente a Lizzy antes de sacarme de la habitación.

—Es horrible —dije—. Aunque ha tenido suerte; podía haber sido peor.

Asintió, pensativo.

—¿Le buscaste tú ese trabajo?

—Se la mandé a Eli Franklin. Un puesto seguro para ella. De ayudante del propio Franklin. Trabaja en el sector inmobiliario, y tiene muchísimo éxito, además. Tuvimos suerte de incorporarlo a nuestra lista de clientes. Lizzy era la primera chica que le mandábamos.

—Me habías dicho que ayudabais también a las chicas de la casa a conseguir empleo —le dije.

Tyler asintió.

—Tengo una agencia de colocaciones. Knight & Day. Compré la empresa por cuatro perras, y aún creo que pagué demasiado.

—Me parece recordar haber leído que tenías una agencia... —Sonreí, burlona—. Tienes tantas cosas que me cuesta llevar la cuenta de todo.

—Podría decirse que fue una especie de experimento. La empresa entera era un desastre, pero le cambié el nombre e invertí un montón de horas de trabajo en ella. Al final, mereció la pena el tiempo y el dinero que le dediqué. Ha resultado rentable. Y no me arrepiento.

—Pues no me parece lo bastante sexy para un destacado hombre de negocios de Chicago —bromeé mientras salíamos del hospital y nos dirigíamos al aparcamiento de la zona de Urgencias donde Cole había dejado su Range Rover.

—A la prensa le interesa lo sexy. Yo lo único que busco es el beneficio y la utilidad. En este caso, más la utilidad, pero, como soy un condenado hacedor de milagros, además le estamos sacando provecho.

—¿Qué tipo de utilidad? Aparte de la búsqueda de empleos, quiero decir, obviamente...

—Pretendo que sea útil para las chicas —contestó—. Para las que has conocido, desde luego, pero también para el otro personal del Destiny: camareras, bailarinas... Muchas mujeres se dedican al baile exótico porque no tienen dinero para pagarse unos estudios, o porque se han visto de pronto con un bebé y sin marido. No tienen la formación necesaria para ganar más del salario mínimo. K&D las ayuda. Colocaciones, becas para estudios, formación profesional... —Se encogió de hombros—. Funciona.

—K&D las ayuda —repetí—. Será que las ayudas tú.

—Hago lo que puedo.

Habíamos llegado ya al coche.

—¿Por qué?

—Porque se merecen algo mejor —contestó Tyler, abriéndome la puerta—. Y, si están dispuestas a trabajar para conseguirlo, yo estoy dispuesto a ayudarlas.

Buen salario, buenos beneficios, buena política en cuanto a la relación de los clientes con las chicas. Una especie de pensión medio benéfica. Y una actitud tan protectora hacia esas mujeres que me ablandó el corazón. No era lo que esperaba oír decir a un genio de la delincuencia con alma de estafador. No era lo que esperaba cuando llegué a Chicago.

Pero estaba viendo a Tyler con mis propios ojos, y no con los de una mujer a la que habían seducido total y absolutamente. Lo miraba con unos ojos entrenados para ver pruebas y matices. Y debía reconocer que me gustaba lo que estaba descubriendo.

Ese Tyler era un hombre que había acudido corriendo al lecho en el que estaba postrada una chica a la que había contratado. Un hombre que no solo había rescatado a mujeres, sino que además había ideado todo un sistema de respaldo para ellas.

Quizá tuviera algunos negocios turbios, pero, en el fondo, el Tyler al que había visto, y acariciado, y con el que había follado era de una casta muy distinta al que Kevin buscaba.

Suponiendo, claro, que yo estuviera viendo al hombre de verdad. «Nadie es lo que parece.»

La posibilidad de que me mostrara solo lo que yo quería ver me reconcomía por dentro, pero la aparté de mi mente. Tanto mi instinto como las pruebas me decían que había visto al auténtico Tyler.

Además, pensándolo bien, ¿qué más había que ver?

—Eres un buen hombre, Tyler Sharp —le dije en voz baja una vez que se hubo sentado en el coche a mi lado.

—No, no lo soy. —Inspiró hondo, cansado—. Pero tengo mis momentos.

Creo que nunca he comido con los peces —le dije a Tyler mientras me cogía del brazo y me conducía a uno de los bares privados montado bajo la atenta mirada de un precioso tiburón martillo.

El evento se celebraba en la rotonda del arrecife caribeño del Shedd Aquarium. Durante el día, deambulaban por esa sala grupos de escolares y de turistas, pero en ese momento la llenaban más de doscientos hombres y mujeres reunidos en grupitos, charlando, bebiendo y viendo flotar a su alrededor el mundo submarino contenido en un tanque gigante que, en medio de la asombrosa estancia, captaba la atención de todas las miradas.

—Me siento un poco como Ariel —dije, refiriéndome a *La sirenita*.

—¿Me convierte eso en el Príncipe Azul?

Le sonreí.

—Puede. Depende de si me consigues una copa de vino.

—Una misión que cumplir para la exquisita dama Ariel —replicó—. Vamos, princesa, marchémonos.

Reí.

—Vale, lo retiro.

—Reconozco que no soy ningún príncipe —dijo—, pero tú esta noche estás tan bella como cualquier princesa.

Me levantó la barbilla con un dedo para poder depositar en mis labios un beso delicado.

Suspiré, sintiéndome tierna, femenina y romántica, y cuando lo cogí del brazo me sorprendí sonriendo.

—¿En qué piensas?

—En que esto parece una cita —contesté—. Considerando cómo hemos pasado el tiempo que hemos estado juntos hasta ahora, esta noche es una excepción.

Me cogió la mano y me besó los dedos.

—¿Decepcionada?

—No —dije con dulzura—. En absoluto.

Nos dirigimos al bar, donde él pidió un whisky y yo una copa de vino blanco.

—Lo prefiero tinto —le expliqué mientras volvíamos a mezclarnos con el gentío—, pero no suelo ir tan arreglada y ahora mismo tengo un miedo terrible a mancharme el vestido.

—En ese caso tendría que quitártelo.

Me dedicó una sonrisa pícaro y sensual, y yo puse los ojos en blanco.

—Tranquilízate. Esto es una recepción elegante, ¿recuerdas? Compórtate.

Rodeamos el tanque del arrecife de coral y llegamos a una serie de mesas dispuestas con una variedad de cestitos, cada uno con un portapapeles.

—¿Cuál es la finalidad exacta de esta cena de gala?

—Es un acto benéfico para recaudar fondos para la investigación en el campo de la neurología pediátrica —respondió—. Evan y Angie deberían andar por aquí. Son los que organizan el evento, junto con la fundación Jahn.

—Lo que significa que han hecho donaciones enormes.

—Bastante. En los actos benéficos, las donaciones suelen invertirse en la financiación del evento, en el que luego se intenta recuperar ese dinero y conseguir más mediante el precio de los cubiertos, las subastas silenciosas y ese tipo de cosas. —Señaló la mesa con los cestitos—. ¿Ves algo por lo que quieras pujar?

—Dudo que yo pueda permitirme algo, pero echemos un vistazo.

Íbamos hacia allí cuando Tyler se detuvo.

—Espera. Ese es Franklin. Eli Franklin —añadió al tiempo que señalaba a un hombre alto y delgado de mirada intensa y cejas pobladas.

—¿El jefe de Lizzy?

—Debería contarle lo que ha ocurrido, en lugar de esperar hasta mañana.

—Claro —dije cuando Tyler ya iba a su encuentro.

Pero no llegamos hasta él porque antes nos abordó otro hombre, de pelo blanco y muy distinguido.

—¡Tyler! —exclamó, y le tendió la mano para estrechársela mientras le daba una sonora palmada en el hombro con la otra.

—Señor Danvers —dijo Tyler—. Qué placer. ¿Recibió la propuesta revisada para el sistema de seguridad?

—Sí, sí. Naturalmente. Pero ya hablaremos de eso luego. No vamos a aburrir a su hermosa acompañante.

—Ah, disculpe —se excusó Tyler, acercándome por un lado—. Mi acompañante es Sloane Watson. Sloane, este es Gregory Danvers, director general de Covington Investments, una de las compañías de inversión más poderosas del mundo.

Hubo algo en su tono y sus maneras que me llamó la atención, y tuve la certeza de que había «olvidado» presentarme a propósito. Lo que no sabía era por qué.

—Un placer —dijo Danvers, y me tendió la mano—. Tyler ya le ha contado la historia de mi vida. ¿A qué se dedica usted?

—Sloane es detective —respondió Tyler.

De repente todas las piezas encajaron. ¿Qué era lo que había dicho? Que tenía previstos algunos compromisos sociales para los que le vendría bien llevar a una policía del brazo.

—¿Es eso cierto? —inquirió el señor Danvers—. ¿Qué clase de delitos investiga usted?

Ignoré la desagradable punzada que sentí en el vientre y sonreí a Danvers.

—Homicidios, sobre todo, aunque también he trabajado en antivicio y en delitos sexuales, y temporalmente en la división administrativa. Discúlpeme —dije. Estaba deseando irme de allí y aclararme las ideas—. Allí está Angelina, me acercaré a saludarla. Les dejo solos para que puedan hablar.

Me marché antes de que Tyler pudiera oponerse, pasando por alto la forma en que frunció el ceño mientras yo escurría el bulto.

Era cierto que había visto a Angelina junto a los cestitos de la subasta, pero, teniendo en cuenta que todavía no nos habían presentado siquiera, no tenía intención de acercarme a ella. En vez de eso tenía pensado terminarme el vino y tomarme otro, para serenarme.

Sin embargo, mi plan se fue al garete cuando Angelina me abordó en la cola del bar.

—Soy Angelina Raine —se presentó—. Angie. Y tú debes de ser Sloane Watson.

—Sí, esa soy yo —respondí, haciéndola reír.

—Te vi en mi fiesta, pero no me acerqué a propósito. Estaba... —Se interrumpió, inclinando la cabeza a un lado y a otro como si meditara las palabras—. Digamos que aguardaba a ver cómo se desarrollaban las cosas. —Miró al otro extremo de la sala, donde estaba Tyler—. Parece que ha salido mejor de lo que nadie esperaba.

Me aclaré la garganta, sintiéndome demasiado frágil en ese momento para entrar en materia, e irritada conmigo misma por ello.

—Escucha, te debo una disculpa. No estoy segura de cuánto sabes...

—Todo —replicó ella—. Evan me ha contado toda la historia.

—Ah.

Fruncí el ceño al pensar en mi acuerdo con Tyler. ¿Cuánto sabría Evan de toda la historia?

—Me ha contado que eres una detective de Indiana y que estás buscando a una amiga tuya que solía trabajar en el Destiny. Resulta que se ha mudado a Las Vegas, ¿no?

—Eso parece.

Angelina asintió con la cabeza.

—Lo hacen algunas de las chicas. Supongo que las buenas bailarinas pueden ganarse bien la vida allí.

—Siento haberme colado en tu fiesta —dije.

—No pasa nada. Ha sido para bien. Ahora estás saliendo con Tyler, algo

que me parece muy interesante. Y trabajando en el Destiny también.

—Sí, lo del Destiny es cierto, pero no porque esté deseando dejar las fuerzas de seguridad y dedicarme al baile exótico. Confío en que Amy le contara a alguno de sus clientes adónde iba.

—¿Aún sigues preocupada por ella?

—No excesivamente. Pero tenemos una amiga común que está embarazada y quería que Amy estuviera aquí cuando diera a luz.

—Quizá haya conocido a alguien —sugirió Angie. Miró a Evan, al otro lado de la sala—. Conocer al hombre adecuado puede hacer que te olvides de todo lo demás.

Me eché a reír.

—En eso tienes razón.

—Y todo fluye con tanta naturalidad que ni siquiera tengo que cometer la grosería de preguntarte cómo os va a Tyler y a ti.

—Ah. —Negué con la cabeza—. Yo no diría que estamos saliendo. Solo somos...

No sabía bien cómo llamarlo. Teníamos un acuerdo y, aunque quizá yo lo hubiera olvidado llevada por la emoción de estar con Tyler, esa noche él me lo había recordado a las claras.

—Pronto volveré a casa —terminé de decir, aunque sin convicción.

Asintió despacio, como si me escudriñara. Habíamos llegado al bar y pidió un par de copas de vino. Mientras el camarero las servía, se volvió hacia mí.

—Qué lástima —dijo—. Kat y yo estuvimos observándote en la fiesta. Y yo lo he hecho también esta noche.

—¿A mí?

—Bueno, a los dos. A Tyler sobre todo.

—¿Ah, sí?

Hice una pausa, consciente de que no debía seguir por ahí, sabiendo que no importaba porque lo que tenía con Tyler era temporal y lo que creyera que sentía daba igual. Tenía que darme igual.

Todo cierto, pero aun así quería saberlo.

—¿Y qué has visto? —pregunté.

—Más de lo que he visto antes —contestó—. No es asunto mío, lo sé, pero lo conozco de toda la vida y lo quiero a rabiar, y lo he visto con muchas mujeres. —Dio un sorbo a su vino—. Revolotean a su alrededor, como polillas en torno a la luz, ya sabes.

Asentí. Lo entendía perfectamente.

—Pero jamás lo he visto perseguir de verdad a una mujer. Igual que nunca lo he visto, desde luego, mirar a una mujer como Evan me mira a mí.

«Oh.»

Noté que me daba un vuelco el estómago.

—Yo... —me interrumpí.

No sabía qué decir, pero en aquel instante me sentía rara, tremendamente agradecida a aquella mujer que casi era una desconocida para mí.

—No sé bien por qué te estoy contando esto. Es decir, sé que tienes que volver a tu trabajo y que ni siquiera vives en este estado, pero supongo que quería que supieras que tú eres distinta. Por si te importa.

Los ojos se me arrasaron en lágrimas; bajé la vista y miré fijamente la copa de vino.

—Sí —dije—. Me importa.

Angie fue en busca de Evan y yo me trasladé a un rincón, desde donde observé a Tyler, que seguía hablando con Danvers. Se lo veía relajado y jovial, y pude ver que Tyler había conseguido hechizarlo.

Tan pronto como Danvers se fue, Tyler se volvió y miró alrededor hasta dar conmigo. De inmediato, sonrió, y la pesadumbre que se había apoderado de mí se esfumó. Parcialmente, no del todo, eso sí, porque en cuanto Tyler llegó a mí, me dio un beso en la sien y me preguntó qué me pasaba.

—Nada —contesté—. Estoy cansada. —Ladeé la cabeza y le sonreí—. No he dormido mucho últimamente.

—¿Quién necesita dormir cuando hay mejores cosas que hacer?

Puse los ojos en blanco y me situé a su lado para aceptar el brazo que me tendía.

Sabía que debía callarme, que estaba siendo una boba. ¿No me había dicho el propio Tyler que no estábamos saliendo, que solo follábamos? ¿Y acaso no sabía yo que fuera lo que fuese lo que había entre nosotros terminaría el día en que yo volviera a Indiana?

«Maldita sea.»

¿Cómo me había robado el corazón ese hombre tan rápidamente? ¿Cómo había logrado burlar todas mis defensas?

Sabía cómo, por supuesto: había visto algo en mí que nadie más había descubierto antes. Algo que ni siquiera yo conocía. Había roto mis defensas y había dejado al descubierto mi interior, y aunque me gustaba sentirme liberada, también era más vulnerable.

De pronto, aunque me odiaba por desearlo, ansiaba algún tipo de confirmación de que lo que sentía por Tyler y lo que creía que él sentía por mí era real, que no era solo una estratagema para conseguir no sé qué fin.

Tyler, a mi lado, iba charlando con los que pasaban junto a él, saludando a sus amigos, pero me miraba continuamente con aire inquisitivo. Por fin me llevó a un aparte.

—¿Te ha dicho Angie algo que te ha disgustado?

—¿Qué? No. Ha estado muy simpática. Me cae bien.

—Es muy simpática, sí —dijo vagamente—, pero tú...

—Yo estoy bien —lo interrumpí. Me puse de puntillas y le di un beso—. De verdad. —Carraspeé—. ¿Así que vas a firmar un contrato de seguridad con Danvers? ¿Con esa empresa tuya, BAS Security?

Tyler asintió.

—Hasta ahora, teníamos solo una pequeña lista de clientes locales, pero Covington es internacional. Será un gran paso.

—Apuesto a que sí. Además, ir del brazo de una policía seguro que da buena imagen. Proyecta confianza. Por no hablar de legalidad. Es casi un aval.

—Ya entiendo.

Se metió las manos en los bolsillos.

—Lo siento —me excusé—. No pretendía insinuar...

—¿Insinuar? Me lo has dicho claramente. ¿Y sabes qué, detective? Que tienes razón —espetó con repentina sequedad, y yo me maldije y deseé no haber sacado el tema a colación; porque tenía la sensación de que todo se iba a desmoronar.

—¿No estabas escuchando cuando te expuse las razones de nuestro acuerdo? —prosiguió en el mismo tono seco de hombre de negocios—. Pensaba que lo había dejado claro. Hay eventos en los que me beneficia ir del brazo de una policía. Y este es uno de ellos, Sloane.

—Sí —respondí con sequedad—. Eso ya me lo he supuesto.

—Maldita sea —exclamó lo bastante alto para que la gente se volviera para mirarnos—. Mierda —masculló. Me cogió del brazo—. Ven aquí.

Me sacó del recinto circular, rodeando uno de los cordones de seguridad, y me llevó a una de las galerías.

—¿En serio crees eso? —Noté cómo se desataba su rabia, pero detecté algo más en su voz. Parecía dolido—. Dios, Sloane, ¿de verdad piensas eso?

—Yo...

Negué con la cabeza, sin saber muy bien qué pensar.

—Sí, es bueno para mi negocio ir del brazo de una policía. Y, sí, así es cómo empezó lo nuestro. Pero ya no es así. No es esa la razón por la que te he traído —me dijo con voz más suave y negando con la cabeza, como para librarse de algunos pensamientos—. Solo te he traído por una razón: porque quiero tenerte a mi lado.

Tragué saliva y se me entrecortó la respiración.

—Lo que hay entre nosotros quizá empezara como un acuerdo, como un trato, pero creo que los dos sabemos que se ha convertido en muchísimo más que eso. Por lo que a mí respecta, no es más que una excusa para estar contigo, para tenerte cerca, como y cuando quiera.

Me acarició el hombro, desnudo con aquel vestido azul cielo.

—No sé adónde nos conduce esto, Sloane, ni dónde terminará. Lo único que sé es que te llevo en mi mente dentro de mí, y que un pedazo de mí se irá contigo el día que vuelvas a Indiana.

—Tyler...

Sabía que debía decir algo. Decirle que me aliviaba. Decirle que yo pensaba lo mismo. Decirle que en toda mi vida me había sentido al lado de nadie como me sentía junto a él. Pero no fui capaz de encontrar las palabras.

Así que hice lo único que podía hacer. Me estreché contra su pecho y lo besé.

Tyler me abrazó. Nuestros cuerpos se acercaron y sus manos me acariciaron la espalda. Me sentí a gusto, segura, completa. Como si hubiera estado viviendo con una pieza de menos y, al conocer a Tyler, todo hubiera encajado en su sitio.

Me estaba enamorando de ese hombre, mucho y muy deprisa, pero estaba segura de que así era. Y, en ese momento, lo único a lo que podía aferrarme era la esperanza de que encontráramos un modo de hacerlo funcionar. Si de verdad estaba limpio, si todo lo que había hecho era ya historia, quizá pudiéramos hallar un modo de seguir adelante.

—Lo siento —dijo cuando nos separamos—. No lo pensé. Debería habértelo dicho antes. No...

—Lo sé. No pasa nada. —Volví a besarlo, esa vez suave y rápidamente antes de apartarme de él con una sonrisa seductora—. ¿Necesitas exhibirme delante de alguien más? ¿O crees que podrías llevarme ya a casa y quitarme este vestido?

Capté la respuesta en su mirada, pero antes de que pudiera expresarla de viva voz le sonó el móvil. Lo miró, articuló «Cole» y atendió la llamada.

Solo dijo una palabra, «Hola», luego se limitó a escuchar lo que Cole decía.

Vi cómo le cambiaba la cara, cómo ese gesto relajado y sereno se transformaba en una rabia fría e intensa.

Cuando terminó de hablar le ardía la mirada, y aunque me miró, no sé si llegó a verme.

—¿Tyler?

—Intentó violarla —me contó—. Lizzy ha despertado y ha confesado a Cole que ese cabrón de Franklin intentó violarla. Por eso tenía prisa. Por eso se estrelló con el coche.

—Lo siento —dije—. Pero no lo hagas. Sé qué estás pensando; no lo hagas.

Me miró y volvió hecho una furia a la rotonda.

«Mierda.»

Corrí detrás de él, esquivando a la gente. Divisé a Franklin en el otro extremo de la sala, junto a una salida, y solté un suspiro de alivio. Si lograba sacar a Tyler de allí antes de que lo viera...

Pero era demasiado tarde. Tyler se abalanzó sobre Franklin y lo cogió del brazo, y mientras yo los observaba con impotencia desde el otro lado de la rotonda, lo sacó a la fuerza de la sala.

«Maldita sea.»

Apreté el paso en esa dirección, procurando no correr y consciente de que, de todas formas, no podía hacerlo con aquellos zapatos. Me detuve solo cuando vi a Angie.

—¿Qué pasa? —me preguntó cuando la cogí de la mano.

—Ve a buscar a Evan.

—¿Por qué?

—¡Ve a buscarlo! —le repetí sin detenerme.

Me quité los condenados zapatos, me subí la falda del vestido y aceleré.

No estaban en la galería más próxima, y giré en círculo, maldiciendo, tratando de adivinar adónde podían haber ido, hasta que oí un ruido metálico. Avancé corriendo, luego me detuve en seco al entrar en una habitación oscura llena de pequeños acuarios resplandecientes de vida marina. A mi alrededor, flotaban como ángeles las medusas en un cielo estrellado y, a mis pies, Tyler le estaba dando un puñetazo en la cara a Franklin, encogido junto a un cubo de basura volcado.

—¡Tyler! ¡Suéltalo!

Ni siquiera reaccionó, y yo solté otra maldición y me metí en la refriega

para agarrarle las manos, echando de menos un juego de esposas, y grité a Franklin que se quedara quieto y no moviera un puto músculo.

Como es lógico, el muy cabrón no lo hizo. Soltó dos patadas, una con la que me tiró de espaldas y otra que le acertó a Tyler en la mandíbula.

Joder.

Tyler contraatacó agarrando a Franklin por el cuello y tumbándolo de un puñetazo en la cara.

—¡Basta ya! —dije. Esa vez conseguí sujetar el brazo a la espalda a Tyler y lo inmovilicé. Él era más corpulento y más fuerte que yo, y sabía que estaba lo bastante cabreado para resistirse, pero confiaba en que no lo hiciera—. Respira hondo —le pedí—. Respira, que vas a matar a ese cabrón.

Oí pasos y, al alzar la mirada, vi que Angie y Evan entraban corriendo. Evan vino directo hacia donde estábamos Tyler y yo, y se lo pasé, suponiendo que él estaba más preparado que yo para manejar a Tyler.

—Tranquilízate —le dijo Evan—. Tranquilízate si no quieres empeorar aún más las cosas.

—Ha intentado violar a Lizzy —protestó Tyler cuando al fin logró calmarse y estarse quieto—. Dice que la había visto bailar en el Destiny. Me ha dado las gracias. Me ha dado las gracias, joder, por mandarle a un bombón así. Que yo sí que sé elegirlas, dice.

—Ay, Tyler, no —exclamé.

—Y, cuando le he dicho que no era más que un capullo ignorante, me ha soltado que ella se lo había buscado, que iba con minifalda, que se lo estaba pidiendo a gritos.

Vi brotar la misma rabia en el rostro de Evan. Acto seguido se dirigió, furibundo, hacia Franklin, que aún seguía en el suelo respirando con dificultad y con pinta de estar pasándolo peor que en toda su vida. Alzó la mirada y se estremeció cuando Evan le escupió en la cara.

Angie y yo nos miramos. Tuve que contenerme para no aplaudir.

Al poco llegó el guardia de seguridad, con lo que de verdad se armó un cirio. Tomó declaraciones, anotó datos de contacto y luego les dijo a Angie y a Evan que podían marcharse.

—¿Quieres que nos quedemos? —me preguntó Angie.

—Volved a la fiesta. Yo me encargo de que Tyler os llame mañana.

—Vale —dijo, y de pronto me dio un abrazo—. Cuídalo mucho.

—Lo haré —prometí.

Me acerqué a Tyler, pero el guardia de seguridad insistió en que Tyler, Franklin y yo nos mantuviéramos separados, así que me senté en el suelo bajo las medusas hasta que llegaron los detectives. Uno fue directo a Franklin; el otro, a Tyler.

Yo me puse de pie, me dirigí al segundo detective y lo intercepté a medio camino. Luego me llevé la mano al bolso y saqué mi placa.

—Detective —dije—. ¿Podemos hablar un momento?

Fue en defensa propia, detective —dije—. El señor Sharp le había dicho al señor Franklin que tenía pruebas de que había acosado sexualmente a una empleada. Franklin lo atacó y Sharp se defendió.

—¿Y usted lo vio?

—Sí lo vi. No le diré cómo debe hacer su trabajo, detective. Sin embargo, yo que usted dejaría que todos se marchasen.

El recuerdo se reproducía en mi cabeza, una y otra vez, como un disco rayado, impidiéndome pensar en nada más.

—Hiciste lo correcto —dijo Tyler cuando entramos en su suite del hotel Drake.

Fueron las primeras palabras que intercambiamos desde que salimos de la cena benéfica, y tuve la impresión de oírlas como en un sueño.

—Yo no tengo esa sensación.

—Franklin ha presentado cargos por agresión, y mi única defensa es implicar a Lizzy en todo este embrollo —dijo Tyler mientras se dirigía hacia el comedor—. ¿Quieres meterla en este lío?

—No tendrías que haberle dado un puñetazo —afirmé—. ¿En qué narices estabas pensando?

—Pensaba en que ese tipo había agredido a una chica inocente que ya había sufrido bastante.

—Sí, lo sé. Tienes razón. —Inspiré para relajarme—. Pero Tyler, existen leyes contra la violación, incluso contra el intento de violación. Lizzy podría presentar cargos por agresión o por intento de violación.

—Eso es una gilipollez, y lo sabes —dijo—. ¿Una ex stripper denunciando que han intentado violarla? ¿Qué poli iba a creerla?

—Yo la creería —respondí, y percibí un destello de calidez en sus ojos.

—Tienes razón —afirmó Tyler—. Pero aunque el fiscal del distrito la

creyera, Franklin acabaría pagando una multa y no entraría en prisión, y ambos lo sabemos. La justicia no siempre va de la mano de la ley.

Negué con la cabeza porque sabía que debía olvidarme del asunto. Estaba volviéndose demasiado personal.

—Eso no quiere decir que puedas tomarte la justicia por tu mano.

—¿Por qué no?

Me limité a mirarlo; no quería añadir una sola palabra más.

—Lo digo en serio —insistió—. ¿Por qué no?

—Porque no puedes, Tyler. Existen normas. Existen códigos de conducta.

Pensé en mi madre. En mi padrastro. Y, en mi imaginación, oí la detonación seca de una pistola. Me estremecí y di la espalda a Tyler.

—¿No lo entiendes? Esas normas y esos códigos son los cimientos de nuestra sociedad civilizada.

Se acercó a mí y me puso las manos sobre los hombros.

—Esos cimientos están llenos de grietas, y tú lo sabes.

Me encogí de hombros para zafarme de él y di dos pasos hacia delante.

—¿Eso crees? Bueno, pues tú no eres quién para taparlas.

—¡Por el amor de Dios, Sloane!, ¿estás escuchándote? ¡Eres policía!

Me volví de golpe, y escupí las palabras conforme los recuerdos me asaltaban.

—¿Crees que por ser policía no sé sobrepasar los límites? ¿Que no sé cómo mancharme las manos? ¿Que ignoro que hay que pagar un precio por ello?

Levanté las manos por delante de mí con la respiración entrecortada; sabía que las tenía manchadas de sangre.

—¡Yo lo maté! —grité—. Escucha, hijo de puta, yo maté a mi padrastro y pago un precio por ello cada maldito día de mi vida.

Lancé un suspiro ahogado justo después de pronunciar aquellas palabras; fue un sonido agudo, como si estuviera intentando absorberlas y no haberlas dicho. Pero era imposible retirarlas. Es más, fue como si quedaran

suspendidas en el aire que nos separaba.

Me quedé paralizada, mirándolo, a la espera de su reacción de impacto, repulsa o incluso de sorpresa.

Pero no aprecié ninguna de esas expresiones en su rostro.

—¡Oh, Dios! —exclamé, y caí al suelo—. Ya lo sabías. —Tenía la voz apagada. Ahogada por el dolor—. Jamás se lo he contado a nadie. No sé por qué te lo he contado. ¿Cómo lo sabías?

Tyler se encontraba en el suelo, sujetándome, intentando consolarme. Era incapaz de recordar cuándo se había situado junto a mí.

—Porque te veo —se limitó a decir. Aunque lo que oí fue: «Porque te quiero».

Parpadeé, y las lágrimas me humedecieron las mejillas.

—Me desconciertas, Tyler.

—Sí, bueno, el sentimiento es mutuo. —Me plantó un beso en la cabeza—. ¿Me contarás qué ocurrió?

No quería rememorar el pasado, pero, al mismo tiempo, deseaba que él lo supiera todo. Quería compartir aquel horror con alguien que me conociera, con alguien en quien confiara. Así que cogí aire otra vez y empecé mi relato poco a poco.

—Ya conoces parte de la historia —dije—. Fue como vivir una pesadilla. Le pegaba a mi madre. La forzaba continuamente. Era un monstruo.

Intenté tranquilizarme apretándole la mano.

—A los quince años intentó violarme. Estaba borracho, y yo me defendí, pero ya estaba harta de él. Estaba muy harta.

—¿Qué hiciste?

—Mi padre era policía, y aunque él y mi madre llevaban siglos divorciados, siempre habíamos mantenido el contacto. Por eso sabía algo sobre pruebas. También sabía que mi padre guardaba una vieja escopeta en su garaje. Era de mi abuelo y estaba en muy mal estado. Mi padre no era cazador, pero no quiso deshacerse del arma. La dejó donde estaba, descargada, oculta detrás de una nevera vieja.

—La cogiste.

—La cogí y la limpié. Volví a dejarla donde estaba hasta la noche que elegí para hacerlo, luego fui a dormir a casa de una amiga, que todavía cree que me marché de allí para acostarme con Tommy Marquette, pero fui en coche a casa de mi padre. Trabajaba de noche; me resultó fácil entrar en el garaje, coger el arma y salir.

Volví a inspirar para relajarme, intentaba no visualizar aquel recuerdo.

—Era verano, y Harvey siempre dormía con la luz encendida. Había castigado a mi madre por algún motivo, no recuerdo cuál, y la había encerrado con llave en el baño. Me situé por fuera de la ventana, a la distancia justa desde la que creía poder hacer blanco. Había un muro de piedra y lo usé para apoyar la escopeta. Me quedé observando, lo tenía a tiro. Y apreté el gatillo. Después tiré el arma al lago y regresé a casa de mi amiga.

—Fue fácil —dijo Tyler.

Asentí en silencio.

—Sí que lo fue.

—Porque se hizo justicia.

Negué con la cabeza.

—No. Me desmoroné y fui demasiado lejos. Lo justo habría sido que mi padrastro se pudriera entre rejas. Yo no tenía derecho a borrarlo del mapa. —Me quedé mirando a Tyler, le sostuve la mirada a la espera de su comprensión—. Lo que hice me convirtió en lo mismo que él.

—¡Hiciste lo justo, joder! Te protegiste, Sloane. Protegiste a tu madre. La policía ya te había fallado. ¿Qué otra cosa se suponía que debías hacer?

—Una vez me preguntaste por qué era policía. Harvey Grier fue uno de los motivos. Fue como una redención. Fue como concederme una segunda oportunidad.

Tyler negó con la cabeza.

—No. No, te equivocas. Crees que sobrepasaste el límite, pero no lo hiciste. Él era un mal tipo. Era un monstruo. Matar a un monstruo no es malo.

Me tomó de las manos y las apretó con fuerza.

—Hiciste lo correcto, nena. En ese momento te protegiste a ti misma. Y esta noche me has protegido a mí. Eres una policía cojonuda. Créeme, la justicia está a salvo en tus manos.

Conseguí esbozar una sonrisa tímida.

—Es un bonito cumplido —dije— teniendo en cuenta que lo dice un genio del crimen.

—Estoy limpieísimo —respondió con una sonrisa de oreja a oreja.

Le acaricié la mejilla. De pronto me sentía agotada.

—Ojalá pudiera creerlo —deseé en voz alta—. Porque eso es básicamente lo que nos separa. Y así no podemos ir a ninguna parte.

—¡Gilipollecés! —espetó, y luego me besó con tanta pasión que creí que iba a derretirme—. Ya te lo he dicho. Consigo siempre lo que quiero. Y no dejo las cosas a medias. Ya eres mía, Sloane. Solo falta conseguir que las piezas encajen.

Unas manos cálidas me acariciaban la espalda y fueron despertándome con dulzura.

Empecé a volverme boca arriba, pero Tyler me susurró al oído.

—No. Cierra los ojos y duérmete. Yo debo levantarme temprano porque tengo reuniones a primera hora. Aunque resultas demasiado tentadora para dejarte aquí. Quédate como estás.

Lo hice gimoteando mientras sus manos me separaban las piernas con delicadeza y me exploraban hasta el fondo. Con caricias suaves como plumas. Besos delicados. Gestos pensados para relajar, no para provocar.

Me acarició el sexo con ternura hasta que estuve húmeda y dispuesta. Dejé escapar un gemido de placer, movía las caderas por la anticipación aunque me gustaba aquella suavidad, aquel dulce despertar.

Entonces se puso sobre mí y me separó las piernas con las manos para poder penetrarme. Sus acometidas eran rítmicas, y me pareció que estaba a punto de correrse.

Con cada penetración me desplazaba sobre la sábana y recibía suaves caricias en el clítoris, lo que me hacía estar al borde del orgasmo y me aproximaba al abismo sin llegar a caer.

Tyler se inclinó hacia delante, me agarró por los hombros al tiempo que me penetraba hasta el fondo y entonces, con un grave gruñido masculino de satisfacción, estalló dentro de mí y se desplomó sobre la cama, envolviéndome con un brazo y una pierna.

—No he podido resistirme a la tentación de poseerte —dijo cuando me volví para mirarlo y sonreírle—. Date la vuelta y deja que te toque. Te llevaré hasta el final.

Sacudí la cabeza.

—No, así está bien. Estoy somnolienta y excitada. Volveré a dormirme y soñaré contigo.

Tyler enarcó una ceja con expresión de sorpresa y se inclinó para besarme.

—En ese caso —dijo—, que tengas dulces sueños.

Me quedé dormida oyendo el ruido del agua de la ducha. Me sumí en un profundo letargo hasta que los dedos del sol se colaron por la habitación y me hicieron cosquillas en la nariz. Me incorporé poco a poco y sentí un delicioso agotamiento, luego me eché a reír al ver el bombón de chocolate que Tyler había dejado sobre la almohada del otro lado de la cama.

Sabía que tenía un día muy complicado, por esos habíamos quedado en vernos en el Destiny después de mi turno. En ese momento, y todavía acostada, me estiré y me sentí abrigada, feliz y femenina.

La noche anterior había sido buena y mala al mismo tiempo, pero, al final, no podía negar que sentía una intimidad con Tyler como no había sentido jamás con nadie. Cuando llegó la hora de acostarse yo estaba agotada, y él me llevó a la cama y me abrazó por la espalda, me sujetó con firmeza e hizo que me sintiera protegida.

Me había parecido muy romántico y sensual.

Me había parecido amor.

Alargué la mano para coger mi teléfono y mirar la hora. Me alegró saber que no debía ir con prisa. Bajé de la cama y decidí no usar el esponjoso albornoz del Drake y ponerme, en cambio, una de las camisas de Tyler. Quizá fuera una locura, pero me gustaba la sensación de que su aroma me envolviera.

Encontré gofres en el congelador y metí uno en la tostadora, luego me senté a la mesa de la cocina con el periódico que Tyler había dejado encima. Pero no logré concentrarme en las noticias. Recordaba con nitidez la noche anterior y tenía la cabeza hecha un lío.

«Estoy limpísimo.»

Eso había dicho, y yo deseaba con todas mis fuerzas que fuera cierto. Esperaba que fuera cierto. Podía imaginar una vida con Tyler, aunque me obligué a no pensar en ello. Pensarlo solo me generaría frustración.

Con todo, era innegable que encajábamos en muchos aspectos. Además, como ya le había contado lo de Harvey, no tenía más secretos con él.

Eso me hacía sentir bien. Me hacía sentir honesta.

El gofré saltó y lo saqué de la tostadora haciendo pinza con dos dedos, luego busqué sirope en la nevera. Como no lo encontré, me las apañé con mantequilla de cacahuete. Me unté una capa bien gruesa, di un mordisco y recordé la mirada de Tyler cuando le confesé mi secreto sin andarme con rodeos.

Él ya lo sabía. Yo seguía sin entender cómo, aunque suponía que lo que había dicho era cierto: me veía tal como era.

Di otro mordisco, pero esa vez me costó más tragar. Escupí en una servilleta y fui hacia el fregadero. Abrí el grifo y me quedé allí plantada, mirando cómo el agua descendía hasta el desagüe.

«Él lo sabía.»

Cierto, algo nos unía, era innegable.

Pero él lo sabía. Y en tan poco tiempo...

Si Tyler lo había supuesto después de muy pocos días y menos evidencias incluso, ¿cómo narices no se había dado cuenta todavía mi padre?

A menos que no fuera así.

Me desplomé sobre la mesa y me dejé caer sobre la silla; la simple idea había hecho que se me aflojaran las piernas.

¿Lo sabía mi padre?

Se me secó la boca y me humedecí los labios. Antes de convencerme a mí misma de lo contrario, cogí el teléfono.

Mi padre respondió a la primera.

—Hola, hija mía. ¿Cómo va la cadera?

—Tengo un agujero —dije—. Por lo demás, está bien.

—Qué bromista. ¿Qué pasa?

—Esto... papá, quería preguntarte algo.

—Está bien —dijo con un tono más suave—. Adelante.

—Es... es algo de cuando era niña. De cuando vivía con mamá. ¿Sabías que...? —Tragué saliva—. Papá, Grier la maltrataba.

Se quedó callado durante un rato. Cuando habló su voz sonó distante y muy triste.

—Lo descubrí más tarde.

—Debería habértelo dicho yo. Podría haber ayudado a solucionarlo.

—No, no, cariño. Eras una niña. Estabas viviendo un infierno y lo hacías lo mejor que podías. Lo hiciste de maravilla.

—Era un monstruo —dije—. Deseaba verlo muerto todos los días.

—Claro que sí.

—Y entonces... Entonces lo mataron.

—Sí, lo mataron —repetió, y lo supe, lo supe porque conocía su forma de hablar, tanto como él me conocía a mí. Mi padre también me había guardado el secreto.

—¿Sloane?

—¿Sí, papá?

—Como suelo decir, la justicia siempre gana.

—¿Ganó la justicia, papá?

—Desde luego que ganó, cariño.

Cuando colgué me di cuenta de que estaba llorando, pero también estaba sonriendo. Y por primera vez en mucho tiempo, me deshice del lastre de mi secreto.

Quería estar con Tyler, pero él había salido para asistir a sus reuniones, así que hice lo siguiente más conveniente. Me vestí, subí al coche y me dirigí al Destiny.

Era temprano, pero no me importaba. Podía hablar con los clientes, quizá averiguar si había alguien más que conociera a Amy.

Fruncí el ceño al reparar en que no había preguntado a mi padre si había averiguado algo sobre el carnet de conducir de Amy. Aunque, de todas formas, no había pasado tanto tiempo desde que le pedí el favor y sabía que me llamaría cuando tuviera algo.

Sin embargo, quería poner al corriente a Candy para comunicarle que tenía incluso más argumentos que confirmaban que Amy se había largado a

Las Vegas. Puse el manos libres del teléfono y marqué su número mientras me incorporaba a la autopista para dirigirme al Destiny.

—Hoy iba a telefonarte —dijo Candy en cuanto descolgó—. Adivina quién me llamó anoche.

—Amy —dije.

—¡Sí! Dejó un mensaje en el buzón de voz. Tenía una voz horrible, aunque dijo que le iba genial, que había conocido a un chico, en eso no nos hemos equivocado. Había perdido el teléfono. Estuve a punto de borrar su llamada porque al principio supuse que era alguien que se había equivocado. Decía que no me preocupase por ella.

—¿Te pareció que estaba mal?

—Solo cansada —respondió Candy—. Intenté hacer una rellamada al mismo número, pero no estaba operativo. No entiendo por qué. Quería decirle que se relajara. Y que dejara a ese tío si hacía que se sintiera tan agotada. De todas formas, son buenas noticias, ¿no?

—Estupendas.

—En el mensaje también decía que estaría aquí para cuando naciera mi bebé. Bueno, afirmaba que llegaría el mes que viene, pero estoy segura de que se refería a la semana que viene. Si no, le arrancaré el culo a mordiscos por no llegar a tiempo.

—Apuesto a que lo harás.

Colgué con una sonrisa; Candy estaba más tranquila, lo había notado en su voz. Pensé en Sapphire, en su frustración por no saber qué le había ocurrido a Emily y su impresión de que la policía no hacía lo suficiente para averiguarlo.

Yo no podía ayudar demasiado en aquella investigación. Con todo, sí estaba a mi alcance recopilar algunos hechos, así que busqué en la agenda de mi móvil el número de teléfono del detective Louis Carson, de Homicidios de Chicago, y lo llamé. Ya me había puesto en contacto con él anteriormente cuando llegué a la ciudad para preguntarle sobre Tyler y sus amigos, Evan y Cole.

—¡Hola, Watson! ¿Todavía estás en mi preciosa ciudad?

—Aquí sigo —le dije—. He de pedirte un favor, Carson.

Entonces le hablé de Emily y de mi deseo de ayudar a Sapphire, y le pregunté a continuación si se le ocurría qué podía haberle pasado a la chica.

—Sé algo sobre su caso, Watson. Puedo facilitarte alguna información, pero has de guardar el secreto. El jefe no quiere que se saque a la luz. Espera un poco antes de contar nada a tu amiga.

—Guardaré silencio hasta que me avises —le prometí.

Carson me contó que habían hallado el cuerpo de Emily en un almacén abandonado, muy conocido por lo visto, y que había sido víctima de torturas.

—No hubo agresión sexual, por lo que sabemos, pero sí sufrió palizas y privación de comida. Algún tarado se cebó con ella.

—¡Mierda!

—Te comprendo, Sloane —dijo Carson—. Tenemos la esperanza de que ese tipo no sea un asesino en serie.

—¿El forense ha hallado algo interesante?

—Restos de adhesivo y de aceite POE. Trabajamos en esa línea de investigación ahora, pero ese aceite poliéster y el adhesivo son muy comunes, ¡maldita sea!

Carson y yo hablamos hasta que llegué a mi salida de la autopista. Luego me despedí y aparqué frente al Starbucks que estaba a unos metros de distancia, al cabo de la calle. Había hecho lo mismo las dos últimas veces que había estado allí, y cuando el dependiente me puso un café con leche desnatada en un vaso grande antes de que yo lo pidiera, caí en la cuenta de que ya me consideraba una clienta habitual.

Me compré un panecillo de mantequilla para más tarde y me lo llevé al coche con el café, luego continué con el recorrido hasta el club. Estaba a punto de dirigirme hacia la parte posterior del edificio para aparcar, cuando vi la puerta trasera abierta y a Tyler salir por ella en compañía de Michelle.

Detuve el coche y me quedé mirando cómo se subían al Buick de Tyler y se ponían en marcha. Aunque sentí cierta culpabilidad por hacerlo, los seguí.

A pesar de lo que sabía sobre Michelle, no esperaba que me condujeran a un nidito de amor. Es más, gracias a lo que sabía sobre ella —incluido el comentario de Tyler de que en cuanto la vio entrar en su despacho pensó en ella para un proyecto— tuve la sensación de que estaba a punto de ver lo que en realidad no quería ver, la prueba de que Tyler Sharp no estaba en absoluto «limpísimo».

Ese presentimiento estuvo a punto de hacerme dar media vuelta.

Pero no pude. Debía seguir adelante. Debía verlo con mis propios ojos.

Tyler detuvo el Buick frente al Drake, y yo escogí un sitio en la acera de enfrente. El portero abrió la puerta del coche a Michelle y esta bajó; iba muy elegante con un traje rojo de chaqueta y falda tubo. Esperé a que Tyler saliera, pero él arrancó de nuevo y se incorporó al tráfico.

Fruncí el ceño. A punto estaba de seguirlo cuando vi la furgoneta blanca que tenía delante con la pegatina de BAS en la ventana trasera.

Bueno.

Al parecer me había topado con una operación de la empresa de seguridad de los Tres Caballeros Guardianes. Supuse que podía entrar y ver qué estaban tramando.

Justo iba a salir del coche cuando me sonó el teléfono, y por el número supe que se trataba de Kevin. Pensé en no contestar, pero sucumbí a la curiosidad y respondí.

—Esperaba tener noticias tuyas.

—Kevin, ya te lo dije. Sigues una pista falsa. Son buenos chicos. Confía en mí.

—No —respondió Kevin—. Traman algo. Esos tres no juegan limpio. Todo lo que tocan conduce a algo turbio. Contrabando de objetos robados, falsificación, extorsión... Hay para escoger. ¿Sabías que supuestamente dirigen una empresa de seguridad privada? Estoy casi seguro de que es una tapadera para recabar información.

Miré por la ventana hacia la furgoneta de BAS y fruncí el ceño.

—¡Por Dios, Kevin! ¿Tienes una sola prueba que no sea puramente circunstancial?

—Sé de lo que habló —respondió.

—Ya bueno, pues yo no lo sé.

Puse fin a la llamada, demasiado impaciente y distraída para seguir hablando.

Una vez más miré hacia el Drake y luego a la furgoneta que tenía delante.

Pensé en Tyler, y deseé no haber sido una tonta por dejarle derribar mis muros y permitir que se colara por las grietas. Pero aunque fuera eso lo que deseara, no lograba olvidar lo que Kevin había dicho: «Todo lo que tocan conduce a algo turbio».

No pude evitar pensar que Tyler me había tocado.

Fui sincera con Kevin: no sospechaba de aquellos hombres. Y, sin embargo, aunque era la verdad, no era toda la verdad.

Toda la verdad era que no había querido averiguar más, porque, joder, tenía miedo de lo que pudiera descubrir. Y si lo descubría, ¿habría mentido? ¿Tal como había mentido a aquel detective la noche anterior?

«Mierda.» ¿En qué me había convertido?

Estaba cerrando los ojos para no descubrir recovecos que antes habría iluminado con una linterna para ver entre las sombras.

Debía poner fin a semejante actitud en ese preciso instante. Aunque solo fuera porque estaba enamorándome de Tyler. Tenía que saber si el hombre al que amaba estaba metido en algún asunto sucio.

Antes de convencerme a mí misma de no hacerlo, salí del coche y caminé con decisión hacia la furgoneta. Inspiré para tranquilizarme, apoyé la mano en el tirador de la puerta corredera y la deslicé.

Dentro estaba Cole, que se volvió de golpe en mi dirección y plantó la palma sobre una consola para apagar enseguida una hilera de cinco monitores de vídeo.

Pero no sirvió de nada, yo ya lo había visto. Era Michelle, con vestimenta y parafernalia de dominatrix, con un látigo alzado sobre un hombre cuyo rostro reconocí por los periódicos de Chicago. Era Alderman Brian Bentley con mordaza de bola y esposas.

—Sloane, espera...

Cerré la puerta de golpe y dejé a Cole con la palabra en la boca. Me dirigí corriendo hacia mi coche. Oí que se abría la puerta de la furgoneta y que él volvía a llamarme. Me dio igual. Arranqué el coche, me incorporé al tráfico y pisé el acelerador a fondo.

Puse la música a todo volumen y deseé que aquel martilleo atronador me nublara las ideas, pero no funcionó. Solo podía pensar en las acusaciones vertidas por Kevin y en las imágenes que había visto en la furgoneta. Supuse que se trataba de una extorsión. Algún soborno. ¿Cómo lo había llamado Evan? ¿Un plan de protección?

¡Dios! ¿En qué narices estaban metidos?

¿Y qué narices estaba haciendo yo?

¡Maldición! Un año, un mes, una semana antes habría llamado a la comisaría local. En ese momento, no estaba segura de qué hacer.

Estaba hecha un verdadero lío por amor. ¿Acaso no me convertía eso en alguien tan culpable como ellos?

No lo sabía. Lo único que sabía era que solo podía pensar en Tyler, y que ese pensamiento era más potente y persistente que la música que mi padre me había grabado.

Tyler, que me había abrazado, me había provocado, me había acariciado, me había follado. Cuyo corazón latía al mismo ritmo que el mío.

Pensé en su sentido del humor. En su compasión.

Conducía de forma mecánica, con el piloto automático, no paraba de dar vueltas a la cabeza, y a la cuarta vez que empezó a sonar de nuevo la música de mi padre, me di cuenta de dónde estaba; ya no me encontraba en Illinois. No solo había cruzado al estado de Wisconsin, sino que había llegado a las afueras de la ciudad de Kenosha.

Quizá hubiera conducido de modo automático, pero estaba claro que mi subconsciente tenía sus propios planes.

Solo había estado una vez en la casa de estilo victoriano de la calle Quinta; sin embargo, no me costó encontrarla. El jardín estaba hecho un desastre la última vez que la visité, pero en ese momento el césped estaba cortado y habían plantado coloridas flores en bonitos maceteros de cerámica. Habían rascado la pintura desconchada, al menos la de la

fachada. Vi unos cubos y dos escaleras de mano en la parte lateral de la casa y supuse que estaban de reformas.

Detuve el coche justo delante, apagué el motor y me quedé sentada durante un rato, decidiendo qué hacer. Podía entrar... o podía dar media vuelta y conducir la hora y media de regreso a Chicago.

Decidí entrar.

No se oía un solo ruido, y al acceder por el jardín no vi a nadie. No sabía si sentirme molesta por haber ido hasta tan lejos para nada o si sentirme aliviada.

Toqué el timbre pero no recibí respuesta, así que insistí. Aguardé al menos tres minutos, hasta que decidí que todo lo que obtendría ese día, por lo visto, sería un relajante viaje al volante y demasiada obcecación mental.

Me volvía con intención de marcharme cuando oí una puerta que se abría a mis espaldas.

Miré hacia la entrada de la casa y vi el rostro alicaído de Oscar Hernandez.

Llevaba una camiseta interior con manchas de café y unos pantalones de pijama de franela bastante viejos. En la cara se le veían las marcas de las sábanas, arrugas que resaltaban sus ojos hinchados.

—¡Dios, teniente! —exclamé—. Estás tomándote muy en serio lo de la jubilación.

—¿Watson? —Abrió los ojos enrojecidos con la misma amplitud que la alegre sonrisa que se dibujó en su rostro—. ¡Por el amor de Dios, detective! ¿qué narices estás haciendo aquí?

—Ando un poco perdida.

Ladeó la cabeza, y tuve un atisbo de su característica agudeza mental en el fondo de esos ojos inyectados en sangre.

—No te refieres a calles ni a mapas.

—Supongo que no. —Hice un gesto de impotencia—. Necesitaba una cerveza. Me he dicho que este sería el lugar donde encontrarla.

—¡Claro que sí, joder! —exclamó—. Al menos anoche lo era. Mi mujer está otra vez en casa de Joey —explicó refiriéndose a su hija mayor—. Y

los chicos vinieron a pasar el rato.

—¿Una noche tranquila de puros y discusiones literarias?

—¡Menuda gilipollez! Nos pusimos ciegos y hablamos sobre la juventud perdida. Mete ese culito en casa —dijo al tiempo que se apartaba y me sujetaba la puerta para dejarme entrar.

Lo seguí hasta la cocina y me quedé esperando mientras él abría la nevera y echaba un vistazo al interior.

—Tengo Heineken y más Heineken. A lo mejor me queda algo de crema de licor en el congelador. A mi mujer le gusta esa con sabor a nata montada.

—Tomaré una Heineken —dije—. Y si tienes una bolsa de patatas fritas por ahí escondida, te querré hasta la muerte.

—Después de lo que hemos pasado juntos, deberías quererme de todos modos.

Hernandez cruzó la cocina en dirección a la despensa y salió con una bolsa de patatas Lays y otra de Ruffles.

—Eres un buen hombre, teniente.

—No lo olvides.

Pasados quince minutos estábamos sentados en la escalera del porche trasero, disfrutando de la brisa veraniega y mirando hacia el agua. Jamás había pensado que mi compañero fuera el típico manitas, pero debía admitir que tratándose de una casa así —grande, con anexos y un patio trasero enorme, con árboles y vistas al lago—, más le valía ser casero.

—¿Vas a contarme lo que estás pensando? Porque aunque me gusta mucho tu compañía, no creo que hayas conducido hasta aquí solo para tomar una cerveza y unas patatas fritas.

—Es una cerveza muy buena —dije, y entrechoqué mi botella contra la suya—. Pero... Para serte sincera, no estoy segura de por qué he venido. El coche me ha traído solo.

—¿Desde Indiana? La baja médica está trastocándote.

—Chicago —aclaré, y eso me sirvió de introducción. Le hice un resumen básico, dejando de lado los detalles más emocionantes. Si

acabábamos llegando a ellos, necesitaría algo más que una cerveza en el cuerpo para relatarlos.

—La última vez que te vi, pequeña, tu placa de poli no era de Chicago.

Lo miré de soslayo.

—¿Y?

—Y que sea lo que sea en lo que andan metidos esos chicos, no tendrá nada que ver con lo de encontrar a tu amiga desaparecida, ¿verdad?

—Verdad.

—Y la chica es la razón por la que has ido a Chicago.

—Sí.

—Pues déjalo ya.

Parpadeé, sorprendida.

—¿Que lo deje?

—Por Dios, Watson, eres la policía más entregada a su trabajo que conozco. No tienes por qué solucionar todos los problemas, ¿sabes? Así que, a menos que esos tipos estén matando a gente en Indiana, sus delitos y faltas no son asunto tuyo.

—¿Aunque esté tirándome a uno de ellos?

Inspiró sonoramente para asimilar lo escuchado.

—¡Joder, Watson! Ahora no podré dejar de pensar en eso en todo el día.

Me incliné hacia delante, apoyé los codos sobre las rodillas y puse la cabeza entre las manos.

—Estoy hecha un lío, Oscar.

—Menuda mierda. Joder. —Empezó a frotarme la espalda con su gran manaza—. Ya te desliarás.

—¿Cómo?

—No tengo ni idea.

Me reí.

—Eres de gran ayuda.

—Está bien, prueba con esto: el corazón tiene sus razones.

Me volví en su dirección.

—Menuda cursilada de mierda para ser tuya.

—Cortesía de mi mujer. Es lo que siempre me decía cuando Joey se presentaba en casa con algún tipejo cuya pinta no me gustaba. Como aquel banquero idiota que la siguió hasta aquí un día como un cachorrito perdido.

—¿Qué quiere decir esa frase?

—Creo que quiere decir que si te enamoras, la has jodido. Así que más te vale disfrutarlo.

—¿Sabes? En realidad no es un mal consejo.

—Así soy yo, siempre repartiendo sabiduría. ¿Quieres quedarte? Meredith volverá a casa para cenar.

—No. Tengo que volver. Pero gracias. —Me levanté y pensé en lo que había dicho—. ¿Qué pasó con el banquero idiota?

—Al final resultó no ser tan idiota. Me ha dado los tres nietos más maravillosos del planeta. —Hernandez también se levantó y me acompañó hasta la entrada, donde estaba el coche—. Cuídate la cadera. Y si ese tipo insiste en seguir a tu lado, tráelo por aquí. Si existe un hombre capaz de liarte, quiero conocerlo.

No me dirigí al hotel Drake cuando llegué a Chicago, sino a mi diminuto apartamento. Quería tener tiempo para pensar. Para estar sola. Para que todas las piezas encajaran en mi cabeza. Pensar en lo que sabía. En lo que deseaba.

Y quería plantearme que era imposible salvar, rodear o sortear el gigantesco abismo que separaba a la mujer policía del delincuente.

Hernandez quizá tuviera razón: no hacía falta que preparase las esposas ni que me chivara a Kevin de lo que los chicos estaban haciendo. Sin embargo, eso no cambiaba la naturaleza fundamental del problema: me había enamorado de un hombre que no podía ser mío.

Quería tiempo para estar sola.

Debí de imaginar que eso era demasiado pedir.

Abrí la puerta y me encontré de frente con Tyler, de pie en mi pequeña cocina, preparando café, sexy a rabiar con una camisa blanca y unos vaqueros.

—¿Allanamiento de morada? —le pregunté—. Bueno, ¡qué más te da! Otro delito que añadir a tu lista.

—Una falta, más bien. —Habló con voz aterciopelada y percibí un toque de humor en sus palabras. Lo conocía lo bastante bien para saber que intentaba contener mi enfado.

Tenía mis dudas de que fuera a funcionarle.

—Creía que Cole era el especialista en abrir cerraduras.

—No, te dije que esa era una de sus dos habilidades. No creo haberte hablado de las mías, que son muchas y muy variadas. —Levantó una taza—. Preparar café es una de ellas.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté sin demasiadas ganas de nada.

Me acerqué a la cama y me senté en el borde, agotada. Deseaba sentirme enfadada, de verdad que sí. Deseaba gritar y blasfemar y chillar y

despotricar contra todo. Pero estaba demasiado cansada y triste.

—Cole me ha contado lo ocurrido.

—Sí, ya lo suponía.

—Jamás te he mentado, Sloane.

Resoplé.

—No —dije—, no me has mentado. Has omitido la verdad, pero nunca me has mentado. Y yo nunca he querido saber más. He sido como uno de esos monos que se tapan los ojos, la boca y los oídos con las manos. Solo he visto lo que he querido ver.

—En realidad solo has visto el Destiny —dijo—. Y está limpio como una patena. Evan insistió en que fuera así para seguir siendo socio.

Negué con la cabeza.

—No. No estaba mirando al Destiny. —Inspiré para relajarme—. Estaba mirándote a ti. No podía ver nada más. Eres atrevido, sexy y excitante, y me dejé deslumbrar por tu luz. Y ahora tengo miedo de verte con demasiada claridad.

—¿Así que me castigas porque soy lo que has creído desde un principio?

—Ni se te ocurra —dije, y empecé a ponerme de muy mal humor—. Ni se te ocurra jugar conmigo. Ahora no. No con este tema. Soy policía, y lo sabes. Quizá haya estado viviendo una fantasía contigo, pero eso no cambia el hecho de que haya jurado velar por el cumplimiento de la ley.

—Te hiciste policía para castigarte a ti misma, Sloane. Te construiste una celda con las normas y las leyes. Pero no tienes por qué hacerlo. No debes ser castigada. Aquella noche triunfó la justicia, créeme.

Negué con la cabeza.

—No. Esto no tiene nada que ver Harvey Grier, ni hablar —dije, aunque él no había replicado—. Son importantes para mí esas normas, esos códigos... Son mi vida.

—¿Y si quiero que tú seas mi vida?

Sus palabras, pronunciadas con tanta sencillez y de forma tan directa, fueron como un puñetazo inesperado. Y tuve que armarme de valor para no tambalearme. Para no soltar un chillido. Para no gritarle que, por favor, no

volviera a decirlo porque la simple idea resultaba demasiado tentadora, y no podía permitirme caer en tentaciones.

Poco a poco, cuando creí que podría soportarlo, sacudí la cabeza.

—Ambos sabemos que eso jamás ocurrirá. —Sentí cómo afloraban las lágrimas, y me senté muy erguida, con los ojos bien abiertos, decidida a no llorar.

Tyler se quedó de pie junto al fregadero, mirándome fijamente a la cara.

—Jamás había deseado tanto a una mujer como te deseo a ti. —Su voz estaba tan llena de promesas y emociones a flor de piel que estuve a punto de derrumbarme—. Y nunca he dejado que una mujer se asomara a mi lado oscuro a través de mis brechas como he dejado que hicieras tú. Entiendo que tengas tus dudas. Las respeto. Pero debes saber algo: voy a intentar despejarlas con todas mis fuerzas.

Me pasé la mano por el pelo.

—Estoy cansada. Y confusa. Quiero estar contigo, pero no sé cómo. Ya te lo he dicho. Me siento hechizada y soy incapaz de ver más allá. Por el amor de Dios, Tyler... ¡Estáis haciéndole chantaje a alguien!

—No —dijo—. No es chantaje. Esas cintas no se grabaron por dinero, sino como medida de protección.

—¿Qué quieres decir?

—Te sorprendería saber que no todos los políticos son ciudadanos honrados y ejemplares. Da la casualidad de que el recién elegido Alderman Bentley era el último eslabón de un asunto que antes llevábamos los chicos y yo.

—¿La clase de asunto que yo desaprobaba?

Tyler dudó solo un segundo y luego se explicó sin andarse con rodeos.

—Un sistema para blanquear dinero. Bentley estaba metido hasta el cuello. Y eso significa que sabe demasiado sobre nuestra operación. Y ahora que es funcionario electo, podría sentirse tentado a usar la información para medrar en política.

—Si la utiliza se arriesga a que lo pillen.

—Quizá. Pero podría compensarle.

—Pero no le convendría que esas imágenes se hicieran públicas —dije.

—Ese es el plan. Si permanece callado, las imágenes jamás verán la luz.

—Eso no lo hace menos ilegal.

Tyler se encogió de hombros.

—En realidad no es lo que más me preocupa.

—¿Y qué es?

—¿Últimamente? Últimamente eres tú.

—Tyler... —Sentí como si una mano estuviera estrujándome el corazón.

—Es verdad. Por eso estoy aquí yéndome de la lengua. ¿Sabes cuánto estoy arriesgando al confesártelo? Porque cuando llegues al meollo de la cuestión, lo que te he contado puede destruirnos. Y jamás he sido tan incauto antes.

—¿Y por qué ahora? —le pregunté temiendo y anhelando al mismo tiempo la respuesta.

—Porque soy un idiota —respondió—. Soy un idiota por haberme enamorado de una policía.

—Tyler. —Fue una sola palabra, pero estaba llena de pasión y disculpas y, sí, de amor.

Se acercó desde la cocina para arrodillarse delante de mí.

—Esto es algo más que un juego para mí, Sloane. Y tú eres algo más que un premio. Quiero una mujer que se encienda conmigo, que se funda dentro de mí, que encaje en todos mis huecos. Y esa mujer eres tú, Sloane. ¿Lo ves? ¿Lo sabes? Lo eres todo para mí. Eres todo mi mundo.

Tragué saliva, abrumada por las emociones: confusión, miedo, amor.

Él se levantó y posó sus labios sobre mi boca; su beso fue a un tiempo posesivo y tierno.

—Ya te dije una vez que no quería secretos entre nosotros. —Mientras hablaba me acariciaba el brazo con los dedos—. Lo decía en serio. Quiero contártelo todo. No te aburriré con la lista detallada de nuestros trapos sucios, pero si tienes preguntas, házmelas.

Aunque reconozco que tenía muchas preguntas, no sabía por dónde

empezar, ni siquiera sabía si quería formularlas todas.

—Dijiste que el Destiny estaba limpio. Pero no siempre ha sido así, ¿verdad?

—No —respondió.

—Y ahora lo está gracias a Evan. Lo ha dejado por Angie, ¿es eso? Porque lo que hacía podía perjudicar la reputación del padre de ella.

—Sí. Y creo que ya no le entretenía tanto. Le gustan los negocios, así de simple. A mí me gusta darles un enfoque distinto.

—¿Tú podrías hacerlo? —pregunté, y fui consciente del tono lleno de esperanza con el que lo hice—. ¿Podrías dejarlo?

Tyler se quedó callado durante tanto tiempo que creí que no iba a responder. Cuando lo hizo, no me dio la respuesta que esperaba.

—¿Tú podrías dejar de ser poli?

—No es lo mismo. Yo velo por el cumplimiento de la ley. Tú la manipulas a tu antojo. Y no puedes hacerlo. No puedes sobrepasar los límites y no pagar por ello. —Se me secó la boca y me humedecí los labios—. Esa es la cuestión. Yo también te quiero, Tyler. Con locura. Pero no sé cómo asimilar todo esto.

—Entonces no lo hagamos —dijo—. Todavía no. Hemos estado viviendo en una burbuja, cariño. Quedémonos un tiempo más dentro de ella.

Inspiré para tranquilizarme y me lo pensé. En cualquier caso, solo me quedaban un par de días antes de tener que presentar mi informe. Y la verdad era que habría hecho cualquier cosa por pasar más tiempo con ese hombre.

—Está bien —accedí—. Pero ¿podemos quedarnos en el Drake? —añadí después de echar un vistazo a mi apartamento, tan cutre él.

El apartamento que Angie y Evan compartían era el sitio más maravilloso que había visto jamás. Se trataba de un espacio enorme, y una de las paredes del salón estaba formada por grandes ventanales con vistas al lago Michigan. Era de noche, y las barcas iluminadas sobre el agua daban la sensación de que las estrellas brillaban a nuestros pies y por encima de nuestra cabeza.

—Era de mi tío —explicó Angie—. Lo recibí en herencia. Y como a Evan le encanta este lugar tanto como a mí, vivimos aquí la mayor parte del tiempo.

Nos habían invitado a Tyler y a mí a tomar una copa, junto con Cole y con Kat. Kat había llegado antes que nosotros, y observé su rostro cuando Cole entró. Vi en su expresión atracción y fascinación, y luego, cuando Cole le dijo a Angie que alguien llamado Bree no se reuniría con él, desilusión.

Me gustaba Cole, era directo. También valoraba su pasión por lo que hacía. Había visto parte de su obra, y me impactaba su belleza y su fuerza, esas imágenes contrastaban, en cierta forma, con ese hombre tan corpulento que lucía el tatuaje del dragón. Pensé en lo que sabía sobre Cole, Michelle y la mazmorra. Y me compadecí de Kat. Sin embargo, no tenía muy claro si deseaba que ella averiguase cómo llegar a entender a un hombre tan complejo como Cole o si debía pasar de él y seguir con su vida.

—¿Tienes cerveza... para sofocar al dragón? —preguntó Cole a Angie.

—Ya sabes que sí. Sírvete tú.

Hizo una pausa de camino a la cocina.

—Me alegro de que Tyler y tú os hayáis librado —dijo. Y luego me sorprendió al darme un abrazo rápido y fuerte.

Mientras Cole se dirigía a la cocina, los demás seguimos a Evan y a Angie por aquel comedor lleno de obras de arte, la mayoría de ellas enmarcadas e iluminadas con su propio aplique.

Sin embargo, una de las piezas destacaba entre todas las demás. Era una colcha tejida a mano, puesta en un bastidor y colgada justo a la salida del comedor en una sala anexa.

—Se parece a la colcha de Tyler.

—La mujer que hizo esta regaló otra a Cole y otra a Tyler —dijo Angie.

Miré con curiosidad a Tyler.

—¿De verdad? Qué interesante.

Kat resopló, pero Tyler se limitó a entornar los ojos.

—No elucubres, detective. Nos las tejió a mano la abuela de la primera chica a la que salvamos de la trata de blancas.

—Son muy especiales —añadió Evan.

—Sí que lo son —admití—. Has influido en muchas vidas.

Evan se volvió hacia Angie.

—Chicas, ¿por qué no vais a la terraza? Os subiremos las copas.

La terraza era una zona exterior inmensa en la azotea del ático. Angie y yo nos sentamos en los mullidos sofás al aire libre, y Kat se instaló en el suelo.

—Yo creía que planeabas una estafa —me dijo Kat—. Cuando te vi por primera vez, quiero decir.

—¿Una estafa?

Se encogió de hombros.

—Sabía que los chicos te habían echado el ojo, y no lograba imaginar por qué. Ignoraba que eras policía y supuse que querías desplumarlos. Me parecía increíble que hubiera alguien tan idiota para creer que podía estafarlos e irse de rositas. Créeme, sé lo que me digo.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Bueno, no lo sé de forma directa —puntualizó Kat—. Hace años, mi padre llegó a un acuerdo inmobiliario con Tyler, aunque yo no tuve nada que ver. Pero supe qué pasó por mi padre. —Hizo una mueca—. Por eso sé que es mejor no jugársela a Tyler Sharp.

—¿La tomó con tu padre?

—Digamos que no dejó que mi padre le tomara el pelo.

—Parece algo típico de Tyler —dije, y no pude evitar preguntarme de qué parte de la ley estaba el padre de Kat.

Los chicos regresaron pronto con las copas, y la noche fue cayendo poco a poco. Hablaron de trabajo y de diversos proyectos, y todos parecían legales, y me planteé cuánto sabría Kat sobre lo que hacían aquellos hombres.

En cuanto a Kat y a Angie, me hicieron toda clase de preguntas sobre cómo era ser policía y stripper en el Destiny. Debo admitir que fue una combinación de temas interesante.

Iba por mi segunda copa de vino cuando Kat se levantó y dijo que tenía que marcharse.

—Trabajo —aclaró y torció el gesto—. De verdad, tendría que haber una forma más fácil de ganarse la vida.

Se dirigió hacia la salida, y Angie y yo fuimos hacia el cristal que protegía la terraza del abismo que se abría debajo.

—Está como loco contigo —dijo Angie en cuanto estuvo segura de que los chicos no podían oírnos.

—El sentimiento es mutuo —aclaré—. Pero da igual. Nuestras vidas son incompatibles, ¿sabes? Volveré a Indiana a finales de esta semana.

—Quizá funcione —dijo ella—. Yo creía que no funcionaría entre Evan y yo, pero aquí estamos.

Cambié de postura para verla mejor.

—¿Puedo preguntarte algo? Sé que tu padre es senador —empecé a decir cuando Angie asintió en silencio—. E imagino que los chicos están metidos en más de un asunto que no es en absoluto legal.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Te lo imaginas?

—Tyler me lo ha contado —dije.

—Oh. —Abrió los ojos de par en par—. Bueno, eso sí que es interesante.

Sonreí con ironía.

—Sí, bueno. Imagino que Evan está limpio. Lo que es lógico teniendo en cuenta a qué se dedica tu padre. ¿Tengo razón?

Angie asintió en silencio.

—Así que ha cambiado. Me refiero a Evan. Ha cambiado por ti.

—Ha cambiado —afirmó—. Pero lo ha hecho por sí mismo. No creo que pudiera estar con un hombre que no se mostrara tal como es. ¿Tú podrías?

—No —admití—, no podría.

Pero tampoco podía estar con un delincuente.

Cuando regresamos con los chicos, ellos seguían hablando de trabajo. En esa ocasión, de una galería de arte.

—Ya lo habíais comentado —dije—. ¿Vais a abrir una galería de arte?

—Así es —respondió Cole—. Y es un espacio asombroso. Deberías echarle un vistazo, Evan.

—Ya sabes que no entraré en ese negocio.

Enarqué las cejas con gesto de sorpresa y miré a Tyler.

—¿Hay algo turbio bajo las capas de pintura?

En cuanto hablé, Evan y Cole miraron con suspicacia a Tyler.

Él se limitó a encogerse de hombros.

—Se lo he contado —dijo—. Todo.

Percibí que estaban tensos, pero se relajaron cuando Tyler siguió hablando.

—La amo —añadió, y dirigió una mano hacia mí.

Los otros dos hombres no dijeron nada, pero vi un destello de aceptación en sus ojos. Pensé que me bastaba con eso, mientras posaba la cabeza sobre el hombro de Tyler. Eran familia.

—Ven a echar un vistazo, Evan —dijo Tyler—. No vamos a obligarte a firmar un pacto de sangre. Y ¡quién sabe! —añadió—, quizá acabemos dedicándonos a los negocios legales. Cosas más raras se han visto.

Nos quedamos otras dos horas, y luego Tyler me sacó de allí poniendo una excusa por los dos. Angie me dio un abrazo, y Cole y Evan me besaron en la mejilla. Me sentí parte del grupo.

—Me gustan —comenté—. Podemos quedarnos más tiempo si quieres.

—No podemos —dijo al tiempo que miraba la hora en su móvil—. Tenemos un compromiso.

—¿Ah, sí?

—Sí —asintió con una mirada de malicia aflorando en los ojos.

—¿Me dirás de qué se trata?

—No —respondió, pero cuando salimos del edificio, vi la primera pista: una limusina con chófer trajeado incluido que me abrió la puerta.

Me volví hacia Tyler para preguntar, pero él negó con la cabeza.

—Entra.

Obedecí, y Tyler me siguió.

Sujetaba en la mano una rosa de color rojo sangre. Me la dio junto con un beso largo y lento.

—Esto me gusta —dije cuando se apartó de mí—. Misterioso y romántico. ¿Adónde vamos?

—No muy lejos —prometió mientras me rodeaba con un brazo y me pegaba a él.

El reloj que le había regalado Jahn me rozó el hombro y eso, sumado al hecho de que acabábamos de estar en un apartamento que había sido de Jahn, me recordó algo que todavía no había preguntado.

—¿Me contarás ahora por qué no has llevado el reloj a reparar?

Tyler se volvió, me miró y asintió.

—Howard Jahn era un hombre increíble. Inteligente. Hipnótico. Emprendedor. Nos enseñó a Evan, a Cole y a mí todo lo que sabemos —añadió con una sonrisa elocuente—. Sin embargo, no se le daban muy bien las mujeres. Guardaba demasiados secretos, y ellas siempre lo dejaban. Por lo visto, una de sus primeras esposas acabó tan harta de él que le tiró el reloj a la cara. Más adelante hubo otras que hicieron lo mismo. En lugar de volver a repararlo, decidió esperar hasta encontrar a la mujer de sus sueños.

—Jamás la encontró —dije pensando en el reloj roto—. Es muy triste.

—Ya lo sé, sí que lo es. Pero cuando enfermó, nos escribió una nota a cada uno. Y en la mía decía que él y yo teníamos algo en común, que ambos necesitábamos encontrar a la mujer perfecta para sentirnos completos, y que esperaba que yo la hallase pronto para que no acabara tan solo como él.

No dejó de mirarme mientras hablaba y se me aceleró el pulso.

—Dijo que cuando la encontrara el tiempo volvería a ponerse en marcha. —Esbozó una sonrisa fugaz y encantadora—. Espero repararlo pronto.

—¿De verdad vas a repararlo? —le pregunté sonriendo.

—Sí —respondió, y tuvo el tiempo justo para besarme antes de que la limusina se detuviera y el chófer abriera la puerta.

Miré al exterior.

—¿El acuario? ¿No acabamos de estar aquí?

—Se me ha ocurrido que podíamos intentarlo de nuevo. Me gusta este lugar. Quiero que tengas buenos recuerdos.

—Pero ¡si es media noche! Está cerrado.

—No para nosotros.

Me llevó hasta la entrada. Estaba bastante claro que teníamos autorizado el acceso, y luego volvimos al edificio circular dedicado al arrecife del mar Caribe.

—Tyler —dije con un hilo de voz.

La habitación estaba amueblada con una solitaria mesa cubierta por un mantel blanco. Un violinista tocaba situado a un lado, y un chef solo para nosotros estaba preparado para atendernos.

Una vela ardía sobre la mesa, y había un pequeño jarrón de cristal para mi rosa.

Miré la sala, a él, y sentí que se me humedecían los ojos.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque te miro y lo único que deseo es estar dentro de ti. Acariciarte. Echarte en el suelo y poseerte, de todas las formas posibles y en todas partes. Es superior a mí.

—A mí también me supera.

—Pero a pesar de todo eso —añadió—, no quiero dejar de ser romántico contigo.

Me tomó de la mano y me acogió entre sus brazos.

—He salido con muchas mujeres, Sloane, pero solo me he enamorado de una. Quiero lograr que esto funcione.

—Y yo también —susurré, aunque no estoy segura de cómo logré articular palabra, pues la emoción me embargaba—. Pero no sé cómo.

—Ya pensaremos en algo juntos.

Café con leche en vaso grande, ¿verdad? —me preguntó la dependienta del Starbucks, y yo torcí el gesto ligeramente.

—Debería reducir la dosis —dije—. Pero, sí.

Pagué y me puse a un lado para esperar mi café. Mientras lo hacía se me acercó Kevin.

—Tengo que hablar contigo —dijo.

Me lo quedé mirando boquiabierta.

—Pero ¿qué narices haces aquí? ¿Has estado siguiéndome?

—Dame dos minutos.

—Dios, Kevin. Esto se te va de las manos.

—No —dijo, y me entregó un sobre—. Es todo lo que tengo sobre ellos, una lista detallada de los asuntos turbios en los que creo que están implicados.

Se me desbocó el corazón por el temor creciente a que Tyler —a que los Tres Caballeros Guardianes— estuvieran metidos en un lío. Me esforcé por mantenerme tranquila, para no permitir que Kevin percibiera mi reacción, o para que, en caso contrario, creyera que era por la emoción de estar a punto de pillarlos.

—Está bien —dije—. Le echaré un vistazo.

Y así lo haría. Con detenimiento y en compañía de Tyler. Y si por algún motivo existía el riesgo de que los culparan de algo, podrían usar la lista de Kevin como plan de acción para librarse de la cárcel.

Tyler no estaba en el Destiny cuando llegué, así que dejé el sobre en el primer cajón del escritorio y fui a prepararme para mi turno.

Me había puesto ya los pantalones cortos y estaba a punto de comenzar cuando Cole me agarró del brazo.

—¿Qué coño pasa contigo, Sloane?

—¿Cómo dices?

—Tyler es un buen tío. Él confía en ti y, por lo tanto, nosotros también lo hemos hecho. Pero, guapa, a ninguno de nosotros le gustan los juegucitos, ¡joder! A Tyler menos que a nadie.

Tiré de mi brazo para zafarme de Cole.

—¿De qué me hablas?

No tenía ni idea de qué había provocado esa reacción de Cole, pero estaba claro que tenía una enorme capacidad de autocontrol a tenor de lo amable que había estado conmigo en el apartamento de Evan y Angie hacía poco. En ese momento, sin embargo, habría sido capaz quizá de traspasarme de un puñetazo tal como había hecho con la pared del hospital donde se hallaba Lizzy.

No sabía si alguno de los tres habría matado a alguien, pero estaba segura de que Cole era capaz de hacerlo.

—Tú ve con cuidado —me dijo y luego se marchó.

—¡Cole!

Se volvió con el dedo levantado y una expresión tan tensa que supe que estaba conteniendo un acceso de rabia.

A continuación se volvió de nuevo y apretó el paso para marcharse.

No fui capaz de decidir si estaba enfadada porque no me había contado cuál era el problema o aliviada porque no me hubiera dado un puñetazo.

Necesitaba aclarar todo aquello con Tyler, y como sabía que había llegado al Destiny haría alrededor de media hora corrí a su despacho y empujé la puerta.

—¿Qué narices pasa con Cole?

La sombría expresión de Tyler me impidió continuar.

—¿Qué narices pasa con Cole? —repitió. Se puso en pie, hecho una furia—. Di más bien qué narices pasa contigo, Sloane.

—¡Dios mío...! ¿Tú también, Tyler? —Estaba confusa y dolida—. ¿De qué me estás hablando?

—Cole te vio —dijo—. ¿Trabajas con Kevin Warner, con ese maldito cerdo? Confiaba en ti. Mierda, Sloane, te amaba. ¿Cómo coño has

podido...?

—¡Hijo de puta! —Estaba cabreada, y hablé con voz grave, ronca y cortante—. ¡Maldito hijo de puta! ¿De verdad crees que podría traicionarte? ¿Afirmas que trabajo con Kevin? Es él quien no ha parado de acosarme, Tyler. Pretende ventilar tus trapos sucios. Y lo único que he hecho ha sido decirle que estás limpio. Joder, me la he jugado para convencerlo.

Me dirigí con paso firme hacia su escritorio y abrí de golpe el cajón. Saqué el sobre y se lo planté delante de las narices.

—Toma. Esto es lo que Kevin tiene sobre ti. Se me ocurrió que podría interesarte por si querías limpiar la maldita mierda en la que te has metido. ¡Joder! —Estampé un puño sobre la mesa—. No soy Amanda, Tyler. No he ido corriendo a buscar a la policía. No te he traicionado.

Sin embargo, no podía quedarme y, sin volver la vista atrás, salí de la habitación a toda prisa, cogí mi bolso del armario del camerino y regresé al Drake sin molestarme siquiera en cambiarme de ropa.

Los pantalones cortos y el corpiño con forma de sujetador captaron algunas miradas, pero apenas reparé en ellas; seguía estando demasiado furiosa.

Pero cuando me hallé en la habitación del hotel sacando del cajón la ropa de deporte me di cuenta de lo irónico de la situación. Había ido hasta allí. Al Drake.

Estaba cabreada y quería ir a casa. Y para mí ir a casa era ir al lugar que compartía con Tyler.

¿No era eso estar jodida?

Me puse unas mallas y un sujetador de deporte, y llamé a recepción para que me dieran la dirección del gimnasio más próximo. Resultó que en la décima planta había uno. Lo encontré enseguida y me sentí aliviada al ver un saco de boxeo.

Me vendé las manos a toda prisa, me puse unos guantes y empecé a aporrear el saco con todas mis fuerzas. Un hombre delgado con auriculares corría en la cinta y, de vez en cuando, me echaba una miradita de preocupación. Y no me sorprende. Si ese saco hubiera sido una persona, habría muerto, varias veces.

No estoy segura de cuánto tiempo estuve torturando al saco antes de que la puerta se abriera y entrara Tyler. Lo vi acercándose hacia mí por el espejo, pero no me volví. Todavía no me había desfogado.

—¿Quieres darme a mí también un par de puñetazos?

—¡Sí, joder!

—Tenemos que hablar, Sloane.

—En realidad, no.

Tyler se acercó más, alargó una mano y sujetó el saco para mantenerlo inmóvil.

—Podemos hablar aquí, con público, o volver a la suite. Pero hablar, vamos a hablar.

—Vale. —Me dirigí hacia la puerta y esperé a que él la abriera, porque yo seguía con los guantes puestos.

Los miró mientras íbamos por el pasillo.

—¿Estás pensando en pegarme?

—Depende de lo que digas.

—Voy a disculparme —anunció, y sentí un tremendo alivio—. Quizá también me humille un poco.

Me crucé de brazos y agaché la cabeza mientras Tyler abría la puerta de la suite.

—Pensándolo bien, sí. No estaría mal que te humillaras un poco.

—Lo siento —dijo una vez más en cuanto se hubo cerrado la puerta a nuestro paso—. Lo nuestro... Lo deseo con toda mi alma, pero también me asusta. Ya te lo he dicho, me cuesta confiar en la gente. Y cuando Cole me contó lo que había visto, fue como revivir lo de Amanda. La he cagado.

—Desde luego que sí. —Tiré de los guantes con los dientes para quitármelos e inspiré con fuerza para relajarme—. La confianza debe ser mutua. No confiabas en Amanda porque te traicionó. Pero ella tampoco confiaba en ti. No te creía capaz de arreglártelas solo.

»Y además, en general, a mí también me cuesta confiar en la gente —aclaré mientras me quitaba la venda adhesiva de las manos—. Pero confío en ti, Tyler. Quizá no esté de acuerdo con lo que haces, pero confío en ti.

—Yo también confío en ti —afirmó—. De verdad. A pesar de mi gran cagada.

Lo miré con el corazón encogido. Aquel hombre lo era todo para mí, se había convertido en mi mundo. Y quería... necesitaba saber cuán profunda y sincera era esa confianza.

—Ya lo sé —dije. Poco a poco, de manera significativa le entregué la cinta adhesiva—. Te quiero, Tyler, y confío en ti más que en nadie. Necesito que lo sepas para que entiendas esto.

Ladeó la cabeza, sin duda no estaba muy convencido.

—Sloane. ¿Estás segura?

—Es lo que deseo —dije—. Durante todos estos años solo he podido pensar en una cosa. Él la maltrataba. Le pegaba. Quiero dejar de pensar en eso. Te deseo. Átame, Tyler. Átame y hazme el amor, y haz que olvide esa pesadilla.

Me levantó en brazos como si no pesara nada, me llevó hasta la habitación y me depositó con delicadeza sobre la cama. Se colocó a mi lado, se inclinó y me besó. Lo hizo con ternura y amabilidad hasta que el beso se tornó prácticamente un castigo.

—Te deseo —dijo—. Te necesito.

—Lo sé. —Lo abracé con más fuerza, lo apretujé porque deseaba más besos, más intensos y apasionados—. Yo también te necesito.

—Tenía miedo, Sloane. Por un momento temí haberte perdido.

—Eso nunca, Tyler —confesé con voz trémula.

Me quitó el sujetador de deporte con parsimonia y se metió mis pechos en la boca, primero uno y luego otro, y empezó a chuparlos hasta que sentí que esas descargas eléctricas me recorrían hasta el sexo. Arqueé el cuerpo porque deseaba más. Más de él. De sus caricias, de todo su ser.

—Incorpórate —dijo—. Y échate hacia atrás.

Lo hice y acabé sentada sobre una almohada que Tyler había colocado contra el cabecero de hierro forjado.

—Cruza las muñecas apoyándolas sobre uno de los barrotes —ordenó.

Dudé un instante. Imaginé que iba a atarme con un brazo a cada lado.

—Tranquila —dijo, como si hubiera intuido mis reticencias—. Te gustará. Nos gustará a ambos.

Asentí en silencio y obedecí. Inspiré con fuerza para mantener a los fantasmas a raya.

—¿Estás bien? —me preguntó en cuanto tuve las manos atadas a la espalda.

—Sí —respondí, sorprendida por la autenticidad de mi afirmación. Levanté la cabeza para recibir un beso—. Hasta ahora me siento bien. Más que bien.

La verdad era que estaba empezando a excitarme. Maniatada allí, a punto de que Tyler me poseyera. Y yo me entregaría por completo, me rendiría.

Debería haberme sentido aterrorizada. Debería haberme retorcido en un desesperado intento de liberarme.

Debería haber dado a Tyler una patada en los huevos.

Sin embargo, hice todo lo contrario. Estaba deseando ver qué ocurriría con una intensa expectación. Y todo porque confiaba en aquel hombre.

Me dio la espalda y se alejó de mí para ir a abrir el último cajón de la cómoda. Cuando volvió llevaba dos cabos de cuerda roja en las manos.

Fruncí el ceño.

—No sé si alegrarme de que tengas experiencia en esto o si cabrearme por no ser la primera mujer con quien lo haces.

Tyler se sentó a mi lado y me besó con delicadeza mientras jugueteaba con mis pechos tocándomelos con los dedos. Fue un momento íntimo y natural, y me recordó, más que nunca en ese instante, que realmente era suya y que podía hacer conmigo cuanto deseara.

—Eres la primera —dijo con voz grave y seductora—. La primera. Y la única.

—Tyler...

—Lo sé —dijo—. Sé que esto no puede durar. Ya me lo has dejado claro, y lo he entendido. Pero eso no cambia la realidad. Te quiero, Sloane —me dijo mientras me quitaba las mallas—. Y siempre será así. Ahora

acércate las rodillas al pecho —ordenó con un repentino cambio de tono.

Me mordí el labio superior, pero obedecí. Contuve la respiración cuando me rodeó con la cuerda la pierna izquierda, justo por debajo de la rodilla, de forma que me ató el tobillo al muslo. Luego agarró el cabo suelto y lo enrolló al cabecero, junto a mi mano; tiró con fuerza para tensarlo, de forma que me quedó la pierna en alto, la rodilla contra el pecho y el sexo totalmente expuesto.

Me rozó la vulva con los dedos.

—Tienes el coñito empapado, Sloane. Creo que has tenido pensamientos impuros.

—Muy impuros —afirmé.

—¿Como cuáles?

—Como que me gusta esto —susurré, mientras él me penetraba con los dedos hasta el fondo—. Que me gusta estar a tu merced. —Me esforzaba por vocalizar a pesar de las ganas que tenía de lanzar un profundo suspiro de placer—. Que me gusta saber que soy tuya. Y no saber qué va a ocurrir a continuación.

—Bien. Muy bien —dijo, y luego repitió el mismo proceso con mi otra pierna—. Perfecto —comentó al acabar su trabajo—. Ahora cierra los ojos.

Lo hice, y me sobresalté cuando me agarró por las rodillas, me levantó solo un poco y me azotó en el culo.

—No es la mejor postura para esto —dijo—. Pero recuerdo que a la señora le gustaba la sensación. Me preguntó hasta dónde querrá llegar.

—Muy lejos —murmuré—. Hasta el final —aseguré, y Tyler soltó una carcajada.

—Pues hasta el final será. —Y volvió a azotarme, no el culo sino el sexo.

Solté un grito, pues la sensación me resultó desconocida y extraña, aunque excitante al mismo tiempo. Y cuando volvió a hacerlo todavía me escocía la primera palmada, por lo que tenía el clítoris tan sensible que habría bastado un soplo de aire para que me corriera.

—Qué tierno —murmuró.

Abrí los ojos para ver cómo aproximaba su boca a mi sexo, y esa simple visión me hizo estremecer por la necesidad de tenerlo dentro.

Tyler se entregó a mí, primero con la lengua, metiéndomela tan profundamente que me arqueé hasta donde me dejaron las ataduras y luego me plegué contra su cuerpo, exigiéndole más en silencio.

Me dio más, ascendió con sus labios hasta mis pechos mientras iba jugueteando y atormentándome el sexo con sus caricias, con lo que proyectaba en mí sensaciones crecientes que me recorrían todo el cuerpo. Deseaba retorcerme, agitarme, pero apenas podía moverme, lo cual acrecentaba la tortura, y me sentí abrumada por el placer, segura de no poder contenerme más.

—Estoy a punto —dije—. ¡Oh, Dios, Tyler, te deseo dentro de mí! ¡Por favor, quiero sentirte dentro cuando me corra!

Se desnudó a toda prisa y se arrodilló entre mis piernas. Me levantó ligeramente con una mano mientras se sujetaba la polla con la otra y me la colocaba justo sobre el sexo.

—¡Sí!

El placer era tan intenso que creí que me correría en ese mismo instante. Tyler me sujetó las piernas y me penetró.

—Mírame —me ordenó—. No cierres los ojos.

Así lo hice, hipnotizada por la forma en que entraba y salía de mi cuerpo. Desesperada cuando vi que retiraba una mano de mi pierna y empezaba a atormentarme el clítoris, lo cual me propulsó con más fuerza aún hacia el éxtasis.

—Estás a punto —dijo—. Puedo notar la tensión en tu cuerpo. Siento que vas a correrte. Venga, nena, vamos a acabar al mismo tiempo.

El timbre de su voz me condujo hasta el abismo.

—¡Ahora, Sloane, ahora! —gritó, y yo estallé con él y me elevé hasta el cielo a pesar de que estaba fuertemente atada a la cama.

Me estremecí durante un instante que se me antojó eterno, y Tyler me dejó así, mientras iba paseando los dedos por mi anatomía como si deseara extraer de mí hasta la última gota de placer.

—Quédate conmigo —murmuró mientras me tocaba de esa forma tan

íntima—. No vuelvas a Indiana. —Me acarició la mejilla, me besó en los labios, me rozó el sexo—. Quédate.

Cerré los ojos y deseé que las cosas fueran distintas.

—Quiero quedarme. Tyler, créeme. Pero no puedo, soy policía. No puedo dejarlo. Es parte de mi vida. Ya lo sabes.

—Pues sé policía en Chicago. O en alguna empresa de seguridad privada. Joder, podrías trabajar para BAS.

Me reí.

—¿Porque es una empresa en crecimiento?

—Yo solo quiero que te quedes. Por el momento, no me importa cómo lo consigas.

Incliné la cabeza y me miré los brazos, todavía atados por detrás de mí. Luego me miré las piernas, abiertas de par en par, y su mano acariciándome.

—Ahora mismo podrías obligarme.

—Resulta tentador —dijo—. Muy tentador.

—Ya sabes que esto de la confianza debe ser mutuo. Quizá yo también debería atarte.

Su sonrisa fue maliciosa y lasciva.

—Quizá debieras hacerlo. Creo que me gustaría estar a tu merced.

Cuando se acercaba para desatarme, sonó mi móvil.

—¡Maldita sea! —espeté—. Conecta el buzón de voz.

Tyler cogió el teléfono y vi que dudaba.

—Es tu padre. ¿Quieres contestar?

—Pon el manos libres —dije, ya que no podía sujetar el móvil—. Quizá sea importante.

Tyler puso el teléfono sobre la cama.

—Hola, papá. Oye, no es un buen momento. Me pillas bastante liada.

Todavía a mi lado, Tyler puso cara de circunstancias.

—No te entretendré. Pero quería informarte de que he tenido noticias de

mi amigo, el del Departamento de Policía de Las Vegas. Amy estaba citada a declarar. Por prostitución.

Miré a Tyler a los ojos.

—¡Mierda! Gracias por contármelo.

—Espera, Sloane; hay algo más. Alguien había contratado sus servicios. Pedí a mi amigo que comparase la foto de la ficha policial con el carnet de la chica. Cielo, no coinciden.

—Repítelo.

—Alguien estaba suplantando la identidad de Amy.

«Mierda, mierda y más mierda.»

Tuve un mal presentimiento. Un presentimiento muy malo.

—Papá, tengo que colgar. —Dirigí la cabeza hacia el teléfono y Tyler colgó—. Desátame —le dije a toda prisa—. Desátame ya.

—¿Qué ocurre?

—No estoy segura.

Me senté en la cama y me pasé los dedos por el cabello.

—¡Mierda! Algo no encaja, y tengo la sensación de que la clave de todo este lío es Las Vegas.

—Amy no está allí, ¿es eso?

Miré a los ojos a Tyler al tiempo que una palabra brotaba de mi boca:

—Emily.

Tyler se volvió hacia mí.

—Rebobina, Sloane. Dime, ¿qué es lo que te pasa por la cabeza?

Me puse de pie y comencé a recorrer la habitación para centrar mis pensamientos.

—No creo que Amy fuera a Las Vegas. Jamás estuvo allí.

—De acuerdo...

Alcé una mano para pedir a Tyler que guardara silencio; necesitaba que no me interrumpiera. Proseguí.

—Se supone que Emily fue a Las Vegas, pero lo cierto es que fue hallada muerta aquí, en Chicago. Y creemos que Amy está en Las Vegas, aunque no hemos tenido noticias tuyas.

—Pero Darcy recibió una postal tuya —objetó Tyler—. Y me contaste que llamaste a Candy.

—La postal no tenía remitente, y la llamada no fue directa sino un mensaje en el buzón de voz de Candy. Además, se equivocó en el mes...

Tyler frunció el ceño.

—¿Qué es eso de que se equivocó en el mes?

—Aguarda, he de comprobar algo antes de explicártelo.

Cogí mi smartphone e hice una búsqueda a través de Google para averiguar más cosas sobre el aceite POE. Supe que se usaba como refrigerante para varios aparatos y máquinas.

—¡Joder! ¡Joder, joder...!

—Ponme al día, Sloane.

—Llama a Shapphire. Tienes el número de su móvil, ¿no?

Tyler marcó el número y conectó el manos libres. Mientras lo hacía, comencé a explicarme.

—Si mi corazonada es correcta, no fue Amy quien envió la postal sino otra persona. Y la llamada se hizo desde un número oculto. Y Amy tenía una voz horrible, por lo que me contó Candy. Además, le dijo que la vería el mes que viene. Amy sabe cuándo sale de cuentas. No sería capaz de no llegar a tiempo para el nacimiento del bebé de Candy. Dijo otra fecha a propósito. Intentaba enviarnos un mensaje, y yo no lo pillé, ¡joder! ¡Shapphire! —exclamé en cuanto ella descolgó el teléfono.

—Hola. —Shapphire parecía confundida—. ¿Tyler...?

—Soy Sloane, aunque te hablo desde su móvil —aclaré—. Oye, ¿sabes quién había ofrecido a Emily el trabajo que finalmente rechazó para irse a Las Vegas?

—Mmm, sí. Fue Charley el Grandullón, ese tío agradable y tranquilo que...

—Lo conozco. Gracias. —Y colgué.

El semblante de Tyler me indicó que había llegado a la misma conclusión que yo.

—¡El aceite refrigerante! —exclamó—. Ese tipo está en el negocio de las máquinas expendedoras de refrescos. Y ofreció trabajo a Emily y a Amy.

—Y a Lizzy también —añadí.

Ya había empezado a vestirme; Tyler también.

—¿Dices que ofreció un trabajo a Lizzy?

—Al principio no le di importancia cuando ella me lo contó —dije mientras me dirigía al cuarto de baño—. Comentó que debería haber aceptado esa oferta... en el negocio de las máquinas de refrescos.

—Las tres son rubias y llevan flequillo —reflexionó Tyler.

—Cojamos mi coche —dije mientras esperábamos el ascensor. Quería mi pistola.

Tyler se puso al volante porque sabía dónde estaba la oficina de Charley el Grandullón, pero también porque él se defendía mejor que yo en el infernal tráfico de Chicago.

—Amy está viva, seguro —dije—. O lo estaba hace muy poco. —Di una patada al salpicadero—. Ese Charley hizo que Amy llamara a Candy después de que hablé con él en el club. ¡Qué huevos tiene ese cabrón!

—¿Y qué hacemos ahora?

Saqué mi Glock de la guantera y revisé el cargador. Quitó el seguro y el proyectil quedó alojado en la recámara.

—No podemos conseguir una orden de registro. No soy policía de Chicago y, de todas formas, no hay tiempo. Así que vamos a ir a su oficina y le preguntaremos educadamente dónde está Amy.

—¿Y si no nos lo dice?

Intercambiamos una mirada.

—Entonces nos pondremos desagradables.

El almacén de Charley estaba cerca del Destiny, y Tyler nos condujo hasta allí a la velocidad de la luz.

—Yo llevo la pistola —dije—. Así que cuando la cosa se ponga fea, ponte detrás de mí.

—De haber sabido qué planes teníamos, también estaría armado.

Me quedé mirándolo y luego negué con la cabeza. Debí suponer que tendría un arma guardada en algún sitio.

—Ahora no hay tiempo para ir a buscar un arma. Vamos a actuar como si fuera un día de trabajo cualquiera. ¿De acuerdo?

—Sé qué hacer —dijo Tyler.

Había un timbre en la puerta del almacén y Tyler lo pulsó. Me sentí aliviada cuando Charley el Grandullón en persona respondió por el interfono. Había imaginado que tendría que tratar con miembros de su personal. Aunque quizá hubiera sido solo un golpe de suerte.

—Oye, Charley, soy Tyler Sharp. Tengo una propuesta que hacerte.

—¿Sí? ¿De qué tipo?

—Del tipo que no quiero contarte a gritos por el interfono. Ábreme.

Se hizo un silencio y la puerta se abrió con un clic. Entramos en un almacén que parecía un laberinto construido con máquinas expendedoras. Tyler ya había estado en aquel lugar, y me guió desde la entrada hasta el rincón más apartado y cochambroso, donde se encontraba la oficina con puerta de contrachapado.

En su interior, Charley estaba sentado detrás de un escritorio también de contrachapado. Miré a Tyler con el deseo de que pudiera leerme el pensamiento. Quería que Charley saliera de detrás de ese escritorio, porque no sabía qué podía tener oculto debajo.

Tyler se sentó en un sofá que estaba hecho polvo y sacó su móvil.

—Tengo un nuevo negocio en marcha —dijo dando golpecitos a la pantalla del teléfono—. Acércate. Guardo aquí fotos y más detalles. Podría darnos mucha pasta.

Charley entrecerró los ojos y me miró.

—No te preocupes por ella —dijo Tyler—. No diré una palabra. ¿A que no, nena?

—No, señor.

Charley enarcó las cejas y se sentó junto a Tyler en el sofá.

—Vale, ¿qué tienes?

—Amy Dawson. Emily Bennett —dije mirándolo a la cara—. No se trata de lo que nosotros tengamos, sino de lo que tú tienes.

—No sé de qué coño estás hablando —espetó, aunque su expresión lo delató.

—Maldita sea, ¿dónde están? —Le apunté al pecho con la Glock—. ¿Dónde están?

—Ya te lo he dicho, no sé de qué coño estás hablando.

—Buscaré unas llaves. Algo —dijo Tyler mientras se dirigía a la mesa. Luego añadió—: No veo llaves, pero esto es interesante.

Levantó una Beretta de nueve milímetros y se dirigió hacia mí.

—Tyler...

—¿Sabes, Charley? Todo este asunto es mucho más personal para mí que para esta señorita, y puedo ser mucho más convincente que ella.

—Que te den.

—Ya sabía que ibas a decir eso.

Tyler disparó a aquel hijo de puta en una rodilla, y la detonación me retumbó en los oídos.

—¿Dónde? —insistió Tyler, y su voz sonó como si hablara desde el interior de un túnel—. Dímelo ya o te destrozo la otra rodilla.

—En la cámara de seguridad —dijo Charley—. Al fondo del almacén.

—Tráelo —dije a Tyler mientras me dirigía hacia la puerta—. Seguramente tendrá una cerradura con combinación.

Tyler empujó a Charley, todavía sentado en la silla con ruedas del despacho, y cruzamos a toda prisa el almacén, con el puto cabrón llorando y gritando por lo mucho que le dolía el balazo.

—Sí, supongo que Emily Bennett tampoco debió de sentirse muy bien. Y si Amy está muerta, tú no volverás a sentirte bien en la vida.

Llegamos a la puerta de la cámara de seguridad y, como era de esperar, estaba cerrada con un candado de seguridad. Tyler y su nueva Beretta

lograron convencer a Charley para que cantara la clave secreta.

Abrimos la puerta de golpe.

—¡Amy! ¡Amy, soy Sloane! —grité.

Entré hasta el final, por si acaso, pero no había nadie más. No era una operación de trata de blancas. Se trataba de la obra de un hijo de puta perverso.

—¿Sloane?

Apenas la oí porque Amy habló con un hilo de voz y a mí todavía me retumbaban los oídos. Pero en cuanto reconocí aquel murmullo atravesé corriendo la pequeña estancia y la encontré metida en una jaula para perros, oculta bajo una manta acolchada de las que se usan en las mudanzas.

Mientras Tyler registraba el resto de la habitación para asegurarse de que no había otras chicas, yo abrí la jaula.

—Vamos, cariño. Ya ha terminado todo. Ahora estás a salvo.

La envolví con la manta acolchada para mantenerla caliente a pesar del impacto psicológico. Amy retrocedió hasta el rincón más alejado de Charley.

—¿Cómo se apellida este hijo de puta? —pregunté a Tyler.

—Dodd.

—Charles Dodd, queda usted detenido por el asesinato de Emily Bennett y el intento de asesinato de Amy Dawson. Tiene derecho a permanecer en silencio —empecé a decir, luego terminé de leerle sus derechos. No era policía de Chicago. Pero en ese momento estaba actuando como tal.

—No vas a detenerme —dijo Charley.

—Pues a mí me parece que ya lo he hecho.

—No si estás con él. Porque tengo muchísima documentación sobre Tyler y sus colegas. Muchísimos papeles. He sido cuidadoso en ese sentido. He tenido la precaución de guardar archivos, de tomar notas. Lo tengo todo por escrito. Y me encanta compartir.

Se me hizo un nudo en la boca del estómago y sentí que la bilis me subía por la garganta. Sabía perfectamente qué significaba aquello. Charley era

un asesino, pero propondría un trato. Porque los Caballeros Guardianes eran un caramelo mucho más apetecible que él para que la policía local y el FBI se colgaran una medalla. A Charley le caería una condena mínima, y estaría en la calle tres años después. Y los Caballeros Guardianes acabarían encerrados en una prisión de mínima seguridad el resto de sus días.

«Mierda. Mierda, joder, mierda.»

—Oh, sí. La señorita ya sabe a qué me refiero —dijo canturreando Charley.

Sin embargo, había una solución.

Levanté la Glock. Ya lo había hecho con Grier, y ese tipo era igual de diabólico que él, si no más. Podía hacerlo. Lo borraría del mapa y salvaría a Tyler, ya que no había logrado salvar a mi madre.

Empecé a apretar el gatillo, y me detuve solo cuando escuché a Tyler decir con firmeza: —No.

—Es la única salida. Tiene razón. Os caerá una condena de por vida. A los tres.

—En todo momento hemos sabido que corríamos ese riesgo —dijo Tyler—. No me gusta perder, pero siempre que juegas cabe esa posibilidad. Forma parte de la emoción.

Empezaron a brotarme las lágrimas.

—Déjame hacerlo. Déjame hacerlo para que puedas quedarte conmigo.

—¿Y acabar destruyéndote en el proceso? ¿Crees que no sé qué precio has pagado por lo de Grier? No pienso permitir que añadas más sufrimiento al que ya has vivido. Sloane —me pidió con dulzura—, baja la pistola. Llama a la policía. Ocurrirá lo que tenga que ocurrir.

Poco a poco fui bajando el arma. Y supe, en ese instante, que jamás amaría a nadie más de lo que amaba a aquel hombre increíblemente valiente.

—Oh, sí, justo lo que yo decía —se burló Charley—. Así está bien, ¿a que sí, Amy, cariño? Es una de mis favoritas, y he tenido a muchas. Son tan guapas... Luego se quedan todas en los huesos y son solo mías. Les dejo que me coman las botas. Que me las lustren con la lengua. Les dejo que me la chupen si son buenas. No me las tiro, eso no lo hago. Pero

consigo tenerlas controladas. Consigo que sean dóciles. Hago que se toquen para mí. Y, si no se corren, bueno, pues no comen. Y van quedándose cada vez más flacas.

No paraba de hablar de forma monótona, y yo no sabía si era por la pérdida de sangre, porque estaba convencido de que se libraría de todo o porque estaba chalado simplemente. Lo único que sabía es que no podía soportarlo. Todas esas chicas. Todas esas torturas...

Amy.

Aquel cabrón podía volver a estar en la calle después de treinta y seis meses, o incluso menos tiempo.

Mi dedo acariciaba el gatillo. Miré a Tyler a los ojos y luego miré a Charley.

«Tengo que hacerlo. Esta vez sí que sería auténtica justicia.»

No esperé a ver si él lo entendía. Levanté la pistola y, sabiendo que lo que hacía estaba perfectamente justificado, envié a aquel diablo de regreso al infierno.

Los paramédicos nos aseguraron que Amy se recuperaría y se la llevaron a toda prisa al hospital. A Tyler y a mí nos separaron, y cada uno declaró ante un detective distinto. No tenía ni idea de qué ocurriría, aunque no estaba muy preocupada. Tyler había encontrado otra pistola en el despacho de Charley y, tras dispararla una vez, se la había puesto en la mano al muerto, para que lo ocurrido pareciera un homicidio en defensa propia.

Cuando la policía terminó con nosotros, me acerqué a Tyler, que estaba esperándome en el almacén. Me lancé a sus brazos y caímos al suelo, apoyados contra una máquina expendedora de Coca-Cola.

—Te quiero —dije, y lo besé.

Él se levantó y me tendió una mano.

—Arriba, detective. Vamos a casa.

Quédate.

Estábamos en Grant Park, paseando entre las piernas que componían el grupo escultórico *Ágora*, y me sentía tan perdida como sus pasos sin rumbo.

Tyler me cogió del brazo para que me detuviese.

—Quédate —repitió—. Te quiero, Sloane Watson. No deseo perderte. — Me tomó la cara con una mano—. Una vez te dije que siempre conseguía lo que deseaba. Y lo que deseo eres tú. No me hagas quedar como un mentiroso.

Conseguí esbozar la más tímida de las sonrisas.

—Yo también te quiero —dije—. Pero amo mi trabajo. Y quizá tuvieras razón cuando aseguraste que me metí en este mundo, en parte, para castigarme, para usar las normas, las leyes y todo el estricto procedimiento como una celda en la que encerrarme por lo que hice. No lo sé, aunque no importa.

—Claro que importa —dijo él.

Pero yo negué con la cabeza.

—No, porque, sin importar por qué me haya convertido en policía, creo en lo que hago. Deseo hacer justicia para las personas a las que han dañado.

Inspiré para relajarme y luego reconocí la terrible verdad.

—Tienes razón, Tyler. Podría sobrepasar los límites. Podría manipular las normas. Y, sí, podría saltarme algunas de ellas. Dios sabe que lo he intentado. Pero no podría decir que he jurado ser agente de la ley cuando el hombre con el que comparto la cama la viola a la mínima de cambio. Y no para salvar a chicas, sino para ganar dinero.

—Sloane...

Le puse un dedo en los labios. Percibí la angustia en su voz, pero debía seguir adelante, porque si no acababa con aquello, temía arrepentirme de la

decisión. Y no podía hacerlo. En la medida en que él y yo habíamos hecho lo que hicimos, aquella era la decisión correcta. Era la única decisión posible.

Al fin y al cabo, creo que ambos lo sabíamos.

—Por favor —dije—. Déjame terminar. Te quiero. Dios mío, te quiero hasta un extremo que jamás habría creído posible. Y guardaré tus secretos hasta el día en que me muera. Pero si seguimos juntos, si somos la policía y el delincuente, y vivo esa mentira, me irá pasando factura hasta que deje de ser la mujer a la que amas.

—Entonces no sigas viviendo así —dijo—. Renuncia.

—Sabes que no puedo. Es lo que soy. Dices que me quieres, y sé que es cierto. Pero, Tyler, tú me entiendes mejor que nadie, así que sabes que tengo razón. Sabes que esto es lo que soy.

Conseguí esbozar una sonrisa, débil y un tanto triste.

—Por eso yo tampoco puedo pedirte que lo dejes. Eres como eres, no estoy enamorada de una versión pulida de ti mismo. Y sí que te quiero. Con locura. Sin remedio.

—Me partes el corazón. Antes de conocerte, jamás pensé que fuera posible.

—Lo siento —dije, mientras me caía una lágrima por la mejilla—. Pero debo marcharme. Debo volver a casa.

Antes de poder detenerlo, me abrazó con fuerza y me plantó un beso en los labios, tierno aunque apasionado. Posesivo, aunque cariñoso.

Cuando se apartó, percibí el ya conocido fuego en sus ojos de gélido color azul.

—Quiero decir algo y quiero que me escuches, que me escuches con atención, ¿vale?

Asentí en silencio.

—Tienes razón, Sloane. Te veo. Veo cómo eres, tanto lo bueno como lo malo que hay en ti, y tu valentía y tu audacia. Veo a una mujer que lucha por lo que es correcto. Y, cariño, no necesitas una placa de poli para seguir haciéndolo. —Tyler me cogió una mano y depositó un beso en la palma—. Quizá esto sea una despedida —añadió—, pero no es el fin.

No es lo más bonito que has visto en tu vida? —dijo Candy acunando a su hija recién nacida—. Mi pequeña y dulce Brianna.

—Es preciosa —dije de corazón mientras Amy asentía en silencio a mi lado, todavía algo débil aunque bastante mejor tras más de una semana de recuperación.

—Creí que no llegaría a conocerte —dijo Amy al tiempo que se agachaba para acariciar la cabecita de la pequeña. Se volvió para mirarme y percibí la gratitud en sus ojos, brillantes por la emoción.

—¿Quieres cogerla en brazos? —le preguntó Candy.

—¡Oh, sí!

—Traeré una silla —dije, y acerqué a la cama una de las cómodas butacas azules para las visitas.

Amy tomó a la niña y la sujetó como si fuera de cristal, luego empezó a cantarle en voz baja. Me quedé mirándolas y me volví para sonreír a Candy. Ella me indicó que me acercase con un gesto y me senté con cuidado en el borde de la cama.

—Y tú, ¿cómo te encuentras, mamá?

—Bien. Cansada. Aunque me da menos trabajo que Sam.

—¿Está contento con la nueva hermanita?

—En una nube. Jim se lo ha llevado a la tienda —añadió refiriéndose al barman con el que se había casado y que era el amor de su vida—. Va a comprarle a su hermanita un conejito de peluche. Y quizá también consiga algo para él —añadió guiñando un ojo.

—Me alegro —dije, dejándome llevar por el sentimentalismo que se respiraba en el ambiente. Al mismo tiempo intentaba no pensar en Tyler, algo que, teniendo en cuenta que ocupaba mi mente a todas horas, no me resultó nada fácil.

—Pues mírame a mí, en esta cómoda cama, con televisión, mi bebé

recién nacida y rodeada de amigos y de personas que me cuidan. No puedo quejarme —dijo Candy—. ¿Y tú, cómo estás?

—Genial —respondí, y forcé una sonrisa animada.

—Echa de menos a Tyler —dijo Amy. La fulminé con la mirada, pero se limitó a sonreír a su vez—. Es la verdad. Cuando él nos trajo de vuelta en coche, el día que me dieron el alta en el hospital, vino a despedirse de nosotras. Fue muy romántico.

«Romántico, no —pensé—. Fue una verdadera tortura.»

Yo me había marchado. Lo había dejado allí. Y aunque tenía la certeza de que era lo mejor, en ese momento me lo reprochaba, me abrumaban los recuerdos, la soledad y la sensación de pérdida.

Me acerqué a Candy, y les di a ella y a la niña dos besos rápidos.

—Volveré mañana, ¿vale? Tengo que irme pitando. Todavía estoy de servicio.

Era mentira, en realidad tenía el resto del día libre, pero deseaba largarme de allí. Aunque quería a Candy, necesitaba estar sola.

Había estado mucho tiempo sola. Sola y en silencio; había pasado por mi propia vida como un fantasma. Y aquella vida que antes me encantaba en ese momento se me antojaba vacía.

Media hora más tarde pensé que mi piso también parecía vacío mientras me acercaba a la ya conocida puerta de color azul. Suspiré e introduje la llave en la cerradura. Quizá debiera comprarme un hámster. Así al menos habría un ser vivo esperándome en casa al llegar.

Empecé a abrir la puerta y oí el golpe seco de un cajón que se cerraba.

«Mierda.»

Me puse en alerta de inmediato. No estaba de servicio cuando había ido a visitar a Candy, pero seguía llevando la funda con la pistola por debajo de la fina chaqueta de lino. Me llevé la mano a la Glock y enseguida me sentí más aliviada al notar su peso entre mis dedos.

Eché un vistazo a mi alrededor y fui avanzando en silencio. Me topé cara a cara con Tyler.

Me invadieron un millón de emociones: alegría, confusión, incluso rabia

porque, mientras yo estaba intentando olvidarlo con todas mis fuerzas, él se presentaba allí y ponía mi mundo patas arriba.

Sin embargo, lo que sentí con más intensidad fue amor.

Deseaba correr hacia él y lanzarme a sus brazos. Deseaba cubrirlo de besos. Deseaba acariciar hasta el último pliegue de su piel solo para comprobar que era real.

Sin embargo, no hice nada de eso. Me limité a dejar lentamente la pistola sobre la mesita de la entrada y lo miré.

—Maldita sea, Tyler, ¿y si te hubiese disparado? No puedes entrar así como así en las casas ajenas.

—No iba a quedarme esperándote en el rellano. —El tono de su voz era serio, aunque en su mirada afloró cierta simpatía.

Recorrió la corta distancia que nos separaba con tres largas zancadas y se quedó a solo unos centímetros de mí.

—Te he echado de menos —dijo, y la fuerza de esas palabras hizo que vibrara el aire que había entre ambos.

¡Por el amor de Dios, yo también lo había echado de menos! Había echado de menos su forma de mirarme. La forma en que nos compenetrábamos.

Miré al suelo.

—No empieces —dije—. No estás poniéndomelo fácil.

—No es mi intención —afirmó—. Ya te expliqué que esto no había terminado.

Me quedé allí plantada, con el corazón en un puño, intentando, sin éxito, dar con las palabras exactas.

—Te he traído algo —anunció, y sacó una cajita plana del bolsillo de su chaqueta. Movida por un impulso, alargué una mano para cogerla, pero él me lo impidió retirándola—. Hay una condición, Sloane.

—¿Cuál es?

—Que aceptes mi propuesta.

—Tyler...

—Te quiero, Sloane. Y ambos sabemos que siempre consigo lo que deseo.

Negué con la cabeza.

—Por favor, no puedo volver a pasar por esto. Es demasiado duro separarse de ti.

—Entonces no lo hagas.

Noté que los ojos se me arrasaban en lágrimas. Lo odiaba, lo odiaba por ponérmelo más difícil de lo que ya era.

—Cole, Evan y yo hemos hablado largo y tendido sobre BAS. Queremos legalizarla. Bueno —se corrigió—, vamos a abrir una nueva empresa. —Se encogió de hombros—. De investigación privada. Muy especializada. Hay muchas personas puteadas por el sistema. Nadie habría defendido a Emily de no haber sido por ti. Amy no habría conocido a su ahijada de no haber sido por ti.

Se me secó la boca y me humedecí los labios al tiempo que la verdad contenida en sus palabras hacía que me replanteara lo que el corazón me pedía.

—Puedes seguir siendo quien eres, Sloane. Pero no necesitas una placa. Aunque, claro está, si la necesitas... —Dejó la frase inacabada y me entregó la cajita.

La abrí y encontré una brillante estrella de sheriff de plata envuelta con papel de seda de color rosa, y, por primera vez en mucho tiempo, solté una carcajada.

—Ya te dije en una ocasión que siempre te daría lo que necesitaras. Por favor, Sloane, creo que ambos lo necesitamos. ¿Quieres trabajar con nosotros? ¿Te quedarás conmigo?

Miré la placa y acto seguido al hombre al que amaba, al hombre que me conocía de forma tan íntima y me amaba tanto a su vez.

Ese hombre había llegado hasta mí, tan sexy y deslumbrante, encantador e inteligente, y no solo me había dado una solución sino también una pequeña estrella de plata.

¿Cómo podía decir que no a eso?

No podía.

Por eso hice lo que debía hacer. Me lancé a sus brazos y lo besé.

Cuando me aparté, él me miró sonriendo.

—¿Eso es un sí?

—Sí —le dije con el corazón a punto de estallar de alegría—. Es un sí.

Volví a besarlo, y esa vez fue un beso apasionado y largo, un beso con el que celebraba todo aquello que había perdido y había reencontrado, un beso que contenía el pasado y la promesa de un futuro.

Ese beso me dejó sin aliento y me aflojó las rodillas.

—Tyler —susurré—, si no me haces el amor ahora mismo, tendré que detenerte.

Soltó una carcajada.

—En tal caso, detective... —Dejó la frase inacabada mientras me desnudaba con suma eficacia—. Dios mío, Sloane, te he echado tanto de menos... —dijo mientras sus manos recorrían hasta el último centímetro de mi anatomía.

—Sí —dije, porque no logré articular más que aquel sencillo pensamiento. Una sola palabra que, en cierta forma, expresaba lo que mi interior había añorado desde que había dejado a Tyler y todo lo que encontraba en él.

Me llevó hasta la cama, me tumbó con delicadeza y cubrió mi cuerpo con el suyo. Nuestros besos se tornaron salvajes y exigentes, sus manos me acariciaban con ternura llena de deseo.

—Eres mía —me susurró mientras me tocaba lentamente, provocándome.

—Sí...

Me arqueé para recibir más de cerca sus caricias. Estaba caliente y dispuesta, y cuando me rozó el labio inferior con el pulgar, me metí su dedo en la boca y lo chupé hasta que él soltó un gruñido grave de profunda satisfacción interior.

—Dentro de mí —pedí—. Te necesito dentro de mí. Necesito sentirnos unidos. Por favor, Tyler. Por favor, ahora.

—Te quiero, Sloane —dijo mientras yo separaba aún más las piernas y

él me penetraba—. Te quiero —repitió mientras nos fundíamos en uno solo, de modo más profundo, más rápido, y esa suave tormenta aumentaba en fuerza e intensidad—. Ahora... —Parecía estar al borde del éxtasis—. Y para siempre —añadió, y se dejó ir dentro de mí.

Mi propia entrega fue como el crescendo de una sinfonía, que se intensificaba cada vez más hasta que llegaba a un punto culminante que no podía sobrepasarse y no había más alternativa que el estallido de color, luz y música.

Me abrazó con fuerza mientras recuperaba el aliento, y se acurrucó contra mi cuerpo.

—Te quiero, Tyler —dije—. Siempre te querré.

Lanzó un suspiro, un sonido lleno de calidez y placer, luego me acarició el hombro desnudo con los dedos.

—Tengo otra cosa para ti —anunció—. No me apetece moverme, pero quiero que la tengas ya. —Sonrió y se le marcó el hoyuelo—. No te vayas.

—Jamás, Tyler.

Abandonó la cama solo un instante y regresó con otro paquete envuelto. Ese era de color rojo, aunque el envoltorio no era tan profesional como el anterior. Me quedé mirándolo.

—¿Lo has envuelto tú?

Encogió un hombro, como disculpándose.

Entrecerré los ojos y saqué una tarjeta; lo miré con cara de no entender nada.

—La tarjeta dice que es un regalo mío para ti.

—Sí —afirmó—. Así es.

—¿Yo te hago este regalo? ¿Esta cosa misteriosa que no he visto antes?

—Eso es —dijo Tyler, y alargó una mano para recibirlo.

Con una risa de confusión, le entregué el paquete. A juzgar por su expresión, estuve a punto de creer que él tampoco tenía ni idea de lo que era.

—Venga —lo animé siguiéndole la corriente—. Ábrelo.

Tyler rompió el papel y destapó la caja. Luego la inclinó poco a poco para enseñarme lo que había en su interior.

—El reloj de Jahn —susurré al tiempo que lo sacaba del envoltorio y me llevaba a la oreja la maquinaria ya en funcionamiento—. Lo has arreglado —afirmé.

—No —dijo con tono amoroso—. Tú lo has arreglado.

Pestañeeé para contener las lágrimas, embargada por la emoción y por el simbolismo del objeto. Sacudí la cabeza y sonreí con serenidad.

—Lo hemos arreglado juntos —dije.

—Sí —admitió—. Lo hemos hecho juntos.

Tyler se puso el reloj abrochándose la correa a la muñeca con un gesto prácticamente reverencial.

—Vamos a formar un equipo cojonudo —dije.

Me acercó a él y me envolvió entre sus brazos.

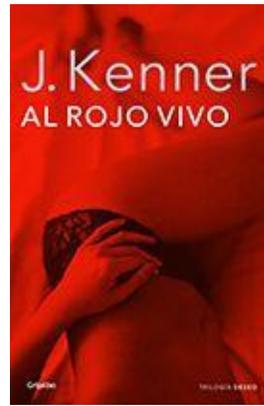
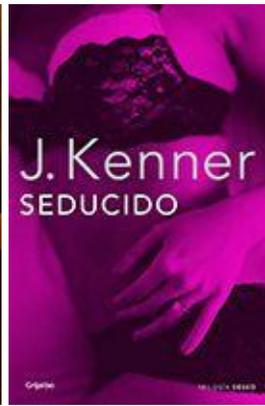
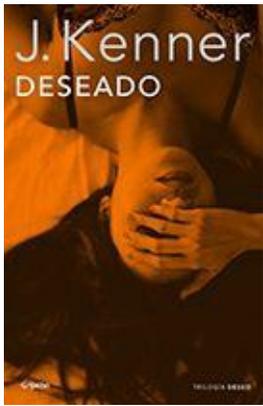
—Cariño, ya somos un equipo cojonudo.

Agradecimientos

Deseo dar mis más sentidas gracias a todas las personas que he conocido a través de las redes sociales, algunas solo a través de los comentarios de 140 caracteres de twitter, otras porque han visitado mi facebook y mi perfil. (De hecho quiero decir que vivimos en un mundo maravilloso en el que puedes comunicarte con personas que más adelante se convertirán en tus amigos, lectores beta y mucho más mediante breves comentarios de 140 caracteres.) Todos me habéis hecho reír y sonreír, y el apoyo y el entusiasmo que he recibido me llena de ánimo y acrecienta mi modestia. Así que, dedicado a todos vosotros: *#YouGuysAreTheBest* («Chicos, sois los mejores»).

También debo un enorme gracias a Neil Orme, a quien descubrí en Google cuando investigaba para argumentar algo ocurrido en la historia y me respondió en menos de una hora; a Dana por sus lecturas, su entusiasmo y sus consejos sobre Chicago; y a Elle y a Christie por todo el amor que me habéis enviado con vuestros hashtags, emoticonos y gifts animados. *#YouKnowYouRock* («Sabéis que moláis»).

Y, ante todo, debo dar las gracias a los maravillosos chicos de Bantam, que siempre van un paso más allá y superan mis expectativas: *#MyPublisherIsAwesome-Sauce* («Mi editorial es para comérsela»).



J. Kenner es una célebre autora de literatura romántica. Nacida en California y abogada de profesión, sus novelas de romance erótico *Desátame*, *Poséeme* y *Ámame*, y la *nouvelle* *Tómame*, publicadas en Grijalbo en 2013 y 2014, han obtenido un éxito destacado, posicionándose durante semanas en las listas de best sellers del *New York Times* y del *USA Today*.

Seducido es la segunda novela de su nueva trilogía «Deseo», que se inició con *Deseado* (mayo, 2014) y finalizará con *Al rojo vivo* (septiembre, 2014).

Título original: *Heated*

Edición en formato digital: julio de 2014

© 2014, Julie Kenner

Publicado por acuerdo con Bantam, un sello de Random House, una división de Random House LLC.

© 2014, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona © 2014, Verónica Canales Medina, Nieves Calvino Gutiérrez, Pilar de la Peña Minguell y Matilde Fernández de Villavicencio, por la traducción Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez Fotografía de la cubierta: © Caroline Tran Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-5275-1

Conversión a formato digital: M.I. maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com

Índice

[Seducido](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Agradecimientos](#)

[Acerca de la trilogía *Deseo*](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)